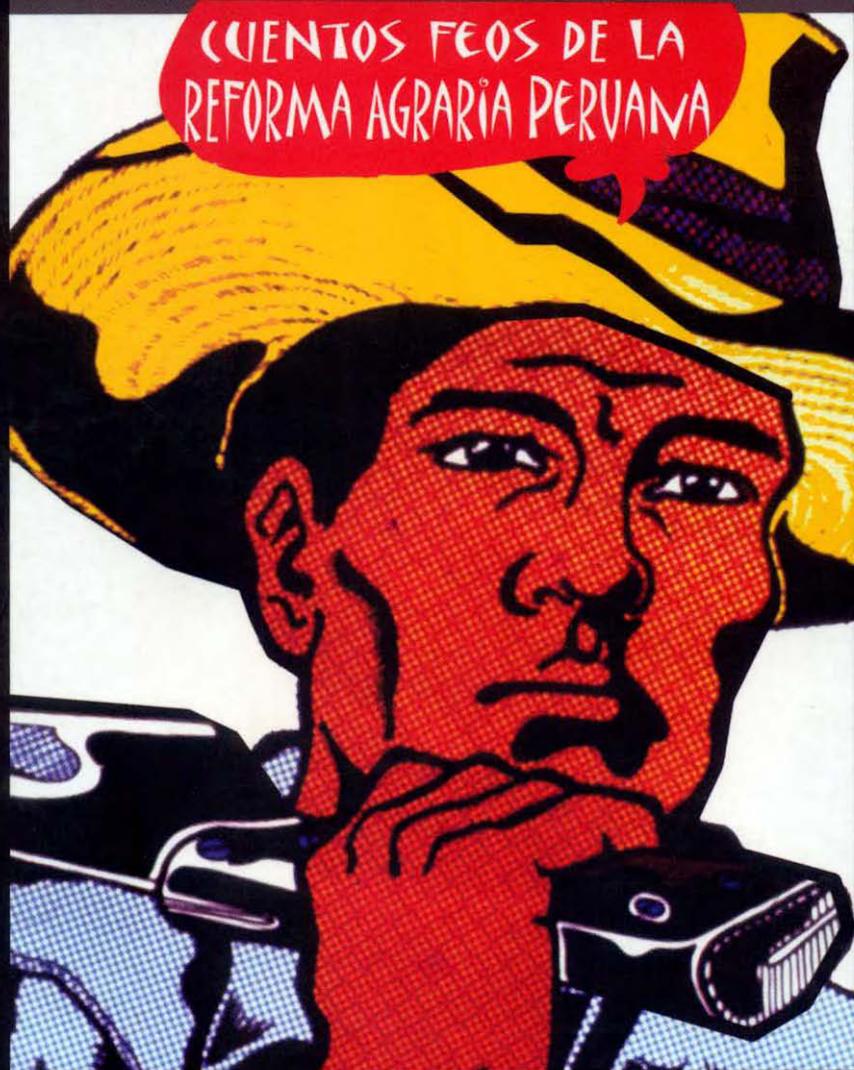


ENRIQUE MAYER

CUENTOS FEOS DE LA
REFORMA AGRARIA PERUANA



CUENTOS FEOS DE LA REFORMA AGRARIA PERUANA

ENRIQUE MAYER

**CUENTOS FEOS
DE LA REFORMA AGRARIA PERUANA**

CEPES

CENTRO PERUANO DE ESTUDIOS SOCIALES

IEP Instituto de Estudios Peruanos

Serie: Perú Problema, 34

© IEP INSTITUTO DE ESTUDIOS PERUANOS
Horacio Urteaga 694, Lima 11
Telf. (511) 332-6194
Fax (511) 332-6173
Correo-e: <publicaciones@iep.org.pe>
Web: <www.iep.org.pe>

ISSN: 0079-1075

Primera edición en inglés *Ugly Stories of the Peruvian Agrarian Reform*.
Durham: Duke University Press 2009

Primera edición en español, IEP / CEPES, julio de 2009

Edición digital, Octubre 2013

Arte de carátula: Jesús Ruíz Durán

MAYER, Enrique

Cuentos feos de la reforma agraria peruana. Lima: IEP, CEPES, 2009.
(Perú Problema 34).

REFORMA AGRARIA; ESTRUCTURA AGRARIA; TERRATENIENTES;
GOBIERNO MILITAR DE VELASCO ALVARADO; CAMPESINOS;
COOPERATIVAS AGRARIAS; SINDICATOS; COMUNIDADES CAMPESINAS;
ORGANIZACIONES CAMPESINAS; PROPIEDAD DE LA TIERRA; PERÚ.

A la memoria de Héctor Martínez

Índice

AGRADECIMIENTOS	11
INTRODUCCIÓN.....	17
CAPÍTULO 1. Reformas agrarias.....	27
CAPÍTULO 2. Héroe y antihéroe	79
CAPÍTULO 3. Los terratenientes.....	123
CAPÍTULO 4. Gerentes y dirigentes sindicales.....	165
CAPÍTULO 5. <i>Machu asnu</i> cooperativa.....	213
CAPÍTULO 6. Veterinarios y comuneros	251
CONCLUSIONES	313
BIBLIOGRAFÍA	329

Agradecimientos

EN JULIO DE 1969, cuando tenía 25 años, viajé a bordo de un barco chileno de regreso al Perú tras una década de estudios en las universidades de Londres y Cornell. El barco se detuvo en el puerto de Talara. Bajé a tierra, tomé un ómnibus local que me llevó hasta una playa al final de su recorrido y allí observé a algunos pescadores descargando su pesca en el fuerte oleaje del océano Pacífico. Compré algunos pescados y una mujer se ofreció a cocinarlos para mí. Me sentí feliz de haber regresado al terruño. Observaba el vuelo de unas aves marinas y comía los más deliciosos pescados fritos de mi vida. Allí me enteré que, unas semanas antes, el gobierno militar había expropiado los complejos azucareros; el ejército fue el encargado de tomar esas instalaciones, las empresas agrícolas privadas más ricas y más productivas del país. Quedé atónito. Treinta y dos años más tarde, en el 2001, me encontraba caminando con mi esposa, Lidia Santos, en otra playa. En este caso fue en East Haven, Connecticut. Le mencioné que estaba escribiendo un libro sobre la reforma agraria de manera tal que los lectores peruanos se reconocieran a sí mismos, o a otros, a través de los cuentos que se iban a narrar acerca de la trascendental reforma agraria que yo había vivido desde el momento en que desembarqué en el Perú, y que he seguido durante toda mi vida profesional. Sorprendida, Lidia me miró y me dijo: “Entonces, ¿por qué estás escribiendo este libro en inglés?”.

Persistí en ello porque, me dije, que un texto en inglés se alejaría de las pequeñeces que solemos tener entre nosotros los peruanos y adquiriría un tono más universal al tratar sobre importantes situaciones humanas tales como las discusiones ideológicas sobre la propiedad privada o los aciertos y desaciertos de la expropiación

de tierras, así como los méritos y las dificultades de la producción colectiva y de cambios revolucionarios mal encaminados. Todo esto forma parte de la historia mundial del siglo XX que quiero contar, con ayuda de mis entrevistados, a una nueva generación acerca de lo que fue vivir una revolución. Aquí quiero reconocer profundamente el talento literario y la amorosa compañía de mi esposa Lidia Santos que tanto me ayudó a lograr este objetivo. Del inglés, ha sido relativamente fácil volver a una versión en castellano que los peruanos pueden leer.

Comencé este proyecto en 1988 como becario del *Woodrow Wilson International Center for Scholars* en Washington, DC, donde escribí cuatro capítulos que en última instancia descarté, a medida que mi enfoque cambió desde uno orientado a las políticas agrarias, lleno de estadísticas y diagramas, hacia uno del tipo historia oral más orientado a las personas. En el *Wilson Center* me beneficié del asesoramiento de los profesores William P. Glade y Richard M. Morse, en ese entonces codirectores del Programa Latinoamericano. En retrospectiva, me di cuenta de que el año 1988 era demasiado temprano para escribir cómo la reforma agraria en el Perú iba desenmarañándose pues todavía era un proceso en curso. Esperé hasta los años 1990 para reconsiderar el proyecto. Dos pequeñas becas del Arnold Beckman Award del *Research Board* de la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign, en 1992 y 1993, me permitieron viajar al Perú durante el verano para empezar de nuevo.

Debo un especial agradecimiento a Anne Marie Hocquenghem, quien me llevó a Piura y me presentó a varios propietarios cuyas tierras habían sido expropiadas, así como al ingeniero Mario Ginocchio. Las entrevistas realizadas en Piura en 1994 fueron una manera de comprobar la disposición de la gente para hablar abiertamente sobre sus memorias de la reforma agraria. Con una financiación de la *John Simon Guggenheim Foundation* en 1996, un año sabático de Yale y una pequeña subvención del *Social Science Research Council*, comencé el nuevo proyecto con la ayuda de muchos colegas en el Perú. En el Centro Peruano de Estudios Sociales (CEPES) les agradezco a Fernando Eguren, Juan Rheinek, Mariano Valderrama, Jaime Urrutia, Bertha Consiglieri, Carlos Monge, Flavio Figallo, José Luis Rénique, Custodio Arias y especialmente a Danny Pinedo, quien trabajó diligentemente conmigo durante todo ese año. Beatriz Huaytán, Teresa Prado y Lourdes Cánepa transcribieron con

prontitud las grabaciones. El CEPES y su personal me facilitaron una base institucional, infraestructura, contactos, conocimientos y compañerismo, así como la oportunidad de disfrutar de sus almuerzos *gourmet* en la azotea del local. En el Instituto de Estudios Peruanos (IEP) quiero expresar mi gratitud a Julio Cotler (por haberme dado permiso para escribir un libro posmoderno), a Carlos Iván Degregori por su estímulo intelectual, a Cecilia Blondet, Efraín González de Olarte, Carolina Trivelli y por la amistad y el aliento de Víctor Caballero Martín. Estoy especialmente agradecido a las ex asociadas del IEP Hortensia Muñoz y Marisol de la Cadena quienes me alentaron tenazmente a seguir escribiendo.

A lo largo de 1996, cuando no viajaba por todo el país para realizar las entrevistas, estuve viviendo en un departamento de San Isidro donde revisaba las transcripciones de mis grabaciones, riéndome entre dientes, disfrutando de los graciosos cuentos que tuve el privilegio de que me fueran contados por tantas personas en todo el país. Les agradezco a todos profundamente. Mucha gente me ha ayudado en los trabajos de campo; en Huancayo (Nivardo y Víctor Santillán), en Ayacucho (Jefrey Gamarra y Enrique González Carré), en Cusco (Jorge Villafuerte y Genaro Paniagua), en Puno (Ricardo Vega y Raúl Rodríguez), en Trujillo (Elías Minaya), en Lima (María Benavides, Ricardo Letts, Alejandro Camino, Luis Soberón, José Portugal de la Oficina de Comunidades Campesinas y muchas más personas de otras instituciones). Le agradezco también a mi familia: a mi madre Elizabeth de Mayer; a mis hermanas, María Scurrah y Renate Millones, a mi sobrino Mateo Millones y a mis cuñados Martin Scurrah y Luis Millones. Les agradezco a todos los bibliotecarios y bibliotecarias del CEPES, del IEP, del Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas en Cusco y a aquellos de todas las bibliotecas de las universidades de provincias donde investigamos en sus respectivos centros de documentación. Dos seminarios memorables, uno en el CEPES y el otro en el IEP, donde leí en voz alta algunos de los cuentos que recopilé, fueron ocasiones en las cuales absorbí las positivas reacciones del público invitado al que le había pedido me ayudara a definir cómo se estructuraría un libro con este material.

Los veranos en mi casa de la playa en East Haven estuvieron dedicados a convertir el material de las entrevistas en capítulos a un ritmo espantosamente lento de más o menos un capítulo por

verano. La erudición del antropólogo Rodrigo Montoya, del economista José María Caballero y del sociólogo Fernando Eguren fueron cruciales para entender la reforma, mis lecturas de sus trabajos y las conversaciones con ellos a través de los años se reflejan en el contenido de este libro. En Yale, le agradezco especialmente a Richard Burger, Jim Scott, Kay Mansfield y a los colegas del Programa de Estudios Agrarios. Natalia Sobrevilla y Vladimir Gil me escucharon paciente y alentadoramente. Benjamin Orlove leyó una versión preliminar del manuscrito y me dio un mensaje aprobatorio. César Rodríguez, bibliotecario y curador de la Colección Latinoamericana, fue también un gran apoyo. En 1997, Paul Gootenberg de la universidad estatal de New York en Stonybrook me invitó a dar una conferencia en su Centro de Estudios Latinoamericanos, y fue allí que puse a prueba el primer capítulo ante un público académico. Les agradezco a él y a otros oyentes que acogieron las presentaciones de posteriores capítulos en Hampshire College, Colby College, Fairfield University, Connecticut College, el Seminario del SEPIA en Trujillo, el Yale Agrarian Studies Program, el Centro de Estudios de América Latina de Pittsburgh y el Departamento de Antropología de Yale. Elisabeth Enenbach diligentemente trabajó conmigo en la edición del manuscrito en inglés, le agradezco por su minuciosidad y por prestar atención a que quede claro quién dijo qué, cuándo y a quién. A Aroma de la Cadena y Eloy Neira muchas gracias por traducirlo todo de regreso al ágil castellano del Perú.

Durante mis viajes de trabajo de campo no quise utilizar una cámara porque considero que la fotografía es una muleta del recuerdo, ya que fija los acontecimientos en el espacio y en el tiempo a través del lente de la cámara. Decidí en cambio salir en busca de imágenes producidas por otros durante los tiempos de la reforma agraria, lo cual resultó ser una tarea muy emocionante. Le agradezco al cineasta Federico García Hurtado, al reportero gráfico Carlos "El Chino" Domínguez, al artista Jesús Ruiz Durand, a Máximo Gamarra, a Hugo Neira y a Teo Chambi. También, al equipo de TAFOS (Taller de Fotografía Social), un proyecto que en los años 1980 y 1990 proporcionó cámaras a jóvenes de diversas comunidades para que fotografiasen lo que ellos consideraban importante y cuyos archivos ahora están guardados en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Brigitte Maass y Briklin Dwyer, gracias por las fotos que les pedí que tomaran. En Yale, Karina Yager y Mark Saba

elaboraron los mapas; William K. Sacco, Joseph Szaszfai y Jude Breidenbach de la Yale Media Services generaron las imágenes digitales de este libro.

Le debo también un agradecimiento especial a Valerie Millholland de Duke University Press por el apoyo desde el inicio para que la publicación se haga realidad en ambos idiomas. A los amigos del CEPES, Juan Rheineck y Fernando Eguren. Al equipo del IEP encabezado por Marcos Cueto; a Mariana Eguren y Odín del Pozo, gracias también. Asimismo a las personas que colaboraron en la producción del libro: Jesús Ruiz Durand en la carátula, Silvana Lizarbe en la diagramación y José Ramírez en la corrección.

El trabajo de edición de la versión en español fue financiado gracias a un apoyo del Institute for Social and Policy Studies y el Whitney and Betty McMillan Center for International and Area Studies ambos de la Universidad de Yale.



Mapa 1. Mapa del Perú con los principales lugares mencionados en el libro

Introducción

LA FUENTE PRINCIPAL de este libro son las memorias de sus protagonistas. Durante el trabajo de campo realizado entre 1995 y 1996, viajé por todo el Perú en compañía de Danny Pinedo llevando conmigo una pequeña grabadora portátil para entrevistar a personas que habían vivido en los años de la reforma agraria (1969-1999). Esta idea nació dos años antes cuando, estando en Lima, un amigo me preguntó sobre mi siguiente proyecto de investigación y le dije que sería sobre la reforma agraria. El gesto de disgusto expresado en su rostro me hizo cambiar de opinión y me corregí a mi mismo: “No sobre la reforma, sino sobre la historia de la reforma”.

Se alegró, me dijo que ese era un tema interesante e inmediatamente emprendió una larga y detallada narración de la manera en la que la reforma agraria lo había afectado personalmente. Fue fascinante. Me di cuenta entonces que la idea de recopilar testimonios o historias orales (prefiero llamarlos cuentos) tenía un gran potencial. En comparación con las presentaciones áridas llenas de estadísticas y análisis de clase, típicas de la literatura sobre la reforma agraria peruana, los cuentos que recopilé eran tan vívidos que resolví que todo el proyecto se apoyaría en las memorias que tiene la gente sobre la reforma.

Con el apoyo de una beca Guggenheim y de un año sabático ese año llevé a cabo la mayor parte de las entrevistas. En ese momento Danny Pinedo era un estudiante que había acabado sus estudios en la Facultad de Antropología de la Universidad San Marcos de Lima, aceptó participar en este proyecto. Yo estaba afiliado al Centro Peruano de Estudios Sociales (CEPES) cuyos miembros conocen bastante bien las condiciones rurales del Perú, previas y actuales.

Por muchos años he mantenido mi interés en la reforma agraria; los colegas del CEPES me ayudaron a hacer un esbozo preliminar de los lugares y los temas sobre los que me interesaba hacer las entrevistas. Seleccioné lugares que recordaba debido a su notoriedad dado que eran emblemáticos del proceso de reforma o porque eran lugares con los que tenía familiaridad gracias a anteriores trabajos de campo. Para cada lugar, Danny y yo revisamos la historia local de la zona y realizamos una búsqueda bibliográfica en las bibliotecas de las universidades locales. Posteriormente identificamos a potenciales entrevistados y después de seguirles la pista y convencerlos de que nos contasen sus cuentos, los entrevistamos. Terminamos haciendo 80 entrevistas, cada una de 90 minutos, las mismas que se centraron en torno a una hacienda, una región o un proceso en particular. Tratamos de recopilar material con tantas versiones como perspectivas fuera posible. Entrevistamos individualmente a ex hacendados, a personas que ejecutaron las expropiaciones, a funcionarios del gobierno, a políticos locales y a líderes campesinos, activistas, funcionarios de cooperativas y familias campesinas de cada región. Una vez transcritas las entrevistas, enviamos una copia de la transcripción a cada una de las personas entrevistadas y les pedimos que hicieran comentarios, correcciones o que eliminaran lo que no les parecía pertinente. Todo esto ha sido incorporado en las transcripciones finales.¹ También les indicamos que usaríamos

1. Nota sobre la traducción de las entrevistas y el uso de los nombres: No he sido capaz de incorporar todo el material de las entrevistas en este libro. Una vez que las entrevistas fueron transcritas, retomé el texto y añadí notas y aclaraciones o eliminé divagaciones irrelevantes. Estas transcripciones fueron enviadas a las personas entrevistadas para que incorporaran sus comentarios. Traducir e incorporar un texto oral en un relato escrito tiene sus propias dificultades. Mi objetivo era transmitir el cuento, el tono emotivo de la narración y su potencial dramático. La traducción es, por lo tanto, libre y selectiva, sin alterar la intención que tuvo la comunicación del entrevistado conmigo. En algunos casos he vuelto a narrar lo que me contaron, en otros he seleccionado una parte particularmente convincente y he usado citas en bloque para resaltar los puntos importantes o para recrear diálogos con otras personas que mis entrevistados recordaron y reprodujeron en la grabación. Al escribir, presté mucha atención a la presentación de diferentes voces sin tener que recurrir, necesariamente, a textos literales. En cada capítulo opté por cambiar la forma de presentar los recuerdos de las personas.

En el Perú, en el diálogo cotidiano y en las narraciones, muchos interlocutores prescinden del nombre completo y hacen solo referencia al apellido paterno

sus nombres a menos que prefirieran mantenerse en el anonimato (solo dos personas optaron por esta última alternativa). Danny fue un buen compañero de viaje, un gran colega intelectual y un antropólogo comprometido.

Memoria

Pero ¿qué es una memoria? En cierto sentido es una manera de revivir el pasado. Siempre está vinculada a un estado emocional. Durante las entrevistas, cuando la gente comenzaba a sentirse cómoda con la grabadora y conmigo, podía detectar el momento en que realmente estaban recordando. Comenzaban abstrayéndose de lo que las rodeaba y aparecía un brillo en sus ojos. Por delante de ellos pasaba la vivencia de instantes que fueron cruciales en sus pasados, muchos de los cuales fueron muy penosos. Cargados de emoción y llenos de sentimientos revivieron estos momentos a medida que me contaban sus cuentos y encontraban mi plena empatía. Transpiraron, lloraron, levantaron la voz e incluso rieron con cierta vergüenza. Estos momentos fueron como sueños que luego pudieron ser recuperados a través de algunos indicios en sus narraciones. Comencé a darme cuenta de que estos momentos especiales de remembranza habían llegado cuando la persona comenzaba a añadir detalles contextuales para corroborar el tiempo y el espacio. Se daba un claro posicionamiento del narrador del cuento frente a otra persona. Recordaban o (más probablemente) reconstruían un diálogo digno de ser citado. Siempre estaba en juego un tema moral o ético en el cual el narrador asumía la actitud “ética” y el interlocutor citado la postura menos ética. La trama de cada cuento

(como cuando se dice, Velasco); se usan los nombres de pila para dar a entender una mayor familiaridad (Juan); y en ocasiones los dos apellidos completos para dar a entender una especie de menosprecio (como por ejemplo, Juan Francisco Velasco Alvarado). El nombre completo también se usa para denotar autoridad al mencionarse los vínculos genealógicos con ancestros importantes o en contextos oficiales o legales. También se recurre a apodosos o abreviaciones de los nombres de pila (“Pancho” en el caso de Francisco) o motes graciosos y expresivos (como en, el “Chino Velasco”). Dado que en este libro se mencionan tantas personas es difícil evitar el tedio que implica mantener una forma constante. Por lo tanto, los personajes principales se presentan al inicio de cada capítulo con sus nombres completos, si es que estos se conocen; más adelante, en el texto, se combinan los nombres de pila con los apellidos paternos.

giró alrededor del intento del narrador de salvaguardar su propia dignidad personal. El narrador le pedía al antropólogo que participe de su afrenta moral de cara a una acusación injusta, un trato inequitativo, una indignidad sufrida o una injusticia flagrante. Este momento con frecuencia estuvo seguido de una risita amarga.

Mis grabaciones no fueron neutrales ni sin restricciones. En ocasiones hice cuestionamientos duros y apelé a una vaga estructura de los principales sucesos de la reforma agraria para inducir al narrador a tratar otros temas. Ninguno de los cuentos que recopilé fue neutral frente a la reforma agraria; no encontré a ninguna persona que quisiera contarme que estaba contenta con la manera en la que se desarrolló. Si bien la mayoría coincidió en que el país necesitaba una reforma agraria en ese momento, discreparon acerca de la forma en la que esta se llevó a cabo. Pude observar que las condiciones materiales, sociales y económicas de mis entrevistados han sido mejores después de la reforma agraria. Esto es cierto en el caso de los campesinos; también se cumple para muchos, aunque no para todos los hacendados cuyas tierras les fueron expropiadas que se trasladaron a la ciudad y se dedicaron a otros negocios; o para los dirigentes, muchos de los cuales trabajan actualmente en temas de desarrollo para las ONG. Los funcionarios del gobierno, ahora jubilados, recuerdan los errores que se generaron luego de la adjudicación de las tierras a las cooperativas, o cómo desde sus cargos de poder vieron todo lo que fue saliendo mal a pesar de las supuestas buenas intenciones y de los esfuerzos sinceros.

Sería ingenuo creer que la gente me dijo la pura verdad, y aún más inocente, pensar que las experiencias personales representan procesos sociales mayores desencadenados por el proceso masivo de expropiación y redistribución de tierras iniciado por el gobierno militar revolucionario de Juan Velasco Alvarado en 1969, un proceso que duró 30 años. Me percaté de esto cuando comencé a escuchar ciertos cuentos que me eran relatados en gran medida como si fueran experiencias propias, y que eran repetidos por otros como si a ellos también les hubiesen sucedido. Por ejemplo: Rafael Seminario, un terrateniente acosado por juicios relacionados a la expropiación de su hacienda, cruzó la plaza de Armas de Piura y un niño lustrabotas lo abordó.

—Señor, ¿le lustro?

—¡No!

—¿Le quito la tierrita?

—¡Ah! ¿tú también me quieres quitar mi tierra?

Este chiste resulta mucho más efectivo si es contado como si uno lo hubiera experimentado personalmente. Las personas que entrevisté mezclaban memorias personales, experiencias compartidas, opiniones populares producidas en esos tiempos o posteriores elaboraciones colectivas, ejemplos acertados tenidos en mente como anécdotas aleccionadoras, chismes sin confirmar y opiniones políticas. Todo esto se iba mezclando en un cóctel de significados que se vertía en mi grabadora. Viendo que era imposible e innecesario hacer clasificaciones o separar lo verdadero de lo exagerado, le presté más atención a la calidad narrativa y a lo que la anécdota buscaba ilustrar.

Me interesaba evocar la manera en la que las vidas de las personas habían cambiado a consecuencia de la reforma y la forma en la que ellos habían experimentado personalmente los eventos importantes. ¿Qué es lo que los peruanos recuerdan de la reforma cuando retroceden en el tiempo y cómo la evalúan? Los cambios erráticos en la política del gobierno y los actos de resistencia definieron contextos y circunstancias de actuación. Yo estaba interesado en documentar los tumbos de la vida de diferentes tipos de individuos a través de un lapso de 30 años de reforma y la manera en la que la gente se ha desenvuelto en esos años difíciles. Tumbos de la vida no sería un equivalente a “trayectorias profesionales”, sino más bien la manera en la que uno sobrevive cuando recibe golpes a lo largo de una sucesión de cambios bastante bruscos.

Todos sabemos que la memoria es selectiva y cambia según el contexto, éste no es necesariamente el tema de este libro. Así como las varias entrevistas radiales recopiladas por Studs Terkel en *Hard Times* (1971) sobre los años de la depresión en los Estados Unidos brindan una atmósfera, un colorido y un contenido humano a eventos de gran escala, mi intención fue ir hilvanando las memorias para convertirlas en una narrativa mayor. Sin embargo, cuando traté de imitar el estilo de Terkel me di cuenta de que sus libros son efectivos solo si el lector tiene un cierto conocimiento de los antecedentes o del contexto en el que ocurrieron los eventos que los individuos están evocando. En otras palabras, si es que existe una memoria colectiva que refleja y refracta la propia memoria de la persona. En el caso de la reforma agraria peruana, no existe un “cuento oficial”,

menos aún una “historia” de la reforma o del gobierno izquierdista militar de Velasco que pueda configurar algunos lineamientos que orienten las propias remembranzas de la gente.

Por el contrario, el actual entorno neoliberal ha satanizado al gobierno de Velasco culpándolo de todo flagelo que sobrevino en el Perú y que requiere ser reparado. Los editoriales de los diarios se burlaban de los “socialistas de guayabera” (por las típicas camisas cubanas de seda que se convirtieron en el atuendo simbólico de los izquierdistas en el Perú) y la cara adusta de Velasco con frecuencia fue reproducida para recordarle a la gente los errores de su régimen. Hacia mediados del gobierno de Fujimori, cuando me encontraba realizando las entrevistas para este libro, el estado de ánimo se fue volviendo sombrío conforme la sociedad se iba dando cuenta de la devastadora destrucción y del número de víctimas ocasionadas por la insurrección del grupo maoísta Sendero Luminoso. Hubo generadores de opinión que circularon la acusación de que el régimen de izquierda de Velasco había dado lugar a la terrible insurrección de Sendero Luminoso. Mi investigación terminó en diciembre del 2000 antes de que en el Perú se estableciera la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, que entre sus actividades llevó a cabo audiencias a nivel nacional, algunas de las cuales fueron televisadas. Solo entonces se hizo evidente la terrible realidad de lo sucedido. En ese momento, dar testimonio y decir la verdad se convirtió en parte del proceso nacional de entendimiento y reflexión. Los cuentos de la gente común y corriente comenzaron a cobrar importancia de manera significativa.

No obstante, durante el tiempo en el que estuve realizando las entrevistas la situación era diferente. Existía un fuerte afán por mantenerse en silencio y olvidarse del conflicto armado interno. Esto tenía que ver con el reciente desmoronamiento de Sendero Luminoso y la forma en que esto ocurrió. La gente estaba emergiendo de la guerra y los sucesos todavía estaban muy a flor de piel como para recordarlos sin dolor, terror y miedo a las consecuencias que pudieran generarse si uno hablaba. Esto tenía que ver con la forma en la que Sendero Luminoso se había desmoronado, con deserciones, informantes, penas carcelarias arbitrarias tanto para los culpables como para los inocentes, una política de olvidar los malos tiempos y poco deseo de querer rendir cuentas. Todo esto comenzó a revertirse cuando la Comisión de la Verdad y Reconciliación inició

su trabajo. Esta atmósfera sombría puede haber teñido los recuerdos de la gente acerca de la reforma agraria previos al periodo de violencia política.

La investigación sobre la memoria viene al rescate del olvido y del dejar de recordar deliberado, este libro pretende hacer esto rememorando lo bueno, lo malo y lo feo a través de las narraciones de la gente que vivió en esos tiempos. Confío en que cada lector, sin importar cuál sea su posición política actual o su opinión general acerca de la reforma agraria, pueda sentir empatía con uno o varios de los personajes de los cuentos personales que he seleccionado para que formen parte de este libro. Lamento haber tenido que dejar de lado muchos cuentos, pues hubiera sido extremadamente largo y el proceso de redacción habría sido aún más difícil de lo que imaginé. Esta no es una historia de la reforma agraria, es más bien una invitación a los lectores a recordar y reflexionar, a contarse unos a otros más cuentos de aquellos tiempos, a hacer reminiscencias y a sopesar lo que fue importante para ellos y para la nación en tanto acontecimientos que se desarrollaron desde hace cuarenta años. Muchos de los lectores habrán nacido después de la época de Velasco y se preguntarán cómo fueron esos tiempos. Con este libro, los abuelos, los padres, las madres y los niños pueden sentirse animados a rememorar.

Los temas agrarios han producido buenos cuentos; sin embargo, estos son difíciles de escribir. Busqué modelos literarios que me orientaran. Me reconfortó saber que a Nikolai Gogol le resultara difícil escribir *Las almas muertas* (2008 [1842]) a tal punto que nunca lo terminó (el libro acaba en una frase inconclusa mientras que la segunda parte de la trilogía fue destruida por el autor). Mezclando la sátira, el absurdo y la farsa hilarante, Gogol narra cómo Chichikov, el corrupto protagonista, visita fincas rurales en decadencia con el fin de comprar las almas de los siervos muertos y en el proceso, retrata de manera inolvidable la Rusia rural de su época. George Orwell en *Rebelión en la granja* (1984) utiliza la alegoría para referirse a las traiciones y dificultades que surgen en virtud de la colectivización de las granjas, pero el libro fue secuestrado con el propósito de hacer propaganda anticomunista. Por otra parte, *Fanshen, A Documentary of Revolution in a Chinese Village* (1966), de William Hinton, es un extraordinario recuento de un observador participante sobre la reforma agraria en la aldea de Long Bow

en China después del triunfo alcanzado por Mao con la revolución de 1947. Para mí estas fueron lecturas obligadas en la medida que como antropólogo estaba viviendo otra reforma agraria en el Perú de los años 1970. Los tratamientos del género literario realista que ilustran un microcosmos también constituyeron modelos para el autor peruano Ciro Alegría, quien, escribiendo con un estilo indigenista produjo en *El mundo es ancho y ajeno* (1941) una épica pueblerina sobre la heroica resistencia de una comunidad contra las intenciones perversas del hacendado. En esta obra el bien y el mal quedan claramente delineados. En *Yawar fiesta* (1941), José María Arguedas apoyándose en personajes más complejos utiliza el contexto local de Puquio, en Ayacucho, para desplegar un retrato psicológico más matizado y profundamente conmovedor de hacendados, campesinos y pobladores atrapados por el conflicto y el odio.

La lectura del libro de V.S. Naipaul, *India: A Million Mutinies Now* (1990), me ayudó a dar forma a mis cuentos para todo un país proporcionándome otro modelo. Naipaul permite que sus entrevistados hagan uso de la palabra, pero él ordena el cuento, elige el contexto en el cual los deja hablar y decide la secuencia de eventos con el fin de narrar el ascenso político del fundamentalismo religioso. A Naipaul no le gustó la India que vio en 1990 y en su obra destila su malestar, su aversión y su punto de vista europeo conservador a través de los cuentos y las observaciones que hace a las narraciones de las personas. En cambio, yo quiero a mi país, estuve entusiasmado por la perspectiva de que una reforma agraria pudiera constituir un cambio para mejor y me molestó que no funcionara, me horroricé con la violencia y las muertes que ocurrieron posteriormente. Sin embargo, a diferencia de Naipaul, con los recuerdos que la gente compartió conmigo, intento una visión más positiva de la reforma agraria que la que actualmente está de moda.

Cada capítulo constituye un cuento, casi literalmente. Tiene una estructura narrativa, personajes, descripciones, diálogos, así como un inicio, una parte central y un final. Construí los cuentos a partir de las entrevistas, memorias e informes de mi trabajo de campo, utilizando también trabajos académicos. En cada cuento sigo en gran medida la secuencia cronológica del proceso de reforma, entrelazando los distintos puntos de vista de mis entrevistados con mis propios comentarios académicos. Yo soy el narrador. Le doy forma a estos cuentos a partir del material de las entrevistas e

incluyo igualmente mis propias memorias. Sin embargo, he intentado mantenerme en el trasfondo, dejando que sea la gente la que narre. Cuando fue necesario, establecí relaciones entre ellos a fin de mantener la fluidez de la narración. También he hecho comentarios en las notas para contextualizar y ampliar lo que no era posible incluir en el texto principal y a fin de ofrecer una guía bibliográfica comentada acerca de los temas mencionados en el texto principal. En las notas también incluyo las menciones que se hacen acerca de la reforma agraria en la literatura, el cine y en los testimonios con el fin de explorar el grado en el que la reforma se ha vuelto parte del entorno cultural pasado y presente.

Si bien la literatura testimonial ha sido significativa en el Perú, solo tres publicaciones abordan las particularidades de la reforma de Velasco: Lino Quintanilla (1981) miembro de Vanguardia Revolucionaria (VR), quien se sintió decepcionado por los fracasos posteriores, le contó al antropólogo Rodrigo Montoya cómo abandonó su empleo y su familia de clase media baja, y que se casó con una mujer campesina para ayudar a los campesinos a organizar las tomas de tierras en Andahuaylas en la sierra sur del Perú en 1974. Charlotte Burenus (2001) publicó otro testimonio en el que Zózimo Torres da cuenta del auge y ocaso de la cooperativa Huando. Ella es la nieta de los propietarios de la hacienda, él es un dirigente sindical de los trabajadores de la misma hacienda. Los antropólogos Ricardo Valderrama y Carmen Escalante (1986) publicaron las amargas memorias de un pongo sobre la crueldad de una mujer —casi de mente y enferma— propietaria de una hacienda poco antes de que la reforma agraria le expropiara sus tierras en el departamento de Huancavelica. Mi libro espera animar a otras personas a que realicen sus propios relatos para enriquecer nuestra comprensión del turbulento Perú del siglo XX.

El primer capítulo presenta el contexto en el que se desarrolló el régimen de Velasco y ofrece una visión general de la reforma agraria, sus antecedentes, su ejecución y las posteriores dificultades. Finaliza con un balance retrospectivo muy positivo de la reforma realizado por un miembro del gobierno de Velasco, Francisco Guerra, un especialista en ciencias políticas a quien entrevisté en 1996. La estructura de la historia de la reforma agraria es más bien simple y puede ser contada fácilmente. El sistema de hacienda que se había desarrollado a partir de la sociedad colonial peruana

fue extremadamente injusto y opresivo. Los campesinos y los trabajadores lucharon contra él durante siglos y los intelectuales lo denunciaron desde hace mucho, mucho tiempo. La tierra estaba sumamente concentrada en las grandes haciendas. Si bien la primera reforma agraria en América Latina llegó con la Revolución Mexicana de 1910, la época de las reformas agrarias llegó al resto del continente tras la Segunda Guerra Mundial. En el Perú, los movimientos campesinos masivos de los años 1950 y 1960 empujaron finalmente al primer gobierno de Fernando Belaúnde Terry a aprobar una ley de reforma agraria en 1964. Pero la aplicación de esa reforma fue lenta e ineficaz. Belaúnde fue derrocado por un gobierno militar de izquierda encabezado por Juan Velasco Alvarado en 1968, quien posteriormente puso en práctica un drástico y profundo programa de expropiaciones a partir de 1969. Las tierras expropiadas fueron luego adjudicadas colectivamente bajo la forma de cooperativas. Evitando las formas más drásticas de colectivización ejecutadas por los comunistas en la Unión Soviética y en los países de Europa del Este que cayeron bajo el dominio del bloque soviético, las cooperativas fueron un modelo más moderado, aunque impuesto, de cambio social que propiciaron intelectuales de tendencias izquierdistas en Latinoamérica en el periodo de la posguerra. Sin embargo, el modelo peruano de cooperativas agrícolas no prosperó y comenzó a tambalear. En 1980, cuando el país retornó a un gobierno civil, los miembros de las cooperativas se organizaron para dismantelarlas y distribuirse la tierra entre ellos. Este libro pone de manifiesto las luchas que tuvieron lugar para dismantelar las empresas colectivas que habían inventado los tecnócratas del régimen militar, con total buena fe, para proyectar un nuevo tipo de sociedad en base al proceso de reforma.

Cada capítulo, por lo tanto, habla de las expropiaciones, las experiencias de los modelos cooperativos de experimentación social, la posterior desilusión de la gente cuando los experimentos fracasaron y los consiguientes esfuerzos realizados por los miembros de las cooperativas para asumir el control de las tierras sin intervención del gobierno. Así, expropiación, adjudicación y descolectivización, son tres fases del proceso. Sin embargo, los detalles específicos acerca de cómo fue el desenlace en cada lugar constituye el material de los cautivantes cuentos que he conseguido reunir.

CAPÍTULO 1

Reformas agrarias

Regímenes presidenciales y candidatos en orden cronológico

MANUEL PRADO UGARTECHE, 1939-1945. Presidente conservador aliado con la oligarquía.

VÍCTOR RAÚL HAYA DE LA TORRE, (1895-1979. Fundador del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana); candidato presidencial permanente perseguido y amnistiado, cuyo programa incluyó reivindicaciones radicales de reformas agrarias.

MANUEL ODRÍA AMORETTI, 1948-1956. General conservador opuesto a la reforma agraria.

MANUEL PRADO UGARTECHE, 1956-1962. En su segundo período, enfrentó levantamientos campesinos masivos en la región del Cusco.

JUNTA MILITAR encabezada por el general Ricardo Pérez Godoy, 1962-1963. Se instaló para manejar un proceso electoral fallido; declaró una reforma agraria circunscrita al departamento del Cusco para contener los levantamientos campesinos

FERNANDO BELAÚNDE TERRY, 1963-1968. Presidente elegido, puso en marcha la primera reforma agraria.

JUAN VELASCO ALVARADO, 1968-1975. General del Ejército, encabezó el Gobierno Militar de las Fuerzas Armadas.

FRANCISCO MORALES BERMÚDEZ CERRUTI, 1975-1980. General del Ejército, derrocó a Velasco y dio inicio a la “segunda fase” del régimen militar revolucionario.

FERNANDO BELAÚNDE TERRY, 1980-1985. Reelegido, autorizó la disolución de las cooperativas agrarias y dirigió la finalización de las políticas reformistas del gobierno anterior; se inicia el levantamiento armado de Sendero Luminoso en Ayacucho.

ALAN GARCÍA PÉREZ, 1985-1990. Primer presidente del APRA elegido; trató de encausar oficialmente el rápido colapso de las cooperativas creadas por la reforma agraria en la sierra y apoyó medidas políticas y económicas para consolidar algunas de las organizaciones agrarias creadas por el régimen de Velasco. También hizo frente al embate de la insurgencia de Sendero Luminoso; fue reelegido en el 2006.

ALBERTO FUJIMORI, 1990-2000. Presidente elegido; puso en marcha políticas neoliberales y revirtió los decretos de la reforma agraria aún vigentes, autorizando la propiedad privada ilimitada y la venta de las tierras; privatizó las cooperativas azucareras en quiebra. En 1992, durante su gobierno, se arrestó en Lima al líder de Sendero Luminoso y se dio muerte a los secuestradores de los rehenes de la embajada japonesa dando fin a los levantamientos armados en 1997; renunció en el 2000 en medio de una masiva corrupción.

La Revolución de Velasco

El gobierno de Juan Velasco Alvarado (1968-1975) fue revolucionario para su época. Por primera vez el Perú se enfrentó a los intereses de las empresas extranjeras que disfrutaban de arraigados privilegios. Su nacionalismo fue distinto pues incluyó tanto a las poblaciones indígenas, andinas y populares, como también sus problemáticas culturales ampliando así el imaginario colectivo de nación. Puso en marcha un serio intento de redistribución de los ingresos y organizó una serie de programas para los pobres de la ciudad y de las zonas rurales. El crecimiento así como el impacto de las empresas estatales

y los programas de sustitución de importaciones se promocionaban como acertados en otros países latinoamericanos; los esfuerzos que realizó el Perú parecían adecuados para esos años. Oponerse a las políticas de la Guerra Fría y de la Cortina de Hierro para establecer relaciones con la China de Mao, la Unión Soviética y los países del Bloque del Este, así como mantener relaciones amistosas con Cuba (junto con los no alineados) eran decisiones bastante progresistas. El régimen es recordado sobre todo por la ejecución de la reforma agraria más radical de América Latina, tema de este libro. Esta se llevó a cabo sin derramamiento de sangre.

La revolución desde arriba comenzó en la madrugada del 3 de octubre de 1968. Un cuerpo de élite de *rangers*, ingresó a Palacio, detuvo a un sorprendido presidente Fernando Belaúnde y lo deportó en un avión a Buenos Aires. Al general Velasco el jefe de las fuerzas armadas y a su pequeño grupo de conspiradores se le unieron altos oficiales de la Fuerza Aérea y de la Marina para crear el “Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas”, el mismo que se mantuvo en el poder a lo largo de doce años.

Su legado sigue siendo controvertido, pero no hay duda de que el viraje inicial de los militares hacia la izquierda y la ejecución de reformas radicales en prácticamente todos los aspectos de la vida social, económica y política fueron un hito importante para el país. Durante los siete años de gobierno de Velasco los militares pusieron en marcha rigurosamente, a través de métodos verticales, corporativistas y no democráticos, un cúmulo de medidas de reforma profundamente radicales. Estos cambios que llegaban uno tras otro, rápidamente y sin previo aviso, dejaron desconcertados y confundidos a los ciudadanos. Dirk Kruijt (1989, 1994), sociólogo holandés, acertadamente la calificó como una “revolución por decreto”.

Era la segunda vez en cinco años que una junta militar había intervenido para solucionar un problema que los regímenes civiles no habían podido resolver. El gobierno de Belaúnde había sido bloqueado por una coalición parlamentaria que, de manera perversa, impidió la aplicación de las reformas que había prometido en sus campañas electorales. El gobierno de Velasco fue más allá y llevó adelante muchos de los sueños transformadores que los progresistas habían anhelado desde hacía décadas. Introdujo también innovaciones tales como la participación de los trabajadores en la industria —aunque

esta reforma se desvaneció— que fue un intento interesante de reducir las grandes desigualdades de ingresos y las distancias existentes entre las clases sociales que formaban parte de la herencia del pasado colonial, aristocrático y oligárquico republicano del Perú.

No obstante su obsesión por controlarlos, la junta militar amplió la participación política de los sectores sociales que tenían una inadecuada representación o no estaban representados. Las clases populares de las ciudades, de los pueblos rurales, de las comunidades indígenas y de los barrios marginales se vieron involucrados en proyectos y programas que, en última instancia, promovieron su incorporación como ciudadanos. El gobierno los trató con un respeto nunca antes visto, desalentando formas de injusticia social y de humillación que anteriormente habían sido cotidianas. Al mismo tiempo, el estilo de Velasco le cortó las alas a las élites, desbaratando su confianza en sí mismas, así como los privilegios que daban por sentados, en parte ridiculizándolas y en parte a través de la imposición de formas de trato más horizontales y más populares aplicables para todos (es decir, para aquellos que no usaban uniforme). Fue el primer gobierno en llevar a cabo una importante redistribución de los ingresos en una sociedad de grandes desigualdades. Acabó con todas las formas de servidumbre en las haciendas rurales, un cambio trascendental en la historia de los Andes, similar a la abolición de la esclavitud en las Américas. Le restó importancia a las cuestiones étnico-raciales que dividen a la sociedad peruana descartando la palabra “indio” y empleando, en cambio, el término “campesino”, más neutral y basado en el sistema de clases sociales.

Sin embargo, esto se hizo de una manera que produjo malestar y reacciones negativas. Se crearon nuevas organizaciones con tantas siglas que parecían sopa de letras, cada una de las cuales era controlada por un militar sentado en el puesto de control ejerciendo la función de supervisor, mediador o director. No obstante, dentro de las instituciones locales debía funcionar una especie de democracia supervisada, con los menos poderosos ubicados en la parte superior (que si excedían las restricciones establecidas por el gobierno se veían sujetos a una “intervención”). La burocracia gubernamental y las empresas estatales crecieron enormemente e invadieron nuevas esferas de la vida; todos los funcionarios de bajo rango asumieron el aire de un sargento de cuartel. Dominaba la escena un machacón aparato de propaganda nacionalista, lo que iba emparejado con una

prensa cada vez más amordazada, y que fue expropiada seis años después del golpe. Las ideas o las personas de la oposición fueron etiquetadas como contrarrevolucionarias o denunciadas como peli-grosas. Una atmósfera paranoica generada por la ubicuidad de las organizaciones del servicio secreto de investigación exacerbaba la cultura política. El debate público, aunque no estaba prohibido, era restringido. El debate privado, por otra parte, era intenso. El subterfugio y la intriga, así como la imposición de las nuevas medidas revolucionarias sin previo aviso con la intención de desequilibrar a las fuerzas de la oposición, fueron frustrantes e inmovilizaron todos los ámbitos de la vida de la población, incluso la de aquellos que apoyaron —a menudo críticamente— las medidas impuestas.

Fue sobre todo un período en el que la actividad gubernamental estuvo impregnada por un complejo discurso tecnocrático. Las medidas de reforma se pusieron en marcha a través de la imposición de “modelos” basados en la creencia que se podía diseñar y hacer cumplir una fórmula científicamente correcta para cambiar el carácter y el comportamiento humano; así se lograría la reducción de los conflictos, las desigualdades de clase y la consiguiente cohesión social. Los revolucionarios de Velasco deseaban utilizar la ingeniería social para crear un nuevo peruano nacionalista y orgulloso, que participara plenamente en una sociedad y una economía humanitarias que no eran ni capitalistas ni comunistas, sino intensamente nacionales y patrióticas.

Mi inicio profesional siendo un joven antropólogo coincidió con el único encuentro que tuve con Velasco. En 1971, él inauguró el Congreso de Americanistas en el que presenté mi primera ponencia. Unos doscientos estudiosos extranjeros y locales nos encontrábamos sentados en un patio universitario; en un tabladillo levantado debajo una carpa, el general vestido de uniforme verde, estaba rodeado de otros dignatarios también uniformados. Sentado con él estaba José Matos Mar antropólogo y coordinador del Congreso junto con un grupo de eminentes investigadores. Luego del himno nacional y de otras formalidades, Velasco con una voz áspera de fumador dio inicio a un breve discurso que fue interrumpido por una protesta encabezada por Jacqueline de la Puente, la viuda francesa del líder guerrillero Luis de la Puente Uceda. Personal de seguridad vestido de civil y escondido entre el público se levantó inmediatamente y empezó a avanzar. Matos tenía conocimiento previo de esto, y le

pidió al general si un vocero del grupo podía decir unas palabras. El general aceptó. El lingüista Alfredo Torero le solicitó a Velasco, dado que era un revolucionario, la amnistía de los guerrilleros del 65 que estaban encarcelados y que habían luchado por los mismos ideales que él tenía. Él respondió de una forma amigable diciendo que los prisioneros habían sido juzgados en los tribunales y por lo tanto tenían que cumplir sus condenas. Señaló también que lo pensaría. La ceremonia continuó. Sin embargo, tan pronto como el presidente se retiró, aquellos a quienes el servicio secreto había visto murmurando y rodeando a Jacqueline fueron arrestados. Al día siguiente, Matos Mar tuvo que interceder para que fueran puestos en libertad. Un par de meses más tarde, se les concedió la amnistía a los guerrilleros.

La popularidad del Chino Velasco¹ (un apodo que rápidamente quedó establecido a causa de sus ojos rasgados) entre las clases bajas, los trabajadores y los campesinos creció poco a medida

-
1. Velasco fue una persona intensa. Amigos y enemigos reconocieron su talento natural y nadie dudaba de su sinceridad. Ejercía una autoridad particular y esperaba que otros lo siguieran. Su vida personal fue modesta y privada: vivió en su casa, se desplazaba diariamente a Palacio de Gobierno y pasaba los fines de semana con su familia. Era desconfiado. Nació en Piura en 1910 en una familia de origen humilde se sentía a gusto relacionándose personalmente con la gente sobre todo con los campesinos, trabajadores, maestros que acudían a Palacio a mostrar su agradecimiento; pero era rígido en situaciones formales y no era un buen orador. La mejor semblanza de Velasco como líder puede encontrarse en el capítulo 4 de *La Revolución por decreto* (1989, 1994) de Dirk Kruijt, un excelente estudio de una carismática dictadura militar. Alfonso Baella Tuesta, un acérrimo oponente de Velasco, periodista y director de un periódico, compiló *El poder invisible* (1976). Este libro, con fotos de periódicos, recortes de diarios, relatos personales y una diestra redacción, constituyó una descripción extremadamente negativa del régimen y su líder, se convirtió en una lectura predilecta de los sectores antivelasquistas de la sociedad peruana. Para dar cuenta del clima político de Lima durante la época de Velasco no hay mejor libro que el de Guillermo Thorndike, *No, mi general* (1976). Escrito como una novela, es un recuento del año que Thorndike pasó como director de *La Crónica*, uno de los periódicos expropiados. María del Pilar Tello, periodista, publicó en *¿Golpe o revolución?* (1983), sus largas entrevistas con catorce militares retirados vinculados al régimen velasquista. Para conocer los enfoques de las ciencias sociales de esa época está el libro de Alfred Stepan, *The State and Society: Peru in Comparative Perspective* (1978), y los volúmenes editados *The Peruvian Experiment* (Lowenthal 1975) y *The Peruvian Experiment Reconsidered* (McClintock y Lowenthal 1983), para citar solo algunos pocos.



Figura 1.1 El General Juan Velasco Alvarado encabezando un mitin en Lima el 7 de junio de 1975. Archivo del fotógrafo Carlos Domínguez. (© CARLOS DOMINGUEZ)

que fue poniendo en marcha reformas que los beneficiaban. La mitad de la clase media lo detestaba (a pesar de que se beneficiaron con la ampliación de las oportunidades de empleo) y los terratenientes tenían motivos suficientes para temerle pues los había atacado frontalmente. Los industriales estaban divididos: la mayoría estaba en contra, mientras que aquellos que colaboraron con él se enriquecieron. Las empresas extranjeras dedicadas a la producción para la exportación fueron expropiadas, pero aquellas empresas industriales e instituciones financieras que se adecuaron a las condiciones de un programa de industrialización por sustitución de importaciones, tuvieron un lugar en la nueva economía. Los partidos políticos se quedaron en el limbo y se clausuró el Parlamento. La oposición civil no recibió un buen trato. Los sindicatos organizados afiliados a partidos de izquierda se dividieron como consecuencia de la creación de organizaciones paralelas que estaban a favor de Velasco y fueron desmovilizados a través de rudas tácticas. La amenaza de la bota militar siempre estuvo presente. El régimen deportó a personas o las destituyó de sus cargos, cerró instituciones problemáticas o, como una medida de control político, creó otras instituciones paralelas

que compitieron con ellas. Sin embargo, si bien su régimen fue represivo, no encarceló a muchas personas ni mató a ninguna. Amigos míos peruanos usaban una expresión graciosa, ellos decían que la de Velasco fue una *dictablanda* y no una *dictadura*.

La vida cultural fue nacionalizada, favoreciendo la presentación de artistas folclóricos peruanos. La cerámica artesanal se puso de moda en las cenas de gala en reemplazo de la loza importada, mientras que los jóvenes velasquistas se ponían ponchos y tocaban quenas en el distrito limeño de clase media de Miraflores. Las instituciones gubernamentales incorporaron abiertamente elementos culturales incas e indígenas en sus imágenes, nombres y símbolos. El fútbol también fue absorbido por la revolución cuando el equipo nacional jugó la Copa Mundial en México 70 (¡Viva el Perú, carajo!). Santa Claus fue prohibido como símbolo del consumismo americano, y fue sustituido por el Niño Manuelito para celebrar una Navidad peruana más auténtica. Los militares también hicieron alarde de sus propios privilegios y los sedanes Dodge Coronet (ensamblados en el Perú) se convirtieron en un símbolo común de estatus militar. En este período, se registró también un sorprendente desarrollo del debate intelectual con énfasis en las ciencias sociales contagiando a las esferas pública y privada de la cual yo fui un miembro privilegiado. Podía explicarles a otros lo que supuestamente significaba un “cambio irreversible en la estructura de la sociedad” y por qué los militares decían que permanecerían en el poder hasta ese entonces. ¡Lo que me complacía!

Me crié en Huancayo, ciudad de la sierra central del Perú, mis padres fueron europeos de clase media. Ellos a menudo visitaban a los hacendados en sus propiedades; tanto el disgusto de mis padres como el mío ha persistido por la forma en que la gente indígena era tiranizada, a tal punto que, cuando fui adolescente, quería ser periodista para denunciar las injusticias. Sin embargo me convertí en antropólogo graduado en la Universidad de Cornell. En ese entonces, Cornell había establecido fuertes vínculos intelectuales con el Perú alrededor de temas de economía, ciencias políticas, sociología y antropología. Me sentí atraído por esta universidad porque el profesor Alan Holmberg y su colaborador peruano Mario Vásquez, habían iniciado un ensayo sobre una hacienda alto andina, Vicos, donde los siervos habían sido liberados, acción que quería mostrarse como un modelo de cómo ejecutar una reforma agraria exitosa (Mayer 2006).

En la escuela de postgrado, siguiendo el pensamiento progresista de los estudios latinoamericanos de los años 60, concluía cada documento que escribía acerca del Perú exigiendo una auténtica reforma agraria como una condición previa necesaria para el desarrollo y la integración social. Hacía gala de una barba y de una cabellera larga y ensortijada. En 1969 regresé al Perú para hacer trabajo de campo etnográfico por un año en una comunidad campesina indígena bilingüe en los Andes centrales. Por esa época me afilié en Lima al Instituto de Estudios Peruanos (IEP) y a la Universidad Católica (PUCP), lugares ambos en los que el debate a favor, en contra y sobre las reformas del gobierno militar era intenso. Compartí en Miraflores un departamento con mi hermana casada y con muchos estudiantes extranjeros graduados que investigaban diferentes aspectos de la revolución de Velasco. Nuestra casa era un foro de intenso debate. En principio yo estaba de acuerdo con los objetivos de la reforma del gobierno, aunque era crítico de la forma en la que se llevaban a cabo. No formaba parte activa del régimen ni de ningún partido de oposición de la izquierda; sin embargo, era emocionante vivir una revolución.

En febrero de 1973, Velasco sufrió una inesperada enfermedad grave. Un aneurisma le exigió transfusiones de sangre y la amputación de una pierna. Aunque se recuperó, su liderazgo se vio debilitado tras reasumir el cargo. Se quedó aislado y se volvió tan desconfiado que su prestigio y poder se vieron socavados. El núcleo interno de los generales revolucionarios fue desplazado por oficiales de la Fuerza Aérea y de la Marina con menos fervor revolucionario. En 1975, fue derrocado por un golpe interno encabezado por el general Francisco Morales Bermúdez. El régimen de este último, entre 1975 y 1980, si bien declaró que continuaría con la revolución original —se llamó “segunda fase”— en realidad dio marcha atrás. Abrumado por problemas económicos (tuvo que recortar gastos y devaluar la moneda), rodeado de dictaduras hostiles en Brasil, Chile, Argentina y Ecuador; incómodo por sus relaciones con Estados Unidos y los acreedores internacionales; y enfrentado a extendidos disturbios internos y con la oposición, el gobierno de Morales Bermúdez se volvió mucho más represivo que el de Velasco. Aislado y enfermo, Velasco falleció el 24 de diciembre de 1977. Para sorpresa de todos, setenta mil personas asistieron a su entierro.

Las estadísticas sobre derechos humanos del período de Morales Bermúdez no se han publicado, pero las transgresiones contra los sindicatos, así como las persecuciones y detenciones arbitrarias fueron frecuentes. Se suspendieron las garantías constitucionales y durante meses Lima vivió bajo un estricto toque de queda. A pesar de esta atmósfera represiva, crecieron las protestas contra las medidas del gobierno, las que culminaron en dos impresionantes paros generales el 19 de julio de 1977, y el 27 y 28 de febrero de 1978. Diez días después del primer paro, Morales Bermúdez anunció que los militares tenían la intención de regresar a sus cuarteles. En 1978 convocó a elecciones para una Asamblea Constituyente que presida por un añejo Haya de la Torre, aprobó una nueva Constitución en 1979. Las elecciones generales se celebraron en mayo de 1980 y el anteriormente depuesto Fernando Belaúnde asumió un nuevo gobierno civil el 28 de julio de 1980.

En 1978, en los días más sombríos de la segunda fase, me ofrecieron un trabajo en México. En el aeropuerto, donde era necesario hacer varios papeleos para demostrar la conformidad con las restricciones monetarias, los impuestos, los depósitos legales y trámites por el estilo, el funcionario de migraciones colocó mis documentos doblados dentro de mi pasaporte. A continuación me los devolvió diciendo: “Felicitaciones señor Mayer, se va del país. Me gustaría poder irme con usted”.

Ese día los empleados públicos habían hecho una gran manifestación para protestar por el despido del 30% de los empleados.

En 1994, 16 años más tarde, yo estaba en Piura, lugar de nacimiento de Velasco. Quería ver la casa donde había vivido en su juventud en el barrio pobre de Castilla, la parte “fea” de la ciudad. Preguntando por la dirección, me habían disuadido de seguir buscando. “Es una zona peligrosa y no es segura para personas como usted”, me dijo un hombre, “además, no hay nada que ver”, agregó. Era cierto, en todo Piura no había un solo monumento de Velasco; ninguna calle, plaza o puente llevaba su nombre. Había muchas estatuas de Miguel Grau; sin embargo, el Chino era recordado en secreto en los barrios y en las zonas rurales. Los posteriores regímenes de Belaúnde, García y Fujimori, con una cultura popular promovida oficialmente, han hecho todo lo posible para revertir sus políticas y para borrar su memoria.

La Reforma Agraria

La década de 1940 y principios de los años 1950 fueron tiempos en los que los intelectuales de América Latina, Europa y Estados Unidos se dedicaron al estudio, a la denuncia del predominio del régimen latifundista y dieron inicio a un debate sobre su transformación. En la región andina, donde la mayoría de los siervos y las poblaciones rurales también eran indias, los abusos de los que habían sido objeto fueron considerados particularmente atroces. Dadas las connotaciones racistas de ese entonces, los propietarios argumentaron que no sería adecuado dividir las tierras entre los indios ignorantes y primitivos de las haciendas sin antes educarlos, de lo contrario eso daría lugar a una fragmentación de la propiedad y a una baja productividad. José Carlos Mariátegui (fundador del Partido Socialista Peruano) ya había sostenido lo contrario allá por 1928. Él había señalado que el “problema del indio” (qué hacer respecto a la integración de la población indígena rural) era un problema de la tierra y no solo un problema cultural o de educación. Él y otros antiguos pensadores socialistas, como Hildebrando Castro Pozo, también consideraron que la tradición andina del colectivismo podía adaptarse a los modernos latifundios para ser transformados en cooperativas sobre la base de las comunidades, así como en pequeños minifundios que igualmente podían ser integrados.²

2. La mención obligatoria de Mariátegui fue de suma importancia durante los años 60 y 70. En el segundo de sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), “El problema de la tierra”, las referencias a la estructura agraria son claras: El régimen liberal republicano no había liquidado el feudalismo (el latifundio y la servidumbre indígena) como se hubiera esperado luego de alcanzada la independencia de España. La división de la tierra en pequeñas unidades privadas, proceso que debería haber sido consumado por el estado liberal independiente, ya era algo desfasado para su tiempo (1930). Las especificidades del pasado incaico le otorgaron al sistema agrario un carácter especial: “la supervivencia de la comunidad y de elementos de socialismo práctico en la agricultura y la vida indígenas” (1979: 32). Mariátegui cita extensamente los estudios de Castro Pozo (1924, 1936) para reforzar la hipótesis de que el ayllu indígena (las unidades territoriales y de parentesco prehispánicas que continuaron existiendo durante el siglo XX) era capaz de transformarse en una cooperativa socialista. Mariátegui señaló también que los latifundios azucareros y algodóneros de la costa, no obstante ser capitalistas, dependían de los deseos imperialistas para realizar sus productos y no resolvían el problema de una adecuada fuerza de trabajo ni las necesidades alimentarias de la

Para estudiosos, políticos y tecnócratas, en el denominado sistema de hacienda tradicional o feudal arraigado en las regiones de la sierra del país era donde se hacía más notoria la necesidad de una reforma. El prototipo casi mítico de la hacienda serrana pertenecía a un propietario ausente, era administrada por un empleado local y tenía una población de siervos indígenas (llamados colonos o yanacunas) a quienes se les permitía cultivar productos y criar animales en las tierras del dueño a cambio de trabajo en las propias tierras de la hacienda. Debido a que los hacendados obtenían la renta a partir de sus propiedades y teniendo en cuenta que los siervos no eran libres de trasladarse a otros lugares, las palabras feudal o semifeudal se usaban para describir las condiciones despóticas y de explotación en las que operaban estas haciendas, independientemente de los pagos simbólicos en dinero o en hojas de coca que la hacienda denominaba “salarios”.³ Una reforma que aboliera la servidumbre

nación. Este fue el molde básico que alimentó el debate ideológico durante la década de 1930, cuando Mariátegui se enfrascó en una discusión enérgica con los ideólogos apristas Haya de la Torre y Luis Alberto Sánchez sobre la manera de entender el problema agrario y el rol que las comunidades indígenas podrían tener en la reestructuración agraria. En la época de Velasco, el debate sobre el papel de Mariátegui en la caracterización de la sociedad peruana fue uno de los resurgimientos ideológicos más importantes, el mismo que estuvo alimentado por la pretensión revolucionaria del régimen (la cual no tuvo un sólido respaldo teórico) entrando en una vigorosa disputa con aquellos que alegaban ser los auténticos revolucionarios. Fue también el período de florecimiento de una segunda generación de marxistas peruanos que necesitaban referirse a su fundador. Sobre este tema, el trabajo académico más serio e importante es el del historiador Alberto Flores Galindo, *La agonía de Mariátegui* (1991). Todos los grupos de izquierda, independientemente de sus desacuerdos ideológicos internos, se inician con Mariátegui, incluso Sendero Luminoso.

3. Desde mis años de estudiante he valorado aquellas tempranas narraciones acerca de las condiciones de vida en las haciendas serranas. Moisés Sáenz fue un intelectual mexicano enviado al Perú para informar acerca de las condiciones de vida de los indios. Incluyo un pequeño extracto de su texto *Sobre el indio peruano* (1933:172): “El feudalismo persiste hasta nuestros días. [...] Anco es un pueblecillo situado en la carretera entre Mejorada y Ayacucho, habitado por los siervos de dos haciendas, que colindan con el mismo pueblo, dividiéndolas una calle. Nada me ha recordado los tiempos del Medievo más que este sitio. Todo él está empapado de un tinte conventual y arcaico; la gente parece toda pertenecer a una cofradía; son en efecto una cofradía de siervos. Nos encontramos a un mocetón que por su aspecto hubiera podido caracterizar a maravilla en Manelick de “Tierra Baja” [obra de teatro por el autor Catalán Angel Guimera 1897]. Le preguntamos en qué trabajaba, casi no pudo hablarnos, pero una mujer nos

y buscara la desaparición de la hacienda tradicional podría, por lo tanto, eliminar una fuente de vergüenza con la que cargaba la sociedad peruana entre las naciones latinoamericanas.

En contraposición, las comunidades indígenas de campesinos libres (aquellos que no estaban vinculadas al peonaje de la hacienda), con un pasado institucional arraigado en el sistema colonial de poblaciones tributarias, obtuvieron una cierta protección estatal en la década de 1920. En ese momento, el gobierno comenzó a reconocer oficialmente los territorios de propiedad colectiva de origen colonial (los indios que hacían la solicitud tenían que demostrar que habían ocupado sus tierras “desde tiempos inmemoriales”) en los cuales los comuneros cultivaban las tierras individualmente y pastoreaban sus animales en los pastos naturales de la comunidad. La tierra era de propiedad comunal pero cada familia tenía acceso a muy poco de ella, la pobreza endémica es una característica de las comunidades indígenas. Estas comunidades habían sido objeto de despojo por parte de los terratenientes expansionistas y habían litigado y resistido heroicamente. Cuando se comenzó a hablar de reforma, estas comunidades fueron consideradas junto, con los siervos de las haciendas, como beneficiarias legítimas y probadas de la restitución de las tierras.

Hubo otras cuestiones relacionadas con la tierra que para los intelectuales requerían una reforma. Con el auge de los mercados mundiales de productos primarios como el azúcar y el algodón (las

dijo en quechua que era un muchacho de las confianzas del amo, que trabajaba a su servicio. “¿Cuánto gana?” le preguntamos, “no gana nada” nos contestó, “es que sus padres también estuvieron al servicio del amo”... Encontramos por la carretera a un indio anciano, caminaba con su hija, muchacha de unos veinte años. Ella llevaba el sombrero cubierto de flores amarillas que había cortado por el camino; parecía una pastora de la Edad Media. Le preguntamos de qué pueblo eran y nos contestaron: “somos de don Guillermo Pacheco”... Este señor dueño de gentes, es el hacendado de Llacria; sus siervos, según esto, saben de quién son pero no dónde viven” (Saéñz 1933: 171-2).

La Organización Internacional del Trabajo le encargó a Moisés Poblete Troncoso que hiciese un informe sobre las condiciones de trabajo de los indios peruanos. Su informe, *Condiciones de vida y de trabajo de la Población Indígena del Perú* (1938) es un frío expediente en el que describe las condiciones en las que trabajaban los indios, junto con una larga lista de aquellas leyes del código civil que estaban siendo violadas. Siempre me fascinó la contradicción entre la práctica generalizada de explotación de cara a una legislación benevolente o protectora que nadie hacía cumplir. ¡Su recomendación fue que hagan más leyes!

plantaciones azucareras eran por lo general de propiedad extranjera) se desarrolló una economía capitalista de plantación en los desiertos irrigados de los valles costeros. Los pequeños minifundistas sentían la amargura de la expansión territorial de las plantaciones a expensas suyas, además de las prácticas de explotación laboral a las que se vieron forzados a medida que se fue consolidando la proletarianización. Las clases terratenientes gobernaron con mano de hierro y dominaron la política regional. Las plantaciones fueron atacadas por intelectuales de izquierda como claros ejemplos de los efectos distorsionadores del capitalismo y del imperialismo, que en su búsqueda de materias primas baratas imponían una asfixiante dependencia a los países subdesarrollados productores de esos productos. Los intelectuales de derecha, por su parte, veían estas empresas positivamente: como representativas del progreso tecnológico, de la incorporación del Perú a la modernidad y una fuente de divisas; por lo tanto, consideraban que no se requería una reforma. Así, las reivindicaciones de la reforma agraria en el Perú tuvieron razones diversas en las diferentes regiones y clases sociales. En la sierra, el argumento progresista sostenía que era necesario abolir el feudalismo con el fin de lograr el desarrollo capitalista. En la costa, el argumento socialista insistió en que los propietarios de las plantaciones tenían que ser expropiados debido a que eran demasiado capitalistas.

La forma en que estas ideas se transformaron en leyes, programas y políticas será revisada brevemente a continuación. De acuerdo con la tradición popular de recordar los periodos de los regímenes presidenciales, destacaré los principales aspectos de la reforma agraria en orden cronológico, utilizando como encabezamiento los gobiernos que estuvieron a cargo de ellos. Empezamos a finales de la década de 1950 e inicios de los años 1960.

***Manuel Prado, 1939-1945; Manuel Odría, 1948-56;
Manuel Prado, 1956-1962***

Si bien los elementos conservadores antirreforma mantuvieron su fuerza entre 1939 y 1962, también se fueron acumulando serios problemas para el *status quo*. Tal como el historiador Peter Klaren (1973) ha demostrado, la expansión de las haciendas azucareras en la costa norte facilitó el nacimiento, en 1924, del partido radical

Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA); su fundador, Víctor Raúl Haya de la Torre, incluyó en su plataforma demandas de reformas agrarias. Proscrito por el dictador militar Manuel Odría en 1948 el partido pasó a la clandestinidad, mientras que una sucesión de dictaduras civiles y militares, apuntaladas por una alianza entre la oligarquía de las plantaciones costeras y las clases terratenientes regionales de la sierra, gobernaron el país durante 23 años. Apelando a la represión de los disturbios en las zonas rurales y urbanas y a la persecución de los dirigentes sindicales postergaron cualquier tipo de reforma. En virtud de un acuerdo para apoyar la elección de Manuel Prado para un segundo mandato, al partido aprista se le permitió retornar a la legalidad en 1956; muy golpeado y sediento de poder comenzó a hacer concesiones en contra de sus principios fundacionales y de su esencia reformista. Sin embargo, durante esos años el APRA y el Partido Comunista apoyaron silenciosamente las luchas campesinas contra los propietarios de tierras en las zonas rurales y promovieron la sindicalización de los trabajadores de las plantaciones costeras.

Los socialistas de aquellos tiempos sostenían que uno no podía transformar un régimen agrario sin antes haber realizado una revolución como aquellas de México, Rusia o China. Por otra parte, los marxistas pensaban que podían lograr esta revolución a través de la exacerbación de los conflictos agrarios. Había llegado el momento. Durante la revolución de 1952-56 en Bolivia, se había puesto en marcha una violenta reforma agraria dirigida por el MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario) con invasiones masivas de haciendas. En 1959, Fidel Castro había expropiado las haciendas azucareras cubanas después de su triunfo y, sin duda, el Perú iba a ser el siguiente país en aplicarla. Pero las reformas agrarias también tuvieron una tendencia conservadora. Los aliados habían ganado la Segunda Guerra Mundial, pero esta victoria dio lugar a la Guerra Fría. En Japón y Corea del Sur, Estados Unidos aplicó reformas agrarias para despojar del poder a las clases aristocráticas terratenientes con la esperanza de crear una clase de familias agricultoras, progresistas-conservadoras y democráticas siguiendo una imagen ideológica propia de su desarrollo histórico en las regiones del norte, centro-oeste y las grandes planicies (las plantaciones esclavistas del sur habían sido desintegradas luego de la Guerra Civil con Estados Unidos). Durante el mismo período, al otro lado de la

Cortina de Hierro, en Rusia y China, la reforma agraria significó la colectivización y la intervención estatal en los países de Europa oriental que habían caído bajo la influencia soviética.

En el momento más álgido de la Guerra Fría y en la competencia por lograr esferas de influencia en Latinoamérica, Estados Unidos planteó alternativas a la convulsión comunista; su demanda por una redistribución de la tierra manejada administrativamente fue una prioridad consagrada en el programa de la Alianza para el Progreso de John F. Kennedy. Este fue suscrito en 1961 en Punta del Este, Uruguay, por los gobiernos latinoamericanos como una medida destinada a evitar la expansión del comunismo; fue en este mismo encuentro que se expulsó a Cuba de la Organización de Estados Americanos (OEA). Acto seguido la OEA creó un organismo intergubernamental denominado Comité Interamericano para el Desarrollo Agrícola (CIDA) con sede en Chile y dirigido por Solon Barraclough.⁴ Sin duda, el Perú fue considerado por el CIDA como

-
4. Solón Barraclough (1922-2002), un economista americano, fue el activista intelectual detrás del movimiento de las reformas agrarias latinoamericanas. Barraclough fue un ardiente defensor del Nuevo Trato (*New Deal*). Educado en Harvard, rápidamente se metió en problemas por buscar igualdad de oportunidades para los negros en el departamento forestal del estado de Tennessee. En 1961 trabajaba para la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), en Chile. Tras bambalinas él ideó la alta prioridad que el programa de la Alianza para el Progreso le otorgó a las reformas agrarias en la Conferencia de Punta del Este, a la cual todos los gobiernos de América Latina le dieron un apoyo poco entusiasta. Richard Gott, al escribir su obituario, señala que, bajo la dirección de Barraclough los detallados estudios realizados por el CIDA acerca de la situación de la tenencia de la tierra en media docena de países de América Latina “son reconocidos ahora como la pieza tal vez más importante y valiosa de la investigación socioeconómica del S. XX en América Latina. Sin la visionaria insistencia de Barraclough en la investigación como factor clave para la acción posterior, a pesar de la oposición sobre el terreno y dentro de la burocracia de la FAO, estos estudios nunca se hubieran iniciado” (Gott 2002: 2). También colaboró estrechamente con el régimen de Eduardo Frei en Chile, el cual dio inició a una reforma agraria que continuó durante el gobierno de Salvador Allende. Con el golpe de estado de Pinochet, la reforma revirtió, la tierra fue devuelta a sus propietarios y el instituto cerró. Barraclough se estableció luego en Ginebra, donde se convirtió en el director del UNRISD (Instituto de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social). El artículo que escribió con Arthur Domike, *Agrarian Structure in Seven Latin American Countries* (1964), es clave, ya que establece el argumento de la conveniencia y viabilidad de las reformas agrarias.

muy maduro para una reforma agraria. Publicó un exhaustivo estudio de 500 páginas denominado *Tenencia de la tierra y desarrollo socio-económico del sector agrícola-Perú* (Inter-American Committee on Agricultural Development 1966) que se convirtió en el documento fundamental que todas las personas consultaban y citaban. La realización del estudio tomó todo un año e involucró la participación de una serie de expertos peruanos e internacionales. Tal como deja en claro el informe, la diversidad climática e histórica del Perú había producido uno de los sistemas de tenencia de la tierra más complejos y desiguales del continente. A partir del análisis del censo agropecuario de 1961 que incluyó a todas las unidades agrícolas, el CIDA las dividió en cuatro tipos, teniendo en cuenta principalmente el tamaño de las unidades. Estas iban desde el gran latifundio (propiedades privadas o corporativas) hasta las propiedades familiares campesinas individuales, para terminar con aquellas unidades cuyas tierras eran tan pequeñas que las hacían inviables como explotaciones agrícolas. Asimismo, consideró de utilidad distinguir las condiciones entre la región costera industrializada y aquellas de las tierras altas más tradicionales y atrasadas.

Como puede observarse en el cuadro 1.1 con relación a la fértil zona de costa irrigada, el CIDA calculó que para 1961, menos de mil grandes propiedades (denominadas por el CIDA unidades multifamiliares grandes) poseían el 80% de la superficie de la tierra. Las chacras medianas manejadas técnicamente, consideradas por todos como socialmente deseables, representaban tan solo el 4% del total de unidades y abarcaban tan solo el 6% de la tierra. Las unidades familiares pequeñas, de tres a diez hectáreas, constituían el 11% de las unidades y representaban solo el 4% de la tierra. La categoría de las unidades casi sin tierra (el CIDA las denominó unidades subfamiliares), con menos de tres hectáreas de terreno, constituía el mayor número de unidades, 83,2% del total, pero detentaban tan solo el 10% del total de la tierra. El proceso de concentración de la tierra había sido impulsado por una burguesía agraria nacional y extranjera, una poderosa clase capitalista con una fuerte presencia institucional en los asuntos de gobierno.

El CIDA calculó que las tierras de la sierra del Perú, como se muestra en el cuadro 1.2, tenían trece veces el número de unidades agrícolas de la región costera, pero quince veces más tierra. Sin embargo, la mala distribución era tan evidente como lo era en la costa.

CUADRO 1.1 COSTA

PERÚ: VALORES ESTIMADOS DEL NÚMERO Y DE LA SUPERFICIE DE LAS UNIDADES AGROPECUARIAS SEGÚN SU CATEGORÍA ECONÓMICA EN LA REGIÓN DE LA COSTA, 1961

SISTEMA DE TENENCIA	UNIDADES AGROPECUARIAS				
	NÚMERO		SUPERFICIE		
	Total	%	Total (miles de ha)	%	Promedio (en ha)
Multifamiliar grande (> de 500 hectáreas)	920	1,7	1036,0	80,0	1126,1
Multifamiliar mediano (10 a 50 hectáreas)	2000	3,7	78,0	6,0	39,0
Familiar (3 a 10 hectáreas)	6200	11,4	52,0	4,0	8,4
Subfamiliar o cercano a sin tierras (< de 3 hectáreas)	45.200	83,2	129,0	10,0	2,9
TOTAL	54.320	100,0	1295,0	100,0	23,8

Fuente: Elaborado por el CIDA en base a los datos del Primer Censo Nacional Agropecuario, los documentos de la CRAV, el estudio de casos CIDA/IRAC y a algunos informes regionales. Página 56 Tenencia de la tierra y desarrollo socioeconómico del sector agrícola – Perú
ha = hectárea de tierra irrigada

Las grandes haciendas multifamiliares solo representaban el 1% de los casi tres cuartos de millón de unidades, pero controlaban el 75% de la tierra. En el otro extremo del espectro, 590.000 familias con terrenos muy pequeños tenían el 4,7% de la tierra. Los fundos familiares representaban tan solo el 12,5% de todas las unidades, abarcando menos del 5% de la tierra, con un promedio de 8,2 hectáreas por familia. Las comunidades indígenas oficialmente reconocidas en 1966 constituían el 0,1% de las unidades declaradas y tenían el 10% de la tierra, pero si se hubiera contado el número de miembros en cada una de ellas entonces, el número de unidades familiares por debajo del estándar hubiera sido mayor (las comunidades, invariablemente, incluían un gran número de las unidades familiares pobres).

Según el CIDA, muy pocas haciendas serranas se modernizaron a través del incremento de la productividad, el pago de salarios adecuados a los trabajadores o la prestación de los programas

CUADRO 1.2 SIERRA

PERÚ: VALORES ESTIMADOS DEL NÚMERO Y DE LA SUPERFICIE DE LAS UNIDADES AGROPECUARIAS SEGÚN SU CATEGORÍA ECONÓMICA EN LA REGIÓN DE LA SIERRA, 1961

SISTEMA DE TENENCIA	UNIDADES AGROPECUARIAS				
	NÚMERO		SUPERFICIE		
	Total	%	Total (miles de ha)	%	Promedio (en ha)
Multifamiliar grande	8912	1,3	11.450	75,0	1284,8
Multifamiliar mediano	19.100	2,7	760	5,0	39,8
Familiar	88.500	12,5	724	4,8	8,2
Subfamiliar o cercano a sin tierras	590.730	83,4	722	4,7	1,2
Comunidades	808	0,1	1604	10,5	1985,1
TOTAL	708.050	100,0	15.260	100,0	21,6

Fuente: Elaborado por el CIDA en base a los datos del Primer Censo Nacional Agropecuario, los documentos de la CRAV, los estudios de casos de CIDA/IRAC y a algunos informes regionales. Página 107 Tenencia de la tierra y desarrollo socio-económico del sector agrícola-PERÚ
ha = hectárea

Definiciones	Irrigado (ha)	Secano (ha)	Pasturas (ha)
Multifamiliar grande	> 100	> 100	> 2500
Multifamiliar mediano	10-100	50-100	500-2500
Familiar	3-10	10-50	100-500
Subfamiliar	< 3	< 10	< 100

educativos y de integración que establecía el gobierno para los indios siervos.

Un nuevo estudio de las condiciones de tenencia de la tierra basado en el censo agropecuario de 1972 encontró que el estudio del CIDA, tan universalmente aceptado, estaba errado para el caso de la sierra. José María Caballero, economista, se convirtió en el principal experto en reforma agraria en el Perú y uno de sus críticos más respetados, señala que las grandes haciendas no eran de ninguna manera la forma dominante de tenencia de la tierra en la sierra y que falsas impresiones habían dado lugar a opciones de política equivocadas. El

predominio de la hacienda era un mito y Caballero sugiere las motivaciones políticas y los errores estadísticos que lo produjeron:

Desde el punto de vista político, los sectores progresistas del país, a partir de distintas posiciones, consideraban —con justa razón— que los terratenientes serranos eran un lastre y una traba para el progreso, y en la medida que enarbolaban la reforma agraria como bandera de lucha, se inclinaban a promover una imagen abultada de la concentración de la tierra; de la misma manera que los terratenientes estaban interesados en presentar una imagen embellecida de sí mismos (Caballero 1981a: 93-94).

Caballero cuestiona el sentido simplista que los economistas del CIDA utilizaron con respecto a la medida de una hectárea. Dada la compleja ecología de la sierra, una hectárea de tierras con riego en condiciones climáticas favorables por debajo de los 3000 metros sobre el nivel del mar es equivalente a 51,6 hectáreas de pastizales de puna por encima de los 4000 metros. Utilizando estas equivalencias para corregir la información sobre la tenencia de la tierra en términos de hectáreas estandarizadas, Caballero (1981a: 96-103) encuentra que las unidades predominantes (98%) eran pequeñas unidades (desigualmente distribuidas entre un gran número de minifundios subfamiliares y familiares y un número más pequeño de fundos familiares de 2 a 50 hectáreas) con alrededor del 80% de la tierra. Por lo tanto, había un número mucho menor de grandes haciendas (incluso en hectáreas estandarizadas) que el encontrado por el CIDA. Estas, por lo general, se encontraban ocupando los pastizales de puna de las tierras altas dedicados a la crianza de ovejas. Si bien un propietario podía alardear socialmente de ser un hacendado, la cantidad real de tierras que él controlaba era mucho menor que lo que su título legal podía sugerir. La sierra enfrentó una escasez absoluta de tierras. La redistribución de tierras, por lo tanto, no iba a resolver muchos problemas ya que no había grandes cantidades para expropiar y para fines de la década de 1960 la hacienda como sistema económico se encontraba en franca decadencia. Sin embargo, el estudio que hizo Caballero en 1981 llegó doce años después de la expropiación; el mito imperante sobre el predominio de la hacienda en la sierra fue la idea orientadora que justificó la reforma agraria.

Una vez expropiadas las haciendas, el objetivo explícito de cualquier reforma era la puesta en marcha de una rápida modernización

de estas, lo cual, en cierta medida entraba en contradicción con los ideales de restitución de las tierras a las poblaciones indígenas. Optimistamente, los modelos con los que los reformistas trabajaron buscaban alcanzar ambos objetivos. Como veremos más adelante en este libro, la modernización del manejo de los pastos de altura de las punas se había puesto en marcha antes de la reforma agraria a través de un proceso abusivo de consolidación de tierras que afectó a las comunidades y a los siervos de las haciendas, causando preocupación a los agentes de la reforma con relación a la manera de proceder, se encontraban indecisos entre la restitución y la expansión de la modernización.

A fines de la década de 1950, el crecimiento demográfico en las zonas rurales frente a la limitada disponibilidad de tierras estaba generando una situación políticamente explosiva en la sierra. El creciente número de litigios, ocupaciones de tierras, conflictos entre comunidades y haciendas, y los enérgicos informes de los abusos cometidos por los hacendados se discutían ampliamente en los medios de comunicación y los círculos intelectuales. Al iniciarse la migración de un gran número de campesinos indígenas sin tierras a las ciudades y su consiguiente establecimiento en los barrios marginales que rodeaban a la ciudad de Lima, las élites gobernantes comenzaron a sentir temor y tuvieron la esperanza de que a través de la reforma agraria se pudiera frenar la masiva tendencia migratoria.

En 1959, durante el segundo gobierno de Manuel Prado se creó la primera comisión para estudiar una posible reforma agraria. Estuvo encabezada por Pedro Beltrán, premier conservador, prominente propietario de una hacienda algodonera en el valle de Cañete y dueño de un periódico. Como era de esperar, esa comisión y *La Prensa*, el periódico de Beltrán, informaron que en lugar de distribuir la tierra, el país debía centrarse en la apertura de nuevas tierras para la colonización en los territorios vacíos de la selva del país, así como en conseguir que el Estado desarrolle irrigaciones en la costa y ponga en marcha la tecnología de la revolución verde para mejorar la productividad en la sierra. La costa con sus plantaciones capitalistas era considerada intocable en la medida que estaba generando divisas.

Ascenso de Fernando Belaúnde y breve intervención militar, 1962-1963

A partir de 1956, el joven arquitecto arequipeño progresista Fernando Belaúnde Terry desafió a la oligarquía y compitió con el APRA a través de un nuevo partido político denominado Acción Popular (AP). Belaúnde pasó un año entero visitando como candidato cada pueblo, ciudad y lugar del Perú, prometiendo la reforma agraria y otras más. La reñida elección de 1962 entre Odría, Haya de la Torre y Belaúnde dio lugar a un golpe militar para romper el impasse y se convocó a elecciones en el plazo de un año. Para ese entonces, el malestar de los campesinos se había vuelto masivo en el departamento serrano del Cusco. La junta militar entró a la región con una campaña de represión para contener el movimiento. Esta junta también puso en marcha una reforma agraria que se limitó a una provincia del Cusco (La Convención). De esta manera, la primera experiencia de una reforma desde arriba desarrollada por un régimen militar sentó un precedente para la posterior reforma de Velasco.

Fernando Belaúnde, 1963-1968

Belaúnde redobló su campaña electoral, reafirmó su promesa de aplicar una reforma agraria y ganó las elecciones en 1963. En previsión, los campesinos en la sierra habían ocupado miles y miles de hectáreas en “invasiones” de tierras de haciendas que el candidato Belaúnde había aprobado, pero que el presidente Belaúnde tuvo que enfrentar debido a su ilegalidad y a las protestas de los terratenientes. En *Struggle in the Andes*, el científico político Howard Handelman señaló:

La movilización campesina de principios de 1960 fue, sin duda, uno de los movimientos campesinos más grandes en la historia de América Latina (1975: 121).*

En ese momento, los autores del informe CIDA (1966) consideraron la movilización de aproximadamente 300 mil campesinos en

* A lo largo del libro, las traducciones de las citas de obras en inglés son de Aroma de la Cadena y Eloy Neira (nota de los traductores).

la mayor parte de las serranías del Perú como una advertencia: los movimientos se estaban intensificando, escalando y radicalizando, se requería una solución en el plazo más urgente.

El APRA, perdedor en la contienda electoral, se unió a la oposición conservadora de Odría en el Parlamento abandonando sus principios reformistas una vez más. Belaúnde no tenía mayoría en el Congreso y las medidas de reforma de su régimen fueron constantemente bloqueadas en ese polémico Parlamento. Asimismo, en 1965, dos pequeñas guerrillas inspiradas en el Che Guevara establecieron tenuous puntos de apoyo en la sierra y la selva, lejos de Lima. Fueron rápidamente debeladas por los militares. Sin embargo, incluso los militares eran conscientes de que el tiempo se estaba acabando para realizar las reformas sociales necesarias en la sociedad peruana.

Belaúnde mantuvo su promesa. En agosto de 1963, un mes después de asumir el mando, presentó sus propuestas de ley de reforma agraria para que fueran debatidas en el Parlamento. Poco después, los otros partidos aportaron sus propias propuestas. La diversidad de intereses y el intenso debate produjeron una ley con concesiones mutuas que fue promulgada el 24 de mayo de 1964. Entre sus puntos fuertes, que entraron en vigencia inmediatamente, estuvieron la prohibición de servicios personales de cualquier tipo, el derecho de los campesinos a la propiedad plena de las parcelas que usufructuaban y la supresión de la condición de siervo (yanaconaje y colonato, el sistema mediante el cual se le concedía a una familia el uso de una pequeña parcela de tierra a cambio de trabajo obligatorio para el propietario). A los campesinos de las comunidades indígenas también se les garantizó la posesión comunal; la ley, además, les dio la primera prioridad en la adjudicación de tierras expropiadas con base a la necesidad probada y al despojo histórico previo demostrado.

Sin embargo fue una ley débil y difícil de aplicar. Los grupos conservadores de oposición introdujeron una serie de excepciones y brechas jurídicas que permitían a los propietarios de tierras minimizar el impacto de la ley. Las plantaciones de la costa productoras de cultivos de agroexportación fueron exceptuadas, lo mismo que aquellas haciendas de cualquier lugar del país con un funcionamiento "eficiente". La caracterización de una hacienda eficiente era algo imprecisa, por lo tanto, esta clasificación era un aliciente para impugnar la expropiación. A los terratenientes se les entregó también extensiones de tierra bastante generosas que podían mantener

para sí. Además, en el espíritu de la reforma, se les alentó a que parcelaran sus haciendas por iniciativa propia poniendo porciones de la hacienda a disposición de las familias sin tierra. La ley facilitó generosas medidas para compensar la expropiación de la tierra y del capital, convirtiendo cada expropiación en una propuesta costosa. Los aspectos procedimentales de la ley demandaban una compleja serie de medidas dirigidas a salvaguardar los derechos del propietario y apelaciones para impugnar las decisiones de los organismos encargados de la reforma. A la clase terrateniente, apoyada por sus bien pagados abogados, se le otorgó amplias posibilidades para proteger sus intereses y demorar las decisiones finales. Cada expropiación precisaba de un decreto presidencial. Tal como muestra Susana Lastarria-Cornhiel (1989), el ritmo de expropiación y adjudicación bajo el primer gobierno de Belaúnde fue extremadamente lento y su impacto mínimo.⁵

La ley de reforma agraria de Belaúnde había previsto el fomento de pequeñas y medianas explotaciones familiares dotadas cada una de propiedad privada plena. La ley de Belaúnde estipulaba que la cooperativización de las unidades se debía fomentar de forma voluntaria. Pero, tal como señaló el informe del CIDA (1966), no había suficiente tierra disponible para alcanzar estos nobles objetivos. El CIDA había calculado la tierra disponible o el número de hectáreas de las tierras de haciendas que podrían ser expropiadas y las comparó con el número de personas sin tierra que tenían derecho a una asignación de tierra, así como el tamaño mínimo de una explotación agrícola viable que debía entregársele a cada una de ellas.

5. Con la sabiduría que da la experiencia, la comparación entre las leyes de Belaúnde y Velasco y su ejecución revela ciertas ironías. Muchos de mis entrevistados miran atrás con arrepentimiento, pensando que quizás las leyes “más moderadas” de Belaúnde hubieran sido mejores que aquellas leyes “drásticas” de Velasco. Por otro lado, el régimen de Belaúnde fue lento y superficial en la ejecución de su programa, mientras que el régimen de Velasco se empeñó en una expropiación generalizada, así como en una rápida adjudicación y una pronta atención a la producción. Las acciones de Velasco carecieron de un marco jurídico claro, el régimen modificó las leyes dictadas en función de las circunstancias. Tal vez la ley de Belaúnde hubiera sido mejor si se aplicaba con el celo del ejército de Velasco. En el ensayo de 1989 de Susana Lastarria-Cornhiel *Agrarian Reforms of the 1960s and 1970s in Peru* y en el de José María Caballero acertadamente titulado *From Belaúnde to Belaúnde* (1981b) se pueden encontrar excelentes comparaciones entre las dos reformas agrarias.

Los números no cuadraban. Los economistas del CIDA predijeron que en la costa solo se lograría cubrir el 13% de la tierra requerida con relación a las tierras que podrían ser expropiadas. En la sierra donde el problema era más grave los cálculos indicaban que solo se dispondría del 4% de las tierras necesarias. Mientras que 150.000 familias podrían beneficiarse, 700.000 quedaban fuera de juego. La evaluación de Caballero (1981a) fue aún más grave en cuanto a lo que podría ser expropiado y distribuido, o para los efectos que una posible reforma podría haber tenido. Sin embargo, él escribió el libro con el beneficio de la visión en retrospectiva. Los expertos de Velasco eran conscientes de estas limitaciones y por lo tanto trataron de expropiar tanta tierra como pudieron.

Juan Velasco Alvarado, 1968-1975;
Francisco Morales Bermúdez, 1975-1980

En 1968, el régimen de Belaúnde se encontraba en graves dificultades. Polémicas controversias en el Parlamento, un presidente débil, incapaz de tomar decisiones, un cúmulo de escándalos y el mal manejo de una concesión petrolera hecha a una empresa de Estados Unidos condujeron a su derrocamiento. El 9 de octubre de 1968, seis días después del golpe de estado, las tropas ocuparon en Talara las instalaciones de la *International Petroleum Company*, empresa estadounidense, dando muestras de que este régimen militar sería muy diferente.

En un año llegó la segunda sorpresa: una ley de reforma agraria más radical y preparada en secreto.⁶ Comparada con la de Belaúnde,

6. La radicalización de la ley de reforma agraria fue la primera acción que el círculo de militares radicales y asesores civiles más cercano a Velasco impuso a los militares más reacios y tradicionales. En el capítulo 2 del libro *Agriculture, Bureaucracy and Military Government in Peru* de Peter Cleaves y Martin Scurrah (1980), se puede encontrar un recuento pormenorizado de la forma en que esto se logró. La Junta designó inicialmente como ministro de Agricultura al general José Benavides, hijo de un presidente militar y pariente de hacendados. El convocó a una comisión para reescribir la ley agraria. Sin embargo, un grupo de asesores civiles, entre ellos Benjamín Samané y Guillermo Figallo —quienes más tarde se convertirían en figuras claves de todo el proceso— manifestaron a algunos militares cercanos a Velasco sus preocupaciones por el debilitamiento de la nueva ley. Con conocimiento del presidente, estos generales tramaron un

esta ley no permitió excepciones e incluyó una expropiación punitiva en los casos en los que las condiciones sociales en las haciendas no hubiesen cumplido las normas vigentes. Las instalaciones agrícolas tales como los molinos de arroz o los ingenios azucareros eran consideradas parte de los bienes que podían ser expropiados.

La forma preferida de adjudicación fue la de las cooperativas administradas por los trabajadores. Las supercooperativas, como he denominado a las variantes diseñadas específicamente para la adjudicación de tierras a las comunidades indígenas de las haciendas ganaderas serranas dedicadas a la crianza de ovinos y ganado, fueron denominadas Sociedades Agrarias de Interés Social (SAIS) (en el capítulo 6 se aborda su funcionamiento). La tierra también fue adjudicada a las comunidades campesinas individuales con la firme exigencia de que no se fragmente la tierra, sino que se desarrolle un área colectiva con mejor tecnología y con una orientación hacia el mercado. A las familias que no pertenecían a una comunidad la reforma agraria las denominaba “grupos campesinos” con la esperanza de que en un futuro se organicen en una cooperativa o se conviertan en una comunidad campesina. La ley también estipulaba que las personas podrían convertirse en beneficiarios de las tierras adjudicadas. Un tribunal agrario especial sería instalado para encargarse de los litigios sobre la base de una burocracia de la reforma agraria más eficiente y mejor financiada. En ese tribunal, los terratenientes fueron tratados con poca simpatía. La compensación por las expropiaciones fue parca y pagada mayormente en bonos que podían ser canjeados por inversiones en la industria. La tierra

complot para socavar a Benavides. Su borrador de ley fue rechazado en una tensa reunión del Consejo de Ministros, aceptándose el acuerdo de redactar una nueva ley bajo la supervisión de COAP (Comité de Asesoramiento de la Presidencia de la República). El COAP era la instancia más importante de diseño de políticas del régimen y estaba compuesto por militares radicales cercanos a Velasco, así como por asesores civiles especialmente contratados. Conforme la nueva ley iba tomando forma a puerta cerrada, Benavides se vio obligado a dimitir. La nueva ley fue tan secreta que los que la escribieron no abandonaron el Palacio de Gobierno sino hasta que se aprobó en una tensa reunión del Consejo de Ministros que duró toda la noche del 23 de junio de 1969, amaneciéndose hasta el 24, el mismo día en que Velasco la dio a conocer. El secreto se debió a una posible oposición de parte de la Sociedad Nacional Agraria (SNA), que en ese momento era un poderoso grupo de presión capaz de influir en la formulación de políticas, especialmente a través de familiares de militares. El gobierno la clausuró en 1972.



Figura 1.2 El General Enrique Gallegos Venero, Ministro de Agricultura, abraza a un socio vestido con un atuendo típico durante la inauguración de una cooperativa en Nazca el 24 de junio de 1975. Archivo del fotógrafo Carlos Domínguez. (© CARLOS DOMÍNGUEZ)

adjudicada debía ser pagada al gobierno bajo la forma de una deuda agraria a lo largo de 20 años.

El 24 de junio, el solsticio de invierno del hemisferio sur, había sido consagrado a la celebración del Inti Raymi en Cusco y como Día del Indio en el resto del país. En 1969, Velasco escogió ese día para anunciar en Lima las nuevas leyes. En su discurso se dirigió a todos los trabajadores agrícolas independientemente de su estatus étnico denominándolos campesinos y les dijo: “Campesino, el patrón ya no comerá más de tu pobreza”. Dos días más tarde, el ejército ocupó las haciendas azucareras de la costa norte, mostrándoles a los propietarios que esta vez la reforma agraria iba a ser en serio. Diez años después, el gobierno había expropiado 15.826 propiedades y nueve millones de hectáreas. En comparación, durante el período anterior entre 1962 y 1968 Belaúnde había expropiado un millón de hectáreas correspondientes a 546 haciendas (Matos Mar y Mejía 1980: 171).

Pero la reforma de Velasco concentró y colectivizó la tierra. A través de la cooperativización, las quince mil unidades expropiadas

fueron consolidadas en 1708 adjudicaciones colectivas (reduciendo el número de haciendas anteriormente existentes a una novena parte). Trescientas mil familias (el doble del número que había calculado el CIDA) fueron nombradas beneficiarias al incluirseles como miembros de las cooperativas. Por lo tanto, lejos de distribuir la tierra, la reforma agraria consolidó la propiedad de la tierra, la mayoría de las veces en unidades grandes, difíciles de manejar y territorialmente dispersas que reunían dentro de sus fronteras una mezcla de formas diversas de tenencia y de sistemas de producción. La creación de estas nuevas cooperativas estuvo, por supuesto, acompañada de mucha retórica. Se les puso nombres de incas, de héroes de la resistencia indígena o de pensadores revolucionarios. Los generales asistieron a las ceremonias de adjudicación y en sus discursos afirmaron que la reforma agraria había expulsado a los dueños, había devuelto la tierra a quienes verdaderamente la hacían producir y había otorgado la autonomía a los campesinos; recalcaron que las cooperativas eran suyas para hacerlas prosperar. Mientras, los nuevos socios ovacionaban alegremente a los militares.

En la creación de este sistema el gobierno se planteó algunos objetivos muy claros que pueden resumirse brevemente como las intenciones detrás de la reforma.

En primer lugar, se debía evitar el retroceso tecnológico. Dado que en teoría cada hacienda constaba de un área centralizada, que funcionaba con mayor eficiencia técnica y rentabilidad que la otra, en donde los campesinos tenían sus parcelas de subsistencia, el sistema productivo central debía ser mantenido, mejorado y ampliado.

En segundo lugar, no iba a tener lugar ninguna distribución interna de la tierra, ya que cualquier crecimiento de unidades agrícolas en manos de campesinos ineficientes implicaría una pérdida de eficiencia técnica.

En tercer lugar, los beneficios de la reforma agraria se distribuirían entre los propietarios-trabajadores a través de los salarios, los servicios sociales, la distribución de ganancias o el apoyo para el desarrollo de los miembros de las comunidades, pero no a través de un mayor acceso a la tierra.

En cuarto lugar, la tecnología moderna, que supuestamente funcionaba en la zona central, iba a ser transferida a las tierras de los miembros individuales y a las comunidades integrantes de modo que, poco a poco, fuera creciendo el área colectiva eficiente y fueran

disminuyendo las parcelas de subsistencia de los campesinos, en la medida que ambas zonas se fueran integrando progresivamente. El dinamismo de la parte central de la empresa debía expandirse a las pequeñas explotaciones campesinas incluidas dentro de ella. De este modo, si todo iba bien, los campesinos con el tiempo renunciarían a sus parcelas de subsistencia y se convertirían en asalariados-propietarios a tiempo completo de sus cada vez más eficientes cooperativas.

En quinto lugar, la empresa se debería capitalizar a partir de los beneficios que se lograrían de las tierras colectivas, para proporcionar fondos de inversión a los sectores menos desarrollados de la unidad.

En sexto lugar, después de un período de gracia de cinco años, la unidad estaría en condiciones de empezar a pagar cuotas de la deuda agraria contraída con el Estado (en tanto destinatario de las tierras adjudicadas) a partir de las ganancias obtenidas de las tierras trabajadas colectivamente. Esta deuda debía ser reembolsada en un período de 20 años.

En séptimo lugar, los títulos de adjudicación no serían entregados a las nuevas unidades hasta que la deuda agraria no se terminara de pagar, hasta entonces el gobierno se reservaba el derecho de supervisar e intervenir si la cooperativa no avanzaba hacia los objetivos de la reforma agraria.

En octavo lugar, se podían incorporar muchos beneficiarios de la reforma agraria en cada adjudicación sin que fuera necesario preocuparse de los ratios gente-tierra o del tamaño viable de las unidades más pequeñas. Así, se podrían evitar las presiones políticas provocadas por las demandas de la gente que lo merecía pero sin suficientes tierras que asignar. Al hacer que muchas personas se convirtieran en miembros de una cooperativa y diciéndoles que ellos eran los propietarios, pero sin otorgarles nada de tierra, se lograría el noveno objetivo.

Noveno, los campesinos serían desmovilizados políticamente, dado que —en teoría— se les había entregado tierras. También se logró que las estadísticas dieran una buena imagen, por ende, la reforma se ganó el aplauso de expertos mundiales quienes elogiaron la radicalidad de la reforma agraria peruana que había entregado tierras a tantas familias. En el cuadro 1.3 se muestra uno de esos cuadros estadísticos, derivados de fuentes oficiales.

CUADRO 1.3

TIERRAS ADJUDICADAS Y FAMILIAS BENEFICIARIAS POR TIPO DE UNIDAD (1969-1978)

Tipo de unidad	Número	Extensión en hectáreas	% de tierra	N.º de familias	% de familias
SAIS	60	2.773.435	37	60.990	18
Cooperativas	502	2.127.166	29	103.699	31
Grupos campesinos	743	1.586.396	21	43.922	13
Comunidades	403	726.227	10	109.709	33
Individuos	--	190.317	3	15.878	5
TOTAL	1708	7.403.541	100	334.198	100

Fuente: Martínez Arellano 1980: 107.

Así, los problemas de presión sobre la tierra fueron transferidos sin resolver desde el antiguo e injusto sistema hacia las nuevas unidades adjudicadas. Pero a diferencia de los países comunistas, la reforma peruana en realidad no exigió el cumplimiento de la colectivización con tanta represión o fuerza bruta. Durante los diez años de régimen militar hubo muchos problemas y conflictos dentro de las cooperativas, problemas entre las cooperativas y sus vecinos hambrientos de tierras, y entre las comunidades y las cooperativas. El gobierno respondió con ajustes desde arriba hacia abajo amonestando a los miembros, reorganizando las cooperativas y rediseñando las empresas.

En general fueron muy pocas las cooperativas que prosperaron. Aunque es fácil documentar en qué medida se incrementaron los salarios y beneficios de los miembros durante algunos años, las propias empresas comenzaron a deteriorarse y a tambalear luego de un tiempo; las dificultades comenzaron cuando se hizo difícil pagar los costosos salarios de los miembros que habían sido aprobados con tanto entusiasmo en asambleas generales anteriores. Aquí no voy a abordar las razones de este deterioro porque los detalles se pueden encontrar en el capítulo 5. Basta decir que el Perú perdió sus lucrativos sectores exportadores algodónero y azucarero, y que aumentaron notoriamente sus importaciones de alimentos durante más de 20 años en lugar de estimular un saludable sector agrícola. Hasta mediados de la década de 1980, existen escasas estadísticas

positivas que se puedan mostrar, excepto aquellas de casi un tercio de las tierras del Perú que fueron expropiadas e incluidas en el sistema cooperativo.

Se crearon diversas instituciones burocráticas de servicios públicos para capacitar a los trabajadores de las cooperativas para que pusieran en funcionamiento comités comercializadores, comités de vigilancia de las cooperativas azucareras, empresas estatales de distribución de fertilizantes, entre muchos otros organismos similares. Algunos de ellos, especialmente el Banco Agrario, se convirtieron en obstáculos para el desarrollo de las cooperativas en lugar de fomentar su crecimiento. Su eficacia también se redujo en la medida que el dinero se agotaba a lo largo de las sucesivas crisis económicas. Ya bajo el régimen de Morales Bermúdez, entre 1975 y 1979, el entusiasmo por la reforma agraria fue disminuyendo y el gobierno retiró gran parte del apoyo que solía dar a las cooperativas bajo la forma de crédito, mercados y precios garantizados, asistencia técnica y respaldo político.

Los beneficiarios de la reforma agraria, principalmente los siervos de las haciendas serranas y los trabajadores de las plantaciones costeñas, inicialmente se entusiasmaron con la reforma, pero pronto comenzaron a irritarse a causa de las restricciones que se les imponían en sus cooperativas. La participación política en la Confederación Nacional Agraria (CNA) —la federación campesina impuesta por el gobierno— fue en el mejor de los casos poco entusiasta, aunque su inauguración con delegados campesinos sentados en los “sagrados” escaños del Parlamento tuvo un impacto político momentáneo. Tampoco es que las invasiones de tierras cesaran a pesar del ritmo acelerado de las expropiaciones. Las ocupaciones de tierras inicialmente aceleraron la expulsión de los propietarios a menudo con la connivencia de los organismos gubernamentales. Otras ocupaciones fueron preventivas para mantener alejados a los competidores; sin embargo, surgieron otros conflictos cuando los campesinos se negaron a conformarse con las asignaciones en unidades colectivas designadas. Yambert Karl (1989) describe la forma en la que ya en 1973, en Piura, los miembros de la comunidad de Catacaos invadieron su propia cooperativa. En el cuidadoso recuento de Elmer Arce Espinoza (1983) acerca de los movimientos campesinos en Piura, él narra cómo los descontentos campesinos sin tierra y otras poblaciones rurales excluidas utilizaron esta



Figura 1.3 Inauguración de la Confederación Nacional Agraria (CNA). Representantes de los beneficiarios de la reforma agraria utilizan el Congreso de la República, 28 de septiembre de 1974. Archivo del fotógrafo Carlos Domínguez (© CARLOS DOMÍNGUEZ)

antigua táctica para intentar conseguir un poco de la tierra que de otro modo no les hubiera sido otorgada. Las protestas contra adjudicaciones que se percibían como injustas y los contraataques moderadamente represivos de parte del gobierno, ensombrecían la política de la reforma agraria por todos lados. En 1974, en la provincia de Andahuaylas, departamento de Apurímac, una ola de ocupaciones de tierras tomó por sorpresa al gobierno de Velasco. En esa zona remota, el organismo encargado de la reforma, probablemente influido por las vinculaciones con los propietarios, fue extremadamente lento para entregarles las notificaciones de expropiación.

Un segundo tipo de ocupación de tierras se produjo cuando los miembros descontentos de las cooperativas se introdujeron a la fuerza en las tierras de las áreas centralizadas (que se suponía les estaban “vedadas”) en la mayoría de los casos subrepticamente y con la colusión de los administradores; en otros casos, tal como se describe en el capítulo 5, estas tomas de tierras tuvieron lugar como actos espectaculares de desobediencia y desacato. Se revivieron con éxito las tácticas que los movimientos campesinos habían aprendido en la década de 1960. La recuperación de las tierras que les habían sido adjudicadas en forma nominal comenzó tentativamente durante el

régimen militar a ritmo acelerado; se convirtió en una acción decidida a lo largo del segundo gobierno de Belaúnde y en el de García porque los campesinos se dieron cuenta de que los gobiernos ya no estaban interesados en la defensa de las cooperativas ni de las SAIS.

Las reacciones intelectuales a la reforma agraria de Velasco fueron también desiguales. Inicialmente fue elogiada por progresista. Mientras que la oposición de derecha fue silenciada de manera efectiva en la esfera pública, las críticas y objeciones a la forma en la que la reforma se estaba llevando a cabo provinieron de la izquierda. Más a la izquierda que el gobierno de Velasco, algunas de las objeciones fueron extremadamente radicales.⁷ Uno de los primeros análisis fue

7. Las evaluaciones posreforma agraria van acompañadas de un número referido al número de años transcurridos desde la reforma agraria.

7 años: *Siete años de Reforma Agraria* (1976) de Mariano Valderrama es el resultado de un seminario dirigido por este sociólogo en la Universidad Católica. En este trabajo se analizan y subdividen en fases y períodos los primeros años y los conflictos que generó el proceso. La cronología año por año es de gran utilidad. En ella se describen las dificultades existentes para la creación de formas colectivas de producción, la resistencia inicial de los propietarios contra la expropiación, la desconfianza de los miembros de las cooperativas, las protestas de los campesinos y los esfuerzos realizados por el Estado para consolidar el proceso.

10 años: Editado por el CIC (Centro de Investigación y Capacitación), *Realidad del campo peruano después de la Reforma Agraria* (1980) contiene los artículos de una conferencia de diez ponentes. Pese a que sus autores no inician su evaluación desde un punto de vista antireforma agraria, y no obstante ser muy reflexiva y contextual, llegan sin embargo a conclusiones negativas sobre las políticas del gobierno militar. La atención se centra en la manera en la que las interpretaciones erróneas acerca de las condiciones preexistentes en el campo distorsionaron el proceso de reforma agraria conduciéndolo hacia una orientación equivocada; y en la forma en que la reforma fue un fracaso y fue incapaz de alcanzar los objetivos que se propuso.

20 años: Editado por Ángel Fernández y Alberto Gonzáles, *La reforma agraria peruana, 20 años después* (1990) es también el resultado de un simposio. A pesar de las cifras y hechos presentados acerca de la disolución de todas las formas de producción colectiva que tuvo lugar en ese entonces, los editores han tratado de hacer un repaso positivo de lo que sí logró y de lo que no se pudo conseguir.

37 años: Editado por Fernando Eguren (2006b), *Reforma agraria y desarrollo rural en la región andina*, reunió a especialistas de los seis países andinos para una comparación. Eguren (2006a) enumera las consecuencias negativas y positivas del caso peruano, así como las lecciones aprendidas, entre ellas, que las formas cooperativas no se pueden imponer desde arriba.

Existen por supuesto, otros innumerables trabajos académicos individuales y simposios que abordan el tema de la evolución y descomposición de la reforma agraria. Está fuera del alcance de este libro organizarlos por disciplina,

tan crítico que el autor eligió un seudónimo para publicarlo, Ramón Saldívar (realmente el economista César Benavides) caracterizó la reforma de Velasco como “burguesa”. Basándose principalmente en un análisis de las nuevas leyes en relación con el informe CIDA y centrándose en los aspectos financieros, sostiene que debido a que la reforma indemnizaba en dinero a los propietarios burgueses y forzaba a los campesinos a pagar una deuda agraria por la tierra, la reforma agraria estaba reconstituyendo las antiguas clases sociales de manera encubierta y que el proceso de acumulación de capital en manos de la burguesía continuaba (Saldívar 1974). A medida que los funcionarios de la reforma agraria comenzaron a imponer

contenido, naturaleza regional u orden cronológico o intelectual. A continuación presento un breve listado de obras de carácter general que he utilizado regularmente, además de las citadas en el texto.

Aspectos cuantitativos de la reforma agraria (1969-1979) de José María Caballero y Elena Álvarez (1980) es un libro de bolsillo con estadísticas esenciales. El libro de José Matos Mar y Manuel Mejía (1980), *La reforma agraria en el Perú*, divaga y oscila entre los estudios de caso y las generalizaciones. La obra de Héctor Martínez Arellano (1990), *Reforma agraria peruana: Las empresas asociativas altoandinas*, cuenta con una buena información gracias a su acceso a los datos de la Inspección de la Reforma Agraria, donde trabajó, y enfoca la reforma a partir del fracaso que tuvo el gobierno para lograr que las instituciones que creó la aplicaran correctamente. En inglés, además de los trabajos de Susana Lastarria-Cornhiel y José María Caballero ya citados, el estudio de Douglas Horton, *Haciendas and Cooperatives: A Study of Estate Organization, Land Reform and New Reform Enterprises* (1976), es una investigación pionera sobre las cooperativas y una obra citada con frecuencia. La reforma agraria peruana en el contexto de otros países de América Latina se puede revisar en el trabajo de Alain de Janvri, *The Agrarian Question and Reformism in Latin America* (1981). A lo largo de las tres décadas pasadas, el Land Tenure Center de la Universidad de Wisconsin ha sido el observador principal de las reformas agrarias en América Latina. Los estudios de este centro en Wisconsin incluyen el de Peter Dorner, *Latin American Land Reforms in Theory and Practice* (1992) y el de William Thiesenhusen, *Searching for Agrarian Reform in Latin America* (1989). Los dos volúmenes de la biblioteca del Land Tenure Center de la Universidad de Wisconsin-Madison, *Agrarian Reform in Latin America: An Annotated Bibliography* (1974), son una guía hacia un tesoro escondido de una serie de documentos recopilados, recuentos periodísticos, monografías, folletos y legislación. En Europa, se encuentra el trabajo *The Complex Legacy of Latin America's Agrarian Reform* (1997) del estudioso chileno exiliado Cristóbal Kay, y para una comparación en términos mundiales, la obra de David Lehmann, *Agrarian Reform and Agrarian Reformism: Studies of Peru, Chile, China and India* (1974), ofrece una perspectiva diferente. En los capítulos que siguen, se citan otros trabajos según corresponda.

un control mayor y más estricto de las cooperativas, los críticos de la izquierda señalaron que las cooperativas de la reforma agraria eran ejemplo de un capitalismo de estado nacionalista, que el poder había sido transferido de las clases terratenientes al Estado, pero que el *modus operandi* era todavía capitalista. Por ejemplo, otro escritor anónimo, Pedro Atusparia (1977), Rodrigo Montoya en la vida real (1989: capítulo 6), desenredó las complejidades del proceso de reforma agraria para argumentar que cuando toda la ideología fuera desenmascarada, el capitalismo de estado sería la verdadera intención y concepción de la reforma. Estos críticos señalaron que, la expresión del gobierno acerca de que la propiedad de las empresas reformadas era de los trabajadores o de los campesinos era una farsa y una cortina de humo.

Una crítica más devastadora a la reforma agraria fue la del economista José María Caballero (1980, 1981b). Pese a encontrar que la descripción de la reforma como un modelo de capitalismo de estado era bastante precisa, la calificó como un rotundo fracaso porque los objetivos que se fijó eran bastante conservadores antes que revolucionarios y —lo que es más importante— porque no pudo lograr sus propios limitados objetivos. A pesar de que los nombres cambiaron, hubo en realidad mucho de continuismo en la forma en que el sector agrario funcionó antes y después de la reforma. Las cooperativas no funcionaron bien y no desempeñaron sus importantes funciones de crecimiento y expansión; por el contrario, vegetaron o se deterioraron. Los complejos mecanismos destinados a compensar a quienes no fueron favorecidos con la distribución de ganancias difícilmente entraron en vigencia y en cambio se convirtieron en una fuente de conflicto. A campesinos y trabajadores no les gustaban las cooperativas a las que se vieron obligados a pertenecer, mientras que el Estado en repetidas ocasiones se vio forzado a intervenir, lo que lo hizo impopular. En términos de producción, considérese el juicio de Caballero: “Los rendimientos durante los años de la reforma fueron pobres, pero sin ningún contratiempo considerable por el cual la reforma agraria pudiera ser considerada particularmente responsable” (1981b: 35). En lo referido a la distribución del ingreso, Caballero cita estudios de expertos que señalan que el impacto fue relativamente pequeño, “del orden del 1% al 1,5% del ingreso nacional, y que la redistribución es sesgada, la mayoría de la cual va a los sectores más ricos de los trabajadores agrícolas” (1981b: 35).

Aprovechando el reordenamiento del poder y las oportunidades económicas, surgieron nuevos oportunistas que se ubicaron como un nuevo grupo de peruanos de clase media. En un texto escrito originalmente en 1974, Ricardo Letts, hijo de medianos terratenientes, agrónomo, entusiasta de la reforma agraria, crítico de izquierda, militante del partido político Vanguardia Revolucionaria y político instigador, emplea una serie de palabras con guiones en su descripción de esta nueva fracción de clase que se benefició del modelo reformista de los militares:

Es el capitalismo de Estado⁸ el que no hace sino dar lugar al nacimiento de un nuevo sector de la clase burguesa, constituido por altos oficiales de las Fuerzas Armadas en alianza con los administradores gerentes, directores altos funcionarios del gobierno, todos los cuales pasan a usufructuar de los beneficios del control sobre los medios de producción y la plusvalía extraída a los obreros en las empresas: cooperativas-capitalistas-de-Estado, comunales, de interés social y de propiedad social-capitalista-de-Estado y, naturalmente, del propio Estado burgués-capitalista-de-Estado. (Letts 1981: 170)

En esos años surgieron cerca de 20 pequeños partidos políticos marxistas de izquierda, semiclandestinos, algunos de ellos empezaron a apoyar y organizar las federaciones campesinas para oponerse al gobierno. Entre ellos estaba Vanguardia Revolucionaria (VR) que dirigió el avance de la Confederación Campesina del Perú (CCP). La CCP venía creciendo y lo hizo de manera constante a lo largo de los gobiernos de Velasco y Morales Bermúdez, período en el que se convirtió en un desafío eficaz a la CNA creada por el gobierno militar. Vanguardia Revolucionaria estuvo detrás de las ocupaciones de tierras en Andahuaylas y Piura. Al aumentar el descontento con el

8. El capitalismo de estado y las cooperativas auspiciadas por el Estado fueron diferentes. El régimen militar expropió el petróleo, la minería, la industria pesquera, el transporte, los bancos y la prensa; creó una gran cantidad de empresas públicas de comercialización que estuvieron bajo el control directo del gobierno central. Las cooperativas agrarias y las SAIS, a pesar de estar supervisadas y controladas, eran consideradas, sin embargo, empresas civiles autónomas. Es cierto que la nacionalización y la cooperativización dieron empleo y poder a la "nueva" clase media a la que se refiere Ricardo Letts (1981). Sobre el tema de políticas económicas en general, véase Saulniers (1988), Fitzgerald (1976), y Thorp y Bertram (1978).

funcionamiento de las cooperativas, promovió nuevas ocupaciones de tierras, las que se describen en el capítulo 5.

La oposición a Velasco y a Morales Bermúdez desde la izquierda estimuló el avance de un sentimiento de izquierda en todo el país debido, en parte, a que la revolución de Velasco se había alejado de su inicial radicalismo a medida que el disentimiento interno en las fuerzas armadas hizo virar el proceso hacia la derecha. La proliferación y el crecimiento de muchas de las facciones de la oposición política de izquierda tomaron tres formas: 1) el apoyo a los sindicatos y los movimientos campesinos que cuestionaban a menudo en forma clandestina a las propias federaciones de trabajadores y campesinos creadas por los militares en la ciudad y el campo; 2) hacia el final del régimen militar, la participación electoral en la Asamblea Constituyente (donde la izquierda obtuvo un tercio de la votación total) y luego en las elecciones generales, en las que la izquierda fue dividida y perdió; y 3) el crecimiento de fracciones maoístas extremas que abordaron el tema de la lucha armada, entre ellas una muy pequeña que fue expulsada de otras organizaciones estudiantiles en la Universidad de Huamanga y que adoptó el nombre de Partido Comunista del Perú Sendero Luminoso. Este comenzó a infiltrarse en el campo en el departamento de Ayacucho. Su primer acto público fue quemar las urnas en la comunidad de Chuschi, Ayacucho, durante las elecciones generales de 1980 que llevaron a Fernando Belaúnde a la presidencia.

Fernando Belaúnde Terry, 1980-1985

A pesar de que Belaúnde había propiciado una reforma agraria en su primer gobierno, en su segundo mandato muy diplomáticamente hizo su mejor esfuerzo para que fracasase la reforma de Velasco. Aunque era imposible deshacerla a la chilena, donde Pinochet en realidad les devolvió a los terratenientes sus propiedades, Belaúnde aprobó una ley que simplemente declaraba que dado que las cooperativas eran empresas autónomas y no estaban bajo el control estatal, aquellas que deseaban cambiar su estructura jurídica eran libres de hacerlo. Esto dio inicio a una avalancha de disoluciones de cooperativas. La mayoría de las cooperativas tenían deudas terribles, no podían obtener créditos y carecían de una visión empresarial sobre la forma de salvarse. Este proceso se llevó a cabo principalmente en

la costa donde la tierra era valiosa, los cultivos comerciales eran viables y donde los miembros de las cooperativas tenían la suficiente experiencia como para hacer el intento de trabajar como pequeños agricultores independientes. Algunos observadores establecen un símil del fracaso de estas cooperativas con el colapso de la agricultura colectiva en la ex Unión Soviética, la Europa del Este y los notables cambios que tuvieron lugar en China con el incremento de la participación de empresas privadas en las comunas rurales.

En la sierra la clase terrateniente fue totalmente eliminada del campo. Incluso antes de las medidas drásticas de Velasco muchos propietarios habían dividido sus tierras entre sus herederos y sus colonos para ubicarse en ocupaciones urbanas. La expropiación total de aquellos que se habían quedado dejó un vacío de poder en las zonas rurales. La mayoría de haciendas feudales tradicionales se disolvieron con bastante rapidez para pasar a constituir comunidades campesinas de facto o, en ocasiones, oficialmente reconocidas sin mucha fanfarria o notificación oficial. En ciertos casos los campesinos de las haciendas se negaron rotundamente a organizarse en cooperativas. Unas pocas expropiaciones pasaron por una fase nominal de cooperativa o preestructura cooperativa pero no duraron mucho. El hecho de que las comunidades consiguieran la mayor parte de las tierras en la sierra fue una consecuencia imprevista de la reforma. Cabe destacar que la reforma original de Velasco no tenía ni la paciencia ni el deseo de crear nuevas comunidades o de entregarles la tierra, porque las consideraban arcaicas y un obstáculo para la transformación agrícola. Se suponía que debían ser sumisos participantes de los esfuerzos de modernización de la reforma—sin importar que esto significase que la reforma iba a contribuir a su disolución— pero no debían ser tan solo adjudicatarios de la tierra en la que continuaban viviendo como comuneros campesinos subdesarrollados. Los funcionarios de Velasco habían afirmado repetidas veces que su objetivo era crear riqueza y distribuirla y no el de difundir la pobreza a través del resquebrajamiento de las economías de escala.

En el trabajo de campo que César Fonseca y yo realizamos en 1984 en el valle de Paucartambo, Cusco, encontramos la siguiente situación post reforma agraria: En 1961, en Paucartambo había 169 haciendas y 24 comunidades. En 1985, había cuatro cooperativas agrarias, 46 comunidades reconocidas y ninguna hacienda. Las

cooperativas agrarias se encontraban en un colapso económico total. Habían vendido el ganado y los tractores, no tenía capital para iniciar nuevamente la producción y los miembros tenían graves conflictos entre sí. Poco después de terminar nuestro trabajo de campo, las cooperativas fueron desmanteladas por el gobierno y la tierra fue repartida entre los socios. Por otro lado, las comunidades reconocidas oficialmente eran una forma de organización más estable y aumentaron de 16 en 1961 a 47 en 1986. 16 de ellas había recibido nuevas tierras y 18 comunidades se habían constituido recientemente sobre la base de las tierras de las ex haciendas. También había 31 nuevos grupos campesinos —creados por el gobierno a partir de las ex haciendas— que funcionaban como comunidades, sin embargo, en ese momento carecían de los títulos de reconocimiento oficial. En su debido momento, el gobierno se los otorgó. De este modo, 78 comunidades ocupaban el territorio de 161 ex haciendas. A escala nacional, el número de comunidades reconocidas se duplicó desde 2228, en el momento en el que Velasco inició su gobierno, hasta 4792 hacia fines del primer gobierno de García. En la sierra más de un tercio de la tierra estaba ocupada por las comunidades (Trivelli 1992).

Así, para la mayor parte de la sierra la historia de la reforma agraria es una que va “de la hacienda a la comunidad”. En algunos casos existe un desvío controversial por la creación de cooperativas que pronto se desintegraron. El segundo régimen de Belaúnde no hizo mucho por las recién creadas comunidades a partir de las ex haciendas. Él y su gobierno comenzaron a adoptar plenamente las reformas neoliberales que devinieron en hegemónicas en el hemisferio en virtud de lo que se denominó el Consenso de Washington. El sistema de apoyo para la reforma agraria, que ya había comenzado a disminuir durante el régimen de Morales Bermúdez, se hizo cada vez más pequeño.

Igualmente, cabe destacar que el inicio de la insurgencia radical de Sendero Luminoso comenzó en la región de Ayacucho. Esto coincidió con el régimen de Belaúnde, presionando a los militares a una guerra brutal de contrainsurgencia. Los amistosos generales que hacía solo unos pocos años atrás habían inaugurado cooperativas o que habían presidido de manera paternalista las organizaciones campesinas, ahora comandaban unidades del ejército abrumadoramente poderosas y sanguinarias que asediaban pueblos enteros en su búsqueda de subversivos en la región de Ayacucho.

Alan García Pérez, 1985-1990

Alan García ganó las elecciones en 1985 al presentarse como candidato opositor frente a una izquierda creciente pero problemática. Briosos y populista en sus discursos, pero seriamente limitado por una profunda crisis económica y por la expansión de la insurgencia de Sendero Luminoso, García dirigió sus esfuerzos a apoyar las políticas económicas del sector agrario con precios, subsidios y créditos. Diseñó una aproximación populista hacia las comunidades campesinas. El estatuto que regía las relaciones internas dentro de las comunidades (promulgada por el régimen de Velasco pero abandonado por Belaúnde) se convirtió en una ley aprobada por el Parlamento. Participó en encuentros directos (*Rimanakuy*) con los líderes de las comunidades de todos los departamentos realizados en cinco diferentes zonas del país y ejecutó proyectos de desarrollo de nivel micro. La caída de la producción —a pesar del crédito fácil— en medio de la inflación galopante fue compensada con el aumento de las importaciones de alimentos. Durante el gobierno de García, las SAIS de la reforma agraria colapsaron en los departamentos de Junín y Puno.

Con el tiempo, las supercooperativas que se habían creado bajo el gobierno de Velasco se convirtieron en versiones más grandes de instituciones similares a las haciendas mediante la infiltración de una clase administrativa de veterinarios y profesionales que se centraron en mejorar la producción, en endurecer sus posiciones en contra de la injerencia de los campesinos sin tierras de las comunidades o en desarrollar alianzas políticas con los elementos conservadores en los pueblos y en los gobiernos regionales. Los administradores se habían convertido en una élite tecnocrática que generaba pocos beneficios para las comunidades vecinas. En el capítulo 6 se incluye el caso detallado sobre la forma en la que la SAIS Cahuide, en el departamento de Junín, se desintegró en 1987. Al mismo tiempo, una ola de invasiones organizadas en el departamento de Puno liquidó a las 44 cooperativas de la reforma y las fraccionó en su mayor parte en comunidades. Con esas invasiones, todas las tierras expropiadas por Velasco fueron finalmente reasignadas a los campesinos. En forma paralela la insurgencia de Sendero Luminoso y del MRTA (Movimiento Revolucionario Túpac Amaru) se extendió a otras partes del país, incrementándose en Lima durante el régimen de García.

Alberto Fujimori Fujimori, 1990-2000

Para la sierra, la toma, disolución y distribución de las cooperativas y SAIS de Puno marcó el final de la reforma agraria. El gobierno de Alan García terminó en desgracia. García fue abucheado mientras entregaba la banda presidencial a Alberto Fujimori en medio de acusaciones de corrupción y de ineptitud y por haber causado una hiperinflación. Enfrentó el oprobio de la clase empresarial por tratar de nacionalizar la banca y el odio de la izquierda por bombardear las cárceles durante una revuelta de los prisioneros de Sendero Luminoso. Huyó al exilio en Colombia y eludió los procesos judiciales en su contra. Mario Vargas Llosa se había convertido en el candidato de los conservadores, defendiendo la necesidad de reajustes estructurales neoliberales. Tuvo como opositor a Alberto Fujimori Fujimori candidato peruano-japonés que se paseaba en un tractor, ya que había sido rector de la Universidad Agraria. Fujimori, que prometió no aplicar la amarga medicina del reajuste estructural prescrita por los economistas de Vargas Llosa, ganó la elección. Sin embargo, aplicó la amarga medicina, a la que se le denominó el “fujishock”. Estabilizó la economía con un enorme costo para los ciudadanos. También tuvo la suerte de que la policía de investigaciones detuviese al líder de Sendero Luminoso Abimael Guzmán en 1992, lo que tuvo como consecuencia prácticamente la desaparición de la insurrección. En 1997 arrasó con lo que quedaba del otro grupo insurgente, el MRTA, que había ocupado la residencia del embajador de Japón y tomado a un grupo de rehenes.⁹

En política agraria, Fujimori completó la agenda neoliberal orientada por el libre mercado, eliminando —por así decirlo— lo que Velasco había creado. Su ministro de Agricultura Absalón Vásquez,

9. La captura de Abimael Guzmán y el rescate de los rehenes de la Embajada de Japón fueron acontecimientos dramáticos que inspiraron dos novelas en inglés: *Dancer Upstairs* de Nicolas Shakespeare (1995), de la cual también hay una realización cinematográfica dirigida por John Malkovich (2003), y *Bel canto* de Ann Patchett (2001), que es una exploración de la noción del síndrome de Estocolmo, inspirada por el impacto que sintieron los rehenes luego de que un grupo de las fuerzas especiales mató a todos los jóvenes guerrilleros. En ese mismo estilo, actualmente algunos autores peruanos están haciendo *thrillers* que se refieren al período de violencia; por ejemplo, *Abril Rojo* de Santiago Roncagliolo (2006) y *Lituma en los Andes* de Vargas Llosa (1993).

hijo de un trabajador de la cooperativa azucarera Casa Grande, dirigió la privatización y la expropiación de los últimos bastiones de las cooperativas azucareras en la costa norte. Para ese entonces se encontraban en una situación miserable, como las instalaciones agrarias colectivas rumanas, con maquinaria anticuada y una enorme carga de mano de obra —los propietarios— que no podía ser despedida y los jubilados mayores de 60 años que reclamaban sus pensiones. La mayoría de las cooperativas azucareras había descuidado la producción y había adquirido deudas enormes con los bancos. La corrupción interna era moneda corriente, respaldada por los oscuros tratos políticos en la región. Los miembros de las cooperativas no creían que la parcelación de tierras fuera una opción pues estas estaban ligadas a los ingenios azucareros. El gobierno de Fujimori, de manera coercitiva ofreció condonar las deudas tributarias y del seguro social que las cooperativas debían si los miembros acordaban transformar su propiedad cooperativa en acciones individuales y divisibles. En caso de no llegar a un acuerdo, se aplicarían los procedimientos de quiebra. El gobierno entonces se ofreció a ayudar a vender las ex cooperativas a inversionistas privados. Las acciones de los cooperativistas fueron compradas a un bajo costo por inversionistas dudosos que adquirieron participaciones mayoritarias en los directorios. Las nuevas empresas despidieron la mano de obra excedente. A pesar de la enconada oposición, los trabajadores buscaron establecer *joint venture* con los capitalistas pero no lo lograron. Desde entonces, los conjuntos habitacionales de los trabajadores se han convertido en pueblos separados. El suministro de agua y electricidad, la educación y otros beneficios anteriormente proporcionados por las cooperativas fueron privatizados; los ex propietarios/ex trabajadores ahora tienen que pagar por estos servicios.

Si la disolución de las SAIS en la sierra fue desordenada, la descomposición de las cooperativas azucareras fue mucho peor. Debido a que el proceso no había concluido en el momento en que hice mi trabajo de campo, y aunque recopilé algunas memorias amargas y cuentos muy feos de la gente de las cooperativas azucareras, no los he incluido en este libro.¹⁰

10. Los miembros de las cooperativas azucareras se negaron a disolverlas y fueron obligados a privatizarlas. Por las dificultades que tuvieron para resolver su situación, aparecen como una vergüenza para los que tienen una posición

En política agraria, la reestructuración neoliberal y la reducción del Estado conllevó al cierre del Banco Agrario, la cancelación de toda forma de subsidio y crédito especiales a los agricultores; También, al cierre de la oficina de la reforma agraria y del organismo responsable de las comunidades campesinas, así como el desmantelamiento de todo el aparato estatal que se había ocupado de la reforma agraria y del desarrollo rural. Fujimori incluso trató de disolver las comunidades tomando como precedente la Constitución Mexicana de 1991, que permite a los miembros disolver su comunidad si esto se decide en una asamblea por una mayoría de votos. Solo algunas pocas comunidades cercanas a zonas urbanas se vieron tentadas a subdividir la tierra para venderla como lotes urbanos. La legislación agraria de Fujimori eliminó los últimos vestigios de leyes agrarias proteccionistas. La tierra podía ser comprada y vendida libremente sin ningún tipo de restricciones. A fin de contribuir a la creación de un mercado de tierras, con ayuda financiera del Banco Interamericano de Desarrollo, se dio inicio a un nuevo programa de titulación de la tierra que ha dado lugar a una reorganización del desorden en los títulos ocasionado por las diversas expropiaciones, reestructuraciones y redistribuciones. El programa está registrando adecuadamente la propiedad privada y comunal (Lastarria-Cornhiel y Barnes 1999).

En cuanto al aspecto militar, su administración reconoció y oficializó las rondas campesinas que colaboraron con el ejército en la expulsión de Sendero Luminoso de las zonas rurales de la sierra central.

pro reforma agraria y como una bendición para los que quieren presentar una imagen negativa. Los trabajos académicos sobre la crisis de las cooperativas azucareras son escasos. Manuel Mejía se convirtió en un defensor de la privatización en *Cooperativas azucareras: Crisis y alternativas* (1992); véase también la postura defensiva de Jorge Oroza en *Los problemas de gestión de las cooperativas azucareras y sus planteamientos de solución* (1990). *El reto final del agro azucarero peruano* de Orlando Velásquez Benítez (1998) es una etnografía histórica de ocho complejos agroindustriales. Sintomáticamente, mientras los limeños y los estudiosos extranjeros pierden el interés, las dos últimas obras son de profesionales locales. Al parecer, hoy al mundo académico no le interesa mucho analizar el porqué de ese desbarajuste, en contraste con el intensivo interés con que fueron estudiados los inicios de la reforma en las cooperativas azucareras, las más grandes y más ricas de todo el país. Confieso que yo también tuve que abandonar varios intentos de incluir un capítulo al respecto en este libro.

En un inicio, Fujimori fue un presidente popular pero posteriormente organizó un golpe contra sí mismo y modificó la Constitución con el fin de que el Parlamento se limitara a avalar sus decisiones. Se aseguró el apoyo de las comunidades rurales para el referéndum que aprobó la nueva Constitución y para las campañas de reelección a través de visitas personales a los pueblos remotos a donde llegaba en helicóptero. Allí se presentaba vistiendo ponchos, el sombrero campesino adecuado y entregaba regalos, a menudo computadoras que no podían ser enchufadas a un tomacorriente. Distribuyó dinero para pequeños proyectos de construcción y levantó una gran cantidad de locales escolares, todos pintados de color naranja para que pudieran ser fácilmente reconocidos como su regalo personal. Terminadas estas entregas, Fujimori bailaba con los campesinos —lo cual era muy apreciado— y luego volaba de regreso a Lima.

Así terminó la era de la reforma agraria, con una excursión a quiméricas cooperativas con las que los ingenieros sociales de Velasco habían soñado se podría resolver todo. Al final, 300 mil familias obtuvieron algunas pequeñas parcelas de tierra que tuvieron que quitárselas a la fuerza a las cooperativas de las que fueron obligadas a formar parte. En la sierra, las comunidades tuvieron que luchar para recuperar las tierras que habían sido expropiadas en su nombre, pero que no habían sido autorizadas a utilizar. Hicieron esto mediante el uso de las proverbiales armas de los campesinos: infiltrando las tierras de las cooperativas, incrementando el número de ganado en las pasturas, inflando el número de miembros de las cooperativas. En el plano jurídico hicieron lo posible para desactivar las cooperativas, organizaron invasiones de tierras y solicitaron su reconocimiento oficial como comunidades. También es verdad que durante el proceso de reforma se destruyó lo que ante los ojos occidentales se reconoce como infraestructura de capital y tecnología agrícola. Las economías de pequeña escala basadas en las familias rurales campesinas se han convertido en las principales unidades de producción en el campo.

Todo el proceso tomó setenta años. Transformó fundamentalmente las relaciones rurales y al propio país. El Perú de hoy es un lugar muy diferente a consecuencia de la revolución de Velasco y su reforma agraria. En retrospectiva, las viejas preguntas que solían hacerse sobre este proceso —¿fue un éxito o un fracaso?— se han

vuelto irrelevantes. Una buena respuesta es que la reforma agraria se llevó a cabo y tuvo grandes consecuencias, muchas de las cuales todavía no han sido comprendidas integralmente. Sin embargo, como ustedes podrán leer en los siguientes capítulos, las personas que la vivieron tienen todo tipo de cuentos que relatar acerca de ello. Relatan estos cuentos ante la ausencia de una historia oficial de la reforma agraria contra la cual evaluar sus propias experiencias. Comienzo con las memorias de un apasionado partidario de la revolución de Velasco. Entrevisté a Francisco Guerra García, un científico político, en marzo de 1996.

Pancho Guerra acerca de SINAMOS

A fines de los años 60 Francisco (Pancho) García Guerra fue mi colega en la Universidad Católica. Se unió al régimen de Velasco con entusiasmo y lo siguió defendiendo aun después de que se hizo impopular. En marzo de 1996 lo busqué en el Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación (CEDEP), una organización no gubernamental formada por intelectuales dedicados a la continuación de las ideas y prácticas que alguna vez sustentaron la revolución de Velasco.¹¹ Busqué una entrevista con Pancho porque él estuvo asociado con SINAMOS (Sistema Nacional de Movilización Social), la institución más controvertida del régimen de Velasco.

SINAMOS fue creado en 1971 para apoyar el trabajo político de la revolución sin llegar a ser un partido político en sí, sino más bien un ente burocrático. Muchos de mis entrevistados recuerdan a SINAMOS como el flagelo que les causaba problemas a todos. Los administradores de las cooperativas percibieron a los promotores locales de SINAMOS como instigadores cuya prédica, sobre los principios revolucionarios de una sociedad con participación democrática y la inclusión de los excluidos, dificultó su trabajo. Ellos con

11. Los intelectuales de SINAMOS, en una retrospectiva de tres volúmenes, hacen un análisis del régimen. Fue editado por Carlos Franco, Rolando Ames y Francisco Guerra. En *El Perú de Velasco* (1983), exponen las razones por las cuales piensan que el régimen de Velasco debe considerarse como una transición de un estado oligárquico a un proceso que sentó las bases de un estado nacional. Es importante el análisis político que Franco y Guerra hacen del régimen como un "testimonio de parte".

frecuencia han acusado a este organismo de estar infiltrado por izquierdistas que se empeñaban en socavar los objetivos productivos de las nuevas empresas de la reforma agraria. A su vez, los organizadores de izquierda encontraron en la labor de los agentes de SINAMOS el obstáculo más eficaz y, desde su punto de vista, una fuerza de desmovilización del campo. Las oficinas de SINAMOS fueron quemadas en Cusco en 1973 y en Lima el 5 de febrero de 1975 (durante dos días de disturbios). Al final, todos odiaban a SINAMOS. En 1976 fue disuelto por Morales Bermúdez.

Sin embargo, fue una de las instituciones más prominentes de la época, el gobierno trató de incorporar en ella a las masas, al mismo tiempo que controlarlas. El intelectual civil que estuvo detrás de esta idea fue Carlos Delgado (quien también le escribía los discursos a Velasco), un antropólogo formado en Cornell. SINAMOS incluyó a ex guerrilleros y amnistiados, los denominados izquierdistas “pragmáticos”. David Scott Palmer, en su tesis doctoral de Cornell, resumiendo la misión de SINAMOS, señaló: “estimula la participación bajo el control, en última instancia, de los militares como la mejor manera de asegurar que la participación no se les escape de las manos” (1973: 132).

Pancho describió así el ambiente imperante en 1969:

Yo todavía era profesor de la Universidad Católica cuando un amigo me llamó por teléfono para decirme que se iba a radicalizar la reforma agraria y que este proceso comenzaría con la expropiación de las empresas azucareras. Mi reacción fue de completa duda y descreimiento de que un gobierno militar fuera capaz de esas cosas. Una reforma agraria radical era una de las grandes ilusiones de toda una generación de gente politizada de izquierda como yo. Recuerdo haber visto en la televisión las imágenes de los militares entrando con tanques a los complejos azucareros. Ese proceso me persuadió de la necesidad de unirme al régimen.

Cuando se organizó el SINAMOS, fui invitado a formar parte de él, y realmente me sentí atraído por ese tipo de trabajo. Inicialmente era un grupo muy pequeño formado por gente que provenía de diferentes tiendas políticas. Algunos no nos conocíamos entre nosotros. Tuvimos unos meses de trabajo muy intenso discutiendo el diseño de lo que sería la institución, cuál sería la estrategia de movilización social. Ese grupo tuvo un gran espíritu de cuerpo y trabajamos intensamente.

Con oficinas en cada región importante del país, se conformó a partir de siete instancias que previamente habían estado en actividad en la zona rural. Entre ellas estaban las oficinas de: desarrollo rural, cooperativas, la encargada de registrar y reconocer a las comunidades campesinas indígenas, las organizaciones de los barrios marginales y una corporación financiera. Según Palmer, un ciudadano movilizado se involucraba con las actividades de SINAMOS solo en nivel de la unidad de participación de “interés social” local. “La participación representa una oportunidad para que el ciudadano logre cambios limitados en la forma de aplicación de una decisión, pero no la oportunidad de intervenir en el proceso de toma de decisiones en sí” (1973: 97), ya sea en su recientemente inaugurada cooperativa o como poblador de una organización barrial recién creada en una ciudad. Palmer continua con una cita de un discurso del general Leonidas Figueroa, el jefe de la organización: “El gobierno define la estructura de participación, los ciudadanos pueden participar únicamente en la medida en que acepten la estructura dada” (1973: 97).

SINAMOS funcionaba en el centro de Lima en el denominado Centro Cívico. Tenía un equipo de expertos encargados de concebir proyectos políticos de largo plazo y de gran escala (el Centro de Estudios de la Participación). Este grupo de intelectuales de élite se congregaba en una hermosa casona en medio de un parque cerca de la residencia del embajador de Estados Unidos de la avenida Arequipa. Cerca de ahí se ubicaban también las oficinas de la Fundación Ford en un moderno edificio con el Café Henry’s en la planta baja. Uno podía tomar un café expreso con los miembros de este selecto grupo y sentirse realmente próximo a las personas que diseñaban cambios trascendentales sobre el papel.

Coincidiendo con los años de Velasco, la dictadura militar brasileña había deportado a muchos críticos, entre ellos al famoso antropólogo brasileño Darcy Ribeiro, quien fue invitado a trabajar con este grupo de expertos. Recuerdo haberlo visitado y que me presentaron a otro exiliado brasileño, un amigable matemático cuyo trabajo, me dijeron, era construir un modelo matemático de la revolución peruana. En esa época se hablaba mucho del modelo de la revolución peruana, que fue caracterizado ampliamente como corporativista en la literatura de las ciencias sociales.

En 1996 busqué discutir los modelos con Pancho Guerra, pero él pensó que yo estaba siendo ridículo. Lo provoqué:

ENRIQUE: ¿Qué piensas acerca de la gran distancia que había entre los modelos [de participación social en las grandes cooperativas] y la realidad?

PANCHO: [*luego de una larga pausa*]: Personalmente no tengo el recuerdo de que en las discusiones políticas de ese tiempo los modelos o su belleza hubieran sido factores determinantes...

ENRIQUE: [*insistiendo*]: ¿Qué fue lo que en esos años creó grandes esperanzas de que se podría cambiar la mentalidad de la gente colocándola en el casillero correcto de un organigrama?

PANCHO: [*una respuesta un tanto airada en esta oportunidad*]: Estoy hablando desde el punto de vista político. La reforma agraria puso en marcha un juego de procesos políticos muy fuertes que de alguna manera llevaron a cabo los objetivos de cambio radical que habían sido demandados durante largo tiempo. La idea de implementar cooperativas era común aquí y en otros países latinoamericanos y había argumentos de los apristas y socialistas, como Hildebrando Castro Pozo, que se remontan a los años 30, de que una tradición andina de organizaciones colectivas se adecuaría bien con las cooperativas. No había propuestas de otro orden.

La reforma produjo consensos porque la gente vio que aquello por lo que habían venido luchando durante tantos años comenzaba a realizarse. Salvo los terratenientes y la oposición conservadora, no hubo planteamientos nuevos que hicieran que la gente se opusiera. Es más, podría decir que la gente encontró que lo que se estaba haciendo respondía a sus ilusiones y esperanzas. Fue un proceso muy legitimado. El gobierno de Velasco fue muy popular. Para mí este fue un factor fuerte y decisivo. Y si me preguntas si valió la pena, yo diría que “sí” en el caso de la reforma agraria y “sí” en el caso de muchas otras cosas que se hicieron por entonces. [*Con énfasis*] La reforma agraria tuvo que ver con las personas. La prueba es: no conflictos, no tensiones, no presos, no sangre.

Pero más que eso, yo recuerdo haber visto las plazas tan llenas de manifestantes como nunca antes. Y sobre todo con campesinos. Y estoy hablando de la plaza de Trujillo, de la plaza del Cusco, de la plaza de Arequipa. ¡Un apoyo extraordinario!

Pancho, como muchas otras personas de esos tiempos, descartó la distribución directa de la tierra a personas individuales o comunidades.



Figura 1.4 Masiva manifestación a favor de Velasco en Chiclayo en 1975. Archivo del fotógrafo Carlos Domínguez. (© CARLOS DOMÍNGUEZ)

PANCHO: Lo que no era posible era dar tierra a todos; es decir, la repartición en parcelas individuales hubiera traído enormes dificultades para la distribución misma y mayores problemas, sobre todo en las grandes empresas agroindustriales, para asegurar que su respuesta económica fuera mejor a la que se tenía antes. Eso estuvo en la base de la noción de las cooperativas. Pero una vez tomada la decisión sobre el tipo de modelo —hay que tener en cuenta que no fue elaborado por SINAMOS, nosotros llegamos después— teníamos que defenderlo.

ENRIQUE: Entonces, ¿qué se hizo mal? En mis entrevistas con la gente local, hablan mal de las cooperativas.

PANCHO: No creo que sea posible generalizar de esa manera. Sería interesante saber cómo cambió la situación de esa gente antes y después de la reforma agraria. Mi sensación es que mejoró y no que desmejoró, y no estoy hablando solo en términos económicos, sino también sociales y políticos. Creo que se están olvidando de todos los servicios de bienestar concretos que se implementaron mientras que esas cooperativas funcionaron.

Una cosa que también hay que recordar es que, iniciado el segundo gobierno de Belaúnde, lo que se hizo fue desmontar todo lo que se pudo haber hecho previamente. Negaron cualquier cosa que pudiera haber sido positiva y en el resto del aparato público también desaparecieron las instituciones de apoyo, la asistencia técnica. Todo eso fue hecho de una manera muy deliberada, y si no hicieron más fue porque era muy complicado y muy difícil. Las empresas también sufrieron en esos años, de manera que no debe sorprender que las cooperativas tuvieran problemas con la recesión.

El proceso de parcelación de la tierra en las cooperativas fue un proceso endógeno en los años 80. A nosotros nos costó mucho aceptar eso. De haberlo hecho, desde nuestras ONG, los habríamos ayudado a hacerlo mejor si nos hubiéramos anticipado en tres o cuatro años antes de que ocurriera. No lo hicimos por bloqueos psicológicos e ideológicos. Como el modelo [la parcelación] era de Velasco, era algo difícil de aceptar y como colaboramos con él, fue difícil cambiar de lado.

ENRIQUE: ¿Por qué?

PANCHO: Porque uno se apega a lo que ha hecho.

ENRIQUE: ¿Por qué el modelo era bonito?

PANCHO: Fíjate, yo soy un pragmático, Enrique. No me vas a oír hablar de modelitos. Lo hicimos porque creíamos que era bueno. ¡Pensamos que era bueno a pesar de que las cooperativas no habían funcionado en ninguna parte!

ENRIQUE: ¿Qué nos ha dejado la reforma agraria?

PANCHO: [*Pausas y suspiros*] Todo proceso de reforma es un desorden muy grande. No logró estructurarse en un nuevo orden de relaciones económicas y sociales. Y también se truncó debido a la enfermedad de Velasco.

ENRIQUE: ¿Y qué es lo que hay que poner en orden ahora?

PANCHO: Todo.

ENRIQUE: ¿Que relación hay entre el impacto de la reforma agraria y la violencia política posterior?

PANCHO: Yo creo que muy poca. Pienso que Abimael Guzmán no percibió de manera adecuada los profundos efectos que había tenido la reforma agraria en la sierra. Y gracias a que el gobierno de Velasco tuvo buenas relaciones con los campesinos, en el momento que los militares inician una estrategia de otro tipo, los campesinos rápidamente apoyaron al gobierno con sus propias organizaciones: las rondas campesinas. El enfrentamiento campesino con Sendero Luminoso no hubiese sido posible si antes no hubiera habido una reforma agraria.

Recuerdo una conferencia aquí en una universidad local en la que participé. Después de un rato uno de los participantes me tiró la reforma agraria en la cara.

“Usted es un velasquista”.

Mis respuestas fueron dos:

“Sí, es verdad, soy velasquista. Estoy muy orgulloso de ser velasquista y que quede claro que no soy independiente. Tal como lo entiendo, un independiente es un improvisado y un oportunista. Yo soy un hombre con pasado político, he cometido errores. Cometén errores los que quieren hacer cosas”. Eso fue lo primero que dije. Lo segundo fue, “Sobre la reforma agraria, permítame decirle que estoy convencido de que si no hubiera habido una reforma agraria, Sendero estaría ahora rodeando Lima. Es que usted se ha olvidado de las distancias sociales, de la pobreza, de la miseria. En la medida que empiezan a sentir que el terrorismo esta siendo controlado, ¿ahora se van a olvidar de todos esos problemas?”.

Me reiteró lo que él pensaba. “Yo creo que Sendero Luminoso estaría rondando Lima.”

Y le dije, “Sí, es cierto que las rondas campesinas son las que han derrotado a SL en el campo”.

No estoy muy seguro si Pancho dice gobernando o rondando, aunque recuerdo el más intenso “gobernando”. Esta cuestión la plantean ambos lados del espectro político. La derecha ha culpado a los velasquistas pseudo comunistas y a los izquierdistas por haber sentado las bases que permitieron a los maoístas de Sendero Luminoso tener un punto de apoyo; a su vez la izquierda sostiene, como hizo Pancho, que las reformas de Velasco fortalecieron al campesinado y le permitieron derrotar a la insurgencia. Sin embargo, la ironía de la aplicación de reformas agrarias para evitar levantamientos revolucionarios, como predicó la Alianza para el Progreso, es compleja para el caso peruano debido a que la década de 1980-1990 fue de una violencia política terrible, la misma que tuvo lugar inmediatamente después de la reforma agraria. El capítulo 6 describe las sobrecogedoras consecuencias de la intervención de Sendero Luminoso en el desmantelamiento de la SAIS Cahuide, supercooperativa en el departamento de Junín.

En el siguiente capítulo me centro más directamente en hacer memoria sobre aquellos primeros años del régimen. En él se describe la realización de una película sobre la reforma agraria producida a fines de los años 1970, que narra la historia de la expulsión de un terrateniente de su hacienda en Cusco. Esta película enfoca el hecho de hacer memoria sobre la mitad del proceso de la reforma. Como metanarrador me permite regresar a los días previos a la reforma, para avanzar luego en el tiempo hasta el momento en que terminó el rodaje y dar la oportunidad de volver a evaluar lo que pensaban entonces y lo que pensaron después a aquellos que recuerdan la reforma y la realización de la película. Muestra cuán notablemente fluido es en realidad el proceso de hacer memoria.

CAPÍTULO 2

Héroes y antihéroes

(con Danny Pinedo)

Elenco en orden de aparición

FEDERICO GARCÍA HURTADO. Productor de cine (entrevistado en Lima, julio del 2002)

ÓSCAR FERNÁNDEZ. Terrateniente de la hacienda Huarán (no fue entrevistado, jugó un rol protagónico en los sucesos narrados en este capítulo).

MARTA FERNÁNDEZ. Hija del terrateniente (no fue entrevistada).

MARIANO QUISPE. Campesino legendario de Huarán (no fue entrevistado).

SATURNINO HUILCA. Famoso líder campesino cusqueño (no fue entrevistado).

HUGO NEIRA SAMANÉZ. Periodista (entrevistado en Lima, diciembre del 2006).

HUGO BLANCO GALDÓS. Líder de una masiva rebelión en contra de las haciendas (entrevistado en Cusco, febrero del 2001).

JOSÉ ZÚÑIGA LETONA. Líder campesino de Huarán (no fue entrevistado, jugó un importante rol en los sucesos que se narran en este capítulo).

IGNACIO CCORIMANYA. Minifundista de Huarán (entrevistado por Danny Pinedo en Huarán, julio de 1996).

MARIO HERRERA HIDALGO. Líder de la cooperativa de Huarán, actor que desempeñó el rol de Zúñiga en la película *Kuntur Wachana*, y antropólogo (entrevistado por Danny Pinedo en Cusco, julio del 1996).

CIRILO COBADES. Minifundista de Huarán (entrevistado por Danny Pinedo en Huarán, julio de 1996).

PAULINO SAIRITUPAC. Minifundista de Huarán (entrevistado por Danny Pinedo en Huarán, julio de 1996).

HILARIO QUISPE. Minifundista de Huarán (entrevistado por Danny Pinedo en Huarán, julio de 1996).

IGNACIO HUAMÁN. Minifundista de Huarán (entrevistado por Danny Pinedo en Huarán, julio de 1996).

CARMEN CALDERÓN. Agricultora, hija de un terrateniente cusqueño (entrevistada en Lima, febrero de 1996).

Filmando la Reforma

Mi primera consultoría en el Perú la hice en el contexto de una pequeña crisis de la revolución ni comunista-ni capitalista de Velasco. En 1975, el gobierno instituyó una reforma educativa que implicó, entre otros cambios radicales, una modificación del currículo nacional de educación primaria. Una periodista conservadora acusó al Ministerio de Educación de introducir temas marxistas, totalmente inaceptables, que perjudicarían la estabilidad de los niños del país. Si bien el ministro de Educación se presentó en la televisión para negar esto, se contrató discretamente a un grupo de estudiosos, en el cual estuve incluido, para “desmarxificar” el currículo lo más pronto posible. Pasamos días y noches eliminando los contenidos marxistas más doctrinarios y sin sentido a la vez que tratábamos de mantener el espíritu de la reforma educativa de Augusto Salazar Bondy. Uno de los puntos del nuevo plan de estudios buscaba disuadir del uso de los antiguos héroes nacionales (en su mayoría militares) y alentar, en cambio, a los profesores a abordar la historia local y por lo tanto encontrar héroes olvidados a quienes pudieran emular los escolares.

Mi tarea consistía en proporcionarles orientaciones a los maestros de las escuelas locales sobre la manera de convertir a gente común en héroes legendarios; mis ejemplos tendieron a enfocarse sobre todo en campesinos que se atrevieron a desafiar a los terratenientes, comunidades que recuperaban sus tierras de las haciendas y abogados que defendían en los juzgados a los indios acusados injustamente. Recuerdo haber precisado que un héroe debe estar muerto a fin de que su acción heroica no pueda ser comparada con comportamientos no heroicos posteriores. Cuarenta años más tarde me encuentro en una situación similar revisando comportamientos de actores del proceso de reforma agraria, para analizar la manera en la que la construcción social de héroes y antihéroes locales de ese entonces ha sobrevivido al proceso de añejamiento y la forma en la que persisten actualmente en las memorias de la gente. En este sentido, me enfrento a las figuras más controvertidas, particularmente los activistas de izquierda.

Así, este capítulo aborda la forma en la que se crean los héroes y lo que sucede con ellos con el paso del tiempo. El gobierno de Velasco eligió un héroe común a muchos como símbolo de su revolución. Fue el legendario cacique del siglo XVIII Túpac Amaru, quien condujo un levantamiento indígena en el sur del Perú pero fue derrotado, capturado, juzgado y ejecutado cruelmente por los españoles en la plaza del Cusco en 1781. Cualquier cosa que fuera revolucionaria y nacionalista durante el régimen de Velasco llevó el nombre de Túpac Amaru. Nuevos monumentos, plazas y calles se erigieron en su nombre en todas las ciudades. El afiche del Ministerio de Agricultura y de la reforma agraria tenía como figura a Túpac Amaru. Las haciendas expropiadas con aristocráticos nombres españoles adquirieron nuevos nombres vinculados a él e incluso los supermercados urbanos del sistema de distribución de alimentos (EPSA) tenían un símbolo estilizado de Túpac Amaru con una cara adusta y un sombrero de copa alta con ala negra (Cleaves y Scurrah 1980:208). Las imágenes de Túpac Amaru otorgaron un aura visual particular a los tiempos de Velasco similar al emblema del Che en la Cuba de Castro o a Sandino en Nicaragua.

Las figuras heroicas, sin embargo, viven en las narraciones manipuladas deliberadamente, en el calor del conflicto, por la maquinaria propagandística; y cuando los temas apasionantes pierden su calor, la propia narrativa podría requerir una reedición. En la



Figura 2.1. Logo de la reforma agraria producido por la oficina de promoción de la reforma agraria empleando una imagen estilizada de Tupac Amaru. Diseñado por el artista Jesús Ruiz Durand. (© JESÚS RUIZ DURAND)

literatura indigenista, el sufrimiento de los campesinos indígenas ha tenido un lugar preponderante en Latinoamérica y su propio modo heroico de narrar la historia. En ella, virtuosos campesinos resistían en vano y perdían en los enfrentamientos contra la clase de hacendados gamonales cuyas haciendas eran reinos inexpugnables, apoyados por la venalidad de quienes ostentaban el poder local, los curas y un corrupto sistema de justicia que envió a cárceles infames a sus valientes opositores. La literatura indigenista ha tenido una fuerte influencia en la creación de un sentimiento proreforma agraria. Este género literario con su formato de buenos-contra-malos, ha sido utilizado infinidad de veces¹. En la década de 1950, con los

1. El tema de los campesinos indígenas buenos peleando contra los gamonales abusivos es recurrente en la literatura. En una novela reciente, *Babilonia la grande* (1999), el científico Oscar Ugarteche emplea la reforma como

éxitos de los activistas revolucionarios, la narrativa cambió considerablemente porque los campesinos empezaron a ganar.

Federico García Hurtado (nacido en Cusco en 1937), un cineasta contratado en tiempos de Velasco por el Sistema Nacional de Movilización Social (SINAMOS) —el órgano político del gobierno de militar utilizado para desarrollar la propaganda proreforma agraria— convirtió uno de los casos reales de expropiación en una película en la que los campesinos luchan denodadamente con éxito para liberarse del hacendado. La película *Kuntur Wachana* (un nombre quechua que significa “donde nacen los cóndores” (García Hurtado 1977) se estrenó en Lima en 1977 cuando el impulso inicial de las reformas de Velasco ya había decaído. Ganó dos premios en los festivales de cine de Moscú y obtuvo un segundo puesto en el festival de Benalmádena, España. Recuerdo haberla visto cuando se estrenó en el elegante cine Metro del centro de Lima, donde normalmente se

antecedente. Una de las protagonistas, insatisfecha con la vida social de Lima, viaja a Ayacucho donde le cuentan historias, una tras otra, acerca de los abusos de los gamonales, las mismas que removieron sus sentimientos sociales de manera que posteriormente se convierte en una militante de Sendero Luminoso. Las novelas indigenistas peruanas clásicas incluyen a *Aves sin nido* (1973) de Clorinda Matto de Turner, *El mundo es ancho y ajeno* (1941) de Ciro Alegría, y *Yawar fiesta* (1941), *Todas las sangres* (1964) y la fantástica fabula llamada “*El sueño del pongo*” (1976) de José María Arguedas.

Las propuestas artísticas relacionadas a la reforma de Velasco son muy escasas. *Alpa Rayku*, es una obra teatral del galardonado grupo Yuyachkani (1983) sobre la ocupación de las haciendas. Escenifica la forma en la que los comités campesinos manejaron sus propios asuntos luego de haber tomado cerca de 50 haciendas en Andahuaylas, pero no fue apreciada por la oficialidad. Basada en las técnicas teatrales de transformación de la conciencia social del brasilero Augusto Boal, la obra incluye otras formas de memoria bajo la forma de cantos, danzas y parodias que celebran el triunfo campesino sobre los terratenientes y sobre el régimen de Velasco, el mismo que reprimió el movimiento. Esta representación fue usada para reforzar el espíritu de resistencia de las tomas de tierras en contra del gobierno. Una imagen recurrente en la memoria, que siempre me la han contado, es aquella referida a las compasivas mujeres campesinas convenciendo al hacendado de que se vaya porque su vida estaba en peligro. Aunque en forma amigable, la exhortación es llevada a cabo de una manera humillante al montar al propietario en un burro para apurar su salida. Hay algunas canciones compuestas en esos días que mezclan melodías tradicionales y versos con contenido político. Incluyo las versiones en quechua y en castellano de una de estas canciones que Rodrigo Montoya y sus hermanos, Luis y Edwin, (1987: 665–67) recopilaron en Andahuaylas, está adaptada, de una melodía popular con letra concientizadora, por el líder Lino Quintanilla.

presentaban producciones de Hollywood. Mis alumnos me impulsaron a ir, diciéndome que era “muy antropológica” ya que narraba

Kay Peru Naciumpi (Carnaval de Tancayillo)	En Esta Nación Peruana
1	1
<i>Kay Peru</i> naciumpi hambre y miseria <i>manana tukuy</i>	En esta nación peruana el hambre y la miseria no se terminaban
2	2
<i>Ay, qaykamaraq</i> <i>wakchalla kasun</i> pubrilla <i>kasun</i> <i>kay Peru naciumpi</i>	¡Ay! hasta cuándo seremos pobres y huérfanos en esta nación peruana
3	3
Campesinu <i>runa</i> <i>hatarillasunña</i> vamos a la lucha	Hombres campesinos levántemonos vamos a la lucha
4	4
<i>Ay qaykamaraq</i> <i>wakchalla kasun</i> <i>gamonalista sirvispa</i>	¡Ay! hasta cuándo seremos pobres sirviendo a los gamonales
5	5
Lima capitalpis cojo Velasco llapan llaqtapi, sinamos	En Lima, la capital, el cojo Velasco; en todos los pueblos, Sinamos
6	6
Dulces palabras negra conciencia <i>Wakcha runata</i> engañan	Dulces palabras negra conciencia ¡Cómo engañan a los pobres!
7	7
Campesino, obrero <i>alianzakusunchic</i> Vamos a la lucha	Campesinos y obreros hagamos una alianza, vamos a la lucha
8	8
Vamos a la lucha Definitiva hasta alcanzar nuestra liberación	Vamos a la lucha definitiva hasta alcanzar nuestra liberación

Un reciente recuento novelado sobre la reforma del antropólogo Rodrigo Montoya, *El tiempo del descanso* (1997), hace uso de un caso extraño en el cual dos terratenientes —padre e hijo— de la familia Alencastre fueron asesinados en dos distintos levantamientos indígenas en la misma hacienda El Descanso, en Cusco. El *roman à clef* entretiene el periodo de 1921 a 1932 con los inicios de la década de 1980, narra las luchas de los indígenas para abrir mercados, escuelas y para hacer frente a los terratenientes en las rebeliones iniciales en contra de los Alencastre, con los intentos posteriores a la reforma agraria del siguiente propietario, Gustavo Alecanstre, de regresar a su hacienda. Escrito como un monólogo interior, le permite a los personajes expresar sus sentimientos (y al autor, condensarlos) de furia y odio a los terratenientes en el caso de los indios y de una arrogante soberbia en el caso de los terratenientes. De este modo, constituye otra variante de una narrativa indigenista de buenos contra malos. En la novela, ambos hacendados, padre e hijo, además del interés personal por tener el control total sobre la tierra y sobre la gente de la hacienda, están obsesionados con raptar a las jóvenes indias vírgenes; una manifestación del supuesto derecho de pernada (*jus primae noctis*) presente en ciertos casos entre los hacendados peruanos, lo que ocasionó que en la novela los patrones llegaran a su justo fin. No se ha llegado a establecer claramente la razón por la cual en la vida real, Gustavo Alencastre (un poeta quechua y profesor de inclinación izquierdista de la Universidad del Cusco) fue brutalmente asesinado por un *compadre* suyo de la ex hacienda

hechos reales en los que los propios campesinos desempeñan papeles y contaban su propia historia. De hecho, gran parte del diálogo estaba en quechua, con subtítulos en español.²

Kuntur Wachana combina el género indigenista con el realismo soviético para producir una solemne epopeya colectiva. La influencia de Sergei Eisenstein se hace evidente en el uso de espectaculares paisajes en los que serpenteantes columnas de campesinos marchan para hacerse cargo de las tierras que son suyas por derecho, mientras se escucha en el fondo una melancólica música coral andina compuesta por el peruano Celso Garrido Lecca.³ Los personajes del intransigente terrateniente, Óscar Fernández y de su desagradable

-
2. *Kuntur Wachana* ganó tres premios: FIPRESCI (Fédération Internationale de la Presse Cinématographique), recibido en el festival de cine de Moscú en 1977; un premio del Consejo Mundial de la Paz (Moscú 1977); y un segundo puesto en el Festival de Benalmádena, Barcelona (1977). Federico García Hurtado tiene una divertida anécdota acerca de la forma en que recibió el premio en Moscú. Elementos anticomunistas del gobierno peruano intentaron impedir la presentación de la película en el Festival de Moscú. Cuando García trató de abordar el avión de *Aeroflot* en Lima con destino a Moscú fue detenido, indicándosele que no tenía permiso para dejar el país. Su ausencia recién se hizo evidente en La Habana, donde el avión hizo escala para abastecerse de combustible, debido a que un periodista que presencié la detención de García había enviado un cable. El general peruano que encabezada la delegación telefoneó a Lima y encontró que un grupo de oficiales de la marina estaba decidido a impedir que se presentara la película en el festival. Pero García había enviado previamente una copia desde Buenos Aires. No venía al caso evitar su participación. No obstante, insistentes llamadas de ida y vuelta entre los generales y los almirantes fueron necesarias para permitir que García viajara a Moscú en el siguiente avión. Fue recibido con una botella de vodka y una publicidad anticipada que habría influido positivamente en la premiación.
 3. El director García recuerda la manera en la que él y su compañera Pilar convencieron al famoso músico para hacer los arreglos musicales para la película: “Habíamos terminado la película y teníamos que ponerle música, pero no teníamos dinero. Alguien nos dijo que el famoso compositor peruano Celso Garrido Lecca había llegado luego de estar en Chile en la época de Allende. Entonces, con Pilar fuimos a entrevistarnos con él y nos respondió que él había hecho música para filmes pero que era un músico caro. Le dijimos que no teníamos plata, pero le pedimos que por lo menos viera la película y que después hablaríamos. Lo llevamos al laboratorio y mientras iban pasando los rollos sin sonido, yo le iba narrando lo que estaba en el contenido. Cuando terminó la primera parte de la película Celso Garrido estaba llorando. Dijo: “Mire García, yo le voy a hacer la música, yo le voy a poner los músicos. Y no le voy a cobrar nada. ¡Falso!, le voy a cobrar un sol”.

hija Marta, son tanto más eficaces en la película, pues fueron los propios campesinos quienes le describieron sus conductas al director. Para realzar el contraste, Óscar Fernández y Marta Fernández suelen aparecer en oscuros escenarios interiores de la casa hacienda mientras que los heroicos campesinos fueron filmados en bellos paisajes del campo. Los inescrupulosos abogados, los deshonestos policías y sacerdotes son aterradores pues sus roles fueron desempeñados por cusqueños familiarizados con estos personajes y la cámara los filmó desde ángulos que pusieron de relieve su fealdad. Los heroicos y tradicionales líderes campesinos —si seguían vivos— y los organizadores de sindicatos urbanos de la ciudad del Cusco desempeñaron ellos mismos sus personajes en la película. Su empeño se hace palpable en la forma en la que se movilizan para las ceremonias de juramentación que dan pie a la formación de los sindicatos campesinos. La Federación Agraria Revolucionaria Túpac Amaru del Cusco (FARTAC) y la Cooperativa Agraria N° 001 “José Zúñiga Letona” de la ex hacienda Huarán (situada cerca de la capital provincial de Calca en el Valle Sagrado de los Incas, Cusco, auspiciaron la película. Se trata de una inspiradora historia sobre las virtudes de atravesar las fronteras sociales entre indios, proletarios urbanos y estudiantes de izquierda en la medida que recuerda con placer los agradables días de heroísmo.

La película se divide en dos partes. La primera comienza en 1958 y cuenta la historia de Mariano Quispe, un pastor indígena vinculado a la hacienda Huarán que cuida el rebaño de ovejas del hacendado en las tierras de puna de la hacienda. Debido a que Mariano dio cobijo a Saturnino Huilca, un legendario organizador de sindicatos campesinos, es hostilizado por el hacendado y encarcelado con el fin de librarse de los agitadores que había entre los trabajadores de su hacienda. Pasado un largo tiempo, los abogados de la federación de trabajadores de la ciudad de Cusco logran obtener su libertad, pero cuando Mariano intenta regresar a su hogar se da cuenta de que la policía lo está buscando para arrestarlo nuevamente. Consciente de que es ahora un perseguido que debe buscar protección, atraviesa las montañas para dirigirse al Cusco y convertirse en un dirigente clandestino. Se le muestra caminando a través de abras congeladas entre las montañas, eludiendo a sus perseguidores y luego a través de campos abiertos de otras haciendas, reuniéndose con trabajadores creando sindicatos obstinadamente.



Figura 2.2. Saturnino Huilca, líder campesino del Cusco. La leyenda dice: "El campesino entra en la escena política peruana". Neira (1964: 105). (© HUGO NEIRA)

En la película, Saturnino Huilca se desempeña, él mismo, como guía espiritual de Quispe.

Un trasfondo que no se muestra en la película es el de Saturnino Huilca, hijo de campesinos siervos de la hacienda Chhuru, en la provincia de Paucartambo. Huilca nunca fue a la escuela y siguió siendo un monolingüe quechua toda su vida. Alrededor de 1948, siendo ya un adulto, se enteró de que una ley prohibía el trabajo no

remunerado en las haciendas. Caminó al Cusco para ver si esto era verdad y estableció contacto con el sindicato. El sindicato respaldó sus esfuerzos para organizar a los campesinos de su hacienda para que exigieran acabar con la mano de obra gratuita.⁴ Esto despertó la ira de los propietarios que hostigaron al indomable Huilca expulsándolo de sus haciendas. Identificado como instigador, se refugió en las montañas. Huilca era un organizador incansable en 1964 y 1965 cuando tuvieron lugar las grandes oleadas de invasiones de tierras, Huilca cabalgó triunfante por la cresta de esas olas. En los años 1970, cuando la reforma agraria de Velasco se encontraba en pleno apogeo, Huilca, quien ya era un anciano, se convirtió en un héroe funcional y el gobierno lo usó para hacer propaganda. En 1974, el periodista Hugo Neira publicó el testimonio oral de Huilca. Era un buen orador y la versión de su testimonio en castellano, editada en demasía por Neira, resonó con una ira justificada:

Yo soy campesino del Cusco y sé perfectamente que en las provincias escuchan mi voz, escuchan lo que hablo. Estas personas se organizaron para crear las federaciones y también los sindicatos. Y los dirigentes, con mi palabra, resultaron hombres que cumplen con su cometido. Porque les dije que la lucha debe estar bien encaminada, la lucha debe estar bien dirigida para alcanzar la libertad. Tal como yo sabía les hablaba, y al entrevistarme con ellos, me manifestaron: “En esa forma estamos luchando, dan buen resultado nuestras luchas. El hacendado nos ha enviado a la cárcel pero en ella nos reunimos”. Ellos mismos me contaban “Los que formamos la Federación somos perseguidos. Nos han denunciado”, Ellos como, si fueran hermanos, se cuidan entre ellos. Los campesinos, los obreros, entre ellos se apoyan (Neira 1974: 52-53).

El testimonio editado de Huilca está lleno de angustiados recuerdos personales de su encarcelamiento injustificado y de las

4. Emiliano Huamantínca fue un antiguo organizador de sindicatos campesinos. Nacido en una familia mestiza del Cusco, con su pequeño bigote, a Hugo Neira le parecía que era un comerciante, un alcalde de pueblo o un anónimo maestro de escuela. Era un obrero textil y dirigente sindical, “miembro de las politizadas masas indígenas y mestizas de las que él mismo había surgido” (Neira 1964: 14). Huamantínca construyó la estrategia de apoyo a la movilización en las haciendas y les dio apoyo legal. Murió en 1963 en un accidente cuando viajaba para asistir a una reunión sindical.

miserables condiciones de las cárceles del Cusco. Brinda extensos detalles de sus múltiples batallas legales y expresa su ira por haber sido insultado y maltratado tanto por ser indio como por ser comunista. El hecho de que Huilca formara parte de la película tuvo un impacto para aquellos que sabían quién era él, aunque el director García lo desvirtuó al retratarlo como un *paqo* indígena andino, un profeta ataviado con poncho, en lugar del dinámico organizador que en realidad era él.⁵ Con una conmovedora música de fondo, Huilca y Mariano Quispe aparecen sentados en la cima de la montaña sagrada de Huarán (donde anidan los cóndores), allí Huilca exhorta a un preocupado Mariano Quispe a seguir luchando, ya que, “Si humillado, olvidas tu condición humana, y callas, ya eres un cadáver que hiede”. Cumpliendo la exhortación de Huilca de lucha por la liberación en el campo, Mariano Quispe se encuentra con un traidor contratado por los terratenientes. Este le ofrece un vaso de chicha envenenado y Mariano muere como mártir. Y esto, dicen los campesinos de Huarán, incluso hoy en día, es la pura verdad.

A medida que la segunda parte de la película se traslada a 1969, la voz del narrador explica que el gobierno de Belaúnde (1963 a 1968) reprimió duramente a los sindicatos y derrotó a la guerrilla de 1965 en el sur del Perú. Esta narración resume una historia conocida para los espectadores de ese entonces, pero sus silencios también hacen afirmaciones sesgadas acerca de algunas figuras populares consideradas heroicas pero inconvenientes para el régimen de Velasco. La referencia es a Hugo Blanco, quien nunca es

5. El papel profético que García le dio a Huilca fue intencional. Le pregunté a Fico García por qué había optado por personificar a Huilca de esta manera. Me respondió asegurando que, en su opinión, Huilca fue un *alto misayoq* (un chamán) en el sacerdocio clandestino de los indios andinos de la región del Cusco. No solo fue un organizador pragmático como lo retrata Neira, sino que fue también un sabio profético nativo. “Yo fui amigo de Huilca durante muchos años y durante el rodaje me enseñó mucho. El diálogo que aparece en la película entre Quispe y Huilca tuvo su origen en las cosas hermosas que él decía. Las recordé y las puse en la película”. Reproducir las palabras de Huilca no fue fácil, porque el sonido tuvo que ser doblado en la película editada. Ni Huilca ni la persona que actuó como Quispe sabían español, no sabían leer y recordar el diálogo exacto era algo que no formaba parte de su experiencia. El director recuerda cómo lo hizo. “Llevé a Huilca a mi casa en Cusco y le hice escuchar la grabación de su discurso improvisado y le dije que tenía que memorizar exactamente lo que había dicho en la grabadora. Le dije a Huilca: “Lo mismo tienes que hablar cuando vayamos al laboratorio”.

mencionado por su nombre en la película. Blanco fue el líder de una gran rebelión contra las haciendas en 1963 y 1964, a unos cientos de kilómetros río abajo de Huarán en el tropical y montañoso valle de La Convención. Esta zona tuvo medio siglo de una rentable expansión de los cultivos de café y té. Las haciendas incorporaron enormes extensiones de tierra a sus propiedades. Los propietarios trabajaron solo pequeñas porciones de tierras pero, para atraer mano de obra asignaron tierras yermas a los arrendires a cambio de un número de días de trabajo sin goce de sueldo en las tierras del terrateniente. Los arrendires a su vez contrataron a allegados y les asignaron nuevas parcelas dentro de las tierras que les asignaron a cambio de mano de obra. Estas podían ser utilizadas ya sea para sustituir el trabajo obligatorio que debía ser entregado al hacendado o para desarrollar plantaciones propias de café o coca de los colonos. Aunque se describe como feudal,⁶ la expansión de las tierras

-
6. Existe un debate sobre si las haciendas fueron instituciones feudales o capitalistas. Una importante distinción presentada por Eric Wolf y Sidney Mintz (1955) entre la economía de “plantación” de una moderna empresa capitalista rural, como aquellas que se ubicaban en la costa peruana que producían cultivos para la exportación con mano de obra proletaria, y la “tradicional” hacienda feudal de la sierra, como aquellas del Cusco, establece el escenario para este debate. Henri Favre proporciona una sucinta definición de la hacienda feudal: “Un sistema de la producción agrícola y de relaciones sociales en el que una población estable (de peones) está ligada al patrón o a su representante por una serie de obligaciones personales —reales o simbólicas— que la mantiene en un estado de virtual servidumbre o, por lo menos, en un estado primitivo de dependencia” (1967: 105).

Los aspectos feudales se hacían evidentes en la organización social al interior de la hacienda sobre la base de la relación personal entre el patrón y el trabajador. Un paternalismo deferente por parte del propietario fue contrarrestado por la obediencia respetuosa de parte del siervo. El trabajador cometía una ofensa cuando violaba las reglas no escritas y era castigado por el patrón. Sin embargo, la relación entre ellos dos continuaba. Por lo tanto, la forma de hacer cumplir la disciplina variaba de un caso a otro, lo mismo que el castigo; contrariamente, no hubo el procedimiento para hacer frente a delitos particularmente recurrentes. El castigo era de corta duración y tendiente a tratar de restablecer el *statu quo ante* mediante actos de arrepentimiento y perdón al final de cada incidente. Por lo tanto, el castigo era a menudo corporal y violento, arbitrario y aterrador, de manera que sirviera de ejemplo a los demás. En virtud de este sistema, los propietarios tenían poco interés en emplear las leyes nacionales y sus instituciones judiciales, hicieron caso omiso de ellas con impunidad. De ahí que el sistema cerrado, arbitrario y autoritario que forzó el comportamiento servil por parte de los indios tuvo un claro tufo “feudal”, el mismo que fue

fue impulsada por el mercado. La organización de sindicatos rurales tímidamente echó raíces allá por los años 1940 exigiendo pagos en efectivo por el trabajo realizado, ocho horas de trabajo al día y la libertad de los arrendatarios para vender su propio café en el mercado, en lugar de verse obligados a entregarlo al propietario a precios arbitrariamente bajos. Además, al verse expulsados de sus tierras por los terratenientes, se movilizaron por una justa indemnización por las mejoras que habían hecho en tierras eriazas al establecer florecientes plantaciones de café. Esto fue algo que ocurrió con mucha

denunciado abiertamente. Los movimientos de reforma buscaron desfeudalizar la hacienda, insistiendo en que la legislación nacional de aplicación universal también debía ser válida dentro de ella. Por otra parte, los hacendados se defendieron con argumentos jurídicos racionales “capitalistas”. La hacienda era considerada propiedad privada y cualquier amenaza era un ataque inconstitucional en contra de esta. Los propietarios presentaban las obligaciones de trabajo no remunerado como acuerdos de arrendamiento perfectamente legales, en los que el derecho a la parcela de subsistencia era pagado en especies y no en efectivo. En el valle de La Convención, estos a menudo tomaron la forma de acuerdos contractuales legalmente válidos. Eric Hobsbawm, quien viajó por la zona durante el periodo de reforma, denominó al sistema como “neo-feudalismo” (1969: 48), comparable al de la Edad Media. “Los propietarios vivían esencialmente como parásitos de sus siervos, no tenían incentivos para mejorar la productividad, se apoyaban en poderes de coerción no económicos, y malgastaron la mano de obra” (1969: 46-47), a pesar del hecho de que la región como una zona de colonización tenía abundantes tierras, escasa población y un sistema de transporte muy pobre.

En la década de 1960, el sistema evidenciaba un grave deterioro, estaba en tela de juicio por motivos ideológicos y era disputado desde abajo por los campesinos y sus aliados. Las condiciones particulares en el valle de La Convención aceleraron su desaparición gracias al rápido crecimiento de la agricultura comercial, actividad con la cual los campesinos colonos pronto lograron superar la producción del propietario y en la que sus intereses no solo tenían que ver con los salarios, sino con la producción y venta de sus propios cultivos. El sociólogo Eduardo Fioravanti señala que en el momento en que el movimiento se volvió importante, un verdadero proletariado rural (tanto permanente como temporal) había inundado la región trabajando por salarios miserables para terratenientes, colonos y subarrendatarios. De esta manera, Fioravanti insiste contra Hobsbawm que, incluso antes de la formación de sindicatos, “el modo de producción dominante era capitalista por la naturaleza de las fuerzas productivas, por su vínculo con el mercado nacional e internacional, y por la existencia de relaciones de producción capitalistas (mano de obra asalariada). Aquellas relaciones de producción precapitalistas que aún sobrevivían no determinaban la estructura agraria sino que imponían ciertos frenos al desarrollo del capitalismo agrario que el movimiento sindical fue capaz de romper” (1974: 219).

frecuencia pues era la forma en que las haciendas ampliaban su frontera agrícola.

Las movilizaciones campesinas fueron apoyadas por el gremio de trabajadores de la ciudad de Cusco controlado por el tradicional Partido Comunista que seguía las órdenes de Moscú de “no complicar las cosas” demasiado en América Latina. Hacia fines de los años 1950, alentados por el éxito de la revolución cubana, comenzaron a surgir grupos radicales de izquierda que desafiaban a los comunistas tradicionales; Hugo Blanco se convirtió en una figura “heroica” aunque polémica de este movimiento. Nieto de terratenientes, Blanco nació en Huanuquite, provincia de Paruro, Cusco (Seligmann 1995: 120-123). Su padre, un abogado que defendió a los indios en sus interminables juicios, le brindó a Hugo una educación progresista. Estudió agronomía en Buenos Aires, pronto se unió a los trotskistas quienes lo formaron en el trabajo político clandestino y le enseñaron a radicalizar los sindicatos en Buenos Aires y más tarde en Lima. En 1958 en Lima, organizó una gran manifestación contra la visita del vice presidente Richard Nixon, quien venía con la misión de demostrar las buenas relaciones entre los dos países. Para evitar su detención el pequeño partido trotskista lo envió de regreso al Cusco. Allí comenzó a organizar sindicatos revolucionarios en el valle de La Convención, convirtiéndose en allegado de un arrendire camarada suyo en la hacienda Chaupimayo, propiedad de Alfredo Romainville reconocido como el terrateniente más “maldito” de todos los tiempos.⁷

7. Alfredo Romainville era conocido con el sobrenombre de “el monstruo del valle de La Convención...”. “Víctimas de su crueldad fueron los pobladores Melquiádes Bocangel, Cirilo Guzmán, Hernando Villena (quien fue mutilado) y numerosas mujeres violadas por él y sus hermanos. Andrés González, Oscar Quiñones y Constantino Gordillo, entre otros, pasaron muchos años en la cárcel por organizar sindicatos, debido a que el propietario junto con sus abogados preparaban los procesos judiciales en las cortes del Cusco para mantenerlos allí” (Villanueva 1967: 30, resumen mío).

La descripción que Hugo Blanco hace de los hacendados como gente malvada contra quienes él hizo una cruzada, es una comparación cercana a lo que se ve en la película:

Otro ejemplo fue la hacienda vecina de Paltaybamba: Santa Rosa de Chaupimayo, sede de mi sindicato. Allí el gamonal Alfredo Romainville colgó de un árbol de mango a un campesino desnudo y, entre otras cosas, lo azotó todo el día en presencia de sus propias hijas y de otros campesinos. A otro campesino que

Entre 1958 y 1963, la labor política de Blanco dio lugar a un enorme y bien organizado movimiento campesino que se extendió por todo el valle de La Convención y el resto del departamento. Vladimiro Valer, cuñado de Blanco, apoyándose en la Federación Departamental de Trabajadores de Cusco, estableció un radical programa para los sindicatos que se habían organizado recientemente por esos años.

El trotskista Blanco tenía una clara estrategia de confrontación que se iba intensificando con cada éxito. En primer lugar, impulsó a los campesinos a hacer huelgas en cada hacienda por separado y conforme iban evolucionando los conflictos alentó los bloqueos de carreteras para llevar a cabo huelgas combinadas en varias haciendas vecinas. Más tarde, las manifestaciones en pueblos individuales de la región precedieron a las huelgas generalizadas en toda la región. Los pasos finales involucraron la toma de las parcelas de los arrendires y allegados dentro de la hacienda. En la cúspide del movimiento, los campesinos intentaron expulsar a los terratenientes y provocar una toma de todas las haciendas. Para ese entonces, Blanco era famoso en todo el Perú. El sociólogo Eduardo Fioravanti describió su fama de esta manera:

Hugo Blanco se convirtió de hecho en un líder indiscutible del campesinado peruano, su nombre recorría de boca en boca toda la sierra del país, convirtiéndose en un personaje legendario y mítico, Tal era la devoción que los campesinos de La Convención-Lares tenían y tienen a Hugo Blanco, que sus rivales políticos no podían criticarle en reuniones públicas, mítines, si no querían ganarse la repulsa de la masa que admiraba al único hombre que les había dado la tierra. Desde Chaupimayo, Blanco organizó la movilización de masas campesinas, la toma de tierras; de allí salió la consigna “Tierra o Muerte” que recorrería el campo peruano, se decretó la reforma agraria campesina y se formaron las primeras milicias armadas (1974: 194).

El propio Blanco en sus memorias de la cárcel conserva cierto sabor de este éxito. En el siguiente párrafo, recuerda el impacto

no pudo encontrar el caballo que mandó a buscar el amo, este lo hizo poner “en cuatro patas”, ordenó que le pusieran el aparejo del caballo y que lo cargaran de seis arrobas de café (75 kilos); lo hizo caminar así, con sus manos y sus rodillas alrededor del patio que servía para secar el café, azotándolo con un fuste (Blanco 1972b: 102).

psicológico de los mítines de protesta campesina que organizó en la ciudad de Cuzco:

En el Cuzco, por siglos, el indio había caminado agachado por la calzada, con su poncho y su quechua susurrada; no se había atrevido jamás, ni de borracho, a subir a la acera o a hablar su quechua en voz alta con la cabeza erguida. Temeroso del ‘misti’ (el no indio), que era dueño de la ciudad; huidizo de las autoridades o de quien fuere que podría obligarle a hacer un trabajo con una propina ínfima o sin ella, o que podría obligarle a vender los pocos productos traídos del campo al precio que se le antojara. Todo eso era la ciudad del Cuzco para el indio, despreciado y humillado en las calles, plazas y tiendas, mercados, vehículos, etc. Era además: tribunales, oficinas de abogados y escribanos, cárcel departamental, casa del dueño de la hacienda, donde frecuentemente, él, su mujer o sus hijos hacían servicio doméstico gratuito (p. 38).

El mitin ponía al indio por encima del monstruo. Concentración de ponchos en la plaza principal, corazón de la ciudad. El estrado en el atrio de la Catedral, que como tribuna domina la plaza. Olor a coca y quechua saturando el ambiente. Quechua a voz en cuello, quechua rugiente, amenazante, destapando los siglos de opresión. Desfile por las principales calles, antes y después del mitin. Balcones y puertas de los poderosos cerrándose con miedo ante el paso multitudinario, agresivo, insultante, amenazante, gritando en quechua verdades silenciadas por siglos de castellano. El indio dueño de las plazas y calles, de la calzada y la acera íntegras. Esto significaban los mítines campesinos, independientemente del motivo específico de cada concentración (Blanco 1972b: 38-39).

Blanco debe haberse sentido muy bien de pie junto con los indios en ese estrado. La película *Kuntur Wachana* termina con un epílogo que muestra una de esas manifestaciones tomada de una grabación: artificialmente bañada en rojo, enfoca a la multitud y a continuación hace un acercamiento a Saturnino Huilca dando un discurso a un mar de gente que vitoreaba y que iba ataviada con ponchos.

Alarmado por el creciente descontento en el valle de La Convención, así como por la confirmación de los rumores de que se habían establecido las bases de una guerrilla al estilo de Cuba en lugares remotos del valle, el comando de la Junta Militar intervino en el valle de La Convención en 1962. Para quitarle la iniciativa a los seguidores de Blanco se promulgó una limitada ley de reforma agraria específica para la región. Pero unidades de la policía y del ejército

entrenadas en contrainsurgencia entraron también al valle con el fin de dismantelar el movimiento. Un año más tarde, los militares entregaron el gobierno a Belaúnde, cuyas promesas electorales pro reforma agraria habían desencadenado nuevas oleadas de tomas de tierras en toda la nación.⁸

A medida que el gobierno de Belaúnde reforzó la presencia del Estado en el valle de la Convención en 1963 y 1964, con sus propias medidas “desmovilizadoras” de reforma agraria y de contrainsurgencia, también inició la persecución al movimiento de Blanco. La facción prosoviética del Partido Comunista marginó al grupo de Blanco de la federación campesina. Él respondió organizando un pequeño grupo de autodefensa. Aislado de las bases de su sindicato y a fin de evitar su captura, se vio obligado a atacar un puesto policial. Mató a un policía e hirió a otro, a quien le proporcionó medicinas y se aseguró que fuera atendido adecuadamente. En mayo de 1963 Blanco fue detenido y acusado de ser un guerrillero. Se le mantuvo incomunicado durante tres años antes de ser juzgado por un tribunal militar y condenado a 25 años de prisión.

Cuando tuvo lugar el golpe de Velasco en 1968 se había generalizado el clamor de que se les otorgaría amnistía a él y a otros guerrilleros, así como a los organizadores de los sindicatos rurales. Tras su liberación muchos se sumaron al gobierno de Velasco. Sin embargo, Blanco fue el último en ser puesto en libertad porque se negó a colaborar con el gobierno y por el contrario continuó criticándolo duramente. En 1971 fue deportado a México. Sus memorias, *Tierra o muerte: Las luchas campesinas en el Perú* (1972b), escritas en la cárcel, se han traducido a muchos idiomas y han sido ampliamente

8. El libro de Hugo Neira, Cuzco: *Tierra y muerte* (1964), se basa en un informe de la zona de Cusco en 1964. Escrito con un estilo muy vital, con pequeños capítulos seleccionados de sus reportes periodísticos diarios e ilustrado con excelentes fotografías, describe todos los ángulos del conflicto. Es un notable documento vívido de esos tiempos, recientemente reeditado (2008) con una nueva introducción. Neira se convirtió en un entusiasta defensor de los movimientos campesinos como resultado de sus informes de investigación y contribuyó en gran medida a la comprensión de las causas sociales y políticas de las invasiones de tierras que habían tenido lugar en esa época. Una segunda edición de su libro, *Los Andes: Tierra o muerte* (1968) fue ampliada para incluir antecedentes e información comparativa con el fin de hacerla accesible a un círculo más amplio de lectores latinoamericanos.

estudiadas. En un tono polémico, aunque también didáctico, Blanco describe en un lenguaje simple pero intenso su participación en el movimiento y sostiene que la forma de organización de los campesinos habría dado lugar a un apoyo masivo para el cambio revolucionario. Discute otras posiciones de izquierda, distanciándose de los tibios partidos pro soviéticos, por un lado, y por otro, argumenta en contra de las posiciones de los focos guerrilleros del estilo de Guevara y Debray. Deportado por Velasco, durante los últimos años de la década de 1970 fue un popular conferencista en los campus universitarios de Estados Unidos y Europa. Todo este entorno fue omitido a propósito en una breve narración de dos frases en la película.

La segunda parte de la película *Kuntur Wachana* comienza mostrando a dos ex guerrilleros, José Zúñiga Letona y Efraín Solís en 1969, sentados en un tren en un viaje de retorno a Huarán donde Solís tenía su casa. Solís y Zúñiga habían participado en la lucha en el valle de La Convención y se hicieron amigos en la cárcel. Zúñiga se casó con la hermana de Solís y asumió la lucha contra el propietario de Huarán. La película muestra cómo los campesinos cercan al propietario bajo el liderazgo de Zúñiga. La policía cortésmente se niega a ofrecerle la habitual protección al dueño de la hacienda diciéndole: “Están soplando nuevos vientos”. Los curas se disculpan y los esfuerzos de los abogados se vuelven ineficaces, al tiempo que el hacendado infructuosamente intenta dividir a los campesinos. En reuniones clandestinas entre los organizadores y los dirigentes sindicales del Cusco, Vladimiro Valer el peripatético organizador, les recomienda paciencia con los procesos burocráticos ya que confía en que la reforma oficial de Velasco pronto les entregará la tierra.

En la película, Marta Fernández la hija del dueño, en la desesperación, le encarga a uno de sus fieles seguidores organizar el asesinato de Zúñiga. La oportunidad se presenta en un partido de fútbol entre el equipo de la hacienda y los vecinos del pueblo. Durante el juego Zúñiga es brutalmente pateado por un jugador del equipo de la hacienda y muere dos días después a causa de las lesiones internas. Este asesinato —dicen los campesinos de Huarán hasta hoy— es la pura verdad y por lo tanto Zúñiga también murió como mártir.⁹

9. Con relación al poder simbólico del fútbol, le pregunté a Federico García si él había usado intencionalmente el partido teniendo en cuenta su poderoso

La decisión de los campesinos de vengar el asesinato de Zúñiga se muestra en escenas de su tumultuoso entierro. Hacia el final, en un claustrofóbico ambiente interior de la casa hacienda, Marta Fernández aparece leyendo muy desanimada, la segunda notificación de la expropiación total de sus tierras ordenada por el gobierno. Sentados alrededor de la mesa del comedor, los familiares del propietario escuchan el contenido. La primera notificación la habían ignorado. Luego, alterado por unos ruidos que vienen de afuera, Óscar Fernández abre una ventana y se enfrenta a una masa de campesinos que lo miran fijamente. Una toma de primer plano de su rostro demacrado lo dice todo.

Ignacio Ccorimanya, un campesino de Huarán, le describió en 1996 a Danny Pinedo, la manera en que recordaba la invasión.

Una vez que se decidió, enviamos pequeños grupos a hacer un reconocimiento, a conocer los hábitos del hacendado, a averiguar a qué hora se levantaba, cómo trataba a los visitantes, y otras cosas. De esa manera conocíamos sus debilidades. Acostumbraba a bajar de las habitaciones del segundo piso a tratar con los campesinos. De manera que tres personas debían ir a las siete de la mañana a pedir una audiencia con él. Uno de ellos le dijo a Fernández que quería verlo porque quería arreglar la manera de acceder a tierras de pastos y que pagaría por este derecho. Él respondió,

“Está bien, espérame, voy a bajar”.

De manera que el señor Óscar y su hija bajaron al patio y los otros dos campesinos, que habían traído un alambre, aseguraron la pequeña puerta de manera que no pudiera regresar al segundo piso (teníamos miedo de que tuviera armas o gases lacrimógenos escondidos en el segundo piso). Otra persona hizo sonar un silbato para avisar y, luego, todas las personas que se habían introducido secretamente en la zona, entraron al patio. La señorita Marta quiso escapar, pero amablemente la hicieron regresar. Con una cara atemorizada, Fernández exclamó:

simbolismo. Me respondió que le había servido para darle una secuencia dramática a la historia, pues el partido planteaba una lucha de contrarios. A mi comentario sobre que fue un partido que llevaba todas las de perder con un *foul* intencional, él estuvo de acuerdo en que eso también podía ser interpretado como un mensaje portentoso. Señaló que, sin embargo, su principal fuerza estaba en que era una historia real que había sido conocida y comentada en toda la región. Se había convertido en un mito y García simplemente le había dado una potencia dramática.

“¿Qué quieren? ¡Hablen!”

“¡Que se haga la reforma agraria en este momento!”

“¡Queremos justicia!”

“Correrá sangre”, respondimos gritando.

Y llegó la policía y se encargó de que se hicieran las cosas con respeto, de que no nos pasara nada a nosotros ni a la señorita de la hacienda.

El hacendado fue retenido hasta que firmó un documento en el que señalaba que había sido detenido y devuelto sano y salvo por los campesinos que habían tomado la hacienda. Luego, él y su hija se dirigieron al Cusco en su pequeño carro. Después notificamos al gobierno, a la radio y a las fuerzas policiales. Hemos dejado todo intacto, pero permanecemos durante tres días hasta que se nos dijo que el proceso de expropiación se aceleraría. A continuación, llegaron los agentes del gobierno a medir todo, a contar las cosas del hacendado. Se le notificó que debía abandonar la hacienda y llevar consigo sus efectos personales. Después de eso, él nunca más volvió.¹⁰

El director de cine Federico García Hurtado se especializó en el género llamado cine campesino, él mismo es producto de las corrientes artísticas de izquierda de la época y de la revolución de Velasco.¹¹

10. Primera notificación de expropiación. Adriel Villena, director de expropiaciones de la oficina de reforma agraria del Cusco recuerda que, “Yo envié a uno de mis funcionarios a Huarán, y Marta Fernández lo botó”.

11. La vida real es más prosaica que la cinematografía. Mario Herrera, dirigente de Huarán y posterior autor de una tesis de antropología acerca de Huarán (1994), describe la toma de la siguiente manera: “En la noche, el compañero designado se volvió a ubicar en el ciprés que quedaba en el patio de la hacienda (después de haber neutralizado a los perros) para observar los movimientos del hacendado y dar la señal convenida, pues se temía que el hacendado disponía de armas de corto y largo alcance de un primo suyo que era militar. En la mañana, el propietario salió de sus habitaciones, entró en la despensa, sacó maíz para ir al corral a dar comida a sus gallinas, no abrió el cuarto donde supuestamente estaban las armas. La hija, después de dar órdenes en la cocina, se dirigió al corral de las gallinas y dio el alcance a su padre. En ese momento, el vigía dio la señal. y la gente se introdujo a la casa hacienda por diferentes lugares y los rodearon a ambos. En un primer momento el hacendado pugnó por llegar al cuarto de las armas, pero el grupo encargado de esa tarea ya había tomado la habitación, no dejando entrar a nadie. Padre e hija se vieron rodeados de los comuneros que gritaban sus consignas y daban vivas a Zúñiga Letona. La reacción del hacendado fue agresiva, lo que motivó que algunos campesinos quisieran tomarse

Bajo su dirección, SINAMOS, asociado con la rama radical del régimen, produjo documentales de propaganda que promovían las reformas del gobierno. Pero pronto se metió en problemas porque los lineamientos emitidos por la oficina de comunicación de la presidencia exigieron que las películas no muestren imágenes negativas, sino que debían ser decididamente a favor del gobierno, positivas y optimistas. Un caso fue el relacionado con el documental *Runan Caycu* de SINAMOS de 38 minutos de duración producido por Nora de Izcue (1973), quien había filmado el testimonio de Saturnino Huilca sobre los sucesivos enfrentamientos con los hacendados que incluyó menciones a los últimos encuentros violentos con las fuerzas armadas. Aunque el documental fue auspiciado por un sector del gobierno fue desautorizado por otro. Como resultado de esta censura, fue modificado antes de que pudiera ser mostrado (Bedoya 1992: 2002). Los propios documentales que hizo García para SINAMOS, *Tierra sin patronos* (1971) y *Huando* (1972), acerca de los conflictos que se generaron como parte de la reforma agraria, fueron censurados por las mismas razones y posteriormente quemados cuando SINAMOS fue clausurado por el gobierno de Morales Bermúdez.

Así, cuando García tuvo una segunda oportunidad para expresar sus ideas filmando *Kuntur Wachana*, sabía que tenía que suavizar su enfoque radical y es por eso que el movimiento de Hugo Blanco fue tratado de manera indirecta en esta película. Sin embargo, al final de la película usó algunas escenas de *Runan Caycu* enfocando la figura de Huilca dando un discurso.¹² Él también sabía que el

justicia con sus propias manos, pero la participación de otros dirigentes hizo que no se llegara a ningún exceso. Los leales al hacendado se las arreglaron para llegar a la comisaría de Urubamba a buscar ayuda. Mientras tanto, otra comisión de campesinos dio parte a los funcionarios de SINAMOS en Cusco, quienes luego de enterarse de las noticias mostraron una disimulada complacencia. Vista la emergencia del caso, enviaron una comisión a Huarán encabezada por un general. La policía llegó alrededor de medio día y ordenó a la gente que liberaran al señor Fernández y dieron un plazo de 10 minutos para el desalojo de la hacienda. Los dirigentes persuadieron a los agentes de la policía a esperar hasta que llegaran las autoridades. Cuando llegó la comisión se le indicó a la policía que desistieran. El oficial de la policía interpretó la orden del general del ejército como una ofensa a su institución, pero no le quedó más remedio que desactivar todo lo que había preparado para el desalojo” (Herrera 1994: 95-98).

12. Entre aquellos que hicieron cine campesino, el director de cine boliviano Jorge Sanginés es bien conocido por su *Yawar Mallku* (1969) presentado con

apoyo financiero de SINAMOS se estaba acabando; en 1975 cuando Velasco fue derrocado y el organismo se disolvió, tuvo que buscar otras fuentes de financiamiento para *Kuntur Wachana*. Estas son las razones por las cuales la cooperativa de Huarán no solo participó en la realización de la película, sino también en su financiación.

En una entrevista que le hice en julio de 2002, Federico García evocó las dificultades que tuvo para hacer la película. Lo primero que surgió fueron los problemas ideológicos. Parte de la dificultad fue que él había sido un militante revolucionario en su época de estudiante cuando el movimiento de Hugo Blanco se encontraba en pleno apogeo. Esto lo hizo entrar algunas veces en contradicción con sus colegas más conservadores de la industria cinematográfica. Él conocía a los dirigentes campesinos por haber crecido en la zona. Cuando empezó a trabajar para SINAMOS, escuchó todas estas historias y se dio cuenta de que había buen material para hacer un testimonio artístico de mayor duración en un largometraje. Su

frecuencia en Estados Unidos. Federico García Hurtado, con apoyo cubano, pasó a realizar dos películas más sobre temas campesinos en las cuales los propios pobladores locales representaron eventos pasados. Algunos actores de Huarán también participaron en estas películas. *Laulico* (García Hurtado 1980), siguiendo la idea de “Rebeldes Primitivos” de Hobsbawm (1963), trata el tema del robo de ganado y la violenta expulsión del terrateniente de Fuera-bamba en el departamento de Apurímac. Fue criticada por el uso poco acertado de la mitología andina como un instrumento para construir una visión retrógrada de un recuperado pasado andino simplista y primordial. Bedoya critica el “colectivismo primitivo que evoca la película de García como “[un] Colectivismo que tiene más de edénico y original que de histórico, (1992: 216). La otra película, *Huayanay* (García Hurtado 1981), trata también acerca de una acción comunal justiciera en el departamento de Huancavelica. En este caso, los comuneros matan a un violento marginado social cuyos vínculos con los gamonales y con el sistema judicial le habían permitido salir de la cárcel en dos oportunidades. Una versión épica de *Túpac Amaru* (García Hurtado 1984) fue, para el crítico de cine Bedoya, la menos exitosa realización de García. En esta “hagiografía laica del santo revolucionario peruano, las escenas se concentran en momentos solemnes llenos de rasgos conmovedores en los que el sobreactuado héroe debía enunciar frases categóricas para que los espectadores se las memorizasen como si fueran escolares” (Bedoya 1997: 254). Sin embargo, el propio García considera a *Túpac Amaru* como su película más exitosa y como la que le permitió mayores ingresos, aunque siente un mayor cariño por *Kuntur Wachana* pues fue la primera que realizó. El género comparte un interés ideológico por exponer el mito de la idílica vida de las zonas rurales y de incorporar a gente local para presentar sus propias historias.

propuesta fue aceptada por la cooperativa con gran entusiasmo. La gente iba a participar en la película, el equipo tendría alimentación y alojamiento gratis durante este tiempo. Una filial de la cooperativa, denominada Producciones Huarán tendría los derechos de autor de la película. Se tenía que encontrar un mecanismo burocrático, por lo que se hizo una propuesta para un proyecto de comunicación social que fuera compatible con las actividades de SINAMOS. Se logró aprobar un presupuesto de un millón de soles. El proyecto incluía radiodifusión, prensa local, teatro, cine y espectáculos de títeres. Todas estas actividades se llevaron a cabo y la filmación comenzó al amparo de este proyecto. Hubo entusiasmo durante la etapa del rodaje, éste terminó justo cuando cayó el gobierno de Velasco.

Fue después que comenzaron los problemas para García. El dinero se acabó y la película se estaba deteriorando en sus latas. La cooperativa logró conseguir un préstamo bancario para desarrollar la película, pero el laboratorio no estaba equipado para procesar películas en colores, por lo que cerca del 20% de las escenas se perdieron. García hizo un primer corte y completó la primera edición en Lima pero se llegó a un callejón sin salida en términos técnicos. Durante el periodo en el que sus documentales para SINAMOS fueron quemados, Federico García percibió que algunos militares también buscaban bloquear sus esfuerzos para terminar esta película. Él y varios colegas fueron detenidos y puestos en prisión hasta que una gran protesta organizada por los periódicos, críticos de cine y federaciones campesinas lograron obtener su libertad.

La película no podía continuar siendo procesada en el Perú. Se obtuvo más dinero a través de la cooperativa de Huarán que fue entregado a Federico García en La Paz, Bolivia. García viajó a Buenos Aires durante el gobierno militar de Videla. En el laboratorio en el cual se estaba procesando la película una celosa asistente denunció a García de ser comunista. En ese país y en ese momento, se trataba de una acusación muy grave. Federico García tuvo que esconderse. Sin dinero, él y sus compañeros tuvieron que vivir a salto de mata hasta que la película estuvo lista. Sintiendo ser perseguido, García hizo los arreglos necesarios para que los negativos fueran enviados al Instituto Cubano del Arte y la Industria Cinematográfica en La Habana para que los custodien. Luego regresó por tierra cruzando Bolivia, con la policía de Videla y de Hugo Banzer buscándolo en muchos controles viales. La película fue trasladada bien escondida

en la camioneta de la cooperativa. Cuando llegaron a Cusco, *Kuntur Wachana* se estrenó contando con la presencia de los dirigentes de la cooperativa y con estruendosos aplausos.

Los críticos cinematográficos, sin embargo, coincidieron en señalar algunas de las dificultades de la película. El crítico e historiador de cine peruano Ricardo Bedoya hizo una cuidadosa evocación retrospectiva de la iniciativa señalando que podría haber sido atractiva:

La propuesta inicial fue, pues, propiciar el trabajo colectivo en la elaboración de una dramaturgia diseñada desde el punto de vista de sus actores principales, Sin embargo, el tratamiento cinematográfico de esta propuesta se encarriló muy pronto por las vías representativas tradicionales, dejando escaso margen a la espontaneidad, al alea, a las incertidumbres y titubeos de un grupo humano que era filmado mientras recordaba hechos pasados, pero frescos aún, de su vida y la de sus antepasados. (1992: 210)

Bedoya siguió criticando las aventuras líricas de García, la intromisión de torpes simbolismos andinos; los cóndores, el hacer sonar una concha ancestral como símbolo de la invasión y el uso ostensible de paisajes para hacer de la película, “la ilustración de una anécdota ejemplar y dejaba ver los múltiples apriorismos ideológicos y dramaturgicos que presidieron su realización” (Bedoya 1992: 211). También percibió que había sido exagerada la extrema dualidad entre los campesinos buenos y los hacendados malos.

Las películas de García Hurtado sin embargo destacan por su alta calidad técnica y su atención a temas de conflictos sociales en los Andes. Su intento de describir a los campesinos andinos haciendo que ellos mismos desempeñen sus roles en la pantalla fue una innovación audaz pero, desgraciadamente, no tan convincente como se esperaba. *Kuntur Wachana* es el único largo metraje que aborda el tema de la reforma agraria en el cine. Visto desde la posición ventajosa de hoy, tiene el singular sabor de la engorrosa polémica de izquierda y del arte didáctico que formaron parte de la revolución de Velasco y a los cuales Federico García contribuyó en gran medida.

Sin embargo, en 1996 cuando mi asistente Danny Pinedo entrevistó a las personas en Huarán, los recuerdos de *Kuntur Wachana* revelaron que esta había terminado como una amarga experiencia. Mario Herrera, uno de los entrevistados, un líder de la invasión,

socio de la cooperativa, autor de una tesis sobre Huarán (1994), recuerda que en 1975 inicialmente todo fue color de rosa. Federico García estaba entusiasmado con la idea hacer la película. Él habló mucho sobre la forma en la que la cooperativa estaba contribuyendo a desarrollar un concepto totalmente nuevo de producir películas revolucionarias en el Tercer Mundo. Solís también estaba ansioso, seducido por la idea de que todos ellos se volverían famosos con su provocadora historia. Todo el mundo estaba entretenido haciendo una película participativa. Paulino Sairitupac, un socio de la cooperativa, recuerda la forma en que fue filmado, aunque el episodio no se incorporó a la versión final.

La película muestra el tipo de vida que teníamos en la época de la hacienda. Cómo nos maltrataban, cómo se comportaba el hacendado, cómo rompía nuestras vasijas de chicha cuando nos tomábamos un descanso muy largo. Todo eso lo hemos reproducido en la película, tal como era, cómo pateaba las vasijas, cómo nos daba de cachetadas, todo eso. Para la película lo hicimos nuevamente exactamente cómo había sido.

Rubén Ascue, un colega de Solís y de Zúñiga, fue reconocido como coproductor en su rol de coordinador y guionista campesino. Posteriormente se convirtió en un actor profesional en otra película de García. La cooperativa se quejó de que en la película se usaron préstamos destinados a la producción agrícola y que se pidió préstamos en efectivo a otras cooperativas. Según la gente de Huarán, durante seis meses los trabajadores sacrificaron sus propios sueldos para financiar el trabajo de laboratorio con el fin de procesar la película en Argentina. Todos estaban ilusionados por el dinero que iban a hacer con la aventura cinematográfica. Según Mario Herrera, García les sacaba cuentas con los dedos: “¡Compañeros! A 60 mil dólares cada copia!”

Cuando la película salió a los cines, la empresa propietaria *Producciones Huarán* no percibió ningún ingreso. Cirilo Cobades, otro campesino de Huarán, señaló en su entrevista de 1996 que ellos habían entregado dinero para la película porque pensaban que iba a ser algo mutuamente beneficioso.

Pensamos que se necesitaba toda esa plata para terminar la película, y cuando se iba a acabar entonces habría mucha plata para nosotros.

Cuando se terminó la película se presentó en Lima y en otras dos haciendas, aquí en la región. Conseguimos algunos ingresos de eso. ¿Entonces que habían hecho estos señores? Sin que nosotros autorizemos habían comprado otra máquina filmadora, una chatarra que no sirve para nada, con el pretexto de que querían continuar haciendo películas educativas. García también reclamó una plata que decía que se le debía, así fue como se lo gastaron. Justo en esa fecha estábamos debiendo un millón al Banco Agrario. Cuando hemos pedido el balance a García, todo lo que trajo fueron 412 soles. ¡Eso fue todo! Ese número se grabó en mi cabeza porque lo han hablado en una asamblea.

Mario Herrera fue comisionado por la cooperativa para investigar y recuperar los fondos de manos de Federico García. Según García, Herrera era un *provocateur* quien manipulado por fuerzas oscuras destruyó un ambicioso proyecto para crear un centro de comunicación social en Huarán con base a un trabajo previo y al éxito de la película. Herrera, por otro lado, señaló que García se había hecho rico con la película y que no había devuelto lo que le debía a la cooperativa. Durante años —dice García— Herrera y la cooperativa le hicieron la vida imposible. Ambas partes se vieron involucradas en un prolongado litigio. Con la participación de algunos intelectuales, se esparció la implacable calumnia de que García, el acaudalado intelectual, había estafado a los pobres campesinos. García fue abucheado en Huarán en varias ocasiones. En Lima, era un entretenimiento publicar en la prensa artículos difamatorios en contra de García. Como represalia, García acusó a Herrera de tramitar un complot para socavar la revolución y lo denunció como agente de la CIA a través de desagradables comentarios que aparecieron en las secciones de arte y cultura de las revistas progresistas de Lima y en pintas en las paredes de Huarán. El pasatiempo duró años, García y Herrera hasta hoy son enemigos acérrimos. Atrás quedaron aquellos días agradables cuando García había invitado a Herrera a representar el papel de Zúñiga Letona. Al no haber conseguido en Lima un actor profesional que represente adecuadamente el papel de Zúñiga, García me contó que había encontrado en Herrera al actor ideal. Desvergonzado, pequeño, de tez oscura y con cabello ensortijado, tranquilamente podía asumir el rol de un cholo cusqueño como era Zúñiga.

Hoy la película ha caído en el olvido. Cuando Danny les preguntó si la cooperativa todavía la presentaba, Cirilo Cobades le respondió, “Teníamos una copia de la película, pero ahora no sé dónde está.



Figura 2.3. Hugo Blanco, al centro, junto con compañeros en la isla penal El Frontón. Inmediatamente a su derecha, el verdadero José Zúñiga Letona. Blanco (1972a: 97) (© PATHFINDER PRESS) XX

Se ha deteriorado”. Mientras investigaba y redactaba este capítulo, con frecuencia les pregunté a mis colegas peruanos si recuerdan la película *Kuntur Wachana*. La mayoría no se acuerda.

Mario Herrera, el doble de Zúñiga

Fue difícil para mí reconstruir como persona a José Zúñiga Letona, aparte de la amalgama de heroísmo futbolístico y martirio revolucionario que aparece en la película. Las entrevistas de Danny en los años 1990 facilitan algunos indicios. Ignacio Ccorimanya recuerda que era de mediana estatura, de tez oscura y cabello ondulado. Que haya sido un foráneo es algo importante; nacido en algún lugar del valle de La Convención, se dice que era hijo ilegítimo de una mujer campesina y un hacendado, un extraño que llegó con sus compañeros a organizar a la gente local. Para ellos, sus credenciales revolucionarias eran impresionantes, porque Zúñiga les había dicho: “Mis padres fueron hacendados, y yo también he hecho invadir a mi padre con la gente del campo”.

Su legitimidad en la zona se había reforzado por su matrimonio con la hermana de Solís nacida en Arín. Cirilo Cobades mencionó los cargos que tuvo en las organizaciones regionales. “Él ha estado

en la Federación de Lares, abajo en el valle de La Convención,¹³ aquí también fue secretario de la Federación Provincial de Campesinos de Calca, después ha estado de dirigente en la comunidad de Arín, así se estaba moviendo por allí”.

Mario Herrera era su amigo y Danny lo buscó en Cusco. Prostrado en cama con una fiebre alta, aceptó sin embargo una larga entrevista de cuatro horas. Mario Herrera no es originario de Huarán pero nació en Cusco en 1944; hijo de sindicalistas, él mismo fue un militante. Durante los años 1960 estuvo a la cabeza de manifestaciones, tiraba piedras, sufrió los gases lacrimógenos y organizó sindicatos en la zona rural. Participó en acaloradas discusiones entre las diversas facciones de extrema izquierda, argumentando incansablemente acerca de cómo convertir el movimiento campesino en una verdadera revolución. Militó en grupos de apoyo a las guerrillas del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), fue capturado, arrestado y pasó tres años en la cárcel. José Zúñiga, nos contó Herrera, era especial porque en sus días de militante había sido muy cercano a Hugo Blanco. Zúñiga participó en el asalto al puesto policial, cuando Blanco fue arrestado, se escapó de sus captores y luego se unió a la guerrilla de Luis de la Puente Uceda hasta que lo capturaron. Herrera conoció a Zúñiga en la cárcel.

Cuando este fue liberado inicialmente buscó refugio en ña casa de Mario; estaba enfermo y psicológicamente debilitado.

Tenía anemia, principios de tuberculosis y mi madre lo acogió. Lo adoptó como a un hijo porque era un excelente *compañero*, muy bueno, íntegro. Estuvimos como un año acá y no podía trabajar porque se agitaba, tenía problemas. Cuando se sintió incómodo, le dijo a mi madre,

“Mira yo conozco a un compañero de Arín, voy a irlo a visitar porque él siempre me dijo que lo visitara”.

Y regresó a los ocho días, venía como Papá Noel, traía sus choclitos, sus capulíes, su repollito, en fin, qué se yo. Y así comenzó a ir y venir, y una vez se quedó ocho meses y yo me alarmé. Entonces, cuando volvió, yo le digo:

13. Palabras conciliadoras de Huilca dobladas en la filmación a partir de la historia documental traducida: “Nacen nuevas cooperativas y hay prosperidad en las comunidades. Doy fe, como revolucionario, de que he sido privilegiado de ver esta nueva era, y en mi corazón ya no hay lugar al odio”.

“Oye ¿qué ha pasado contigo?”

“¡Allá hay un propietario que es un hijo de puta!”

Todavía con resquemor, le digo,

“¡Mira compadre, ten cuidado! No vaya a ser que nos pase lo que nos ha pasado y después vamos a estar jodidos”.

Pero él me estaba pidiendo apoyo seriamente y yo acepté. Usaban mi casa como un lugar para dormir cuando necesitaban venir a la ciudad. El sindicato de construcción que yo dirigía le proporcionó fondos para sus luchas.

De esta manera se desarrolló una amistad entre los jóvenes militantes Mario Herrera, Efraín Solís, Rubén Ascue (primo de Solís) y José Zúñiga. El caso de Huarán fue importante en Cusco porque Óscar Fernández, el propietario, lo había convertido en un famoso proceso de resistencia a los sindicatos dividiendo al movimiento campesino y subvirtiendo las intenciones del gobierno de expropiarle sus tierras. En resumen, él fue el propietario “malo” por excelencia que debía ser destruido. Los vínculos de Herrera con la ciudad, con SINAMOS, con la universidad y los sindicatos fueron importantes para organizar un apoyo más amplio que condujo a la expulsión de Fernández.

Ignacio Huamán, a quien Danny entrevistó en 1996, dio la versión de la muerte de Zúñiga:

Él era una persona que organizaba a la gente. Ya habíamos estado con él durante tres años. En Arín hubo un partido de fútbol y los empleados de la hacienda acostumbraban a venir y allí lo lesionaron a José Zúñiga. Lo patearon y cayó al suelo con una rajadura en la cabeza. Fue un asesinato disimulado por un partido. La persona que hizo esto se llama Maldonado, pero quién sabe de dónde era. Cuando se ha finado, recién al capricho hemos invadido Huarán.

Mario Herrera le contó lo siguiente a Danny:

Yo hice aparecer la muerte de Zúñiga como un asesinato político. Nuestros periódicos nos apoyaron. Logramos incitar a la población de la ciudad de Calca y la población de Calca respondió. El entierro de Zúñiga se convirtió en una manifestación política antigamonal. En ese tiempo, Fernández (respaldado por sus vínculos familiares) tenía el

apoyo del Ministerio de Agricultura que estaba retrasando, mientras que nosotros estábamos apoyados por SINAMOS, que nos alentó a invadir. Incluso Velasco mismo tuvo que intervenir. Entonces planeamos la invasión. Yo estaba siempre tras bambalinas. La toma de la hacienda la hicimos matemáticamente precisa, lo planeamos todo con cuidado en la noche. Di tareas y organicé la logística. Me escondí en un taxi en Arín, esperando una señal para luego notificar a los periódicos y a la radio. Como yo era bien conocido en Cusco, era importante que me mantuviera sin ser visto. Tenía que parecer una invasión campesina espontánea.

Luego vino el día más feliz, en enero de 1973, el día que vinieron los generales a entregarnos la tierra. El General Luis Uzátegui Arce fue el que vino, y él me conocía realmente por mi trabajo de organización en Cusco con los trabajadores de construcción civil. De repente me reconoció, cuando estaba con un megáfono en la mano dándole la bienvenida a él y a su séquito a Huarán. Entonces me dijo,

“Oye, Mario, yo pensaba que tú eras de construcción civil, ¿y qué haces acá?”

Y yo le respondí,

“General, estamos donde está la lucha”.

Poco después se cambiaron los papeles. Debido a las luchas políticas internas, Mario Herrera fue marginado de su sindicato en la ciudad del Cusco. Por otro lado, su camarada Efraín Solís se convirtió en el ostentoso presidente de la Cooperativa José Zúñiga Letona, quien, con camioneta y todo, encontró en problemas a Herrera en Cusco. Entonces le dijo, “Oye, hermano ¿qué haces tú acá? Tú vales mucho para perder tu tiempo aquí, vámonos a Huarán!”. A Herrera le dieron una parcela de tierra y le asignaron tareas administrativas.

A lo largo de los años 1980 y 1990 el caso de Huarán siguió teniendo interés para mí. Durante la década de 1970 el antropólogo Juan Víctor Núñez del Prado hizo su trabajo de campo bajo mi dirección e investigó las mayores dificultades políticas que surgieron luego de que se convirtió en una cooperativa agraria. Después de poner la hacienda en manos de un comité interventor especial a cargo de un militar, los expertos decidieron que debido a sus altos niveles de productividad y a la capacidad demostrada por sus dirigentes, debía convertirse en una cooperativa de producción. En aquellos

años iniciales era la favorita del régimen, se le brindó mucha ayuda, asesoría, ensayos revolucionarios y mucho apoyo. En 1996, 25 años después, Danny Pinedo pasó ahí cuatro días para averiguar cuál fue el impacto que tuvo la película en la localidad. El lugar parecía abandonado, la entrada estaba sucia, la maquinaria agrícola malograda y oxidada, los huertos descuidados, los símbolos y afiches de los días de la cooperativa descoloridos y cubiertos con pintas. La cooperativa estaba casi disuelta, la mayor parte de la tierra había sido distribuida individualmente entre los socios. Su liderazgo era débil o inexistente, la hostilidad y el resentimiento entre sus socios eran generalizados, y *socialismo* era una mala palabra. La izquierda se había dividido en varias facciones y había fracasado, los movimientos campesinos habían desaparecido, sus sindicatos y federaciones se habían dispersado.

Mario Herrera se cambió de partido en cinco oportunidades, para terminar desencantado. Comenzó como militante del Apra Rebelde que se había escindido del partido para promover una guerrilla cuyo levantamiento fracasó y le costó un tiempo en la cárcel; allí conoció a sus camaradas de toda la vida, Efraín Solís y José Zúñiga. Cuando dirigía el sindicato de construcción civil en Cusco estuvo afiliado al Partido Comunista Peruano (PCP) auspiciado por la Unión Soviética. Atraído por las reformas, se convirtió en un seguidor de Velasco pero mantuvo, como la mayoría de los velasquistas, sus lealtades iniciales a una posición crítica de izquierda vagamente definida. En sus debates con otros izquierdistas a lo largo de diversas crisis, las consideraciones fundamentales no estuvieron referidas tanto a temas de principios o de política, sino a qué facción o qué grupo tenía capacidad de obstruir o facilitar la estructura de poder local en Cusco. Él y todo el resto se acomodaban según fuera el caso. Su propio acomodo era “táctico”, el de otros era catalogado por él como “traicionero”. Él era del PCP porque su sindicato de construcción era PCP; él apoyó a la CNA (Confederación Nacional Agraria), organización campesina creada por Velasco; por lo tanto tenía que oponerse a los intelectuales que apoyaban a la confederación campesina de oposición, la CCP (Confederación Campesina del Perú). La CNA era un símbolo del colectivismo y respaldaba a las cooperativas, mientras que la rival CCP las denominaba manifestaciones del capitalismo de estado y alentaba a los campesinos a disolverlas. Cuando Velasco cayó Mario tenía muchas alternativas de partidos

de izquierda a los cuales afiliarse y optó por el que defendió la continuación de la línea de Velasco: el PSR (Partido Socialista Revolucionario), porque sus ingresos dependían de la continuación del subsidio y el apoyo a la cooperativa. Cuando esta estuvo a punto de derrumbarse, instó a que las unidades agrícolas fueran organizadas con un criterio empresarial de eficiencia y rentabilidad, en línea con los políticos que clamaban por la eficiencia económica como la forma de desarrollar el país. Cuando la cooperativa se parceló entre los pequeños propietarios individuales, habló de las virtudes de la vía campesina. Uno puede leer esto como oportunismo o como una adecuación a los principales vientos políticos que soplaban en el continente, o incluso como un lento descubrimiento a medida que se iba dando el reconocimiento de sus propios errores. También se debe considerar la acusación de Federico García Hurtado de que “a donde Mario Herrera va, provoca divisionismo”.

Como a muchos de nosotros, la desaparición de una opción de izquierda en el escenario mundial, latinoamericano y peruano dejó desubicado a Herrera. Cuando los dirigentes de los movimientos campesinos y de los sindicatos urbanos se convirtieron en candidatos parlamentarios que buscaban votos, se sintió fastidiado por lo rápido que habían cambiado su forma de pensar y sus ropas, sin darse cuenta de que él también estaba cambiando. Con todos estos cambios ¿dónde podían anclar los principios que guiaban sus acciones? La entrevista realizada a Herrera en 1996 está llena de epítetos mordaces en contra de sus rivales a quienes fácilmente etiquetó como oportunistas y deshonestos, pero hubo también en ella una ironía autorreflexiva. En un momento de la entrevista interrumpe su diatriba para decir, “¡Y ahora yo aparezco como derechista!”. En otros momentos fue más preciso. Era necesario acomodarse porque “me tuve que ganar los frejoles”. Él afirma que no abandonó sus principios, pero se desilusionó del activismo político. Recordó burlonamente todo el entusiasmo de izquierda acerca de la aplicación del colectivismo, con un gesto similar denigró la siguiente disputa de facciones que tuvo lugar años después y que buscaba destruir ese mismo colectivismo tan ávidamente pregonado antes. Lo que realmente le dolía fue el comportamiento insidioso entre camaradas que llegaron a traicionar la solidaridad entre compañeros. Sentía menosprecio por aquellos que habían roto alianzas, así como rechazo por los muchos que a él le parecía que se habían vendido

para conseguir beneficios personales. Pero él hizo lo mismo. A lo largo de su vida se hizo de muchos enemigos y se refiere a ellos como “ratas”.

Tras bambalinas

La hacienda Huarán producía maíz en la zona baja, tenía una gran producción lechera, muchas hectáreas de eucaliptos y grandes extensiones de tierras de puna subutilizadas. La propiedad tenía una extensión de cerca de 6 mil hectáreas a lo largo del curso de dos pequeños ríos que nacían en unos nevados. Gran parte de las tierras no eran aptas para la agricultura pero la hacienda había monopolizado las mejores tierras en el proceso de consolidación. Esto se hizo a expensas de dos antiguas comunidades indígenas, Arín y Sillacancha, las cuales en 1971 tenían unas pocas tierras pobres y marginales en la zona de valle.

Leyendo la tesis de Mario Herrera (1994) uno puede entender las rivalidades entre las dos comunidades. Los dos pueblos habían competido entre sí para adueñarse de la hacienda. Arín, la más pobre, asumió una actitud hostil frente al hacendado. Los pobladores con frecuencia extraían furtivamente recursos de la hacienda y eran tratados como ladrones por el propietario. La gente de Arín evitaba entrar en acuerdos con el hacendado, mientras que la de Sillacancha le entregaba mano de obra gratuita a cambio de acceso a tierras de pasturas. Los integrantes de Sillacancha vivían de una agricultura de subsistencia, del comercio de una parte del maíz que producían en sus parcelas comunales y de la crianza de ganado en las pasturas de Huarán. Los pobladores de Arín en cambio tenían que migrar, muchos de ellos al valle de La Convención (ahí aprendieron sobre organización de sindicatos). La gente de Sillacancha, mantuvo una relación más cordial con el propietario en una clásica relación patrón-cliente que caracterizó los sistemas de hacienda antes de la reforma. La inquietud por expropiar al hacendado provino de Arín y en ocasiones tuvo la oposición de Sillacancha. En la película, José Zúñiga evitó hábilmente una abierta confrontación entre la gente de Arín y la de Sillacancha, que el propietario en efecto había promovido. Sin embargo, debido a la mayor experiencia organizativa de los migrantes de Arín, así como a sus vínculos más allá de la hacienda, ellos encabezaron la demanda persistente por la

expropiación. Amparados en su éxito, posteriormente pretendieron manipular las decisiones, monopolizar los cargos ejecutivos y los privilegios que iban asociados a ellos en la cooperativa.

El proceso de reforma privilegió a los combativos pobladores de Arín otorgándoles una mayoría entre las 125 familias a las que el gobierno autorizó convertirse en socios de la cooperativa. La mitad de la gente de Arín y Sillacancha se benefició de esta manera, mientras que la otra mitad acabó sin tener ningún acceso a los beneficios de la cooperativa. Estos últimos, por lo tanto, no tenían ningún interés en hacer que la cooperativa tuviera éxito; por el contrario, se constituyeron en un lugar fértil desde el cual esta era criticada, atacada y obstaculizada. Se mantuvieron activos con el fin de encontrar formas de acceder a los recursos de la cooperativa, ya sea robando o presionando a la dirigencia para que también les otorguen a ellos los beneficios que tenían los socios formales. Por lo menos en una ocasión trataron de invadir la cooperativa, fue en un momento en que su debilidad interna hizo tácticamente posible esta maniobra. Con estas presiones, esa vez la cooperativa se unió para defender su integridad territorial pero solo lo logró a duras penas.

Según el estudio de Herrera, los dirigentes de Arín se convirtieron en una élite consolidada en la cooperativa, con frecuencia promulgaron medidas que favorecieron a ellos y a sus familias más que al resto de asociados. Los pobladores de Sillacancha veían a la dirigencia de Arín con suspicacia y formaron un grupo de oposición. Sin embargo, era una minoría que fácilmente podía ser manipulada o vencida en una votación, aunque sea a costa de un considerable conflicto interno o de argucias políticas mezquinas. Mario Herrera le confió a Danny que la política interfirió con la cooperativa. Su influencia fue nefasta:

Teníamos recursos, y todos esos políticos muertos de hambre que no tenían otra ocupación se trataron de meter ahí para embrujar a los dirigentes solo para tener cabida y comer de la bandeja. Por ejemplo, a mí me han tenido como seis, siete años en el comité electoral y yo he visto cómo todo eso estaba preparado. Y los campesinos, así como los ves todos cojudos, son un instrumento útil.

La cooperativa se puso en marcha y se mantuvo económicamente en buen pie por algunos años; gracias al apoyo técnico de las agencias agropecuarias se dice que pronto duplicó su producción

comparada con la época del hacendado. La cooperativa se benefició de un pequeño auge económico en el que se exportó al Japón el maíz cusqueño especial. Pero la dirigencia hizo varias inversiones desatendidas. A la cooperativa se le entregó una gran extensión de terreno en una zona remota de la selva de Madre de Dios para desarrollar una operación ganadera a fin de que pudiera absorber la excesiva población que la cooperativa no podía sostener. Esta operación se convirtió en una trampa financiera así como en un desastre humano por la muerte de varios socios que se ahogaron en el río Madre de Dios cuando trataban de cruzarlo. Los dirigentes de la cooperativa compraron otra chacra cercana a Huarán pero un par de años después la tuvieron que vender a pérdida. También afirmaron haber invertido fuertemente en el proyecto cinematográfico y no haber recibido nunca ningún beneficio por esto. Se hicieron préstamos basados en el crédito fácil destinado a la reforma que otorgaba el Banco Agrario, pero posteriormente tuvieron grandes dificultades para pagarlos.

La disciplina laboral fue también un tema controversial. De acuerdo con su propia evaluación, los socios de Sillacancha se veían a sí mismos como trabajadores muy disciplinados que tenían mucho más cuidado para resguardar los activos de la cooperativa que los descuidados socios de Arín; sin embargo, a todos se les pagaba el mismo salario y recibían los mismos beneficios. Debido a que muchos socios también tenían acceso a parcelas de producción de subsistencia, prestaban más atención y ponían más esfuerzo en estas que en la producción colectiva. No obstante, el ingreso diario de los socios de Arín dependía más de los salarios que el de los de Sillacancha, de manera que era la mano de obra más “descuidada” la que tendía a predominar: aquellos cuyos ingresos provenían principalmente de sus parcelas hacían acto de presencia para trabajar lo mínimo requerido solo para no perder sus otros privilegios tales como precios bajos en el almacén, servicios de salud o, incluso, la oportunidad de pedir préstamos a la cooperativa que muy pocos devolvían.

El trabajo no tenía ninguna disciplina. Ignacio Ccorimanya, un crítico de la cooperativa, recuerda mejores tiempos cuando trabajaba para la hacienda en la producción lechera. Él cuenta que en ese entonces se les pagaba puntualmente cada dos semanas en forma proporcional a la leche que habían ordeñado.

Seis días trabajabas, a las 6 de la tarde te pagaban, ¡limpio! Los paquetes estaban listos. Pero con la cooperativa es como un juicio conseguir que te paguen. Cuando fui a recoger mi salario, me dijeron, “No hay plata”. Con la hacienda había más disciplina. Los apuraban; solo daban media hora para almorzar. Con la cooperativa, el trabajo se hace lento. Tal vez llegan temprano, pero dan vueltas, hablando, riendo. Esa no es forma de trabajar.

El robo o sacar provecho de la propiedad de la cooperativa fue algo incontrolable sin considerar cuán colectivista fuera su ideología. Como en el caso de otras cooperativas en el Perú, el problema del polizón fue algo difícil de manejar, en parte porque los drásticos e inhumanos castigos que habían sido la norma en la hacienda ya no eran permitidos. Los recuerdos sobre robos y otros delitos tienen su propia dinámica. Todos pueden contar cuentos acerca que cómo vieron a otra gente robar, pero ellos, personalmente ellos, se mantuvieron escrupulosamente honestos. ¡Qué duda cabe!

Aquí se incluye el análisis de Mario Herrera, seguido de algunos comentarios más interesantes realizados por personas a quien Danny interrogó por separado sobre este tema:

MARIO HERRERA: Los robos comenzaron a proliferar. Te descuidabas del calzoncillo y te lo sacaban. Pero, entonces, ¿cómo se manejaba eso? Por ejemplo, un fulano había robado unos cuantos miles de la cooperativa y lo iban a “colgar”. Entonces, ¿qué era lo que él hacía? Se enrolaba en este o aquel grupo político. Y los políticos de ese grupo iban a pelearse por él en las federaciones, así ha sido.

Los líderes sabían que tal y tal habían robado, pero, para mantener la paz, se quedaban callados, porque si uno acusaba al ladrón de ser ladrón, sería tu enemigo jurado por el resto de tu vida. Si, así ha sido. ¡Era terrible!

PAULINO SAIRITUPAC: Cada dirigente que fue elegido para un cargo siempre tomó algo de la cooperativa, y después lo tenía en su casa, e incluso tenían sus casas en la ciudad.

DANNY PINEDO: ¿Por qué la gente roba?

CIRILO COBADES: No había robo, solo malos manejos y eso le hacía pensar a la gente que había robo. No organizaban bien el trabajo, no sabían cómo administrar.

DANNY PINEDO: ¿Si la cooperativa era tuya, por qué te robabas a ti mismo?

CIRILO COBADES: No, nosotros no robábamos. Eso es lo que decían de nosotros.

DANNY PINEDO: ¿Pero por qué había una mala administración en la cooperativa?

CIRILO COBADES: Porque no estábamos capacitados a ese nivel.

MARIO HERRERA: No todos robaban, con seguridad. Había alguna gente bien honesta, como Cirilo Cobades. Él es bien honesto.

La presión por distribuir la tierra generó constantes problemas en la cooperativa. Al principio a cada socio se le dio una parcela de subsistencia, pero en la medida que la siguiente generación de los socios comenzó a formar sus propias familias, éstos también comenzaron a demandar parcelas adicionales. Afirmaban que la cooperativa no les estaba dando empleo. De manera que comenzaron a distribuirse parcelas, incluidos algunos buenos terrenos que también fueron entregados a algunos dirigentes y a sus parientes cercanos. Aquellos que terminaron con menos de lo que creían que se merecían comenzaron a protestar, incluso aquellos que tenían tierras en Sillacancha o Arín. La única forma de resolver ese conflicto era redistribuir más tierras para corregir los errores de la primera distribución. Una vez que se hicieron estas distribuciones iniciales, no se pudo contener la presión frente a repartos posteriores.

A fines de los años 1970 la cooperativa se vio en serios problemas financieros. En ese contexto surgió una propuesta para reformar la cooperativa con base a criterios estrictamente empresariales para así poner fin a la política mezquina. La propuesta implicaba la reorganización de todo el lugar y la corrección de todas las anomalías que habían conducido a la cooperativa casi a la bancarrota. Entre los imperativos estaba la eliminación de todos los privilegios implantados, la clausura de los departamentos improductivos y todos los servicios sociales. La propuesta implicaba un estricto control y mayor supervisión sobre las herramientas y los materiales y, lo que era peor, el despido de los socios excedentes. Fue rechazada por aquellos que estaban en el poder pues significaba la pérdida de sus propios privilegios.

De esta manera, encabezados principalmente por personas de Sillacancha comenzó la presión para la disolución total de la cooperativa y la división de sus tierras y bienes entre sus socios, La oportunidad se les presentó cuando en 1980, durante el segundo

gobierno de Belaúnde, se emitió la ley que permitía la disolución de las cooperativas. Lograron su objetivo, pero no sin una dura lucha en la cual la dirigencia fue acusada ante la justicia de haber realizado una mala gestión del patrimonio, frente a lo cual éstos trataron de organizar una invasión de la tierra.

Los de Sillacancha, formulando ahora principios socialistas, estuvieron a favor de repartir la tierra en partes iguales para cada socio (independientemente de cuánto tenía cada uno de ellos en su propia comunidad; mientras que los cuadros de Arín, que alguna vez habían sido colectivistas, argumentaron que las tierras debían ser distribuidas de acuerdo con la cantidad de trabajo realizado para la cooperativa. Finalmente ganó la facción que proponía distribuir la tierra en función de la cantidad de trabajo realizado. De esta manera, los socios de Arín, que originalmente eran los sin tierra, hostiles, menos disciplinados y más politizados, que habían dominado la cooperativa desde su creación, terminaron con más tierras.

Los pastores de puna tomaron para sí las vastas extensiones de terrenos de pastos y se desafilieron de la cooperativa. Desde un principio habían sido en gran medida marginados de los beneficios y de la participación en los asuntos de la cooperativa; por otro lado, tampoco en ese momento habían mostrado interés en ellos.

Cuando Danny Pinedo y yo visitamos el lugar en 1996, existía tan solo el caparazón de lo que había sido una cooperativa. Lo único que estaba en producción eran 20 hectáreas de tierras mal trabajadas de maíz para la exportación y unas cuantas vacas mal tenidas en los establos. Las plantaciones de eucaliptos estaban siendo cortadas para venderlas, los ingresos se destinaban a pagar unos salarios escasos a los funcionarios de la cooperativa y a jornaleros eventuales. Sin embargo, a nosotros nos hablaron de planes grandiosos para convertir la casa hacienda en un hotel de turistas o el desarrollo de recursos hídricos esperando tan solo que llegara una ONG extranjera con los planes y el financiamiento. Sin embargo, Huarán tenía una mala reputación. Según Herrera, ninguna ONG se acercaría ni de lejos.

¿Cuándo, Herrera se preguntó a sí mismo, se quebró el núcleo solidario que era Huarán? El mismo se respondió con una imagen muy parecida a la de George Orwell en su famosa alegoría sobre el colectivismo agrario, que fue utilizada como eficaz propaganda anti comunista (1945):

Cuando comenzaron a aparecer los recursos, iii Cuando apareció la plata!!!, ahí fue cuando comenzaron las artimañas y las desviaciones. Y concretamente, lo que nunca funcionó fue la parte productiva de la cooperativa. Los agrónomos que se suponía debían ayudar a poner a funcionar esto, y digo ‘esto’ con desprecio, eran incompetentes. La gente no trabajaba y los salarios eran más altos que los ingresos. Se hizo un manejo inexperto de los recursos y nunca nadie supo cuánto maíz se había producido o vendido.

Pero finalmente, continuó Herrera, la reforma agraria era un saco de contradicciones. Estaba en discusión la pugna del Estado por el colectivismo frente al individualismo innato de la gente. “No te olvides eso”, le dijo a Danny. “Todos los izquierdosos, la variopinta gama de rojos y rosados eran más colectivistas en ese entonces, yo también”.¹⁴ Él siguió diciendo, “Y no entendimos que el campesino, lo que quería era su tierra y nada más. Cooperar con ellos y aguantar a todos esos agentes de la izquierda (del gobierno y contra el gobierno) fue la estrategia de los campesinos”. Efraín Solís le había dicho a Herrera que la participación en los programas del gobierno fue tan solo una estrategia para acceder a la tierra, “porque después, la vamos a parcelar”. Herrera le advirtió a Danny: “Entonces, si tú haces un seguimiento de los hechos, llegas a esa conclusión, que todo eso lo hicieron para hacerle gustar al gobierno. Y cuando el gobierno se fue, *pfft*, se viene la parcelación”.

Cuando se le pidió que resuma el lado positivo de la reforma, Herrera concluyó lo siguiente:

Ahora cada uno tiene su pedazo de tierra y no le interesa lo que le pase a sus vecinos o a la institución. El lado positivo de la reforma es que a mucha gente le ha tocado su pedazo de tierra. Hay muchos compañeros que nunca hubieran logrado tener a sus hijos en la universidad, cada uno con su computadora. Eso me alegra. Yo también soy como ellos. Yo comencé de la nada, y ellos me dieron una parcela de tierra y eso me ha ayudado a superar la crisis del segundo gobierno de Belaúnde y el de Alan García, y ahora también el de Fujimori.

14. Zúñiga se mantuvo activo en el valle de La Convención después de 1970. Eduardo Fioravanti agradece la colaboración de Zúñiga en su investigación y le dedica su libro.

Con relación a los fines para los que sirvió esta experiencia, Herrera afirmó:

Ha servido para reflexionar intensa y profundamente. A medida que yo empato toda esta historia, la resumo en la lucha por la tierra; pero a veces me pregunto, ¿y qué hemos hecho con todo el sistema productivo? Y esto realmente me invita a vivir con un complejo de culpa. Pero ya no estoy interesado, no voy a esperar que las cosas funcionen, no quiero ser presidente de nada. Si te involucras y tratas de impulsar algo que al final a los campesinos les resbala, entonces te ignoran y lo único que eso produce es frustración

Yo soy un extraño en Huarán, más extraño de lo que fui.

¿Dónde están ahora?

Ignacio Ccorimanya quiere regularizar los títulos de propiedad de sus parcelas y que se los entreguen. Pero los dirigentes de la cooperativa han decidido que no los van a entregar para que los campesinos no comiencen a vender sus parcelas a extraños. Cirilo Cobades tiene seis hijos, dos ya están en la universidad, uno de ellos en la facultad de ingeniería de minas. “Sin la reforma, no hubiera sido capaz de educarlos”. Hilario Quispe era vicepresidente de la cooperativa cuando Danny lo entrevistó y continuaba defendiéndola, tenía esperanzas en sus futuros proyectos. Paulino Sairitupac está contento con lo que tiene. Los mejores tiempos fueron “cuando teníamos nuestra propia cooperativa, porque con eso nos podíamos mantener a nosotros mismos y vivir bien”. Como recuerda, “no era como en la época de la hacienda que estábamos siempre bajo el control de algún capataz. Podíamos tomar chicha en nuestros descansos y comer nuestro fiambre que nuestras esposas nos traían. Ahora estamos en paz, porque los malos tiempos de la hacienda se han acabado”.

Mario Herrera obtuvo un título de antropología en la Universidad San Antonio Abad del Cusco. En el momento de la entrevista, trabajaba en un proyecto de irrigación financiado por el gobierno alemán. Cuando Danny y yo lo fuimos a buscar a Huarán vimos su parcela cercada con un gran muro de piedras. Dentro había una casa decorosa, su padre respondió a nuestro llamado. Nos dijo que Mario estaba en Cusco y nos dio su dirección. El padre se había

mudado para hacerse cargo de la chacra porque Mario estaba siempre muy ocupado con su trabajo.

Óscar Fernández y su hija no siempre son recordados como los “malos” de la película.¹⁵ Cuando en 1996 Danny y yo cotejamos las opiniones de nuestros entrevistados, surgió una impresión diferente. Carmen Calderón, hija de un hacendado vecino, dedicada a la agricultura comercial, tiene una lúcida imagen de ellos.

CARMEN CALDERÓN: Yo conozco algo de ellos porque mis padres eran amigos de él y de su hija Marta. Lo que la gente dijo de él en realidad no es cierto. Pero su hacienda ha sido una de las más conflictivas de la región. Y era cierto que la señorita tenía su carácter. Era medio ahombada y muy exigente con su gente. Eso es cierto. Pero de ahí a que haya matado a gente o todas esas cosas, es absurdo. Óscar Fernández era medio tacaño; no le gustaba gastar plata. Pero decir que no le daba a su gente, es otra cosa. Él vivía bien en su propiedad, con sirvientes, con recursos. Tenía de todo. Se trataba bien y comía buena comida.

Óscar Fernández terminó como un hombre amargado. Odiaba al gobierno. Solía insultar a Velasco y desearle la peor de las muertes. Después de la expropiación, se fue primero a Cusco donde tenía una casa donde vivía con sus hijas y sus nietos. Más tarde se mudaron a Lima. La casa de Cusco la vendieron muy barata. Y en Lima se dio cuenta que no tenía para vivir. Marta no tenía trabajo porque no tenía ninguna profesión. La otra hija era secretaria en un banco y su sueldo era cada vez menos porque tenían cuatro hijos más su papá. Después se divorció. Cuando se volvió a casar, se mudó a otra parte y abandonó a Marta y a su papá. Los dos acabaron viviendo muy pobremente, subsistiendo con la ayuda de los amigos. Óscar murió casi abandonado en un hospital y lo enterraron en una tumba para indigentes. Sus nietos se fueron a Estados Unidos. Uno de ellos fue compañero mío de colegio y a veces

15. Marta Fernández fue entrevistada por Roland Anrup en 1978 y 1979 para su libro *El taita y el toro* (1990: 103-111). Ella narra como su padre y ella intentaron modernizar la hacienda volviéndose más estrictos, de acuerdo con la racionalidad capitalista, generando de ese modo mayor resentimiento por quebrar antiguos acuerdos sociales. Por ejemplo, introdujeron una jornada de ocho horas, pago en efectivo por el uso de pasturas, uso de contratos escritos y decisiones similares. Anrup publicó las cartas que un “comité revolucionario” le envió a Marta en 1960, amenazándolos de muerte y acusándolos de haber expulsado a sus siervos, una injusticia que también está representada en *Kuntur Wachana*.

nos carteábamos y me preguntaba si todavía tenía mi hacienda. Yo le contestaba que “sí”, y él me respondía “suerte la tuya”.

¿La película? ¡Qué barbaridad!

IGNACIO CCORIMANYA: Óscar Fernández era bueno. Todos decían que era malo, pero no. Se ponía furioso, pero un rato no más, pues. Cacheteaba a su gente cuando la veía parada, o conversando, jugando, o cuando estaban borrachos. Se molestaba.

HILARIO QUISPE: El hacendado era buena gente, todo daba, daba alimentación, propinas, normal daba. El vivía bien. Venían sus amigos del Cusco porque era una persona sociable y los atendía bien. No vivía con grandes lujos, normal, no más.

PAULINO SAIRITUPAC: Yo no pude ir a la escuela en la época de la hacienda. ¿Acaso “ellos” nos dejaban? [*Con indignación*] A nuestros padres les aconsejaban diciéndoles, “¡Carajo! Si a ese tu hijo lo educas, va a ser ladrón, te va a matar, te va a pegar, no, no lo eduques, ocioso, vago, ladrón va ser”. Eso es lo que ellos decían.

Como no querían que nos eduquen, todos estábamos en la misma condición. Pero a escondidas yo me entré a la escuela nocturna. Como si fuera un ladrón salía de noche y me iba a la escuela, ahí aprendí algo. Pero cuando vino la cooperativa, allí ya tuvimos nuestro colegio. En los tiempos de la hacienda solo el hacendado daba buena educación a sus hijos.

FEDERICO GARCÍA HURTADO: Yo quiero hacer una confesión hidalga porque los años le confieren a uno una cierta serenidad. Después de lo que a mí me ha pasado con esta sucesión de calumnias, diatribas y persecución, he entendido que uno no debe ser tan abierto a lo que le dicen.

Yo no dudo que en el Cusco de esos tiempos hubiera un enorme conflicto entre los gamonales y los campesinos, y que fueran gente absolutamente cruel y vesánica con los indios. El gamonalismo era una de las principales causas del total atraso de la región. En el caso de este señor, solamente me he guiado por las referencias que me dieron los campesinos. Y hoy no me sorprendería que hubiera habido una gran dosis de exageración y que los campesinos le hicieran a Fernández, lo que más tarde me hicieron a mí. Entonces, me he arrepentido de haberle puesto en la película el nombre de Óscar Fernández al hacendado y de haber llamado a la hacienda Huarán. Le hubiera podido poner nombres de ficción. Tal vez así hubiera sido más coherente un relato sobre la reforma agraria y las luchas por la tierra, sin levantar, tal vez, un falso testimonio a personas que seguramente lo merecían pero que no en ese nivel.

Por ejemplo, no creo que haya una prueba contundente de que hayan matado a Mariano Quispe con una conspiración de Fernández con su hija, con la chicha envenenada. Puede ser cierto o no. Tampoco nadie sabe realmente lo que le pasó a Zúñiga. Yo lo pongo como un hecho cierto en la película, de lo cual ahora me arrepiento.

Yo he conocido a Fernández, pero del otro lado de la orilla. Yo soy oriundo de Calca también, un abuelo tenía una hacienda allí que se llamaba Manzanares. Yo pertenecía a ese grupo social, de manera que cuando joven yo iba con frecuencia a la hacienda Huarán. La fama de Marta era muy mala, era una mujer de carácter duro. Eso recuerdo, pero perdimos el contacto totalmente. Mi madre era amiga de la esposa de Fernández, de manera que íbamos a las fiestas de hacienda a hacienda. Evidentemente, los oscuros secretos de las familias no se mostraban en esas ocasiones. Cuando fui un joven universitario, cambié de posición y por convicción me puse del lado de los campesinos. Rompí con el grupo que antes había sido más afín a mí.

No me cabe ninguna duda de que la película fue un golpe muy duro para los Fernández. Es como desnudar las intimidades de una familia y, a lo mejor, con un grado de exageración de lo cual ahora hidalgamente me arrepiento. Si hubiera sido más prudente hubiera sido bueno que investigara más el tema. Así es que me hago esa autocrítica.

Hugo Neira, quien escribió los fascinantes informes sobre la toma de tierras en los años 1960, “descubrió” a Saturnino Huilca, abogó por Hugo Blanco y trabajó para la prensa parametrada durante el régimen de Velasco. Lo conocí en México en 1982, donde tenía un cargo de investigador en el Centro de Estudios del Tercer Mundo. Posteriormente se mudó a Francia y se convirtió en sociólogo. Fue profesor en la Universidad de Papette en Tahití. En 1998 publicó un extenso libro sobre el Perú donde se refirió positivamente a la reforma agraria de Velasco. En el 2006 se convirtió en el director de la Biblioteca Nacional en Lima. Ahí me contó que no creía que Saturnino Huilca fuera ese místico líder religioso andino que Federico García pinta en la película, una descripción que García me reiteró en la entrevista que tuve con él.

Hugo Blanco regresó al Perú en 1975 durante la segunda fase del gobierno militar, pero fue vuelto a deportar en 1976. No obstante, aun desde el exilio y hasta el momento de la amnistía de última hora que le permitió candidatear, obtuvo en 1978 la tercera más alta votación como miembro de la Asamblea Constituyente, la

mayor que cualquier izquierdista haya conseguido. Fue el que presionó para que se condone la deuda agraria (un aspecto contencioso de la reforma de Velasco), cumpliendo de esta manera su idea largamente sustentada de que los campesinos debían recibir su tierra sin tener que pagar por ella, porque ya la habían pagado con creces por haber trabajado gratuitamente para los terratenientes o porque se las habían quitado a la fuerza. Su inmensa popularidad contribuyó al ascenso de la izquierda democrática en 1978.

Sin embargo, la posterior carrera política de Blanco fue más problemática. Se seguía reconociendo a sí mismo como trotskista, era popular en la TV por vestir con símbolos de pobreza (una soga en lugar de una correa y calzaba *yanquis* hechos de llantas viejas). Se le echó la culpa de arruinar las posibilidades de que Izquierda Unida gane las elecciones en 1980. Ante la incapacidad de llegar a un acuerdo entre extremistas y moderados todos los intentos de unificar a la izquierda fracasaron. Al final, Blanco se presentó como candidato a la presidencia con su propio partido. En esta campaña, la prensa informó que él había señalado de sí mismo que,

[...] por ser el líder de izquierda más popular, más carismático, más combativo, más perseguido, más veces preso o deportado, y más votado en las elecciones de 1978 para las elecciones de la Asamblea Constituyente, es el único candidato natural de la izquierda a la Presidencia de la República. (Pease y Filomeno 1982: 3790)

Alcanzó un distante cuarto lugar en la elección que reeligió a Fernando Belaúnde Terry para su segundo periodo. Cualquier posibilidad de una fuerte oposición de izquierda al gobierno terminó debilitada; muchos acusan a Blanco de ser la causa de esto. Sin embargo, se mantuvo como parlamentario y participó como senador en los años 1990. Su protagonismo político se desvaneció completamente y fue intrascendente durante los años de terror propiciados por Sendero Luminoso y la represión militar de la que fue objeto. En esos años vivió en Suecia.

En febrero de 2001, Hugo Blanco, (actualmente con barba blanca) y yo tuvimos una conversación amigable pero formal y de mi parte un tanto inhibida. Debido a que ha sido tan controversial, desde los años 1980 los intelectuales de izquierda han minimizado el rol de Blanco. Destacaron sus errores y lo evitaron socialmente.

No obstante, todavía se encuentra en la actividad política (con una convocatoria muy, muy pequeña) y ha mantenido consistentemente su línea a lo largo de cuatro décadas. Ha regresado al Cusco, donde participa en programas de desarrollo comunal con un movimiento indígena diferente y con un sabor a autonomía pro comunal que no es muy original.

Teniendo en cuenta su rol protagónico en la reforma agraria, Hugo Blanco tiene la última palabra en este capítulo. Es un extracto autorreflexivo de su libro y se refiere a los peligros de los redentores heroicos:

La burguesía, al igual que las clases explotadoras del pasado, fomenta la creencia en ‘redentores’... No es necesario que estos caudillos sean de derecha, los oportunistas de la izquierda no controlados por la burguesía también son utilizados para hacer creer a la masa que son esos caudillos los que han conquistado triunfos para el pueblo explotado y no la acción de las mismas masas.

La burguesía llega incluso a exaltar a los auténticos revolucionarios aunque sea a través de insultos y calumnias. Su afán es engrandecer al individuo a expensas de las masas. Mientras las masas crean en un “redentor”, por más revolucionario que éste sea, la burguesía se siente relativamente segura. A este “redentor” se le puede comprar, encarcelar o matar; en cambio a las masas no. (Blanco 1972b: 95)

Este capítulo ha mostrado la manera en la que la reputación de los héroes, locales o nacionales, aumenta y disminuye como individuos. En el siguiente capítulo, acerca de los terratenientes, invierto el procedimiento. Comienzo con el imaginario colectivo que tienen los progresistas respecto al terrateniente “malvado” y la forma en la que estos tratan de contrarrestarlo. Luego se describe los inolvidables momentos de sus vidas cuando fueron expropiados y los efectos que esto tuvo en ellos y en sus familias. Hay mucho de ultraje y odio que se explora a través de lo que cuentan los hacendados. Se incluye también un recuento de las medidas que tomaron los hacendados para defenderse a sí mismos, así como una entrevista-descripción del nuevo tipo de empresario agrícola que ha surgido luego de las reformas de Velasco.

CAPÍTULO 3

Los terratenientes

Elenco en orden de aparición

LUIS GALLEGOS. Antropólogo y columnista social de Puno (entrevistado en Puno, septiembre de 1996).

ELIANA SEMINARIO. Viuda de un terrateniente de Piura dedicado al cultivo de algodón y arroz, ama de casa (entrevistada en Piura, julio de 1994).

CARLOS SCHAEFER. Hijo de un terrateniente de Colcabamba, Huancavelica (entrevistado en Lima, febrero de 1996).

LUIS ALAYZA GRUNDY. Propietario de Arona, una hacienda de mediana extensión en Cañete, productor de algodón (entrevistado en Arona, febrero de 1996).

EFIGENIA ALARCO. Propietaria, se le expropió el fundo Pacos, Colcabamba, Huancavelica, maestra de educación física en el distrito pobre de El Agustino, Lima, divorciada (entrevistada en Lima, febrero de 1996).

VÍCTOR SANTILLÁN. Hijo de un pequeño propietario de Colcabamba, Huancavelica, antropólogo, consultor y empleado de ONG (entrevistado en Huancayo, junio de 1996).

BETTY GONZÁLEZ. Trabajadora y líder sindicalista de la Cooperativa Huando, Chancay, Lima, parcelera y ama de casa domiciliada en Huaral (entrevistada por Danny Pinedo en Huaral, mayo de 1996).

LUCHO ALCÁZAR. Propietario, se le expropió el fundo San José, Pariahuanca, Junín, cultivó durante diez años lo que le dejó la reforma y luego se trasladó a Lima, hombre de negocios (entrevistado en Lima, junio de 1994).

INGENIERO NN. Hijo de un propietario de Zurite, Cusco, expropiado. Solicitó que su nombre no apareciera, hombre de negocios, empresario de la construcción (entrevistado en Cusco, julio de 1996).

RAFAEL SEMINARIO. Propietario de varias haciendas en Piura, se le expropiaron tierras, hombre de negocios, en el momento de la entrevista era presidente de la Cámara de Comercio de Piura (entrevistado en Piura, junio de 1994)

JOSÉ DE LA PUENTE HAYA. Pequeño propietario de Trujillo, se le expropiaron tierras, hombre de negocios en la línea de TV por cable, nieto de Víctor Haya de la Torre y pariente del fallecido líder guerrillero Luis de la Puente Uceda del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) (entrevistado en Trujillo, noviembre de 1996).

ZÓZIMO TORRES. Trabajador y líder sindicalista de Huando en Chancay, Lima, una hacienda dedicada al cultivo de naranjas que los propietarios subdividieron legalmente a fin de evitar la expropiación; encabezó protestas buscando que el gobierno revocara la ley que permitió a los propietarios subdividir las propiedades por iniciativa propia (entrevistado en Huando, abril de 1996).

ALFREDO ELÍAS. Propietario de Santa Rosita, Ica, fue expropiado, hombre de negocios, agricultor, exportador, ex alcalde de Ica (entrevistado en Lima, marzo de 1996).

Nadie quiere ser identificado como enemigo de clase

En 1969, cuando el Estado decidió demonizar a los propietarios de tierras, las relaciones de clase se invirtieron. Se elaboró un discurso moral para justificar la expropiación y de esta manera los terratenientes, que alguna vez fueron el centro del poder y del prestigio, pasaron rápidamente a ser definidos como mercedores de los actos punitivos establecidos por el Estado en nombre de la nación. Me centraré aquí en los constructos de hacienda, propietario, patrón y gamonal que circularon con el proceso de la reforma. Estos

proporcionan el contexto en el que los propietarios de tierras, en tanto individuos —caracterizados como enemigos de clase— respondieron a mis entrevistas.

La expropiación convierte una definición de clase en una acusación hecha a personas, las que luego tienen que encarar una percepción muy real de la injusticia y de los excesos cometidos contra ellas en una forma muy personal. Que repentinamente, se le diga a uno, que el estilo de vida que ha venido teniendo es definido como moralmente equivocado es un shock psicológico profundamente hiriente y humillante. La ira es la reacción que se introdujo en mi grabadora. Si bien yo no soy de los que piensan que la reforma agraria nunca debió darse y que no hay reforma agraria sin expropiación de tierras, aquí quiero hacer una declaración solidaria con los propietarios que expresaron su indignación. A nadie le gusta ser expropiado y mucho menos ser etiquetado como un enemigo de clase. La amargura de toda la vida de mi padre frente a los nazis, que le quitaron a mi abuelo judío su empresa de importación de café, su casa en Hamburgo, cada una de sus pertenencias personales y finalmente también la vida, ha sido una herida palpable enconada a lo largo de su vida, incluso en el remoto Huancayo.

Asimismo, es necesario señalar (en primer lugar), que me ha sido difícil escribir este capítulo ya que el sufrimiento de los ex propietarios de tierras no es para mí motivo de alegría o deleite. También debo afirmar muy sinceramente que, conforme escuché este flujo de emociones, tuve que trabajar arduamente para llegar a un tipo de empatía con ellas. Por otra parte, los propietarios de tierras estuvieron muy deseosos de trasmitirme sus puntos de vista pues consideraban que desde la reforma nadie les había dado la oportunidad de expresarlos. Confío haber cumplido con la tarea que me encomendaron.

Mi padre recordaba al senador Alonso, propietario de la hacienda La Punta, cabalgando hacia la ciudad por la calle Real de Huancayo en la década de 1940. Alonso se detenía delante de la ferretería del señor de la Guerra y gritaba hasta que uno de los empleados de la tienda venía corriendo con una silla, ayudaba al hombre a bajar de su caballo y se encargaba del animal. Enseguida el hacendado se sentaba a horcajadas en la silla en medio de la calle cruzando sus brazos sobre el respaldo. Luego daba órdenes a gritos para que alguien fuera al banco y le trajera efectivo, a alguien más para que

le comprara el periódico, a un tercero para que le alcanzara una bebida, a un cuarto para que llamara al abogado y así sucesivamente; despachaba sus negocios desde el medio de la calle apoyado por apurados asistentes. El tráfico, que no era mucho en aquellos tiempos, se desviaba a su alrededor. Ciertamente, memorable.

La hacienda

La hacienda, una propiedad cerrada, en tanto dominio exclusivo del hacendado, evoca no solo la tierra sino un mundo de refinado privilegio. Vincula un apellido familiar con un lugar; por ejemplo, los Puga de La Pauca, en Cajamarca, en una larga línea de descendencia afirmaron en ocasiones que provenían de la nobleza colonial o de caudillos militares. En el caso de los Puga, su fama tuvo su origen en la cría de toros de lidia. Sin duda, fue una experiencia desgarradora que se perdiera la conexión entre la hacienda y el apellido.

En Puno, Luis Gallegos, el cronista de la página de sociales de la ciudad, recuerda como lloraba don Alberto Eduardo Amat en el bar del Club Puno,

“¡Aaaay, La Galaca, La Galaquiiiita! Gritó, gimió él, ime han apuñalado aquí en el corazón! ¡La Galaca, La Galaquiiiita!”. Era su mejor hacienda.

La memoria también se fusiona con una edificación, la casa hacienda, construida en un lugar imponente en calidad de dominio exclusivo de la familia y los invitados. Llena de muebles heredados, de colecciones de reliquias tales como jarrones de cerámica pre hispánica, crucifijos, armas de caza, con retratos de antepasados y fotos de las cabezas de reproductores premiados. En sí mismos constituían elementos visuales de ostentación y de seguridad. La casa estaba conectada a jardines, huertos, establos, almacenes y a una capilla donde se oficiaban los servicios religiosos.

Después de la expropiación, los trabajadores bajo las órdenes de los funcionarios de la reforma agraria vigilaron la casa de la señora Eliana Seminario en una de las haciendas que tenía su marido en Piura. Sin embargo, escudándose en empleados leales regresó para llevarse en secreto un par de tenedores y cucharas, solo para que el juego de cubiertos que habían dejado ahí estuviera incompleto.

Haciendo uso de su propio sentido de decencia, ella sentía que estaba resistiendo y manteniendo su dignidad. La señora Seminario se sintió muy apenada cuando, más tarde, vio que parte de su deteriorado mobiliario se estaba vendiendo en un mercado de segunda mano en las calles de Piura.

La hacienda era un lugar donde las tradiciones se mantuvieron, se afirmó la continuidad con el pasado, el privilegio fue destacado y se cultivó el refinamiento. Se trató de un mundo sumamente privado con límites claramente definidos y pautas de exclusividad que se aplicaban rígidamente. Luego del proceso de expropiación, la pérdida de estos aspectos cualitativos fue motivo de preocupación en la memoria de mis entrevistados. No fue tanto la propiedad sino los intangibles vinculados a ella lo que provocó reacciones intensas, melancólicas.

Carlos Schaefer, de Colcabamba, Huancavelica, comparte una memoria de este tipo:

Había árboles frutales, bonitos paltos, con los que mi padre ganaba premios todos los años. ¡Hermosos paltos, créanme! Nuestra empleada en Lima agarró la pepa de una de las paltas de la hacienda y la sembró en el jardín y hasta ahora tenemos nuestras propias paltas para comer. ¡Riquísimas!

Un lujoso libro de gran formato publicado por el Banco Latino en 1997, *La hacienda en el Perú: Historia y leyenda*, contiene artículos de historiadores y arquitectos intercalados con impresionantes fotografías de hermosas muestras de la arquitectura rural de las casas-haciendas restauradas, algunas de ellas convertidas ahora en hostales. Arona, en la costa del valle de Cañete, es presentada en este libro. En 1996, Luis Alayza Grundy, un propietario que ha sabido conservar setenta hectáreas así como la casa, me mostró los alrededores. Se trata de un monumento histórico ya que alguna vez perteneció a Hipólito Unanue (de quien el señor Alayza es descendiente), héroe nacional cuya estatua se exhibe en el amplio corredor interior con columnas, pisos encerados y exquisita vista del bien mantenido jardín. También hay una capilla donde aún se sigue oficiando la misa una vez al día. El mobiliario, según don Luis, no es el original porque la hacienda fue saqueada por los chilenos en la guerra de 1879. En el momento de mi visita, él vivía allí durante



Figura 3.1 Interior de la casa hacienda Arona. La leyenda en la foto original dice: "En las haciendas de la costa los amplios y frescos corredores con columnas servían de transición entre el exterior público y el mundo familiar del hacendado. Al fondo, puerta de entrada a la capilla de San Juan de Arona". Banco Latino (1997: 92-93) (© RAÚL REY)

la semana solo, porque también tiene una casa y una activa vida familiar en Lima distante a dos horas en auto. En las vacaciones del verano sus familiares llegan para quedarse allí. Para Luis Alayza, la casa hacienda es un elefante blanco porque su mantenimiento es costoso, pero no permitirá que sea utilizada para el turismo ya que perdería su tranquilidad y él mismo sabe que no tiene el carácter para ser un risueño hotelero.

Este libro de gran formato es un ejemplo de la presentación selectiva y sin tapujos de la memoria de los buenos tiempos previos. Hojeándolo, uno no observa una sola imagen de las rancherías de los sirvientes o de las chozas de los campesinos. Están ausentes, adrede, las fotos de las casas hacienda abandonadas y en decadencia. Ver estas ruinas fue para mí una imagen mucho más impresionante que cualquier otra cosa de una época que ha finalizado.

En mis notas de campo del 5 de mayo de 1996, señalo lo siguiente:

Casablanca, Tarma, Junín (parte de la ex SAIS Ramón Castilla). La casa sigue en pie, pero está en ruinas, todas las ventanas están rotas,

los pisos han sido levantados para ser usados como leña, no hay muebles. No existen conexiones eléctricas. La turbina Pelton es chatarra. La casa se encuentra en los terrenos que le dejaron al propietario, pero no los trabaja ni ha regresado. El mayordomo todavía se mantiene ahí. Él recuerda que el señor Otero solía vivir allí todo el tiempo; administraba la hacienda con un contador y unos pocos caporales, a diferencia del gran número de trabajadores que tuvo la SAIS. Su esposa era increíblemente estricta, pasaba el dedo sobre los muebles para comprobar si había polvo. A las mujeres que eran enviadas a su casa en Lima no les gustaba ser sirvientas.

Es posible que en la memoria y en el mito la hacienda haya sido mucho más grande, más hermosa y pacífica de lo que era en realidad.¹ La decadencia fue lo que le dolió a los hacendados más que cualquier otra cosa. En mis entrevistas y notas hay muchas listas (de extrema importancia emocional para quienes las enumeraban) de hectáreas de terrenos, cantidad de árboles frutales, bovinos, ovinos y alpacas que les quitaron, kilómetros de vallas y cables telefónicos en los que habían invertido y que fueron arrancados. Los propietarios lamentan no poder regresar a sus haciendas pues es demasiado doloroso. La señora Efigenia Alarco recuerda las ochenta colmenas que tenía en su pequeña propiedad, el fundo Pacos. Tenían un apicultor que producía la miel, fumigaba y mantenía las colmenas. Pasada la expropiación, la señora Alarco regresó un día y encontró que nadie había mantenido las colmenas, que se habían

-
1. Relatos novelescos de la vida en las haciendas en forma de memorias incluyen: *La violencia del tiempo* (1991), de Miguel Gutiérrez; ambientada en Piura y en Lima, reconstruye, el comportamiento del clan Villar. Las haciendas aparecen de manera notable y en la novela se filtra el resentimiento. Edgardo Rivera Martínez, en *País de Jauja* (1993), es mucho más suave y evocador de la vida de un joven, hijo de una costurera pobre quien observa, a la distancia (social), la triste vida de las hacendadas. La novela de Laura Riesco, *Ximena de dos caminos* (1994), es una evocación de la infancia, transcurrida en el campamento minero de La Oroya, de la hija de un empleado de clase media, e incluye episodios familiares en haciendas de Tarma. En *La casa de los espíritus* de la novelista chilena Isabel Allende (1983), el conflicto agrario y el amor prohibido entre clases sociales es uno de los hilos conductores de la saga familiar. Las grotescas payasadas de un excéntrico abuelo (un iracundo hacendado a quien se le expropiaron tierras) forman parte de las clases medias limeñas en *Los últimos días de La Prensa* de Jaime Baily (1996). Estos escritos son bastante diferentes del anterior género indigenista.

vuelto un enjambre, con la miel goteando de los troncos de los árboles: “¡Pobres abejas!”, señaló entre sollozos.

En el valle de Paucartambo, Cusco, en 1985, me encontré en Challabamba con una casa hacienda en mal estado. El techo de paja se había pandeado, las habitaciones interiores estaban vacías, en el patio la hierba había crecido excesivamente y estaba abandonado. En medio del patio había una tumba llamativa. Sorprendido, porque por lo general a los peruanos se les entierra en cementerios, me enteré por los beneficiarios de la hacienda, que seguían viviendo en chozas detrás de la casa hacienda, que quien estaba ahí enterrado era el ex propietario. Me dijeron que luego de la expropiación el hacendado se había trasladado al Cusco. Ahí su vida había sido miserable. No congeniaba con sus hijos, no tenía ingresos y comenzó a tomar. Poco a poco volvió a Challabamba. Les pidió a sus ex peones que lo dejaran vivir ahí sus últimos días. Aceptaron, le dieron de comer y cuando murió lo enterraron en medio del patio. Sin embargo, los ex peones no querían utilizar la casa. En el libro de Roland Anrup *El taita y el toro*, un estudio sobre los aspectos culturales y afectivos de las haciendas cusqueñas, se señala con frecuencia que los ex siervos no quieren acercarse a las casas hacienda y prefieren dejar que se conviertan en ruinas:

Nosotros no podemos vivir en la casa-hacienda por cuanto no nos dejan dormir los encantos. Cuando uno duerme una noche, en los sueños hay diferentes manifestaciones. ¡Hay que ver cuánta gente también habrá vivido en esas casas antiguas! Nosotros preferimos nuestros ranchos porque hace tiempo que hemos vivido en ellos, estamos acostumbrados y ya somos dueños. Ahora, los únicos que se han atrevido a vivir dentro de ella son aquellas personas que han ingresado como campesinos con la Reforma (Anrup 1990: 141-142).

El propietario

A comienzos del siglo XX, cuando el sistema de hacienda estaba en su apogeo, la palabra propietario implicaba algo más que la propiedad de una serie de recursos o bienes. Se trataba de personas que tenían riqueza, a diferencia de aquellos que no tenían nada. Significó la seguridad con la que uno podía mandar y disponer, gobernar y castigar, tomar y otorgar. El control sobre las cosas implicaba pisotear a las personas. En una época, las haciendas de la sierra no

fueron valoradas tanto por el número de hectáreas como por el número de siervos que vivían en ellas y proporcionaban mano de obra. Las haciendas de la costa monopolizaban el agua para el riego; las de las punas despojaban de sus animales a los pastores cada vez que se les antojaba y expulsaban a los campesinos cuando resultaban problemáticos. A través de los derechos de ingreso a sus tierras, las haciendas controlaron las actividades comerciales monopolizando las ventas y las compras, o prohibiendo el ingreso de comerciantes a sus propiedades. Las haciendas costeras, para el comercio interno y en sustitución de la moneda corriente, solían emitir su propio efectivo, el mismo que solo podía canjearse en el tambo de la hacienda. La vigilancia en los linderos mantenía al ganado de los campesinos fuera de los pastos de la hacienda y si era capturado comiendo en sus pasturas, las consecuencias penales eran más grandes que la ofensa cometida. Podían cobrar peajes o podían cerrar el tránsito por sus tierras. Las deudas no estaban reguladas y se permitió la incautación de bienes personales o imposiciones arbitrarias en cuanto a las formas de devolución. En el sentido más amplio, la propiedad creó las condiciones a través de las cuales los propietarios podían imponer contratos a las personas que vivían en la hacienda, y castigarlas por su incumplimiento sin que la otra parte tuviese muchas alternativas legales con las cuales poder defenderse. La defensa de la propiedad supuso la creación, dentro de las haciendas, de sus propios sistemas de vigilancia —guardias, caporales, cárceles— y la imposición de medidas punitivas que no estaban sujetas a ningún tipo de restricción por parte de algún control o regulador externo.

Historiadores como Nils Jacobsen (1993) y David Nugent (1997) están de acuerdo en que, con la Independencia se derrumbaron las restricciones que el sistema colonial había impuesto a los propietarios de tierras, mientras que el nuevo Estado fue incapaz de imponer las suyas propias. El poder de la hacienda alcanzó su apogeo en la década de 1930. Las haciendas costeñas fueron modernizándose gradualmente y algunas pasaron a manos extranjeras. En la sierra, sin embargo, la modernización fue lenta. Poco a poco conforme fue avanzando el siglo XX, el Estado elaboró una legislación para poner freno a los propietarios de tierras, pero tuvo grandes dificultades para lograr su cumplimiento. No hace mucho tiempo atrás, hacia los años 1950, cuando comenzó la agitación por la reforma agraria, empezó a acelerarse rápidamente el proceso que



Figura 3.2 Confrontación entre campesinos y terratenientes en Cusco, 20 de enero de 1964. La leyenda en la foto original dice: "En la Federación de Campesinos el campesino Turqui y el hacendado Aedo [apoyado insistentemente por su esposa] intentan llegar a un acuerdo". Neira (1964: 41) © HUGO NEIRA

erosionó y limitó el poderoso control absoluto de los hacendados sobre sus propiedades.

En el proceso de posicionamiento de sí mismos en el contexto cambiante de la inminencia de las reformas, los propietarios comenzaron, bajo presión, a limitar el alcance de su arbitrario uso de los derechos de propiedad. Luego de los movimientos campesinos de los años 1950 y 1960, los propietarios a menudo negociaron con los campesinos en el Cusco, en ocasiones incluso en las oficinas de la federación campesina de ese departamento. Estas negociaciones significaron concesiones a los campesinos. En la costa, los trabajadores comenzaron a sindicalizarse, yanaconas y aparceros ganaron ciertos derechos. La reforma agraria de Belaúnde, con su largo y público debate parlamentario acerca de lo que se necesitaba reformar, mostró a los hacendados que el colonato (la concesión de una parcela de subsistencia a cambio de trabajo) se estaba convirtiendo en

ilegal. Muchas haciendas “liberaron” a sus colonos, les entregaron o vendieron los terrenos en los que se habían asentado y les pagaron salarios si trabajaban para la hacienda. Así mismo, los derechos de pastoreo comenzaron a esclarecerse. Carmen Diana Deere, en *Familia y relaciones de clase: El campesinado y los terratenientes en la sierra norte del Perú*, llama la atención sobre una reforma agraria “privada”, emprendida por los hacendados en Cajamarca a través de la transformación de sus mejores tierras en terrenos para la producción lechera y la venta del resto de sus propiedades.

[En las ventas de tierras] en la década de 1960 predominó la motivación [de desembarazarse de obligaciones feudales], ya que los hacendados se apresuraron a reducir el tamaño de las haciendas y a liberarse de campesinos, quienes, en el inminente proceso de reforma agraria, podrían reclamar un estatus de feudatario. (1992: 206)

Los salarios y los pagos de seguro social comenzaron a ser obligatorios para los trabajadores permanentes, los inspectores exigieron la contabilidad adecuada para verificar el cumplimiento.

Durante el régimen de Belaúnde, muchos hacendados cambiaron su comportamiento y su imagen pública. Trabajaron arduamente para definirse a sí mismos por los atributos positivos de una élite modernizante, unánimemente me dijeron que se habían acogido estrictamente a la ley y que todo había sido legal —y, por lo tanto, se sentían seguros de que iban a ser capaces de adecuarse a la reforma agraria. Su influencia en el Parlamento era una garantía de que podrían controlar el proceso.

Fue solo con la reforma de Velasco que la propiedad rural sufrió una arremetida frontal. Esta devino en una conmoción para los terratenientes. Promulgada la nueva ley, cuando los militares se movilizaron rápidamente dos días después para expropiar los complejos azucareros, los propietarios recién se percataron con horror que el Estado iba a expulsarlos de sus tierras. Tener demasiadas tierras, ser dueño de las mejores plantaciones y ser rico era suficiente como para exponerse a la expropiación. Tal como ocurre en las revoluciones, la ironía es que los terratenientes, cuyos padres y abuelos habían hecho caso omiso a las leyes o las habían manipulado, ahora se quejaban de la ausencia de un debido proceso legal en la expropiación.

El patrón

‘Patrón’ tiene dos significados principales: en un caso, es el jefe de una empresa que da órdenes que deben ser obedecidas; en otro, es el protector de una persona al que uno puede apelar cuando es necesario a cambio de lealtad. El término migró fácilmente de la tradicional hacienda “feudal” de la sierra a las propiedades capitalistas de la costa a pesar de ser dos mundos aparte. Los afiches de la reforma agraria hacen referencia al discurso de Velasco: “Campesino, el patrón ya no comerá más de tu pobreza”. ‘Patrón’ tiene diferentes connotaciones cuando es utilizado por un siervo, un trabajador, un dirigente sindical o un organizador de izquierda, y por último pero no por ello menos importante, por el propietario de tierras en términos autoreflexivos.

Permítanme empezar con la opinión de un *outsider*. Thomas R. Ford, un estadounidense observador de la situación en la sierra en la década de 1950, señaló lo siguiente:

El patrón de una hacienda peruana probablemente se muestre como una persona muy bondadosa y tolerante, siempre y cuando el trabajo de sus indios trabajadores y arrendatarios se lleve a cabo a su satisfacción. Al mismo tiempo, manifestará su exasperación en voz alta por su lentitud, pereza, torpeza e ineficiencia general. Su despliegue de rectitud herida en respuesta a las acusaciones de explotación, por parte de pretendidos reformadores, no es fingida sino realmente genuina. Al igual que el propietario de una antigua plantación esclavista del Sur de los Estados Unidos, está desconcertado, herido y encolerizado por la condena a su paternalismo, que considera caridad cristiana en el sentido más amplio. (1962: 111)

Los modelos de afecto y disciplina se basaban en relaciones familiares, pero nunca en el sentido de solidaridad familiar. Se podía dar o suprimir el afecto y los favores en función del comportamiento del trabajador. Los patrones empleaban estos códigos para dividir y gobernar, para inculcar en la mente de los campesinos que se podía ganar más congraciándose con el patrón que con la acción colectiva entre ellos. La reciprocidad asimétrica, con expectativas mutuas de intercambio de dones en el largo plazo, fue también una característica de esta relación. Las evaluaciones mutuas del comportamiento entre el patrón y el siervo dependieron del mantenimiento de estas



Figura 3.3 Hacendado Blas Aguilar en su hacienda de Sicuani, Cusco, cerca de 1923. Fotografía de Martín Chambi. (Cortesía: Archivo Fotográfico Martín Chambi, Cusco – Perú)

expectativas. Si el patrón respondía correctamente era considerado un “buen” patrón, si no estaba a la altura de ellas, era “malo”. Viceversa, si el siervo era obediente, dócil y servicial, era un “buen” siervo; si se resistía o se mostraba contrario, era etiquetado como “rebelde” y cruelmente perseguido.

Aquí quiero contrastar la descripción de Ford con la de otro observador de aproximadamente el mismo periodo, que destacó la debilidad del patrón y las complejidades inherentes a sus relaciones. El trabajo de François Bourricaud, en el departamento de Puno en la década de 1960, destaca aún como una ejemplar labor de observación. En *Cambios en Puno* se incluye una cuidadosa descripción de las relaciones jerárquicas y de poder en las haciendas junto con comentarios sorprendentes:

Lo que es muy notable —cuando no sorprendente— es que las dos partes tienen el sentimiento de ser explotados. El indio se queja de que las tierras recibidas son de mediocre rendimiento, que su vecino ha sido mejor tratado o que el patrón se ha reservado abusivamente el uso de los mejores campos. En resumen, siente que su trabajo “vale” más que

la remuneración que por él recibe. El patrón insiste en el débil rendimiento de la mano de obra indígena, en la negligencia de los pastores que dejan morir sus carneros, en el espíritu de merodeo que sugiere al indio substituciones fructuosas entre los animales de su rebaño y los de la hacienda. La desconfianza es pues el tono en que se desarrollan las relaciones entre el propietario y sus colonos. (1967: 138-39)

El propietario y los comuneros mantienen malas relaciones: predomina la hostilidad, pero el control que ejerce sobre la explotación de su patrimonio es tan vago que permanentemente teme la ruina. (1967: 148)

El paternalismo, como un componente de la relación con el patrón, complicó el concepto que tenía el terrateniente de sí mismo. Ellos sabían que estaban siendo cuestionados en el ámbito nacional y eran conscientes de sus limitaciones dentro de los confines de la hacienda; les alegraba poner fin a la relación, de haber sido posible. Por otro lado, en muchos lugares de la sierra, como en Colcabamba, Huancavelica, entre los años 1960 y 1970 los propietarios habían devenido en casi campesinos, invirtiéndose la relación patrón cliente.

Víctor Santillán (en su juventud un izquierdista y estudiante de antropología), hijo de un pequeño hacendado de Colcabamba, Huancavelica, ríe con mezcla de ternura y amargura cuando recuerda los lamentos de su padre —como Job— por las tres calamidades que lo asolaron: 1) haber establecido una relación con una segunda mujer, una campesina, 2) haber tenido un hijo comunista y 3) que la reforma agraria le hubiera expropiado sus tierras.

Había un colono en la hacienda de mi padre que tenía más ovejas que él. Apo Robles vivía en las punas de la hacienda y era más rico que mi padre. Cuando mi padre tenía dificultades para pagar mis estudios iba donde Apo Robles para que le prestara plata.

El padre de Víctor tomó las diez hectáreas que le dejó la reforma agraria y vivió hasta su muerte junto a los colonos con un estilo de vida que no era muy diferente del que había tenido antes. En realidad, dice Víctor, él estaba satisfecho.

En los años 1960 las federaciones campesinas lucharon arduamente contra el paternalismo del patrón, a medida que éste hacía lo posible por desacreditar cualquier descontento real tildándolo como producto de la acción de agitadores externos. En los años 1970, con

la reforma de Velasco, los terratenientes culparon a SINAMOS de ser el causante de la agitación que puso a los siervos en su contra. Rara vez reconocieron que los campesinos podían tener quejas legítimas propias contra ellos. Así, cuando los ex propietarios me contaban sus recuerdos, todavía empleaban este código mostrando como prueba de haber sido un buen patrón o patrona el afecto que algunos de sus ex trabajadores les seguían expresando. Efigenia Alarco, terrateniente de Colcabamba, Huancavelica, dijo que sus siervos la habían defendido diciéndoles a los funcionarios de la reforma, “No, ella no es como los otros patrones porque ella incluso come de la misma olla en la que cocinamos. Todos comemos de la misma olla; no elegimos la mejor presa para ella. No, todos era igual”.

En las haciendas de la costa el elemento personal familiar no estuvo presente. Por el contrario, a partir de los años 1940 y hasta la reforma agraria los propietarios enfrentaron cada vez más oleadas de sindicalización de los trabajadores. Desde su punto de vista, resistir el crecimiento y la influencia de los dirigentes sindicales, aislarlos y controlarlos, eran comportamientos estratégicos habituales. Aunque el Estado con frecuencia envió a la policía para romper huelgas, también promovió mejores relaciones laborales a través de la legislación laboral. Teniendo en cuenta que los trabajadores sindicalizados votaban, los partidos políticos también tenían interés en permitirles crecer. El alcance y las limitaciones de las relaciones patrón trabajador estuvieron regulados a través de la negociación colectiva (el término “la patronal”, empleado por los trabajadores para aludir a la administración es significativo). Los trabajadores permanentes de las haciendas azucareras constituían una élite laboral aristocrática bien pagada hasta que se transformaron en socios de las cooperativas y se negaron a renunciar a sus sindicatos.

Desde el punto de vista del propietario, el patrón en la costa no porta la connotación de paternalismo, sino más bien la de la buena calidad de sus relaciones laborales en un contexto cuasi industrial. Betty González, una trabajadora, se acuerda lo estricto que era con ella el propietario don Fernando Graña en la hacienda Huando, en Chancay, Lima.

Una vez me pescó en el campo comiéndome una naranja. Cuando a lo lejos vi que venía, ¡bam!, tiré la naranja, pero mi boca todavía estaba manchada con el jugo.

“¿Te has puesto una yema de huevo en la boca?”, me preguntó.

“No, don Fernando”.

“¿Por qué has tirado la naranja? Recógela”.

Yo la recogí.

“Ahora cómetela”, me dijo. “Si te la vas a comer, cómetela. Nunca la tires. A mí me cuesta desde el almácigo, la germinación, la poda, hasta que el árbol da fruto. Y tú te vas a comer la naranja y no la vas a tirar”.

“Sí, don Fernando”.

Sin embargo, Betty también recuerda otra faceta de las opiniones de don Fernando sobre la comida. Su madre era costurera y él entraba habitualmente a su casa para que le arregle las camisas y los pantalones. Al oler la comida que estaban cocinando a fuego lento en el fogón, levantaba la tapa de la olla y con la cuchara de madera con la que removían la comida él se llevaba los pallares a la boca. “¡Mmm, qué rico!”.

En las conversaciones que tuvieron conmigo, cuando se planteó el tema, los propietarios de la costa mencionaron invariablemente que se habían llevado bien con sus trabajadores y con sus sindicatos, que eran legítimos. Como administradores, se burlaban de la propaganda de la reforma agraria que decía que la producción en una plantación comercial de la costa podía funcionar en un mundo sin patrones. Los socios insatisfechos de las cooperativas con frecuencia se quejaron de que el gobierno se había convertido en su nuevo patrón.

El gamonal

‘Gamonal’ es una palabra crítica y negativa que se hizo popular en el Perú alrededor de los años 1920, se empleó para describir a la clase terrateniente rural por su ejercicio arbitrario del poder. “El término gamonal se deriva del nombre de una planta perenne virtualmente indestructible de la familia de las liláceas, el gamón (*Asphodel*). Como una metáfora de la clase de terratenientes bilingües, biculturales y terriblemente abusivos que describe, este nombre no podía ser más preciso” (Poole 1988: 372). Popularizada por el anarquista

Manuel González Prada (1848-1918), adquirió importancia política después de una serie de rebeliones en el sur del Perú, seguidas contra las haciendas entre 1911 y 1920. Si bien fueron reprimidas por los hacendados en la forma habitual, con pillaje, vandalismo, prisión arbitraria y asesinatos, esta vez los propietarios fueron denunciados por los intelectuales de Lima por la perpetración de estos actos. Una comisión creada por el gobierno de Leguía (1919-1930) los calificó de abusos, terror y violencia ilegal.

En la década de 1930, con la estrecha colaboración de José Carlos Mariátegui los indigenistas y los miembros de la Sociedad Pro Indígena acuñaron la etiqueta de “gamonal” para denunciar el sistema. El gamonalismo fue definido como el control que ejerció la élite sobre la política local y regional sobre la base de la raza, el dominio de la propiedad de la tierra y la colusión para dominar y explotar a la población india. Los propietarios de tierras se consideraban blancos (sin importar cuál era el color de su piel) y miembros superiores de la raza civilizada destinada a gobernar sobre la raza inferior de los indios. Ellos aplicaban un rígido código de conducta. El indio tenía que rebajarse, humillarse y ser siempre sumiso; el gamonal era estricto, dominante y autoritario, pero también vagamente caritativo. Tal como señala el historiador Flores Galindo, “Hombres de a pie y hombres de a caballo; hombres descalzos y hombres con altas botas” (1986: 527). Los indios, afirmaban los gamonales, eran salvajes ignorantes, propensos a brotes de violencia atávica que solo podían ser controlados por los hacendados a través de estrictas medidas disciplinarias y castigos brutales en combinación con una protección paternalista brindada a sus infantiles primitivos sirvientes. Los escritos de Mariátegui consagraron la palabra gamonal en el discurso de izquierda, pero también resaltaron de manera significativa la alianza de los gamonales con las haciendas capitalistas de la costa rural. Juntos, señaló, formaron la oligarquía que dirigía el Estado. La reforma agraria de Velasco apuntó explícitamente al vínculo político entre los atrasados sistemas de hacienda serranos y los sistemas de hacienda capitalistas de la costa; a ambos los expropió con el fin de romper “el espinazo de la oligarquía rural”.

Los gamonales, en tanto individuos históricos singulares o figuras y estereotipos legendarios, se mostraban orgullosos de su reputación. Cultivaron una ostentosa y desbocada imagen asociada con la virilidad, una inclinación a la violencia y a la delincuencia

desafiante al igual que algunos míticos forajidos del Lejano Oeste.² Pintorescas figuras fueron transformadas en animados personajes en la literatura, el folclore y las narraciones populares. En muchas importantes novelas indigenistas el gamonal juega el papel del malo por excelencia. Hasta bien entrada la década de 1970, los campesinos y los izquierdistas no dudaron en utilizar la palabra como un insulto para describir a los propietarios de tierras que tenían conflictos agrarios. En los discursos, declaraciones y denuncias la etiqueta no se limitaba a las condiciones de la sierra para las que fue originalmente concebida. Cuando este término peyorativo y arcaico se empleó para describir a los empresarios capitalistas de la costa, fue como acusar a un agricultor moderno del sur de los Estados Unidos de ser un amo de esclavos de los tiempos previos a la Guerra Civil. Ellos por supuesto se indignaban. En mis entrevistas nunca les pregunté a los ex propietarios si se consideraban a sí mismos gamonales pues era claro que tomaban distancia de este término. Sin embargo, reconocieron fácilmente que el gamonalismo existió especialmente en la sierra. Mencionaron a otros terratenientes de su región y de su época a quienes ellos consideraban que cumplían con las condiciones del estereotipo, por lo general debido al empleo de la violencia como medio para administrar sus haciendas.

-
2. Actualmente existen gamonales en las provincias altas del Cusco. Según Deborah Poole (1988, 1994), los estilos de poder simbólico ostentoso, de los gamonales de Chumbivilcas, son aún admirados en el sur del Perú contemporáneo. Una de las características fue su negativa a someterse a la autoridad estatal instituida. Cuando las bandas de gamonales desafiaron abiertamente a los representantes estatales locales, ganaron la popularidad local. A los legendarios abigeos, cuyas intrépidas incursiones fueron narradas alegremente con orgullo local, se les imputa una astuta habilidad. Los intelectuales cusqueños han escrito relatos sobre estos y han creado una imagen positiva de la caracterización de los chumbivilcanos como intensamente autónomos, una identidad regional que, supuestamente, combina la fiereza del indio con la bravuconada masculina del gamonal mestizo. Para reforzar el mito del vaquero chumbivilcano están las muy concurridas corridas y rodeos de toros que se celebran en la región. Aquí, el machismo se demuestra enfrentando no uno, sino a muchos toros en el ruedo, elogiándose el valor de aquellos que son realmente corneados. Estos festivales sangrientos han ganado legitimidad a través de instituciones educativas y culturales auspiciadas por el Estado, consideradas como folclóricas y que rinden homenaje a la autenticidad cultural. Poole sostiene que, aún sin sus tierras, el dominio de los gamonales persiste en muchas partes de las remotas punas del sur de Perú.

Implícitamente, esto daba a entender que los terratenientes abusivos (no los entrevistados, sino los otros) merecían ser expropiados. Así pues, aun cuando se niega, en el estremeedor reconocimiento y celebración del mítico gamonal de antaño existe un trasfondo de solidaridad y pesar en función de pérdida de poder y prestigio perverso. Por lo tanto, el término también lleva consigo un cierto tipo de grata memoria del absoluto poder ostentoso del pasado. Cuando en 1985, me topé en Paucartambo, Cusco, con Pío Yabar —sin lugar a dudas el más representativo—, para mi beneficio, disfrutó mucho presentándose como un gamonal: “Como ganado arreaba a los indios” me dijo sonriendo socarronamente; pero esa frase es de dominio público.

¿Qué postura tomaban los propietarios de tierras en cuanto a su imagen pública para defender sus tierras?, ¿de qué manera y en qué formas se distanciaban de los estereotipos? Mediante la utilización de tres recursos retóricos: la reducción, la minimización y la negación. Los propietarios de tierras lucharon por aparecer ante los funcionarios de la reforma agraria como si sus terrenos hubiesen sido pequeños (las haciendas pasaron a ser consideradas fundos); como que ellos eran tan pobres como sus colonos, a quienes trataban como iguales; o que sus fundos eran eficientes y sus operaciones legales dentro de los parámetros establecidos por las nuevas leyes. ¡Otros propietarios de tierras serán sujetos de la expropiación, pero no yo!³

Expropiación

Lucho Alcázar (Pariahuanca, departamento de Junín) describe el impacto:

-
3. En sus argumentos frente a los expropiadores, en el intento de mantener sus tierras, los propietarios simularon ser campesinos. Linda Seligmann en *Between Reform and Revolution* describe que “[U]na de las posturas más comunes que asumieron fue presentarse como campesinos marginados a fin de invocar el principio de reciprocidad en sus negociaciones con los campesinos. Para presentarse a sí mismos como campesinos, empleaban múltiples imágenes —incluyendo, principalmente, la figura del campesino [y también de sí mismos] como un ser oprimido, incivilizado, quien, una vez conseguidos los recursos económicos y la educación adecuados, podría convertirse en un ciudadano peruano respetable, esa imagen coincidió con la imagen promovida por el régimen de Velasco” (1995: 93).

La reforma agraria llegó un 28 de noviembre de 1973. Yo estaba justamente con mi papá cuando llegó la notificación de expropiación. Nos cayó como un baldazo de agua fría. Nunca me lo voy a olvidar porque fue muy desagradable. Durante tres años vivimos con la angustia de esperar el día que llegara nuestro turno. El hecho de que “llegara la reforma agraria” significaba que llegaba una camioneta pickup del Ministerio de Agricultura con un par de ingenieros de lo más desagradables, con el papel de la expropiación, que ¿cómo puedo decir?, era como magia, ¿no? Con ese papel tú dejabas de ser dueño de lo que había sido tuyo durante tantos años, que había sido de tus abuelos. Y ese papel decía que era por el sistema social que uno dejaba de ser dueño de la hacienda que tanto trabajo te había costado. Ese papel te hacía saber que no había muchas opciones, que era muy poco lo que uno podía hacer.

Teníamos la esperanza de que nos dejaran cuarenta hectáreas, que era el mínimo inafectable. En el valle había unos fundos y nosotros fuimos los últimos en ser notificados. Algunas propiedades estaban abandonadas y el ministerio las afectó de llano. En una que estaba cerca de nosotros dejaron que los propietarios se quedaran con una parte. Eso nos hizo concebir la esperanza de que en nuestro caso respetarían el mínimo inafectable. Pero no fue así, de acuerdo con ese papelito no iba a ser así; decía “expropiación total”.

La oficina de reforma agraria había hecho previamente el inventario de las tierras, la casa, el ganado y el alambique. En ese momento pudimos haberlos engañado, lo digo sinceramente, pero la concepción de que por lo menos nos iban a respetar la casa y las veintitantas hectáreas, y una parte de arriba que nos permitiera tener el ganado, nos hizo concebir la esperanza de que no había necesidad de hacerlo. Mi papá y yo pensábamos que el proceso iba a ser legal y justo, y creíamos que estábamos dentro del marco legal. No pensamos en la posibilidad de coimear a nadie porque concebíamos que no sería necesario. Fuimos a la oficina de reforma agraria a negociar pero nos hicieron saber a través de rumores que no obtendríamos el mínimo inafectable. En esos tiempos, a medida que desaparecían nuestras esperanzas se formó el Tribunal Agrario. Si tú apelabas al Tribunal Agrario, eso era suficiente para que el Ministerio no pudiera intervenir. Fue en ese momento que decidimos hacer las cosas como debimos haberlas hecho desde un principio. Nos conseguimos un abogado —nunca me voy a olvidar—, el Dr. Carrera, de Lima, que sabíamos que tenía buenos contactos en el Tribunal. Y nos costó caro, te digo, pero en realidad ya era nuestra última carta. Nos asignaron 16,7 hectáreas, el alambique (considerado como parte de la casa) y la mitad del ganado. Era terrible estar ahí

sintiéndote impotente mientras un ingeniero te decía esta vaca sí, esta otra no. Por supuesto, se llevaron las mejores y tú no podías objetar.

Tenías que hacer todo un lento proceso burocrático en Huancayo para ir a recoger realmente una miseria de dinero de compensación. Daba asco tratar con esa burocracia

El ingeniero NN (solicitó mantenerse en el anonimato), hijo de un terrateniente cusqueño habla sobre las razones arbitrarias que tuvo la reforma para la expropiación:

Mi padre hacía tiempo había arreglado con los comuneros como consecuencia de un juicio que tuvo en los años 60. En ese arreglo, él les dio a sus comuneros 32 hectáreas y canceló todas las obligaciones, el pago de derechos de pasturas, todo eso. En otras palabras, habíamos cortado completamente toda relación con la comunidad campesina. Hasta la reforma de Velasco pagábamos salarios adecuados, teníamos una lista de nuestros trabajadores y cumplíamos con todas las aportaciones al seguro social. No necesitábamos mucho personal, solamente un pastor, un par de personas con sueldo permanente y ordeñadoras, porque se tenía que ordeñar. Contratábamos mano de obra temporal de acuerdo a ley. De manera que la reforma agraria no tenía por qué hacernos problema.

Pero esos funcionarios de SINAMOS habían hecho una lista de todos los comuneros donde figuraban cerca de 200 familias, de las cuales no conocíamos ni al 5%. Probamos que la gente de esa lista no era de ahí sino de lugares distantes. ¡Un abuso! SINAMOS iba con sus camionetas, recorría la zona y ponía incluso carteles —LIBEREMOS A LA COMUNIDAD—, y una serie de cosas así, tratando de provocar una confrontación entre la comunidad y nosotros. Una chica, que había sido nuestra empleada doméstica hacía muchos años, vino al Cusco y nos contó que los agitadores de SINAMOS les pedían que indicaran las quejas que tenían contra el propietario. Y la gente le había dicho: “No tenemos ninguna queja porque el propietario nos paga nuestros salarios”. Los de SINAMOS les habían dicho: “Ustedes tienen que mentir o calumniar, decir cualquier cosa, de lo contrario no les van a dar nada. Si ustedes siguen diciendo la verdad en todo, no se van a beneficiar. Tienen que mentir, cuanto más mientan, más les van a dar”.

Antes de la reforma agraria, el padre de Efigenia Alarco había subdividido sus propiedades de Huancavelica entre sus hijos. A ella le entregaron un pequeño fundo que ella misma trabajaba:

Velasco había dicho, “La tierra es para quien la trabaja”, de manera que dejé mi trabajo de profesora y me fui a trabajar en mi fundo Pacos. Compré semilla mejorada y con ocho feudatarios trabajamos la tierra al partir. Trabajaba con ellos poniéndome botas, en la neblina, los campesinos hasta me hacían masticar coca y tomar trago para combatir el frío. Me decían, “Mamita, toma porque si no te vas a enfermar”.

Vino la época de la cosecha y llegaron los funcionarios de reforma agraria y me insultaron. Me preguntaron qué diablos estaba haciendo trabajando esa tierra que ya no era mía. Les dije, “En primer lugar, no me falten el respeto. En segundo lugar, sus documentos están mal, yo no soy la que figura en sus papeles de expropiación”.

El altercado se volvió violento.

Y la gente que estaba conmigo se molestó porque me empujaron y casi me cachetean. Me llevaron a la comisaría y pasé una noche en el calabozo. En Huancayo, el funcionario de reforma agraria me denunció por saboteadora y contrarrevolucionaria. Se llevaron mis cosas a la comisaría, y allí perdieron mis aros, mis sombreros de vicuña, mis aperos. Después que salí de la comisaría, dejé el fundo. En realidad, vivía bajo amenazas.

Los propietarios de tierras por unanimidad afirmaron que la reforma los estafó en la valoración de los bienes muebles para disminuir la compensación en efectivo estipulada por la ley. En el caso de la maquinaria, fijaron el valor con base a los procedimientos de amortización del valor en libros de los bienes de capital, por lo cual los tractores, por ejemplo, se valorizaron en un sol. Los propietarios con quienes conversé, afirmaron que el gobierno elaboró listas ficticias de trabajadores y rebajaron el valor del ganado o de los cultivos con el fin de reducir al mínimo las compensaciones en efectivo por los bienes expropiados. Sin embargo, por un lado, los propietarios guardaron silencio sobre la venta generalizada de ganado y maquinaria con la que trataron de recuperar sus bienes o, por otro, se sintieron orgullosos de haberlo hecho realmente. “Comimos carne todos los días hasta que se acabaron las ovejas antes de que llegaran a apoderarse de ellas”, nos dijo un propietario en el Cusco. Muchas haciendas fueron descapitalizadas y abandonadas incluso antes de que los burócratas llegaran a iniciar el proceso de expropiación. Los trabajadores se mantuvieron impagos durante los largos periodos

que se encontraron en el limbo porque los propietarios habían abandonado sus haciendas y las unidades todavía no habían sido transferidas a los comités especiales del Estado.

Víctor Santillán recuerda la decepción que sufrió su padre el día que fue a recoger el cheque de compensación,

“Aquí están sus documentos de la liquidación”, le dijo el funcionario. “Deudas: Sumando esta cantidad y esta otra por seguro social y por indemnización por despido que usted le debe a sus trabajadores, llega a 900 soles.⁴ Activos: Herramientas, ganado y construcciones, valorizadas de acuerdo a ley, algo más de 900 soles. Diferencia a su favor: siete soles. Firme aquí y acérquese a la caja a cobrar”.

En Piura, Rafael Seminario recuerda un desastre tras otro. El seguro social quería cobrarle los pagos adeudados a los trabajadores a lo largo de los tres años posteriores a la expropiación de sus tierras. Fue demandado por no haber pagado, supuestamente, las indemnizaciones por despido:

Bastaba que un trabajador viniera con dos testigos que dijeran que lo habían visto trabajar en la chacra por seis meses para que el juez dijera que ese señor tenía derecho a una indemnización.

Esta es la historia: un buen día vino un hombrecito que me dio pena verlo y me dijo que necesitaba plata para comprar medicinas. Me agarró en un momento de bondad y le di una orden para que se acercara a la farmacia. Este señor nunca había trabajado en mi chacra y nunca más lo volví a ver. Años después, durante la reforma, este señor me demandó. Le dije al juez que le había dado la medicina por un impulso caritativo. El juez respondió que no creía que yo pudiera ser caritativo. Si yo le había dado la medicina era porque este señor había sido mi trabajador, y ordenó que se le diera todas sus indemnizaciones. Reclamó cinco o seis años de indemnizaciones. Ellos ganaban todos los

4. Los propietarios de la sierra sabían que el servicio personal y el trabajo no remunerado eran ilegales desde hacía mucho tiempo, pero cumplir con la costosa legislación laboral los hubiera hecho ir a la quiebra mucho antes de que se diera la reforma agraria. De ahí que, la cobranza de las deudas del Seguro Social con carácter retroactivo haya sido considerada como una medida punitiva para reducir las indemnizaciones en efectivo. En muchos casos se pagaron sobornos para “arreglar” este problema. Dudo que los trabajadores de la sierra hayan recibido el pago por indemnización o pensiones que el Estado reunió.

juicios contra mí porque ellos, los pobres trabajadores, tenían toda la razón y, yo, el “explotador”, no tenía ningún derecho.

Una vez que me notificaron que iba a ser expropiado, ya no podía sacar los productos fuera de la chacra. La reforma agraria, a los obreros, los hizo ser enemigos del patrón, y les decían “El patrón no puede sacar nada”. Y estos señores, pues (bueno no es culpa de ellos), se lo tomaron muy a pecho. Acataban y me decían: “¡No señor, esto es de reforma agraria, no toque usted nada!”.

Yo tenía un pequeño avión, y solía volar a la hacienda y me gustaba ser piloto. Nunca pensé que me lo iban a quitar, aunque por precaución le había transferido la propiedad a un amigo mío, Kiko Dibós. Una mañana fui al aeropuerto, y me encuentro con los trabajadores de mi ex hacienda y al juez de tierras rodeando al avión:

“Este avión es de reforma agraria, es parte del capital de la hacienda Chapayra”.

“Este avión no es mío. ¡No es mío!”.

“Pero si Ud. lo vuela todos los días”.

“Este avión es de mi amigo Kiko Dibós y el señor Dibós almuerza, desayuna, come con el general Velasco. Si Usted quiere llevarse el avión, illéveselo! Usted le va a dar cuenta al señor Dibós que se ha llevado su avión.

Y el juez parece que no era tan bruto, le dice a los trabajadores:

“Este avión no es del señor Seminario. Es del señor Dibós”.

“Bueno, ¿y para qué diablos quieren ustedes el avión?”

“Pa’tar, como el patrón, pue” [con dejo local].

A donde iba me seguían y me arrinconaban. Mis propiedades no agrícolas fueron embargadas, mis cuentas bancarias estaban congeladas, y no podía girar ni cobrar cheques. Me empujaron a usar los últimos recursos. Cuando llegó esta desgracia, me robé tres o cuatro camionadas de vacunos de la hacienda que me habían expropiado. Me robé mi propio ganado y lo vendí. El comprador me quería pagar con un cheque pero no lo podía girar a mi nombre. De manera que le pedí que lo hiciera a nombre de un empleado y amigo leal mío. A las nueve de la mañana, este empleado juraba que primero se comería las uñas antes de robarme nada, y a las once del mismo día desapareció con mis 25.000 dólares.

Esta no es una historia, es la pura verdad.

Le pregunté, “¿Me permite utilizar este material para mi libro?”

“Use todo lo que usted desee. Le puedo proporcionar más, mucho más”.

Parte de esta locuacidad se deriva de un sentimiento de frustración e impotencia pues la oposición de los propietarios a Velasco era percibida como débil o inexistente. Cada propietario defendió su propia hacienda. Hicieron esfuerzos para influir en casos individuales. Versiones como esta de un propietario cusqueño son innumerables. Pidió a un militar amigo de él que arreglara las cosas de modo que su patrimonio fuera exonerado. El oficial llamó por teléfono al director general de la reforma agraria: “Hágame un favor y atienda el caso de Santander. Para mañana a las 11 de la mañana este problema tiene que estar resuelto”.

A pesar de que el director general de la reforma agraria, Benjamín Samané, estaba relacionado con varios propietarios, es bien conocido que resistió a esas presiones. La llamada telefónica de Santander no obtuvo respuesta.

José de la Puente Haya (de Trujillo) recuerda la estrategia de la reforma agraria:

La gente de Velasco tenía todo preparado. Ellos utilizaron la técnica de la rebanada o las tajadas. Cuando comenzaron con los más grandes, las haciendas azucareras, la gente pensó, “¡Uyy!”. El gobierno después anunció, “Acá nos quedamos”. De manera que los propietarios más pequeños decían, “Me salvé, a mí no me va a tocar, es solo contra los más grandes”.

Cuando posteriormente se fueron contra los medianos, los pequeños siguieron pensando que no los iban a tocar. Y así fueron cortando la iniciativa a cualquier resistencia coordinada.

El ingeniero NN, no identificado, comparte sus reflexiones:

Había desunión entre los hacendados. Han debido estar unidos, pero no había unión.

La señora Eliana Seminario de Piura recuerda lo siguiente:

Hubo un traidor entre nosotros. La Liga Agraria de Piura envió a este señor a Lima para que viera qué podía hacer en favor de los

terratenientes respecto a la afectación y expropiación. Resultó que en Lima se volteó e informó a la reforma agraria quién era quién y quién tenía qué. Regresó a Piura y trabajó para ellos. Las familias de los terratenientes desde entonces lo han aislado.

Otro prominente propietario de Piura se pregunta por qué los barones de más al sur no asesinaron al general cuando se les presentó la oportunidad, aunque no dijo que los de Piura deberían haber intentado lo mismo.

Resentimiento y orgullo

Rafael Seminario en tono despectivo dijo:

En realidad yo no lo llamo reforma agraria sino venganza agraria. Velasco fue un traidor. Inclusive cuando llegó a Piura después de la revolución y alguien le preguntó, alguien de los izquierdistas.

“General Velasco: ¿cuándo declara a Piura zona de reforma?”

Ocultando sus reales sentimientos, dicen que había respondido:

“A Piura no la podemos declarar una zona de reforma agraria porque en Piura la tierra está distribuida. No hay gamonales, mejor dicho, hay gente que tiene muchas tierras, pero no en cantidad suficiente como para declararla en reforma agraria. Se necesitaría mucho dinero para declarar Piura una zona de reforma agraria.”

Y habiendo dicho esto se embarcó en un buque. Y a las 24 horas apareció en los titulares de la primera página de los diarios: “Piura declarada zona de reforma agraria”.

Todos dicen eso. Velasco era un resentido social. No era nuestra culpa que naciera pobre, ¿no?

En opinión de los propietarios, Velasco fue un resentido social. Los terratenientes piuranos tienen una historia que se repiten a menudo a sí mismos porque les permite una explicación humorística de su propio comportamiento, pero al mismo tiempo es un insulto a la familia de Velasco. Velasco nació en un barrio pobre de la ciudad de Piura llamado Castilla. Se dice que su madre, tías y hermanas tenían una chichería a donde solía ir la gente rica. En su juventud,

Velasco debe haber visto el desprecio con el que la gente de la alta sociedad trataba a las personas como él. Velasco dejó su casa siendo muy joven, llegó a Lima sin un centavo y con grandes ambiciones se alistó en el ejército. Allí hizo una carrera exitosa. En un momento regresó a Piura como comandante en jefe de la región norte. Sin embargo la élite local, conociendo su extracción lo desairó al no invitarlo a convertirse en miembro del club Piura. Lamentablemente, continúa señalando la historia, las cosas hubieran sido diferentes si los miembros del club hubieran invitado a Velasco.

Los propietarios culpan a los comunistas y describen a la reforma como un complot comunista. Mencionan ávidamente cómo el comunismo fracasó en el resto del mundo, pero que por desgracia se apoderó del Perú durante la época de Velasco. Según Luis Alayza Grundy el comunismo es igual a venganza. Él recuerda haber escuchado decir a otros propietarios que los funcionarios de reforma agraria le habían señalado: “Usted ya ha hecho un montón de plata” como una razón suficiente para ser objeto de expropiación.

Este hacendado describe a los funcionarios de la reforma agraria como un grupo de cholos tímidos, débiles, que fueron incapaces de imponer su autoridad, pero por eso mismo, doblemente peligrosos e impredecibles. Para él, los subalternos de Velasco fueron personas sin educación pertenecientes a una clase social baja, que estaban mal formados y llenos de resentimiento, que no querían escuchar razones. Eran acomplejados, pero también asustadizos, incapaces de hacer valer su autoridad. Como eran sobornables, no tenían autoridad moral. Debido a su poca integridad moral se dedicaron a destruir todo para robar por envidia. El acto de expropiación fue el inicio de todo porque es una agresión a los derechos de propiedad, y si uno comienza con esto —señala él— sigue todo lo demás. Los generales de más alto rango y los funcionarios más importantes del gobierno eran inmorales y eran un ejemplo que el resto seguía. Establecieron precedentes al aplicar la ley con artimañas y tergiversándola arbitrariamente según su conveniencia.

Rafael Seminario pone el dedo en la llaga, donde el insulto duele más.

Aquí en Piura hay un dicho sobre las tres peores cosas que pueden existir: “Blanco pobre, negro con plata, indio con poder. Ese general le dio poder a los indios y ellos tomaron venganza por sí mismos”.

Uno no tiene que ser un psicólogo para intuir que si los propietarios de tierras consideran que la reforma agraria fue una venganza, entonces, quienes se estaban vengando deben haber tenido razones suficientes para hacerlo.

La pura venganza destructiva fue el motivo aparente que le da verosimilitud a la siguiente historia. Las versiones del tema fundamental se repiten de manera interminable y todo aquel que la cuenta sostiene que se trata de una historia verídica. Cito aquí al más explícito:

Tenía un toro fabuloso, un semental fantástico. Ni bien se subía a una vaca, ya estaba servida. Pesaba más que cualquier otro de su raza y edad. Era mi orgullo. Ganó varios premios las veces que lo presenté en la exposición ganadera. Aquí hay una foto donde estoy con este toro, Míralo, míralo bien, Cuando se aprobó la reforma agraria, los indios me invadieron la hacienda. No tuve tiempo de sacar ni los muebles de la casa hacienda. Y se robaron todo mi ganado. Y lo primero que hicieron esos indios brutos fue sacrificarme el semental. Lo mataron. ¿Y sabe qué hicieron con él? ¡Se lo comieron! Así nomás. Se lo comieron. Cuando lo supe, sentí una rabia y una impotencia que nunca antes había sentido. Ni siquiera cuando tuvimos que dejar la casa hacienda. Sentí que si en ese momento hubiera tenido una metralleta habría acabado con todos ellos. (Narración de Manuel Luna, ex hacendado de Ninabamaba, Quispicanchis, Cusco, en 1990; citado en Anrup 1990: 207.)

Roland Anrup, quien en un principio no dio crédito a la historia, encontró pruebas de que en varios casos tuvieron lugar eventos similares e incluso uno en el que funcionarios de la reforma agraria habían comido esta carne.⁵ Seguramente no solo se sacrificaron

5. *El taita y el toro* de Roland Anrup es un excelente estudio de las profundas estructuras culturales y psicológicas de la configuración patriarcal del antiguo sistema de hacienda. Combina fuentes históricas y literarias, especialmente el trabajo de José María Arguedas y entrevistas que Anrup hizo con los ex siervos y muchos ex terratenientes. En teoría, Anrup impregna este tema en particular, con el parricidio totémico freudiano, el carnaval bakhtiniano y un enfoque psicológico deconstruccionista lacaniano. “De acuerdo con nuestra interpretación, cuando los campesinos matan y devoran al padrillo están demostrando su ambivalencia frente al hacendado, su odio y su respeto, su deseo de matarlo, de suprimirlo, para liberarse de su poder tiránico. Luego, una vez desaparecido, es posible ser como él, suplantarlo, adquirir su fuerza y su potencia” (1990: 229). La furia impotente del ex hacendado para volver a narrar esta historia

reproductores premiados. Los campesinos tienen muchas historias sobre ganado de su propiedad incautado por el patrón y sacrificado injustificadamente; también señalan que el ganado de la hacienda no fue robado por ellos sino por los funcionarios de la reforma o por empleados corruptos de las cooperativas.

Lo que me interesa aquí es otra cosa. Es la ira de los propietarios al ver como la ex hacienda se iba destrozando por la mala gestión cooperativa de los beneficiarios. No era evidente para ellos que una cooperativa o comunidad no necesariamente priorizaría aquellos aspectos productivos de la hacienda que los propietarios más valoraban, que también eran los más costosos de mantener. Recuerdo haber estado en 1974 en una pequeña cooperativa recién adjudicada en el valle de Cañete y ver cómo los socios destrozaban con tractores el viñedo que estaba en producción. Asombrado, les pregunté la razón. Un campesino señaló que la razón por la que el propietario había sido expropiado fue porque se había quedado sin crédito esperando que esas cepas se volvieran productivas. No les había pagado los salarios durante años y se estaban muriendo de hambre. No había ninguna otra fuente de crédito para preservar el viñedo y pagar a los trabajadores al mismo tiempo. Tenían que producir un cultivo de rápida maduración a fin de tener ingresos para alimentarse.

Lucho Alcázar estaba indignado por el uso que se le había dado a la tierra expropiada:

Si la cooperativa que se formó con las tierras que nos expropiaron hubiera sido bien llevada o hubiera superado la manera en que mi padre y yo conducíamos la hacienda, entonces me hubiera conformado con la reforma y la expropiación. Pero no fue así para nada. Con frecuencia he pensado lo brutos que eran, porque si hubieran producido un montón, hubieran tenido mucho más para robar y no solo se hubieran agarrado lo que encontraron.

implica que el depuesto patriarca comparte esta interpretación. La destrucción que hizo Sendero Luminoso de los reproductores con los que se experimentaba en el fundo Alpachaca, de la Universidad de Ayacucho, así como en la estación experimental de camélidos de La Raya, en Cusco-Puno, y la posterior distribución del ganado como carne entre los campesinos, puede haber participado de esta interpretación (véase también el capítulo 6).

El ingeniero NN del Cusco tenía sentimientos similares:

Cuando la reforma agraria nos afectó fue un golpe tremendo para la familia, fue un caos del cual todavía no nos hemos recuperado completamente. Por eso yo me fui a la Argentina. Cuando vimos cómo fracasaba la cooperativa, pensamos que nuestro sacrificio había sido en vano. Sentimos mayor frustración sabiendo que el despojo que habíamos sufrido hubiera podido ser en beneficio de mucha gente y del país, pero no fue así. Nos sentimos más amargados.

A nosotros nos han tirado a la calle así, sin nada. Sin embargo, al pasar los años nos hemos levantado con la escuela de disciplina y trabajo que mi padre nos dio a nosotros y a los trabajadores de la hacienda. Yo recuerdo que un día, al poco tiempo de que el gobierno nos quitó la propiedad, fui al pueblo a hacer unos trámites. Me encontré con uno de nuestros ex trabajadores y me dijo, “Ahora ¿qué vas a hacer? Ya no tienes nada. Tu carro se va a envejecer y ya no vas a tener nada”. Yo le contesté, “Mira, ¿tú crees que nos vamos a quedar caídos? Tú nos conoces. Hemos trabajado juntos, hemos luchado juntos. ¿Tú crees que puedo terminar siendo paupérrimo?”. “No papay, tienes razón, tú nunca vas a ser un hombre pobre”. Así me contestó.

La señora Eliana Seminario, de Piura, observó que las cooperativas fracasaron porque no tenían personas que pudieran ejercer autoridad. A su marido le gustaba hacer la siguiente recomendación, “Hay que saber mandar”. Algunas de las personas de la ex hacienda le reconocían esto. Saludaban a su marido con mucho afecto. “¡Cómo lo extrañamos, don Pedro!”, le decían y le pedían que regrese con ellos a la hacienda para asesorarlos sobre cómo llevar adelante la cooperativa. No lo hizo, en cambio se dedicó a los negocios, primero al enlatado de pescado; posteriormente al negocio de importación-exportación y a la banca. La señora Seminario cuenta que su marido era un hombre con una actitud positiva. “No hubo ninguna lágrima. Siempre miró al futuro, hacia delante”. Al igual que su marido, la mayoría de las familias expropiadas cambiaron bastante rápidamente y se adaptaron a la nueva situación. Vistas desde fuera no mostraron otro sentimiento salvo una silenciosa dignidad.

Bonos y parcelaciones

Pese a que los hacendados recuerdan que no hubo resistencia a la expropiación, no es tan cierto que los propietarios no se hayan defendido frente a la reforma tanto individual como colectivamente. En la ley de Velasco hubo un vacío del que se valieron los hacendados para salvar parte de sus tierras. El Título IX de la Ley de Reforma Agraria permitía a los propietarios subdividir sus tierras en unidades más pequeñas que no podían ser expropiadas. Esta parte de la ley fue un traslado de la ley de Belaúnde, fue creada con la intención de acelerar la reforma. Permitía a los propietarios reformar sus haciendas “por iniciativa propia”. Pretendía fomentar la modernización de las haciendas tradicionales dejando que los propietarios liberaran a sus siervos mediante la supresión de la tradicional mano de obra gratuita, proporcionándoles títulos individuales sobre sus parcelas de subsistencia ubicadas dentro de los linderos de las haciendas. También permitía la venta de tierras. Una vez que descubrieron este vacío los hacendados de la costa rápidamente intentaron reducir el tamaño de sus propiedades subdividiéndolas entre sus herederos, vendiendo porciones de sus terrenos a sus familiares y con el fin de “cumplir” con la ley, vendiendo una pequeña parte de su patrimonio a algunos de sus trabajadores. Aunque estas parcelaciones fueron dudosas, les dio a los hacendados una luz de esperanza durante un año. El gobierno rápidamente reescribió el Título IX de tal manera que desapareció el incentivo para hacer esto. Mientras tanto, durante el año 1969, en la costa cerca de Lima, en Cañete e Ica tuvieron lugar cerca de 200 parcelaciones por iniciativa privada (Cleaves y Scurrah 1980: 112). Los trabajadores y los grupos de izquierda denunciaron esto enérgicamente. Los propietarios también organizaron y presionaron fuertemente para defenderse.

El más famoso precedente legal de la parcelación por iniciativa privada giró en torno a la hacienda Huando (de 1347 hectáreas) dedicada al cultivo de naranjas en el valle de Chancay cerca de Lima, perteneciente a la familia Graña. Sus deliciosas naranjas Washington Navel sin pepa (que Betty González disfrutaba furtivamente), fueron una maravilla de la tecnología agrícola moderna. Los propietarios subdividieron la hacienda, asignándoles 700 hectáreas a varios miembros de la familia Graña y 160 hectáreas a los empleados; 200 hectáreas fueron vendidas a inversionistas limeños y solo 300

hectáreas fueron vendidas (a crédito) a 50 de los más leales trabajadores de la hacienda. Quinientos trabajadores fueron separados y puestos a trabajar de manera dispersa en las tierras de los nuevos propietarios. El sindicato de trabajadores —y fue eso lo que muchos de los nuevos propietarios argumentaron— perdió su razón de ser dado que en la nueva situación ya no había un único patrón con el cual participar en la negociación colectiva.

El caso Huando dividió a la nación. Sindicatos, campesinos y políticos de izquierda denunciaron esto como una coartada perversa para menoscabar la reforma y exigieron la anulación de esta parcelación. Zózimo Torres el líder sindical de Huando, ha coescrito sus memorias con Charlotte Burenius (la nieta de los propietarios) en un maravilloso libro llamado *Testimonio de un fracaso. Huando* (2001).⁶ Recuerda muy bien esa maniobra porque se hizo famoso al lograr que el gobierno revirtiera esa parcelación.

Teniendo en cuenta la notable lentitud de la burocracia jurídica peruana, lo admirable fue la rapidez con la que se realizaron todas estas transferencias. Los trabajadores de Huando hicieron una huelga de cinco meses, se movilizaron en la ciudad de Lima con el apoyo de los sindicatos urbanos y de las federaciones de trabajadores. Los trabajadores agrícolas que protestaban fueron invitados por los estudiantes a instalarse en los terrenos de la Universidad Nacional Agraria. Muchos estudiantes de clase media de Lima recuerdan haberse radicalizado al participar en las protestas en contra de esta parcelación. Zózimo Torres y una delegación de trabajadores consiguieron incluso entrar a Palacio de Gobierno en medio de su protesta, logrando a partir de esto publicidad y popularidad en la televisión.

6. En los años 1990, Zózimo Torres se vinculó a los círculos académicos de Lima, donde habló de manera angustiada acerca de la forma en la que la Cooperativa Huando se había derrumbado, culpándose un tanto a sí mismo de este hecho. Esta memoria está escrita bajo la forma de una crónica; cada pequeño capítulo es presentado como una visita a Charlotte Burenius con el fin de dar continuidad a la historia. Charlotte hace una descripción de Huando desde el punto de vista de la familia del propietario. La transcripción de las conversaciones grabadas y su transformación literaria, con la ayuda editorial del poeta César Calvo hacen de este un libro muy bien escrito. Yo también sostuve entrevistas con Zózimo Torres y Betty González para mi propio proyecto.

Apoyándose en el principio de que las leyes no pueden aplicarse con retroactividad, los propietarios defendieron su posición y presionaron muy fuertemente. La presión fue en ascenso pues los propietarios lograron convocar a los sectores conservadores del ejército y la marina que estaban en el gobierno. Acatando la norma, la reforma agraria creó una comisión para investigar todas las parcelaciones que habían tenido lugar por iniciativa privada. Esta comisión trabajó varios meses y encontró parcelaciones legales e ilegales, pero las legales fueron calificadas como “inmorales”. Sostuvo que, aunque legal, la iniciativa privada era contraria al espíritu de la reforma y recomendó que todas las parcelaciones llevadas a cabo por iniciativa privada fueran anuladas. El asunto fue tan polémico que el informe se mantuvo en secreto hasta que se llevó a cabo una reunión de ministros (Cleaves y Scurrah 1980: 117). Los propietarios también tenían la esperanza de hacer caer al director de la reforma agraria a través de este proceso; sin embargo, la decisión del Gabinete lo confirmó en su puesto. Durante esos días cruciales Zózimo Torres hizo otro audaz intento de inclinar la balanza a favor de los trabajadores. Como él cuenta, por una segunda vez ingresó sin ser visto al Palacio de Gobierno durante la ceremonia de juramentación de un nuevo ministro:

[...] me escurrí vestido así nomás con mi bluyin, me aposté a dos metros del balconcito, En el preciso momento en que se apareció el Chino. ¡Cómo lo recuerdo al viejo! Ahí frente a mí hizo toda la ceremonia, “¿Juráis por Dios?, etcétera”, y cuando se acerca al balconcito para hacer un saludo al público yo me encorajiné y grité bien fuerte. ¡Mi General! Tres llamadas le hice: ¡Señor Presidente! Y de repente el hombre me miró. Yo recibí su mirada que era bien fuerte ¿no?, con mis ojos la recibí fijamente. Discúlpeme mi General, le dije, para nosotros campesinos es muy difícil llegar a su despacho. Y como vi que ya los ministros en pleno lo envolvían, grité: ¡General Velasco, soy de Huando!, y entonces él volvió y me hizo señas para que subiera, pero, cuando llego a la escalinata, un cordón de policías de esos de civil me impidió el paso. Por entremedio de los policías se asomó el Chino y dijo: “Oye viejo, ¿tú quieres hablar conmigo, no?”. Su expresión me dejó petrificado porque yo esperaba que un militar me hablase con otro tono, no así tan amistosamente como si fuéramos antiguos conocidos. De mi boca solo salieron unas cuantas palabras: Mi general, el caso Huando. Y el Chino sonrió y me dijo: “no te preocupes viejo, no te preocupes que todo saldrá bien, lo estamos viendo, te aseguro que

todo saldrá bien”, repitió, mientras me daba la mano. Con un apretón nos despedimos y yo pegué un suspiro de contento, muy esperanzado salí (Burenus 2001: 155-56).

Según Cleaves y Scurrah, en marzo de 1971 las simpatías personales de Velasco se hicieron claramente evidentes por el tipo de preguntas de apoyo que hizo a los comisionados en la reunión del Gabinete. “A solicitud de Velasco, el Consejo de Ministros canceló todas las parcelaciones, tanto legales como ilegales. Para los propietarios esta fue la señal de alarma de que la reforma se estaba radicalizando y de que ellos estaban perdiendo la batalla” (1980: 117). En un comunicado de prensa, la Asociación de Agricultores del valle de Cañete denunció a la dirección de la reforma agraria:

Haber dado marcha atrás en la parcelación es algo inadmisibile en una nación civilizada y solo consigue sembrar desconfianza en el sector agrícola y en otras actividades económicas (*La Prensa*, Lima, 19 de febrero, 1971; citado en Cleaves y Scurrah 1980: 115).

A medida que escalaba la presión en contra de la reforma, el gobierno de Velasco reaccionó con su característico estilo militar. El 12 de mayo de 1972 disolvió la Sociedad Nacional Agraria, el principal grupo de presión empresarial del sector agrícola capitalista. Los propietarios de tierras y la gente de izquierda coincidieron en el diagnóstico. La intención de la reforma no era solo beneficiar a los campesinos o a los trabajadores sino, como Velasco había dicho, “romper el espinazo de la oligarquía rural”. Los analistas políticos en general estuvieron de acuerdo. Henry Pease lo resumió muy bien en 1977 en su libro *El ocaso del poder oligárquico*:

El 3 de octubre de 1968 la oligarquía perdió sus representantes políticos en el gobierno. Poco después perdió su base económica: los complejos agroindustriales, el control del comercio exterior, la banca, etc. En años posteriores, el poder de los grupos subordinados a dicha oligarquía se redujo aún más: grandes y medianos propietarios en la costa, gamonales serranos y comerciantes de la sierra enfrentaron el avance de las empresas estatales. El poder, antes oligárquico, se concentra principalmente en el Estado, el cual amplía también su margen de acción al redefinir sus relaciones con el capital imperialista (1977: 51).

En las memorias que recogí en 1996 los ex propietarios recuerdan muy claramente el vacío de la iniciativa privada. Algunos me dijeron que habían considerado utilizarla cuando ya era demasiado tarde, otros reconocen que se trataba de una estratagema de la que fueron disuadidos por la rápida y fuerte reacción del gobierno.

Hacia julio de 1971, los propietarios de tierras hicieron campaña en la prensa para describir la expropiación como una “confiscación” que anunciaba el inestable futuro de los derechos de propiedad en toda la nación. Tomaron nota de la contradicción entre los objetivos de apoyo a las pequeñas y medianas explotaciones familiares establecidas por la reforma, mientras veían que el gobierno estaba más decidido a crear cooperativas con los trabajadores de estas haciendas, lo cual era similar al estilo soviético de “colectivización”. Muy rápidamente surgieron diversos movimientos en defensa de las pequeñas y medianas propiedades rurales protestando enérgicamente, los mismos que se mantuvieron activos hasta 1976. Tenían buenas razones para oponerse. Cleaves y Scurrah mencionan una relación de setenta modificaciones entre 1969 y 1976 que fueron disminuyendo el tamaño mínimo inafectable permitido. Cada vez que se modificaba la ley, el gobierno declaraba que “esta vez sí es” y “no va a haber más confusión”. La primera ley permitía un mínimo de 150 hectáreas, la última terminó en 50. Sin embargo, el mínimo podría ser denegado si las leyes laborales habían sido infringidas, si el propietario era considerado ausente o si la escasez de tierras en las zonas circundantes lo justificaba.

La respuesta del gobierno a la creciente agitación, que estaba arrastrando a los campesinos más pequeños al grupo de oposición de los medianos agricultores, fue otorgarles certificados de no afectación, garantizándole al propietario que su tierra no estaría sujeta a expropiación. Tratando de introducir una cuña entre los propietarios de las parcelas más pequeñas y aquellos que contaban con medianas explotaciones, los certificados fueron otorgados principalmente a los pequeños propietarios que tenían hasta una hectárea. Este movimiento siguió presionando al gobierno hasta 1976, con Velasco ya derrocado. El régimen de Morales Bermúdez declaró entonces que la fase de expropiaciones había acabado. De esta manera, un conjunto de medianos y pequeños propietarios obtuvieron el terreno mínimo. Sin embargo, en la memoria de los propietarios de tierras con quienes hablé, la cantidad, tamaño y ubicación de

estos terrenos fueron arbitrarios. Desde su punto de vista no solo eran insuficientes sino injustos. Un terrateniente logró conservar algunas tierras mientras su vecino no retuvo nada.

Y luego estaba el tema de los bonos agrarios que se debían pagar por la tierra que había sido expropiada. La ley establecía que más allá de un pago en efectivo máximo de 10.000 soles (300 dólares americanos) por las tierras de mejor calidad, los propietarios debían ser compensados por el resto de sus tierras en bonos amortizables a 20 años (al 6%), 25 años (al 5%), y a 30 años (al 4%). Se trataba de tasas fijas de interés con desembolsos de interés anuales. Los bonos podían ser canjeados antes si el propietario decidía utilizarlos para invertir en la industria. Un puñado de grandes empresarios los utilizaron de esta manera, en particular la familia Romero en Piura; pero para los medianos y pequeños agricultores, la cantidad que implicaban los bonos eran tan pequeña que no valía la pena hacer el esfuerzo de buscar el cofinanciamiento y hacer los trámites para poderlos canjear.

El valor de la tierra estuvo determinado por las declaraciones de impuestos de los propietarios (las mismas que habían sido habitualmente subvaluadas) y esto fue considerado por los propietarios como una artimaña astuta, ruin y sucia. Los organismos gubernamentales también se tomaron su tiempo para emitir los bonos, por lo que muchos propietarios de tierras entrevistados me dijeron que nunca se habían preocupado por, o se habían negado a recogerlos porque se sentían que al hacerlo estaban mostrando su conformidad con la expropiación. Otros odiaban hacer frente a una burocracia hostil. La señora Eliana Seminario recuerda que su marido les daba a sus hijos los certificados con los cupones desglosables de los pagos de los intereses anuales para que jueguen, el cartón estaba tan bien perforado que permitía cortar el talón de interés anual fácilmente. Ella me mostró el paquete muy bien envuelto con un folder que contenía los bonos de cada una de las propiedades que su esposo había entregado como herencia a sus hijos en su testamento. Efigenia Alarco dice que no recogió el pago de sus intereses porque los pagos eran inferiores al pasaje del ómnibus que tenía que tomar para llegar al banco. Con la hiperinflación que hubo durante el gobierno de Alan García y dos devaluaciones a fines de los años 1980 (el Sol fue reemplazado por el Inti, y el Inti por el Nuevo Sol, implicando cada cambio la eliminación de tres ceros) los bonos emitidos originalmente en soles perdieron su valor.

José Caballero y María Elena Álvarez, en *Aspectos cuantitativos de la Reforma Agraria* (1980), analizan la parte financiera; confirman que los propietarios de tierras no fueron adecuadamente compensados. Al emplear a “técnicos” expertos en la valoración de las instalaciones, ganado y cultivos, en lugar de utilizar los precios de mercado, se estableció una tendencia sesgada hacia una baja valoración. Los equipos fueron tasados al valor depreciado que aparecía en la contabilidad de la hacienda (lo que llevó a la diatriba repetida con frecuencia de “un sol por un tractor”) y la tierra, como se mencionó anteriormente, con base al autovalúo que hacía el propietario en su declaración de renta. El importe total por concepto de indemnización que asumió el gobierno llegó a 15.000 millones de soles (300 millones de dólares americanos) el 73% de los cuales estaban en bonos. Comparando el valor de mercado de tierras en 1967 con el valor de la indemnización obtenida por una hectárea, se obtenía como resultado un importe correspondiente a la décima parte del precio de mercado. Los autores también señalan que la mayor parte de la deuda del gobierno con expropiados se concentró en las grandes haciendas azucareras y algodoneras (algunas de ellas de propiedad extranjera) llegando al 42% de las compensaciones que el gobierno reconoció. Un colega limeño comenta que debido a esto, la reforma agraria peruana también resultó ser la más barata en función del gasto público de los países andinos. Los expropiados de tierras entrevistados tuvieron razón en sus reclamos cuando señalaron que obtuvieron montos insignificantes. Por lo único que se les pagó en efectivo fue por el ganado, pero era más conveniente vender los animales antes de que los funcionarios llegaran a la hacienda.

Fue solo durante el gobierno de Fujimori, en 1990, que hubo un incipiente movimiento de quienes tenían bonos de la reforma para reclamar por la injusticia cometida contra ellos y demandar algún tipo de reparación. Fujimori ofreció tierras desérticas para que fueran desarrolladas por la iniciativa privada con base a futuros proyectos de irrigación, pero esa propuesta no prosperó. Los tenedores de bonos presionaron al gobierno para que revaluara los bonos a valores de la moneda de ese momento, pero tampoco promulgó ninguna medida concreta. En el año 2000, Vladimiro Montesinos, asesor de Fujimori, jefe de inteligencia y experto en corrupción, fue grabado en un video entregando dinero en efectivo a algunos políticos. Cuando el escándalo se hizo público y Fujimori se encontró

en serios problemas, uno de sus últimos decretos fue revaluar los bonos agrarios a los valores vigentes. Las razones que tuvo para hacerlo siguen siendo un misterio. Sin embargo, este decreto fue emitido mientras estaba en el avión huyendo del país; horas antes había enviado su renuncia por fax, por lo tanto nunca entró en vigencia y su legitimidad fue impugnada en los tribunales.⁷

Hombres de negocios

Con el retorno al régimen civil con Belaúnde, García y Fujimori, los medianos agricultores se convirtieron en un sector dinámico de la agricultura costeña. Rápidamente recuperaron su anterior posición de liderazgo en términos de innovación, productividad y posición dominante en el mercado. También recuperaron, o nunca perdieron, influencia social en las ciudades y las regiones donde operaban, pero mantuvieron el rencor contra Velasco. La distancia social y económica entre ellos y los ex socios de las cooperativas que habían sido liquidadas (hoy llamados parceleros) sigue siendo una división importante y negativa, aún hoy en día. Los medianos propietarios ahora se perciben a sí mismos como empresarios, mientras que los parceleros todavía luchan con muy pequeñas extensiones, con escasa capacitación y crédito, además del estigma de ser campesinos.

Alfredo Elías es uno de estos empresarios, un dinámico promotor de la producción de espárragos para la exportación a los Estados Unidos. En el momento de mi entrevista en 1996, él luchaba para que le devuelvan su expropiado fundo Santa Rosita, en Ica, en la costa sur. Elías fue nombrado alcalde de la ciudad de Ica durante el régimen de Velasco y logró un cierto grado de respeto del gobierno. Su historia es interesante:

Yo tenía ciento cincuenta hectáreas en dos fundos; cumplí con todos los requisitos que la ley mandaba; no obstante, la ley de reforma agraria

7. Desde la prensa limeña surgieron presiones ocasionales para que se revalorizaran los bonos de la reforma agraria. Una serie de editoriales periodísticos de José Hernández de Agüero, titulados *La promesa* (2001), insistieron sobre este tema. El autor es hijo del ex propietario de El Carmelo, en el valle de Virú, donde pasó su juventud.

fue una ley con letra muerta. Afectaban las tierras con la ley o sin la ley, como ellos querían. Me quitaron mi mejor fundo, Santa Rosita, con noventa y tantas hectáreas. Nunca acepté la afectación, nunca respondí a ninguna notificación, nunca acepté ni el pago, ni los bonos, ni ningún contacto con ellos. Como no respondí, mi expediente quedó pendiente ahí, hasta ahora. Con la reforma del Código Civil, el gobierno dio una ley que señalaba que cualquier acción legal no resuelta en el lapso de 25 años, prescribía, con lo cual uno podía argumentar que todas las acciones realizadas por la reforma agraria que no habían concluido debían ser anuladas. Puesto que el estado había sido quien había iniciado el litigio, el acto de expropiación era, por lo tanto, nulo. Como le salió adverso el fallo al estado, la tierra era mía, y yo he demandado que el estado me devuelva Santa Rosita.

Pero desde hacía mucho tiempo la tierra se la habían dado a los trabajadores de Santa Rosita. Después de muchos años, los trabajadores de Santa Rosita se separaron de la cooperativa con la que se habían fusionado, pero a pesar de eso terminaron quebrados. En los últimos años, los beneficiarios de Santa Rosita cayeron en manos de un inescrupuloso hombre de negocios que les prestó dinero, fertilizantes y así sucesivamente se endeudaron. Para que pudieran cancelar su deuda este hombre los convenció de que le vendieran sus tierras. Así, el señor Elías estaba en juicio con el Estado, por un lado, y contra el nuevo propietario que les había comprado la tierra a los parceleros, por otro. En opinión de Elías, este hombre no estaba en condiciones legales de hacerlo, él tenía un conflicto con los parceleros —sus ex trabajadores— que a su vez, eran los adjudicatarios oficiales. Pensó que ganaría el caso y, aún más, tenía la seguridad de que podía llegar a algún arreglo con los parceleros. “Les puedo dar dinero, les puedo dar trabajo y recuperar mi fundo”.

Es un caso interesante del retorno del patrón. Los trabajadores estaban ante la perspectiva de volver a las condiciones que tenían en 1969.

El señor Elías culpa a la reforma agraria por esta situación.

Se habló mucho acerca de que la tierra tiene que cumplir una función social, pero la función social, mi amigo, no es generar pobreza, sembrar miseria. La tierra en el Perú tiene esta situación. Hay muy poca área cultivada por habitante. Y entonces la clave ahora es hacer que esa tierra produzca a su máximo nivel posible.

Lo que tenemos que hacer es buscar nuestras ventajas comparativas, y producir productos de alta calidad y venderlos a buenos precios, generar riqueza y bienestar para el país. No es cuestión de repartirlas para que la gente tenga algo que comer, no, tenemos que hacer como Chile. Nosotros en Ica hemos hecho lo que hizo Chile con la contraestación [vender uvas frescas de mesa durante los meses de invierno de los Estados Unidos]. Hemos introducido los espárragos y está salvando la agricultura de Ica. Procesamos este producto, lo empaquetamos bien, lo mandamos por avión a Estados Unidos, donde es muy apreciado. Podemos hacer eso con las uvas, con la fruta y con muchos otros productos.

Él plantea su recomendación para las cooperativas que se han ido a la quiebra:

Parcelar las cooperativas, darles la propiedad a los propietarios individuales es solo el paso intermedio. Es un paso necesario para terminar con las cooperativas. Pero después la ley de la oferta y la demanda tienen que entrar a tallar. El parcelero que no trabaja y no produce va a tener que vender su tierra al vecino y ese vecino ir concentrando la tierra hasta convertirla en empresa agrícola. Y no les queda más camino. Este Perú no puede darse el lujo de que sus escasas tierras estén en malas manos, sin producir, tienen que producir.

Su apreciación final fue la siguiente:

Nosotros en el Perú nos hemos quedado treinta años atrás, nos hemos quedado en la época de la reforma agraria, repartiéndonos las tierras y quitándonos las tierras a los que las teníamos con ánimo de que el estado se las dé a quien ellos quieran dársela.

La reforma agraria contribuyó a la politización en las zonas rurales y en las relaciones laborales, a afianzar políticas que hoy día han caído en desuso, socializantes, izquierdistas, que no han tenido éxito en el mundo. Incluso hoy en día los propios izquierdistas se dan cuenta que no era el camino.

Hombres como Alfredo Elías se han despojado de las connotaciones de hacendado, han reafirmado sus derechos a la propiedad definiéndose en términos productivo-empresariales. “Patrón” ahora significa ser un buen administrador de negocios y un innovador en los escenarios agroindustriales globalizados donde se contrata a

una gran cantidad de mano de obra femenina temporal. No son gamonales u oligarcas pero sí forman parte de los grupos de presión, se valen del tráfico de influencias y son socios activos de las empresas del sector, se rigen por las nuevas reglas del juego establecidas por el libre mercado y el comercio internacional. Los propietarios de tierras que sobrevivieron a la reforma agraria se han convertido en los “buenos” muchachos en la época global neoliberal.

No cabe duda de que los propietarios de tierras fueron maltratados durante el proceso de reforma agraria, pero no hubo violencia, no hubo persecución de sus familiares, ni una privación generacional sistemática de los derechos de los terratenientes como clase como en Rusia o China, por ejemplo. El sistema de hacienda en la sierra estuvo en decadencia durante largo tiempo y la reforma agraria lo liquidó. La mayoría de las familias expropiadas fueron capaces de ubicarse en otros sectores de la sociedad modernizadora y sus hijos y nietos hoy pueden estar agradecidos al gobierno de Velasco por haberles dado a sus abuelos el impulso final para abandonar las haciendas. En la costa, el impacto contra los propietarios de tierras fue más fuerte y la sensación de injusticia cometida contra ellos, por lo tanto, fue mayor. Sin embargo, como veremos en el próximo capítulo, hubo más continuidades de las esperadas entre las condiciones previas y posteriores a la reforma. Me centraré en las historias entrelazadas de dos personas que en la vida real no conocían la existencia de la otra. Una de ellas es un miembro de la clase terrateniente y profesional que siguió trabajando en la misma hacienda después de su expropiación; y el otro, un trabajador y dirigente sindical que luchó muy fuerte por la expropiación y luego terminó desmantelando la cooperativa por la que tanto había trabajado. También escucharemos la voz débil de una mujer, una trabajadora sin tierras, por quien la reforma agraria hizo muy poco. En ese capítulo, mientras describo el ascenso y la caída de las cooperativas algodoneras de la costa, señalo también que, de muchas formas importantes, los cambios introducidos por la reforma profunda no fueron ni permanentes ni suficientes para alterar el poder, las relaciones de clase, las normas sociales en la costa rural.

CAPÍTULO 4

Gerentes y dirigentes sindicales

Elenco en orden de aparición

MARIO GINOCCHIO. Agrónomo, administrador de la hacienda Mallares y de la posterior Cooperativa Mallares, Sullana, Piura (entrevistado en Piura, julio de 1994).

GERMÁN GUTIÉRREZ. Dirigente sindical y campesino de Cañete, empleado de una cooperativa de servicios (entrevistado en Cañete, marzo de 1996).

MARÍA VILLARRUBIA. Dirigente de las cuadrillas de eventuales para la paña de algodón (entrevistada en Quilmaná, Cañete, marzo de 1966).

Cooperativas

Hubo muchas razones por las cuales la reforma agraria prefirió entregar las haciendas expropiadas bajo la forma de empresas cooperativas antes que distribuir las tierras a personas individuales, pero esto resultó ser una agenda oculta así como una rápida medida administrativa. Ni la legislación ni los discursos de Velasco habían insistido en la colectivización; en cambio, habían proyectado como meta una nación próspera de pequeñas y medianas explotaciones familiares. La rápida decisión de expropiarle a la conservadora oligarquía agroexportadora sus haciendas azucareras planteó el asunto

de qué hacer después con ellas. La rapidez con la que el gobierno procedió y la naturaleza radical de su celo confiscatorio contrastaron con la anterior reforma agraria de Belaúnde, que había sido obstaculizada por el poder que los propietarios de tierras ejercieron en el Parlamento para suavizar las leyes; estos también presionaron a los tribunales para frenar el proceso de expropiación y para asegurar suculentas compensaciones por las tierras que entregaron.

Existieron también poderosos argumentos técnicos para no fraccionar las mejores haciendas, tales como la pérdida de ventajas y de economías de escala una vez que una hacienda expropiada estuviera en manos del gobierno. El esfuerzo de reforma también estuvo impulsado por su propia dinámica. Debido a que los propietarios comenzaron a dividir sus tierras por “iniciativa privada” enfrentando las protestas masivas que organizaron los trabajadores, la reforma agraria comenzó a promover en todo el país las cooperativas administradas por los trabajadores como una solución. Esta decisión dejó fuera a los trabajadores eventuales y a los miles de campesinos que habían sido desposeídos por la expansión de las haciendas.

La adjudicación de tierras bajo la forma de cooperativas fue también una buena solución política, dado que si el gobierno dividía las tierras, no había suficientes parcelas para distribuirlas entre los muchos minifundistas y los pobladores rurales sin tierras y casi sin tierras que tenían derecho, cuyas expectativas se vieron acrecentadas por la propaganda del régimen. Administrativamente la tarea parecía más fácil. La expropiación podría ser rápidamente seguida por la adjudicación a los mismos trabajadores de las haciendas que se mantendrían intactas como unidades productivas. Evidentemente el modelo de reforma impuesta no fue un diseño o deseo campesino. Vino desde arriba y desde fuera de su propio entorno. Fue inventada en contextos urbanos. El economista José María Caballero, en su análisis crítico de la reforma agraria, considera que aspectos importantes del modelo de adjudicación no se originaron en los iniciales impulsos reformistas de los militares, sino que más bien procedían de los asesores civiles urbanos, pequeño burgueses de tendencia izquierdista que tenían los militares, los cuales, “aprovechando la orfandad ideológica y programática del reformismo estrictamente militar, consiguen expresar, y a veces ejecutar, a través de éste sus propias concepciones, aunque ellas no sean siempre completamente interiorizadas por sus amigos militares” (1980: 77).

Continuaron siendo modelos y diagramas sobre pizarras y se mantuvieron bastante lejos de la realidad. Sin embargo, se trataba de una época revolucionaria en la cual a la sociedad peruana se le impusieron todo tipo de modelos, se convirtió a las personas en sujetos de los experimentos de ingeniería social. Al ministro le encantaron sus diferentes modelos cooperativos; se inventó toda una serie de instancias institucionales y se imaginaron las formas en las que se generarían la prosperidad, la igualdad y el desarrollo a partir de su aplicación. Se unieron varias haciendas en enormes cooperativas “sobredimensionadas”. Por lo tanto, lejos de distribuir la tierra, la reforma agraria consolidó la gran propiedad, la mayoría de las veces en unidades difíciles de manejar y territorialmente dispersas, que incorporaron dentro de sus fronteras una combinación de diversas formas de tenencia de la tierra y de sistemas de producción. De esta manera, los problemas relacionados con las condiciones previas a la reforma se transfirieron, sin resolver, desde el antiguo e injusto sistema a las unidades recién adjudicadas. Al finalizar la fase de adjudicación, se habían creado 563 cooperativas, de las cuales 360 estaban en la costa, incluidos los 12 complejos azucareros. Pasaron a formar parte de las cooperativas 94.000 las familias (cerca de un millón de personas) que representaban el 4,5% de la población agrícola económicamente activa. Las cooperativas recibieron 271.000 hectáreas, lo que representa el 49% de las tierras irrigadas. En la costa, cerca de la mitad de las tierras fueron expropiadas y entregadas a los trabajadores.¹

Las memorias de tres personas que vivían en haciendas y que tuvieron que adaptarse al modelo de cooperativa entre 1970 y 1980 están aquí presentes. Me centraré en la producción algodónera en dos regiones costeras: el valle de Chira en el norte y el valle de Cañete, a 200 kilómetros al sur de Lima.

Mario Ginocchio, agrónomo (Piura)

Yo nací en Paita, el 29 de febrero de 1924. Estudié en el Colegio Italiano Raimondi y de allí pasé a estudiar agronomía en la Universidad

1. Las fuentes de estas estadísticas incluyen a Gonzales (1990: 43) y Eguren (1990: 28), quienes dan cuenta de los últimos recuentos. Caballero y Álvarez (1980), Matos y Mejía (1980: 179) hacen compilaciones previas.

Agraria. Luego, en 1947, regresé acá a buscar trabajo. Dionisio Romero, el rey del algodón en Piura, me ofreció un puesto en la hacienda Mallares y mi madre me convenció de que lo tomara: “Aquí hay porvenir porque vas a trabajar con los Romeros, que son tus parientes”.

Yo, a Dionisio, le decía “Tío”. Comencé con un trabajo técnico y después de 15 años llegué a ser el administrador de Mallares, y me daban un cinco por ciento de las utilidades, después de deducidos los impuestos. Era un montón de plata.

Yo soy una persona metódica y callada, estaba acostumbrado a vivir en las haciendas. No soy de copas, ni soy una persona muy sociable, prefiero ver TV y leer libros. Mi único vicio era el cigarro —tres cajetillas diarias—, pero, gracias a Dios, también ya lo dejé.

Germán Gutiérrez, dirigente sindical y campesino (Cañete)

Nací en 1941 en la hacienda San Benito que pertenecía a la familia Rizo Patrón, era una de las haciendas más grandes del valle de Cañete. La familia de mi mamá era morena, muy humilde, muy católica, y siempre estuvieron al servicio de los hacendados. Cuando era chico iba a la casa hacienda con mis tías, las cocineras, para jugar con los hijos de los hacendados. Les decíamos los gringuitos, los blanquitos. Fui a la escuela de la hacienda y después terminé mi primaria en la ciudad de San Vicente de Cañete. Los hijos de los hacendados iban a un seminario muy elegante, San Patricio, y de ahí a Lima. Cuando pasaban sus vacaciones en la hacienda, montaban caballo y jugaban fútbol con nosotros, pero nos decían que no teníamos que ser toscos con ellos porque eran más delicados que nosotros.

Mi padre era de Arequipa. Tenía una manera de pensar muy independiente y también tenía su genio. Él consideraba que los trabajadores, que creían en la llorona, las brujas, los condenados, que él pensaba que eran fantasías, eran muy sumisos y supersticiosos. Él era jefe de máquinas de la hacienda y estaba a cargo de toda la maquinaria y gozaba de la confianza de los dueños, pero terminó peleado con ellos debido a un pleito por una pequeña parcela de tierra que la hacienda le había dado para que él la mejorara en uno de los cantos que no estaban cultivados.

Yo era un muchacho inquieto e inteligente; aprendía bien y tenía buenos profesores que me ayudaron a desarrollar mi talento de líder, y el fútbol. Jugábamos un montón y cada partido terminaba en pelea, yo era un buen peleador y lograba que los otros muchachos me

respetaran. Por el fútbol me dañé la rodilla, y eso me impidió que fuera un deportista profesional o que entrara a la policía.

Germán vivía en un departamento alquilado de dos habitaciones en Imperial, el bullicioso centro comercial del valle de Cañete. Tenía un pedazo de tierra que cultivaba, pero también estaba recibiendo un modesto salario como empleado. Esto lo mantenía muy ocupado.

María Villarrubia, reclutadora de mano de obra (Quilmaná, Cañete)

Quilmaná es un nuevo asentamiento construido en el desierto, en el límite de las tierras agrícolas. Aquí viven pequeños agricultores, trabajadores y migrantes. Sus calles son amplias, pero solo la vía principal está pavimentada y bien iluminada. Las casas se encuentran en diferentes etapas de construcción; encontré la casa de María gracias a que el dueño de una tienda del barrio me dijo que busque la casa que tenía un gran montón de ladrillos apilados al frente. Su casa está pintada de colores brillantes, es grande y espaciosa, tiene ventanas de hierro, pero sin vidrios. María lleva un vestido de algodón y sandalias de plástico, su cabello teñido de negro y rojizo lo lleva amarrado en una cola de caballo; tiene una inusual caída de cabello que hace que su frente sea bastante amplia. Pequeña y regordeta, irradia buen humor, seguridad en sí misma y, después de un nerviosismo inicial, un estilo sencillo y directo de responder. La entrevista tiene lugar en su sala vacía. La familia trae sillas y colocamos la grabadora en una de ellas. Niños y adultos observan. Soy consciente de que estoy interrumpiendo la hora de la cena porque los niños se impacientan. La grabadora recoge sus silbidos y risitas.

Nací en Lima en 1957 en el elegante distrito de San Isidro, donde mi mamá trabajaba como empleada doméstica. Volvimos a Cañete porque mi papá tuvo un accidente. Aquí no teníamos tierras. He ido al colegio aquí en el valle y en Lima. Trabajé como peona en campo, contratada por jornal. Mi madre tenía experiencia organizando cuadrillas, yo he seguido sus pasos.

El algodón era el rey

En la costa peruana, el algodón ha tenido un papel clave como cultivo industrial y de exportación. Condicionado al riego y al trabajo temporal para una cosecha intensiva en mano de obra, su producción estuvo en manos de una clase terrateniente nacional más que extranjera. Planta nativa de los Andes, el algodón se desarrolló como un competitivo cultivo industrial de exportación gracias al trabajo del terrateniente Fermín Tangüis en Ica. Ahora se cultiva en los valles de Ica y Cañete; también en Piura, donde fue mejorado aún más mediante la introducción de las variedades Pima desarrolladas en los Estados Unidos. El algodón permite una creciente industria textil, de jabones, velas, pasta de semilla de algodón y aceite vegetal. A lo largo de los siglos XIX y XX ha sido una fuente de divisas, cuenta con los mercados británico y estadounidense entre sus principales compradores.

Hasta 1854, las relaciones laborales evolucionaron desde la esclavitud, hasta la aparcería, el inquilinato y el trabajo por contrato obligado de la mano de obra china y japonesa de los culíes. En el siglo XX, la mecanización dio lugar a una expansión de las plantaciones capitalistas con una fuerza de trabajo relativamente pequeña, estable y sindicalizada, así como un gran sector de recolectores (apañadores) estacionales. La expansión de la producción algodонера tuvo su origen en proyectos de irrigación privados, más tarde contó también con el apoyo financiero de los gobiernos de Leguía a Odría. La producción de algodón compitió con la de azúcar —desplazando su posición dominante en el valle de Cañete— y con la de arroz en Piura. Era cultivado por minifundistas, aparceros y medianos agricultores; finalmente, impulsado por el auge de los precios mundiales causado por la guerra de Corea, también se convirtió en un cultivo agroindustrial altamente mecanizado. La explotación, el desalojo de los aparceros y el proceso de consolidación de las grandes haciendas condujeron a la formación de los movimientos de protesta entre los años 1920 y 1940, sobre todo en Piura. Al igual que en otras regiones de la costa, la producción capitalista también trajo consigo la creación de sindicatos de trabajadores permanentes, no así por parte de los trabajadores eventuales y recolectores estacionales.

Mario Ginocchio administró la hacienda Mallares en Sullana, Piura, 1947-1969

Recuerdo que antes de la reforma agraria, Mallares era la hacienda más grande de la costa peruana, y una de las seis haciendas más grandes del Grupo Romero, con más de 6000 hectáreas. En esa época, una buena cosecha era de veinte cargas de algodón por hectárea, y con esa producción se hacía plata. En años lluviosos el río se cargaba y había buenas cosechas. La familia Romero hizo mucha plata con el algodón. ¿Quién les proveía los insumos? Un establecimiento que en ese tiempo se llamaba Almacenes Romero. ¿A quién vendían su algodón? A Calixto Romero, exportador. ¿Por dónde exportaban? Por la agencia de aduanas de los Romero, en Paita. También tenían la segunda desmotadora más grande y una fábrica de aceite de pepita de algodón. Lo único que le faltaba era la textilería, pero los Romero agregaron una inmensa fábrica de textiles después de la reforma agraria con la plata que recibieron de la compensación por la expropiación de las haciendas. El grupo Romero se convirtió en el grupo empresarial y financiero más dinámico del Perú después de la reforma agraria, orientándose hacia la banca, la construcción, las plantaciones de aceite de palma y otros rubros.

En 1930 el Grupo Romero compró la hacienda Mallares a la familia Arregui, quienes tenían varias deudas. En el momento que Dionisio Romero me contrató en 1947, estaban invirtiendo fuerte, estaban nivelando nuevos campos para producir algodón en tierras irrigadas. Los Romero estaban en plan de ampliar la huerta, traían plantones de paltos o de naranjos injertados desde Lima. Se enrejaron grandes extensiones para el ganado y se extendió la irrigación.

La hacienda tenía derecho a 1500 litros de agua para riego del canal del Chira. Esos 1500 litros eran insuficientes, entonces instalamos una bomba de agua en el río Chira, en Mallaritos. Esa bomba era un motor antiguo de esos a vapor y leña. Cuando yo llegué ya se habían puesto dos motores chicos Sulzer, a petróleo, más tarde tuvimos cinco bombas a gasolina que, poco a poco, fuimos mejorándolas con máquinas diesel. Bombeábamos todo lo que podíamos para compensar la falta de agua del canal. Dependiendo de qué tan cargado estuviera el río, sacábamos las bombas cuando había peligro de inundación. Casi hemos llegado a duplicar la tierra agrícola desde 1500 hectáreas a 2500 en el momento que yo salí.

Trabajábamos duro. La tarea del administrador era montar a caballo todo el día para supervisar el trabajo y controlar las pestes y las

enfermedades. Detectábamos el gorgojo de la chupadera por el olor característico de las hojas que aprendimos a reconocer, hasta que introduje el método científico de contar que desarrollé en mi tesis de la Universidad Agraria. Un administrador tenía cuatro caballos: uno para la mañana, otro para la tarde. El siguiente día utilizábamos el tercer y el cuarto caballos. Los caballos llegaban sudados, los pantalones bañados con el sudor del caballo de todo lo que los hacíamos caminar.

Cada año comenzábamos a regar los campos el 4 ó 5 de diciembre, porque la ley de manejo integrado de plagas estipulaba que el periodo de germinación solo podía ser del 1 al 31 de enero, o sea que se podía sembrar una semana antes del 31 de diciembre. En 1968 trabajábamos con nueve o diez tractores Caterpillar, con nueve sembradoras Farmall, que podían hacer cuatro rayas simultáneamente. Era toda una carrera sembrar 2000 hectáreas. Algunos años no alcanzábamos. Habíamos llegado a un calendario complicado, comenzando por aquellos campos que se secaban más rápido y terminábamos con aquellos que se demoraban un poco más de tiempo en secar, como para que estuvieran listos para la siembra.

Pueden decir lo que quieran sobre la explotación, pero los Romero eran bien cumplidores del pago y de las obligaciones sociales que mandaba la ley. Teníamos 500 trabajadores permanentes. Hubo intentos de sindicalización. Los trabajadores tenían un abogado, el Dr. Luciano Castillo, un hombre realmente correcto que era hijo de Melquíades Castillo, fundador del Partido Socialista del Perú.² La administración y el sindicato organizamos la hacienda en delegados por departamento. Había dos delegados por el algodón, dos por el arroz, uno por el ganado uno por la huerta, uno por bombas, uno por tractores.

Todos los años había un proceso de negociaciones prolongado de dos o tres semanas. Venía el sindicato y nos presentaban una lista de demandas de treinta ó cuarenta puntos. Siempre ponían al último el aumento del jornal, el punto más importante, al final. Nosotros escogíamos

2. Los aparceros encabezaron una protesta contra las miserables condiciones de vida en los años 1930 y 1940. El movimiento para organizarlos estuvo dirigido por los primeros anarcosindicalistas y el fundador del Partido Socialista del Perú en Piura, Melquiades Castillo. El APRA auroral también se centró en cómo protegerlos del desalojo a medida que el proceso de producción de las haciendas, intensivo en capital, adquiría velocidad. Hildebrando Castro Pozo (1947), también él un temprano socialista, elaboró un estudio del yanaconaje en las décadas de 1930 y 1940 en Piura, sobre la base del cual se promulgó la Ley del Yanaconaje en 1947, con los auspicios del APRA. Véanse Matos Mar (1976) y Peloso (1999).

eso. Las discusiones demoraban una hora, dos horas o tres discutiendo el jornal. Una vez arreglado eso, el resto, los otros treinta puntos se arreglaban en media hora. Nunca hubo una huelga

A mí siempre me preguntaban, ¿por qué es que te llevas tan bien con los peones?, a pesar de que yo era estricto. Si encontraba a alguien robando, lo botaba. Pero si la administración cometía una equivocación, entonces reconocíamos el error, pero se le pagaba al trabajador. Yo trabajaba con dos principios: primero, ser justo; segundo, yo nunca me metí con las mujeres de ellos.

El algodón se pañaba a mano y contratábamos hasta 5000 eventuales, todos de Catacaos, durante tres meses. Nosotros teníamos pues como cuarenta mayoresales (contratistas). Firmábamos contratos con ellos indicando los lugares en los que iban a cosechar, el precio que se iba a pagar por cada quintal, y el transporte desde el campo hasta la desmotadora. Les dábamos agua para tomar y leña para que se cocinaran en el campo. El contratista se quedaba con el diez por ciento de lo que ganaban los trabajadores. En Mallares nosotros pagábamos más que las otras haciendas. Y ellos sabían que les pesábamos bien, que no hacíamos trampa con el peso. Había algunas ventajas con estas prácticas: Primero, tienes más gente. Segundo, te evitas problemas. Porque si el lote pesa un quintal, pero has registrado menos, van reclamando porque el pañador no cree que hemos pesado correctamente. Pero si pesa un quintal y vale un quintal, se contenta. También hace que el control sea más fácil.

Para 1968, el año anterior a la reforma, produjimos veinte quintales, de diez que habíamos tenido cuando comenzamos. En promedio considerábamos que una buena cosecha eran veinte quintales, una normal eran quince, y una pobre, diez quintales. Actualmente se considera que una buena cosecha son diez quintales. ¡Hemos regresado a los niveles de productividad de 1947! El departamento de Piura normalmente producía entre 500.000 y 600.000 quintales, y en un mal año hacía de 300.000 a 400.000. Hoy no llegan a los 300.000. El área de cultivo de algodón se ha reducido y la productividad ha caído. Piura exportaba grandes cantidades de algodón. Ahora exporta un mínimo.³

3. La producción de algodón tuvo un auge en la década de 1950, pero comenzó a disminuir antes de la reforma de Velasco. Según Korovkin (1990: 28-29), la cuota del cultivo para la exportación disminuyó notablemente a medida que el algodón se convirtió en un insumo industrial de la incipiente industria textil peruana, que en los años 1970 demandaba hasta un 40% de la producción algodona. Las políticas con respecto a los precios, controles cambiarios, impuestos

Germán Gutiérrez acerca de las relaciones laborales en las haciendas de Cañete 1940-1965

En la hacienda en la que yo nací había un sindicato. La gente en la época del sindicato solamente trabajaba pensando en mejoras salariales, en mejores condiciones de trabajo. De eso se trataba el sindicato, mi papá también estaba en el sindicato, pero él veía que a veces discutían y no había mucha cosa concreta. Él no era muy militante, pero a él no le gustaban los abusos. Los propietarios de la hacienda no eran realmente abusivos pero él veía como algunos administradores abusaban.

Mi papá tenía 75 años y se jubiló cuando se puso feo el problema entre él y la hacienda. Por ese tiempo, los verdaderos dueños ya estaban viviendo en Lima, y los sobrinos del dueño se habían hecho cargo de la hacienda. Me acuerdo de uno de ellos que le decían el Mechón (así le llamábamos a su cola, ese peinado lo trajo cuando vino de Estados Unidos), era orgulloso, y desde que asumió la hacienda, mi padre tuvo varios problemas con él. El Mechón cuestionó la arada que los conductores del tractor de mi papá, diciendo que no había salido bien. Mi papá le respondió a sus críticas: “Usted en realidad no conoce lo que está pasando, Ud. no conoce de agricultura. Yo he trabajado con ingenieros, con sus tíos que ha sido gente muy preparada. Este trabajo que Usted manda a hacer es porque quiere llenarse de plata fácilmente, pero el trabajo no va a resultar”.

Desde ese momento, El Mechón comenzó a marcar a mi padre y a buscar vengarse. De manera que cuando mi papá se jubiló, él lo quiso botar de la pequeña parcela que la hacienda le había dado con la intención de dársela a otro.

Mi padre quería mucho su chacra. Trabajaba en esa tierra los fines de semana y, a pesar de que hubiera podido, no usaba los tractores de

e incentivos fueron los responsables de la subordinación del sector agrícola a las necesidades de la industria. El gobierno de Velasco estableció un monopolio para la compra a fin de asegurar un suministro barato constante para la industria. Véase Revesz (1982) para un estudio más detallado sobre Piura. Él enfatiza que el algodón no solo era producido por las cooperativas, sino también, y en gran medida, por pequeños campesinos. En la página 65, refuta la opinión de que campesinos ignorantes en sus chacras o en cooperativas desorganizadas fueran los responsables de la disminución de la productividad, puesto que la irregularidad de las estadísticas anuales de la productividad muestran variaciones similares antes y después de la reforma entre haciendas, cooperativas y pequeños productores.

la hacienda, trabajaba con su propio caballo. Nosotros de muchachos teníamos que ir a ayudarlo después de ir a la escuela y los sábados por la madrugada. Sembrábamos yuca, camote, tomate, cebollas y forraje para los animales.

Después que mi padre desarmó todas las marcas que los topógrafos de la hacienda habían colocado en los campos, se fue a la oficina a pararlo en seco al Mechón. Estaba realmente furioso. Mi padre casi le pega al patrón, y el Mechón sacó su revólver pero estaba temblando tanto que no pudo disparar, y mi papá bien parado ahí para que le dispare. Mi papá le dijo una lisura fea: “Para que sepas, con mis pulmones se han enriquecido toda tu familia, hasta tú mismo, que en esa época has estado con pañales”, le dijo. “Si estos malditos hacendados me quieren sacar, me van a tener que sacar muerto”. Y a mí me dijo, “esta chacra tiene toda tu edad, icarajo! Hoy mismo te vas a Lima a defenderla como puedas. Hay una ley que ampara a los campesinos que tienen tierras dentro de la hacienda”.

A partir de ese incidente de 1967 me nació el amor por la justicia social. Mi hermano había encontrado dónde quedaba la oficina de reforma agraria, y yo presenté mi reclamo a un funcionario. Él me comentó, “¿Rizo Patrón? ¡Uy! Eso va a estar bien bravo”.

Después de consultar con otros empleados, quedaba claro que el ministerio no quería chocar con esos oligarcas. En cambio, me dijeron, “Mira joven, ándate donde una doctora que es ‘roja’, aquí está su dirección”.

“¿Qué es roja?”. Yo no había captado bien lo que quería decir.

“Es una comunista y no le tiene miedo ni al diablo”.

Entonces yo me fui, y llegué a su oficina; la placa en la puerta decía Laura Caller Iberico. Cuando escuchó mi historia y se dio cuenta de que el caso era contra la familia Rizo Patrón, me mostró un libro de Carlos Malpica,⁴ y ahí la familia Rizo Patrón aparecía como una

4. El libro de Carlos Malpica, *Los dueños del Perú* (1968), era la Biblia de los izquierdistas con relación al tema de la concentración de riqueza. Se trata de una lista, cuidadosamente compilada, de las conexiones familiares, según sector económico (la familia Rizo Patrón aparece en las páginas 124 y 125). Sin embargo, sus conclusiones coinciden con el celo expropiatorio de Velasco. “Los auténticos dueños del Perú no son los latifundistas costenos, denominados los ‘barones del algodón y el azúcar’ por un partido político en sus años aurorales; ni los peruanos accionistas de bancos y compañías de seguros, llamados por otro partido político los ‘latifundistas del dinero’; ni lo son los ‘judíos’ que controlan

de las cien familias que eran dueñas del Perú. La doctora Caller me dijo: “Esto me interesa, esto me gusta, tomaré el caso contra los Rizo Patrón”.

Al otro día la doctora estuvo en la chacra. Allí subimos al cerro con ella, desde donde se veía todo el dominio de los hacendados comparado con los pequeños lotes que la gente como mi papá trabajaba en los bordes de los canales de irrigación. Junto con el caso de mi papá, la doctora Caller de paso defendió a los otros que estaban en la misma situación, aparceros, yanaconas y otros que los estaban queriendo botar por no pagar las deudas.

Yo no me enteré sino hasta después por qué le decían “la doctora roja”, pero los dueños sí sabían y le tenían miedo. Trataron de dividirnos y le ofrecieron a mi papá una chacra más grande. Pero Laura Caller nos dijo que nos mantuviéramos unidos y que no nos moviéramos de la chacra. Y así fue como ganamos, porque la primera ley de Belaúnde estaba de nuestra parte, les garantizaba a los aparceros y a los trabajadores de la hacienda sus parcelas de tierra.

María Villarrubia describe la paña del algodón, 1996

Una tiene que conseguir gente para formar una cuadrilla de 40 a 50 personas. Yo hago contrato con el dueño para todo un campo o una parte del campo. El pago es por quintal. Una persona se recoge dos quintales, algunos dos y medio. Depende de la persona, de la mano que tenga. Y con su hijo llegan a tres quintales, a tres y medio quintales. Parece fácil, pero requiere experiencia y paciencia.

Trabajamos duro. Todas las mañanas se reúnen aquí en mi casa a las 5:30 y contratamos un camión para llevar a los apañadores hasta el campo. Les doy los costales donde colocan el algodón que cosechan. Una tiene que llevar una lista de manera que al final del día me devuelvan las mantas y los costales y arrastres. Estos son del dueño del algodón y yo me hago responsable si se pierden. Comenzamos

muchas tiendas comerciales y algún banco, ni mucho menos los grandes comerciantes. Los verdaderos Dueños del Perú son un grupo reducido de empresas extranjeras, en especial estadounidenses, que controlan los principales sectores económicos del país” (1968: 67). Hijo de apristas y marxista temprano, fue el senador que introdujo las primeras leyes de reforma agraria en el Parlamento, fue encarcelado en varias oportunidades y Velasco lo deportó. En la década de 1980 y 1990 fue un reconocido parlamentario de izquierda influyente en varias coaliciones.



Figura 4.1 Cuadrilla de pañadores de algodón en el Valle de Cañete, 1982. Fotografía de E. Mayer

temprano y hacemos un pequeño descanso para almorzar la comida que cada uno trae. Mi trabajo es asegurar que todo salga bien. Algunos dejan algodón en las plantas, y yo tengo que terminar de pañar lo que ellos dejan. Trabajamos hasta las tres y media de la tarde, después tenemos que escoger el algodón y pesarlo. Alrededor de las cinco nos retiramos.

Yo voy anotando en una planilla. Los pagos son el sábado. El ingeniero viene al momento del pago. Él es el que paga. No hay descuentos por seguro social ni ningún otro descuento. No hay sindicato y tampoco están pensando en organizarse. Yo saco una comisión que también me pagan los sábados. La cuadrilla se queda conmigo durante toda la temporada. Tengo que buscar lugares para que ellos trabajen. No hay diferencias entre la forma que se pañaba en la época de la hacienda, en la época de las cooperativas o ahora.

Mario Ginocchio cuenta acerca de los rumores que hubo antes de la reforma agraria, 1969-1970

Cuando llegó la reforma agraria, hubo conversaciones acá en mi casa en Piura en 1969: “¿Qué hacemos?”.

Dado que había habido varias leyes que fueron para adelante y para atrás, la amenaza de la expropiación no llegó de sorpresa. Yo dije, “A mí me parece que debemos hacer algo preventivo”.

Y pensamos dejarles a los trabajadores la mitad de la tierra. Si se dividía 2500 hectáreas, hubiera habido suficiente para darle cuatro hectáreas a cada uno de los 300 trabajadores. El pago de la jubilación lo hubieran podido usar para pagar por la tierra, y el resto lo hubieran podido pagar con el tiempo. Se hubiera podido reducir el número de trabajadores retirando a los mayores. Los otros 200 se hubieran podido quedar trabajando en las tierras que hubieran quedado para los propietarios. Incluso yo llevaba un cuaderno en el que escribía los nombres de los que era posible que se quedasen y aquellos que hubieran podido comprar la tierra. En esa época había rumores de que los hacendados en Piura habían escuchado a Velasco decir que los dueños iban a proceder a reformar sus tierras por iniciativa propia, tal como había estipulado el primer decreto, y que mantendrían hasta 150 hectáreas por propietario.

De manera que hicimos un arreglo, y nuestro abogado había descubierto una falla en la ley de reforma agraria que, si bien prohibía la venta de tierras, no prohibía la venta de acciones. De manera que los abogados de los Romeros planearon transferir acciones entre ellos para reducir el número de propietarios, y entonces tres de los propietarios que quedaban podían reclamar el mínimo de 150 hectáreas cada uno. Las acciones de la herencia de mi madre permitían que me quedara con veinte hectáreas de huertas, que me autorizó para que yo administrara.

Al final, estas propuestas nunca prosperaron. Pero los Romeros comenzaron a dismantlar sus operaciones y a reducir su personal y los jornales. A los empleados se les prometió mantenerlos en las empresas no agrícolas de la familia. Después eliminaron la cláusula de distribución de utilidades que algunos empleados, como yo, teníamos, y debido a eso el 30 de enero de 1970, renuncié. Tuve una fuerte discusión con mis parientes por eso. Mientras tanto, los Romeros cerraron un trato con la reforma agraria. Le entregaron al estado toda su tierra y su maquinaria, que fue valorizada en un precio justo en 1970.

Yo tenía 46 años. ¿Qué iba hacer? Me fui a Lima. Pensé dejar el Perú y me fui a la embajada australiana para preguntar sobre las posibilidades de migrar allá. La otra opción era desagradable porque realmente no me quería convertir en vendedor de insecticidas. De manera que me acordé del ministro de Agricultura, que en ese entonces era el general Valdéz Angulo, que alguna vez estuvo destacado en Sullana, y aunque no éramos amigos, nos saludábamos. Yo nunca había trabajado para el estado, y no sabía cómo buscar un puesto en la burocracia, pero decidí irme a la cabeza. Llegué donde la secretaria personal del ministro:

—“Señorita quiero hablar con el señor ministro.”

— “¿Tiene cita?”

— “No.”

— “¿Y entonces?”

—“Dígale que es el ingeniero Ginocchio de Sullana que quiere hablar con él sobre un puesto.”

A los pocos minutos regresó. Había conversado con el ministro y le había dicho que fuera a hablar con el director general de reforma agraria o el director general de promoción agropecuaria en Piura. Con la recomendación del ministro, los funcionarios me ofrecieron dos puestos importantes, expropiando haciendas o administrando las que habían sido expropiadas. Yo le dije: ¿Expropiación? No, los dueños son todos amigos míos, es mejor que no trabaje en eso. Tomo lo de producción. Me preguntaron si quería regresar a Mallares.

“¿Tú crees que tienes la autoridad y la aceptación de los miembros de la cooperativa?”

—“Si es votación, el 80% ó 90% estarían de acuerdo.”

—“¿Tan seguro estás?”

—“Sí, estoy seguro.”

Los socios de la cooperativa aprobaron mi candidatura y me dieron el puesto. Mallares fue la primera cooperativa oficialmente adjudicada en Piura.

Germán Gutiérrez organizó un movimiento de protesta contra los intentos de los propietarios de demorar la expropiación de las haciendas en Cañete, 1970-1972

Me hice conocido en el valle de Cañete y la doctora Caller nos orientó. La gente de los sindicatos comenzó a pensar de acuerdo con lo que ella nos había dado la idea: “¡Olvídense de pelear por un centavo más, peleen por la tierra!”.

Entre 1969 y 1971, después del decreto de Velasco de la reforma agraria, hubo problemas con la ley de reforma agraria: La ley daba la opción a los dueños a dividir sus tierras “por iniciativa propia”. También había cláusulas en la ley que les premitía a los hacendados a quedarse con un mínimo de 150 hectáreas. Nosotros los trabajadores queríamos que esto se redujera o se eliminara del todo. Además, muchos



Figura 4.2 Laura Caller, abogada que defendió a campesinos y trabajadores, en su estudio de Lima, agosto de 1986. Archivo del fotógrafo Carlos Domínguez (© CARLOS DOMÍNGUEZ)

propietarios habían abandonado la tierra y habían dejado de pagar los jornales durante el periodo de incertidumbre desde que el decreto entró en vigencia y el momento en que el estado realmente expropió, lo que demoró cerca de cuatro años. Los propietarios lucharon políticamente para defender su propiedad.

Los trabajadores tenían miedo de quedarse sin beneficios de la reforma si no exigían que el gobierno cambiara sus propias leyes. Hubo que hacer todo un trabajo político para que Velasco cambiara y decidiera sobre el asunto de hacer que los propietarios no dividieran sus tierras por iniciativa propia. Laura Caller me dijo que moviera a la gente de las haciendas. Me fui a trabajar como profesor de primaria en una escuela de la hacienda Casablanca, donde la familia Rizo Patrón también tenía propiedades, como una forma de hacer que los trabajadores se organizaran ahí. Los trabajadores la estaban pasando mal, tenían varios meses que no les pagaban, no tenían seguro social y el lugar estaba abandonado esperando los resultados de los trámites legales que habían iniciado los propietarios para evitar que les expropien.

Organizamos una marcha a Lima, con todas las madres con sus hijos, y la doctora decía: “A las guaguas hay que ponerlas por delante y a los hombres atrás, porque si ustedes están adelante, a ustedes los van a golpear”.

Las mujeres eran realmente valientes y combativas. Meses antes, cuando nos estábamos cansando de esperar las resoluciones del gobierno, los hombres comenzaron a desesperarse. Algunos dudaron de seguir adelante sin sus jornales. Algunos comenzaron a decir: “Me voy a dedicar mejor a la pesca, esto ya no puede seguir”. Y había una mujer, me acuerdo, ayacuchana ella, que se paró y dijo: “¡Compañeros, si ellos se quieren ir que se vayan pero nosotros sí vamos a seguir, pero el día que triunfemos ni que regresen por acá porque a palos los vamos a botar!”.

De manera que marchamos a Lima para presionar al gobierno que cambiara sus leyes. Los niños estaban tan enfermos y desnutridos que el gobierno se apiadó y nos dio apoyo con alimentos y medicinas. La marcha a Lima la coordinamos con representantes de todos los valles de la costa. Hubo una inspección en Cañete y vino un general con gran sensibilidad por nosotros. Caminó por los alrededores y miró los baños, las casas de los trabajadores y las condiciones de vida. Llegó a Casablanca donde los dueños, que ya se habían enterado, habían organizado a un grupo de mujeres que eran adictas al patrón. Improvisaron una cuna para niños. Bien bonito, las mujeres bien al guardapolvo, como enfermeras, y los niños todos limpiecitos. Cuando llegó el general, vino la gente a decirle que todo era mentira. Lo habían preparado a última hora para su visita. Al final, el gobierno eliminó la cláusula de la iniciativa privada, y redujeron el mínimo que los dueños podían quedarse de 150 hectáreas a 50 hectáreas.

La hacienda Casablanca Oeste fue la primera en ser completamente adjudicada a sus trabajadores después de que el gobierno dio marcha atrás en el tema de la iniciativa privada. Cuando se expidió la resolución ministerial en 1972, cada uno de los trabajadores fue mencionado por su nombre en una lista de beneficiarios calificados a nombre de quienes la hacienda había sido expropiada.

Pusimos la bandera peruana al centro donde había un cerro, la gente lloraba, no creían que eran dueños de algo que nunca habían ni siquiera soñado. ¡Tener todo un fundo de 500 hectáreas, 400, 300 hectáreas, cuando la gente no tenía ni un surco! Esa fue una verdadera experiencia de un triunfo personal.

Laura Caller después nos asesoró que el siguiente paso era capturar la Federación Campesina del valle del río Cañete para hacer ver a la gente que de lo que se trataba era que todas las haciendas fueran expropiadas. Triunfos como el de Casablanca hicieron abrir los ojos al resto de trabajadores del valle. Con otros dos compañeros, nos convertimos en las cabezas visibles del movimiento. En secreto organizamos

a la gente de las haciendas de todo el valle. Los hacendados me decían comunista agitador. A pesar de que teníamos un gobierno revolucionario, si los dueños encontraban que sus trabajadores se estaban organizando, los despedían, de manera que nosotros nos movilizábamos con cuidado de noche para protegerlos a ellos y también a nosotros. La policía estaba alineada con las autoridades, y las autoridades locales... ellos se identificaban con los hacendados.

En 1971 movilizamos todo el valle y convocamos a un paro. La hacienda San Benito, donde crecí, se convirtió en nuestro cuartel general, y había piquetes para convencer a los trabajadores que dejaran de trabajar para sus patrones y para que pusieran en evidencia a los amarillos. La doctora Caller representó a los trabajadores en sus demandas de que se expropiaran todas las haciendas inmediatamente.

Para salvar algo de su capital, los dueños también habían comenzado a vender pequeñas parcelas a gente local. Nuestra lucha fue porque estas ventas quedaran sin efecto. También logramos eso. Al final, el gobierno expropió todas las haciendas del valle y en toda la costa del Perú.⁵ Todas esas ventas de tierras que se habían hecho mientras que la antigua ley estuvo vigente, se anularon. Y este triunfo se lo debemos a Laura Caller y a las movilizaciones de los trabajadores que fuimos capaces de organizar en aquellos años, entre 1969 y 1972.

Viviendo a crédito

Una cooperativa adjudicada era una entidad jurídica sujeta al Código Civil, debía regirse por los ideales y valores del movimiento cooperativo. La propiedad era adjudicada colectivamente a la unidad jurídica, pero nunca distribuida individualmente entre sus

-
5. En Cañete se establecieron 17 cooperativas con 10.000 hectáreas y 2000 miembros (Auzemery y Eresue 1986: 182). El detallado estudio de Korovkin sobre las cooperativas de Cañete es un excelente y concienzudo trabajo que se centra en la combinación de los factores políticos y económicos. Ella señala que “Los primeros sindicatos de las haciendas en el valle fueron organizados por un APRA moderado [...]. Poco antes de la reforma, sin embargo, muchos sindicatos radicalizaron sus demandas y cambiaron su afiliación a la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP), controlada por el Partido Comunista. La movilización de las zonas rurales llegó a su punto máximo después de la promulgación de la reforma agraria de 1969. Muchos sindicatos de haciendas desempeñaron un papel importante en la reducción de la resistencia de los terratenientes locales y en la aceleración de la expropiación y adjudicación de las haciendas” (1990: 59).

miembros. No hubo una responsabilidad limitada. La gestión debía realizarse bajo los principios de una empresa democrática. En teoría tenía total autonomía, pero en la práctica tenía que ajustarse a los designios y dictados del gobierno. La toma de decisiones se dividió entre las ramas “ejecutiva” y “legislativa”. Los funcionarios para los puestos directivos fueron elegidos entre los socios.

La asamblea general era la máxima autoridad de la unidad y la que tenía, en última instancia, el poder de decisión. Cada uno de los socios tenía un voto y estos elegían a los miembros de los consejos y de los comités especiales. La asamblea aprobaba el plan general de funcionamiento de las unidades, contrataba y despedía a los empleados, aprobaba las cuentas y votaba sobre los planes de inversión y la forma en la que se distribuirían los beneficios. Al mismo tiempo el gobierno definía los fondos para la reinversión, la jubilación, la educación y el desarrollo social.

Los consejos de administración y vigilancia estaban compuestos por un presidente, un tesorero, un secretario y los vocales. Ellos eran los representantes legales de la unidad y los encargados de firmar los cheques y los contratos. Sin embargo, a diferencia de las empresas, las autoridades eran elegidas entre los miembros de la asamblea general por un periodo determinado de tiempo. Como funcionarios electos, eran los responsables ante la asamblea general y podían ser depuestos por ella, aunque ser depuesto no implicaba la pérdida de la membresía a la cooperativa.

El personal técnico y los gerentes no estaban incluidos como socios de la cooperativa, pero su papel era de crucial importancia para el éxito o el fracaso de la empresa. Se les consideraba empleados de la cooperativa y responsables ante el consejo de administración y vigilancia. Este personal técnico debía brindar el asesoramiento adecuado y la experiencia de la que carecían los trabajadores para el buen funcionamiento técnico de las cooperativas, así como para la mejor aplicación de las políticas decididas por los consejos y la asamblea. El gobierno se reservaba el derecho a elegir al gerente de una lista presentada por la asamblea general hasta que la deuda agraria fuera pagada al gobierno en veinte años. Luego de ese tiempo, los títulos debían ser transferidos en su totalidad.

Mario Ginocchio administró la nueva cooperativa, 1970-1974

Yo comencé a trabajar como gerente de la cooperativa Mallares el 1 de noviembre de 1970. Primer error de la reforma. El gobierno debió haber comenzado por expropiar las peores haciendas, porque entonces los peones que habían estado maltratados hubieran estado felices con las mejoras que traía la reforma. En cambio, primero agarraron las haciendas de los Romero, que eran el “lomito” de la región. Eso significó que nuestros empleados, a quienes se les había tenido consideraciones, no necesariamente estaban contentos con la expropiación. Estaban acostumbrados a que se les pagase puntualmente sus salarios durante la administración de los Romero, y cuando la cooperativa tenía dificultades para pagar los salarios a tiempo, ellos comenzaron a sentirse resentidos.

Segundo error. La así llamada “cabida” de la cooperativa era un cálculo de cuántos trabajadores era capaz de tener.⁶ Había un técnico en el ministerio que calculaba esto y estaba presionado por incorporar tanta gente como fuera posible. Él hacía cálculos de rendimientos, producción total, ingreso neto y dividía esto por un determinado número de puestos remunerados; y eso le daba un número de trabajadores beneficiarios aprobados que después eran calificados para convertirse en socios de la cooperativa. El error fue tomar de manera optimista los mayores rendimientos en lugar de un rendimiento promedio. Con los Romeros éramos capaces de mantener 500 trabajadores permanentes cómodamente empleados. El resto lo hacíamos con contratos eventuales. Pero la cooperativa admitió 900 socios que tenían que estar empleados todo el año y recibir salarios completos, seguro social y beneficios. ¡No había hacienda en Piura que pudiera sostener a 900 trabajadores permanentes!

Luego tuvimos que elegir a los delegados para formar los consejos provisionales de administración y vigilancia, que debían ser aprobados por la asamblea general. Organicé el comité electoral con candidatos representativos de los empleados y de los trabajadores, de acuerdo con

6. Muchos trabajadores eventuales y sin tierras quedaron fuera de las cooperativas creando un serio problema político para la reforma. Las cooperativas se negaron a incorporar a los “eventuales” y a los campesinos sedientos de tierra que vivían en torno a haciendas, generando gran descontento, que fue aprovechado por organizaciones que se oponían al gobierno. En particular, la Confederación Campesina del Perú fue muy eficaz en Piura (Arce Espinoza 1983).

el sistema de delegados que había funcionado para las negociaciones laborales. También necesitaban un representante de los trabajadores. Designé a una persona que nadie hubiera pensado que incluiría.

Le diré por qué. Hacía mucho tiempo, cuando trabajaba como administrador, encontré a una mujer robando un saco de algodón. Requisé el saco, me lo llevé, y le pregunté a uno de los guardianes por qué no la habían parado. Me dijo que esa mujer era la esposa de uno de los dirigentes socialistas de los trabajadores. Se notificó a la policía y buscaron en su casa y encontraron tres sacos más. El caso fue a la oficina del inspector de trabajo y dictaminó que debería ser despedido. Apeló, alegando que la mujer no era su esposa (solo su conviviente), y que él no era responsable de las actividades de la mujer. Nosotros no queríamos perseguir a la mujer, de manera que él ganó la apelación y tuvimos que restablecerlo en su puesto. De cualquier modo, pasó el tiempo y yo seguí tratándolo con él máximo respeto. Una vez se le murió un hijo y vino a pedir dinero prestado. “Muy bien, ¿cuánto quieres?”

Quince años más tarde, cuando lo nominé, él entendió perfectamente lo que se requería de él: “Solo dígame lo que tengo que hacer”.

Los problemas rápidamente se acumularon. Era imposible trabajar con 900 hombres. No querían ir a pañar el algodón. Normalmente se les utilizaba para otros tipos de trabajo en la hacienda, pero nunca habían tenido que hacerse cargo de la paña ellos mismos. No había capital de trabajo. Dependíamos del crédito estacional que el Banco Agrario nos daba. En verdad, no éramos gerentes sino simples administradores de los avíos que el banco nos daba. El banco nos decía, “Usted tiene tanto esta semana.”

Y con eso teníamos que trabajar. No hubo manera de hacer nada, no había proyecciones, no había nivelación de campos, nada de eso. El banco solo daba crédito para la producción de algodón y de arroz. El contraste con la época en la que trabajé con los Romeros no puede ser más claro. Los Romeros mantenían una reserva de 50 millones de soles en el corto plazo, como capital de trabajo solo para hacer funcionar Mallares. Estábamos acostumbrados a revisar semanalmente las necesidades de efectivo para Mallares. Si ocurría algo inesperado, todo lo que tenía que hacer era agarrar el teléfono: “Aló, ¿don Guillermo? Necesito tanto para mañana”. Don Guillermo, el cajero de la empresa de exportación de los Romero, siempre solícito, respondía, “Muy bien, se lo enviaremos en la camioneta a las seis de la mañana”.

A pesar de todos estos problemas, ganamos plata ese primer año. Era una ganancia pequeña, pero, ganancia al fin y al cabo. Habíamos comenzado a sembrar tarde, no teníamos suficientes fertilizantes.

Tuvimos un terremoto que destruyó nuestras instalaciones de riego. Pero esta ganancia, ¿a dónde se fue? Whissst, el banco se jaló todo por los intereses de pagos que se adeudaban. Por lo tanto, no hubo reparto de utilidades a los trabajadores, como se había prometido, no hubo capitalización, no hubo nada. En realidad, la gente no recibió tan mal la decepción. Se les había pagado puntualmente y habían recibido un buen jornal. Confiaban en mí. Ellos sabían que no iba a robar.

El segundo año también fue rentable en términos agronómicos. Sin embargo, había deudas; necesitábamos cubrir los jornales durante el periodo muerto después de la cosecha y hasta que el banco diera el nuevo avío. Necesitábamos depositar fondos para las jubilaciones, y empezamos a gastar en servicios sociales, que supuestamente serían financiados con los beneficios. Se debía el pago de los tractores. Por lo tanto, tampoco hubo reparto de utilidades el segundo año.

El tercer año empezamos a sentir los efectos negativos de SINAMOS. Ellos le solían decir a los socios de las cooperativas, “¡Ustedes son los dueños!”, obligándome a responder: “No, señores, ustedes no son los propietarios hasta que hayan terminado de pagar la deuda agraria y el título les sea transferido”.

SINAMOS los incitaba y les decía, “la Asamblea puede hacer lo que quiera. ¡Ustedes son la máxima autoridad de la cooperativa!”.

Me levantaba y respondía, “No, ustedes no pueden hacer lo que quieren. Tienen que respetar los estatutos que rigen la cooperativa. Tienen que respetar la reforma agraria”.

Se querían aumentar los jornales. Yo me opuse, “No va a haber suficiente dinero para pagar. El banco no nos va a dar tanto”.

Los socios tenían su propio sistema de cálculo. Ellos calculaban las necesidades de la cooperativa. Tanto para jornales, tanto para materiales, tanto para semillas y fertilizantes. Esto es lo que el banco nos debe dar y eso es lo que queremos del banco, y no había otra. Sin embargo, el banco no cedía. En lugar de ello, asignaron costos por hectárea basados en sus propios cálculos, decidieron el probable precio de venta y, a continuación, nos dieron el 80% de lo que habían calculado. Hubo una gran discrepancia. A pesar de todo, los socios de la cooperativa querían su aumento.

En una serie de reuniones de la asamblea general en abril de 1974, hubo una moción para expulsar a un socio, el contador, porque “había trabajado para Romero”. Él había trabajado conmigo en la época de la hacienda y había sido una persona de confianza. Les recordé que no

podían despedir a nadie, y mucho menos expulsar a uno de sus propios miembros. Les dije que había leyes contra el despido arbitrario. Era evidente para todos de dónde era que venía esto. Tenían el asesoramiento de fuera de la cooperativa, y quedaba claro pues estaban bien preparados. Para mí se trataba de personas que estaban a la izquierda, incluso más a la izquierda que Velasco. Les advertí a la Asamblea que yo y todos los demás también habíamos trabajado para Romero, y si lo despedían, yo también renunciaba. No obstante, fue despedido, y yo también renuncié.

Supongamos por un momento que este diseño hubiera funcionado. Esto significa que las cooperativas necesitaban generar suficientes ganancias como para poder pagar jornales, impuestos, seguridad social y las obligaciones de la deuda agraria, y además, distribuir las utilidades para mantener satisfechos a sus miembros. Las ganancias solo podían generarse ampliando y profundizando las condiciones de rentabilidad previas a la reforma. Esto ha sido descrito como la “esquizofrenia” entre el capital y el trabajo impuesta a los socios de las cooperativas. El éxito de la cooperativa, definido por el incremento de las ganancias, implica que los propios socios trabajadores se imponen a sí mismos, en palabras de la marxista Rosa Luxemburgo, “la disciplina del capital” (1937: 35-36) que a menudo funciona en contra de ellos. José María Caballero (1978) menciona, por ejemplo, que en muchas cooperativas había demasiados trabajadores. Una solución capitalista habría sido despedir al 20 ó 30% de sus trabajadores, pero los socios de una cooperativa no podían contemplar una medida de ese tipo.

El resumen que hace Caballero de la forma en la que el Estado controló las cooperativas es convincente. El Estado impuso sus propias prioridades, tales como precios bajos para los cultivos básicos para abastecer a las ciudades y énfasis en las exportaciones para obtener divisas, impuestos y la amortización de la deuda agraria. Impuso programaciones obligatorias para destinar las ganancias a la reinversión, a la educación y al gasto social (que fue tan alto como el 53% de los ingresos brutos en total). Estableció los cultivos que se debían sembrar e influía significativamente sobre el precio pagado por los productos. Su banco definía las formas y los montos de crédito. De igual manera, el Estado controlaba el proceso políticamente. A los beneficiarios de la reforma se les dijo que debían estar

contentos con el modelo impuesto desde arriba, no se les permitió ninguna maniobra para inventar otras formas de actuar que aquellas que fueron oficialmente establecidas. Caballero observa que la participación en el proceso político se condicionó, no se ganó, nunca fue definida por ellos mismos. Pero el Estado también quería que los socios de las cooperativas apoyen al gobierno a través de las organizaciones verticales que había creado y desmanteló los sindicatos y federaciones. La oposición fue castigada a través de intervenciones administrativas. No es de extrañar que los críticos de la derecha comparasen las cooperativas con las granjas colectivas de la Unión Soviética, mientras que los de la izquierda las denominaran ejemplos del capitalismo de estado. Este no fue un movimiento cooperativo de base, ni realmente una empresa autogestionaria, cuyos miembros podrían llegar a amar, a alimentar y a hacer crecer. Los beneficiarios recordaban los tiempos de la hacienda y sus sindicatos básicos como tiempos que después de todo no habían sido tan malos, y continuaron comportándose como si fueran trabajadores asalariados y no propietarios de la empresa. Cualquier movimiento orientado en la dirección deseada de expansión de la rentabilidad solo podía exacerbar los problemas políticos de una cooperativa. Muchos trabajadores, por lo tanto, consideraron que nada había cambiado, tan solo que sus nuevos patrones eran ahora personas distintas impuestas por el gobierno.

Germán Gutiérrez se convirtió en presidente de su cooperativa, 1974-1976

La gente no rechazó el sistema cooperativo forzado impuesto por el gobierno porque no tenía otra alternativa. Los trabajadores fueron capacitados por las instituciones del gobierno para administrar las empresas cooperativas. Yo fui elegido presidente de la Cooperativa Túpac Amaru entre 1974 y 1976. Éramos 173 miembros en la cooperativa.

Hubo apoyo del gobierno, crédito agrario y los intereses no eran tan altos como ahora. Las tierras en Cañete son fértiles y el agua de riego está disponible todo el año, y lo hicimos bien. No desmantelamos la estructura productiva de la hacienda. Los que manejaban los tractores se quedaron en sus puestos de trabajo, otros especialistas continuaron haciendo lo que habían hecho en la época de la hacienda, e incluso algunos empleados se quedaron con nosotros. No contratamos



Figura 4.3 Cooperativa Agraria del Valle de Cañete, 1982. Oficinas administrativas, viviendas, capilla y campos irrigados. Fotografía E. Mayer.

gerente, y yo me gané la confianza de la mayoría de los socios. Hemos elegido a los que eran hinchas del patrón como miembros del consejo de vigilancia, porque nos criticaban todo el tiempo, y los pusimos para que nos fiscalizaran. Yo era escrupuloso con la información, por lo que todo el mundo sabía lo que estaba pasando y por qué. Compramos tractores nuevos y me mantuve en contacto con el Banco Agrario; con ellos hacíamos los planes de producción anual y conseguíamos nuestro crédito. Empleamos bien nuestro fondo de seguridad social. Comenzamos con la Iglesia para dar gracias a Dios como católicos que éramos, y viviendas decentes para la gente; la doctora mucho nos impulsaba lo de la educación. No descuidarnos la educación, hicimos un hermoso colegio e implementamos el mejor taller que hasta ahora todavía está allí. Durante mi periodo como presidente, la cooperativa siempre tuvo utilidades y estuvo bien administrada.

Con todo, no se puede decir que el desempeño del sector cooperativo, al que se le entregó la mejor tierra, crédito y apoyo estatal, haya sido de alguna manera notable. No es una gran pretensión para este sector haber alcanzado, diez años después, índices de producción similares a los de las haciendas sobre la base de las que fueron creadas, pretensión que es válida únicamente para algunas cooperativas.

Una vez que se declararon dueños de la propiedad, los trabajadores inmediatamente se aumentaron los jornales. A continuación cito aspectos del estudio de Douglas Horton:

En las propiedades manejadas de manera centralizada, los jornales se han incrementado y se han distribuido utilidades. Antes de la reforma los trabajadores azucareros eran los trabajadores rurales más prósperos del Perú. Después de la reforma, el 82% se ubicó en el cuartil más alto de la distribución de ingresos [sobre el 66 por ciento]. Sus jornales se incrementaron en cerca del 80 por ciento. En las otras unidades de la costa [como las algodoneras], donde el margen de ganancia era menos sustancial, los ingresos se incrementaron en menos del 50%. (1976: 322)

Sin embargo, los niveles salariales comenzaron a caer. Los gobiernos posteriores al de Velasco introdujeron medidas de devaluación y de reducción de salarios. La inflación que tuvo lugar durante el gobierno de García generó mayores reducciones. Por lo tanto, el efecto positivo fue temporal.

Contra todas las expectativas, el sector reformado no se convirtió en un polo de crecimiento destacado, ni en un área de innovación y expansión de la economía. Es cierto que si bien recibió un trato favorable por parte del Estado, también hubo serias limitaciones en función de medidas de política económica, las cuales desviaron los excedentes a otros sectores de la economía, reduciendo el crecimiento del sector cooperativo. El precio del algodón se mantuvo bajo como un incentivo para la industria textil. La política del gobierno de mantener baratos los precios de los alimentos fue en contra de la rentabilidad de sus productores. Los mecanismos burocráticos impuestos por los monopolios estatales mantuvieron la rigidez del sector cooperativo, ocasionando que las cooperativas no puedan expandirse hacia otros cultivos o buscar mercados diferentes. Tuvieron que limitarse a producir los mismos cultivos que producían cuando fueron creadas, pese a que las condiciones del mercado se volvieron adversas. Mientras que el monopolio estatal para la compra de algodón demoraba los cheques para el pago del algodón, el Banco Agrario seguía cargando intereses y penalidades por los pagos atrasados. Fueron necesarias muchas manifestaciones y presiones políticas para conseguir que el gobierno modificara el precio de compra del algodón. Los defensores de las cooperativas

afirmaban con razón que, bajo esas condiciones, el solo hecho de que sobrevivieran y fueran capaces de hacerse cargo de sus socios, constituía una suerte de logro. Lo cual también es cierto.⁷

Culpar al propio gobierno que las había creado no era una cosa fácil de hacer. Tampoco se puede decir que, en términos políticos, el sector reformado de las cooperativas se hubiese convertido en un polo social y cultural dinámico que hubiera podido difundir la revolución de Velasco, ni en un modelo a copiar en otros espacios de la sociedad peruana. A pesar del hecho de que juntas, las cooperativas ahora monopolizaban la tierra en la costa, su impacto político como conjunto no igualó al de los propietarios burgueses previos a la reforma.

A diferencia de la Revolución Mexicana o del *Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra* (MST) en Brasil, que pusieron un gran énfasis en la mística de su movimiento, en el Perú no hubo un legado en el canto, la narración de cuentos, la cultura popular, el teatro, la música o la poesía “política”, orientado a la elevación de la conciencia que proyectase algún tipo de sociedad feliz que pudiera ser catalogado como un producto cultural de las cooperativas de esta época. Los beneficios que las cooperativas debían generar para los sectores excluidos en sus zonas no se materializaron en la economía, la sociedad o la política. Las escuelas de las cooperativas no estuvieron abiertas para los hijos de los trabajadores eventuales. Más bien, se exacerbaron las tensiones dentro de las cooperativas y entre los trabajadores eventuales y los campesinos sin tierra. Los

7. Emma Rubín de Celis (1977, 1978) se refiere a la ambivalencia de los socios frente a las cooperativas de Piura. Kovorkin informa en un estudio de caso sobre Cañete que “Los escándalos financieros se convirtieron en una rutina. Durante los diez años que la cooperativa llevó a cabo tres auditorías a solicitud de sus miembros, las tres pusieron al descubierto graves irregularidades financieras que involucraban al gerente, a los principales empleados y a los miembros del Consejo de Administración” (1990: 73). Mis propias entrevistas en otras ex cooperativas de la costa, también pusieron de manifiesto historias de caos, luchas internas, desconfianza y colusión. En Ica, luchas políticas entre las diferentes facciones de los dirigentes electos de la cooperativa más grande produjo lesiones de bala, comportamientos mafiosos y la persecución judicial de los denunciantes. Sin embargo, no todas las cooperativas eran como esa, las más pequeñas especialmente estuvieron a la altura de las expectativas del gobierno y de sus socios. Sin embargo, la satisfacción no produce buenos cuentos feos.

miembros de las cooperativas entraron en serios conflictos con las organizaciones que representaban a los trabajadores eventuales y los campesinos sin tierra que habían sido excluidos de la reforma agraria.

El aislamiento de las cooperativas fue tan pronunciado como lo fue en el tiempo de las haciendas. Sus alambradas y sus guardianes fueron tan reales como sociales. Los miembros de las cooperativas se enfrentaron a una oposición, discriminación y prácticas excluyentes intensas de parte de aquellos hacendados que habían logrado conservar algunas tierras, de los comerciantes de la ciudad y de la élite de las capitales provinciales de sus regiones. Se reían de ellos y eran tratados como “cholos” en una sociedad racista-clasista, y debido a que en los tiempos de la hacienda, los propietarios habían contratado serranos pagándoles jornales más bajos, los miembros de las cooperativas fueron asociados por el resto de la sociedad costeña con el hedor de los indios serranos. Lo que es peor, toda la hostilidad asociada al profundo antivelasquismo fue descargada sobre los miembros de las cooperativas. Ellos no eran bienvenidos en ningún lugar. Por el contrario, vivían encapsulados en un infierno de conflictos y pugnas.⁸

María Villarrubia trabajó para las cooperativas del valle de Cañete, 1970-1980

Yo fui trabajadora eventual de la Cooperativa Casa Pintada cerca de 13 años. Tenía un buen jornal y mi carnet del seguro social. Posteriormente también trabajé en otra cooperativa, José Carlos Mariátegui, pero como no traje mi carnet del seguro social no me aseguraron en la cooperativa. Me contrataban solo como eventual. No me aceptaron

8. Las tensiones étnico-raciales se incrementaron con la migración de la sierra hacia el valle de Cañete. La gente de la sierra durante muchos años ha sido objeto de un trato discriminatorio en la costa. En el valle de Cañete, tres ciudades reflejaban muy bien esta situación. San Vicente es un pueblo colonial con un aire de distinción terrateniente; San Luis es un pueblo que mantiene la tradición de los afroperuanos descendientes de esclavos; Imperial es un pueblo de migrantes cholos y serranos, bullicioso y desordenado. La política y las pautas de la exclusión social se reflejan en el predominio del Opus Dei en San Vicente, el de los populistas en Imperial, y en el deterioro de San Luis como un municipio viable.

como socia permanente de la cooperativa porque no presenté mi carnet. En realidad, ha sido mi culpa porque debí recoger ni carnet del seguro de la cooperativa Casa Pintada, pero en el momento que pensé en esto, habían tenido problemas, y sus oficinas habían sido quemadas y todos los papeles se perdieron.

La modesta declaración de María acerca de un obstáculo burocrático, en realidad alude a las oscuras prácticas de exclusión ejercidas por las cooperativas. Se negaron a incorporarla como socia plena, incluso a pesar de que los socios de las cooperativas se apoyaban cada vez más en la mano de obra temporal para llevar a cabo el trabajo agrícola que no estaban dispuestos a realizar ellos mismos.⁹

Tiempos difíciles

La lista de todo aquello que no fue bien en las cooperativas es larga. Esto hace que sea difícil definir, entre los muchos factores, cuáles fueron responsables de crear descontento entre los beneficiarios y cuales ocasionaron que las cooperativas sufrieran una disminución en su rentabilidad. Los estudiosos dividen estos en factores externos e internos. Fernando Eguren (1988) mediante una revisión exhaustiva de lo señalado por quienes han estudiado el proceso de deterioro de las cooperativas, menciona las siguientes causas externas: la caída de los precios de los productos y el incremento de los costos de los insumos; los problemas de liquidez y los cambios en las políticas de préstamo del Banco Agrario; y los factores colaterales, como los altos intereses por los pagos y las obligaciones de la deuda agraria. Las cooperativas no podían competir con los

9. A pesar de los débiles intentos por mejorar la situación de los recolectores eventuales de algodón en las cooperativas de Cañete, su situación no mejoró. Korovkin describe que durante los años “buenos”, los eventuales trabajaron con contratos escritos que garantizaban sus ingresos y beneficios sociales. A medida que la reducción de costos se convirtió en un imperativo, las cooperativas regresaron a la práctica previa a la reforma, del enganche de contratar migrantes recientes de la sierra que describe María. “Como se podía esperar”, escribe Korovkin, “esta medida estropeó las relaciones entre las cooperativas y los trabajadores eventuales, a tal punto que algunos de sus dirigentes empezaron a hablar de invadir las tierras de las cooperativas” (1990: 117).

agricultores no reformados que estaban involucrados en un proceso flexible de contratación de mano de obra estacional eventual, pues las primeras tenían la obligación de asumir las grandes planillas fijas de sus socios impuestas por el modelo de reforma agraria. Calire Auzemery y Michel Eresue (1986) se refieren a la poca flexibilidad de los calendarios y de los planes de cultivos que tenían las cooperativas, mientras que las chacras pequeñas y medianas no reformadas diversificaban sus actividades hacia líneas más rentables. María Julia Méndez (1982, 1986) defensora de las cooperativas, demostró que hasta la crisis financiera de 1981-1982, la mayoría de las cooperativas del departamento de Lima eran rentables y cumplían sus obligaciones. En cuanto a las causas internas del deterioro de las cooperativas, hubo graves problemas de gestión (Martínez Arellano 1980, Horton 1976, Martínez et ál. 1989). Entre estos, aquellos tan mencionados en la propaganda antirreforma, que se refieren al poco empeño de parte de los socios y a la idea de que podían usarse los recursos colectivos en beneficio personal.

Otro enfoque que intenta explicar el fracaso del modelo cooperativista se basa en el análisis de las contradicciones internas que tuvieron estas empresas agrarias reformadas desde su origen. Este método supone que existía dentro de las cooperativas una diversidad de intereses incompatibles que accionaban en direcciones opuestas. Frente a los conflictos, los miembros se vieron obligados a transigir y a hacer concesiones. Esto introdujo inestabilidad, ineficiencia y una tendencia a la degeneración de las cooperativas.

Estos patrones de comportamiento autoindulgentes, tal como describe Ginocchio, se mantuvieron hasta que las arcas de las cooperativas se agotaron y el crédito y los rescates económicos dejaron de funcionar. Acto seguido, los miembros tuvieron que encarar opciones más duras. En última instancia, a principios de los años 1980, como señala el sociólogo Giovanni Bonfiglio (1986), los trabajadores tuvieron dos opciones desagradables. Una de ellas fue la de asumir con una mayor disciplina los rigores de una empresa capitalista, y renunciar a los aumentos de salarios así como a las benévolas condiciones de trabajo con el fin de mantener a las cooperativas en funcionamiento, por lo menos para asegurar sus puestos de trabajo. La otra fue delegar su papel de administradores y “abdicar” de su poder en manos de un grupo de técnicos contratados fuera de la cooperativa. Los técnicos “usurparían” los ideales de autogestión,

pero harían funcionar las cooperativas de manera autocrática, introduciendo medidas para lograr una mayor disciplina laboral y la reducción de costos. Ambos cursos de acción significaron una reorganización que generó mejores resultados económicos para las cooperativas a expensas de los salarios, los beneficios sociales, la democracia y la autogestión.

Las cooperativas más pequeñas de la costa, como la de Germán, recurrieron a una mayor autonomía en su gestión, despidieron técnicos y pasaron gradualmente a formas campesinas de producción. Por otra parte, las cooperativas más grandes como Mallares permanecieron intactas, pero dependiendo cada vez más de la dirección autocrática de los técnicos y del control del Estado; algunas de ellas, especialmente las cooperativas azucareras, se convirtieron en instituciones totalmente caóticas. Los críticos de la reforma de Velasco han utilizado estas espectaculares catástrofes como ejemplos de que la reforma agraria fue un fracaso total. La satanización del “gobierno comunista de Velasco” fue generalizada con el retorno de Belaúnde al gobierno y el movimiento cooperativo tuvo problemas para defenderse en los medios de comunicación.

De cualquier modo, la reducción de costos se llevó a cabo en una escala masiva. Los jornales se redujeron drásticamente y las inversiones se suspendieron o aplazaron. En las cooperativas más pequeñas también hubo cambios significativos en los cultivos con una tendencia a sustituir los cultivos de exportación o industriales por cultivos comercializables de panllevar, de periodos de cultivo más cortos, menos exigencias técnicas, menores costos y un menor control de precios. Incapaces de pagar buenos jornales, comenzaron a distribuir pequeñas porciones de tierra a los trabajadores para que pudieran arreglárselas por sí mismos. De esta manera, las cooperativas, grandes y pequeñas, comenzaron a manejarse con dificultad, a cumplir a duras penas con las planillas, a depender cada vez más del crédito y a propiciar una creciente sensación de malestar entre sus miembros.

Mario Ginocchio se convirtió en administrador de Mallares por un segundo periodo, 1984-1986

El año 1984 me encuentro una mañana en Piura con una delegación de 30 socios de la Cooperativa Mallares enfrente de mi casa.

“Ingeniero, venimos a buscarlo. Mallares está en problemas”.

“¿Pero ustedes no tienen su propio administrador?”

“Sí, pero nos ha ido mal. Queremos que usted regrese.”

Yo acepté. Cuando llegué allá, vi que todo estaba destruido. Habían tenido tres años seguidos de fuertes pérdidas. En 1983, los trabajadores solo habían comido cocos. Me dijeron, “Sí, aquí todos comimos cocos, porque era lo único que había”.

¡Pavoroso! Todos los árboles frutales los habían destruido. Dijeron que había sido culpa del banco, porque el banco daba avío para producir algodón pero no para las huertas. Como comían con los préstamos, destruyeron los huertos para sembrar algodón y conseguir el crédito. También habían perdido casi todo el ganado. Los cientos de kilómetros de cerco los habían perdido, el alambre fue vendido, y los palos de algarrobo los habían usado para leña. En resumen, una descapitalización brutal.

Empezamos a trabajar en condiciones adversas. En vez de terminar para el 31 de diciembre, empezamos a sembrar el 6 de enero y seguimos sembrando en febrero. Eso era un crimen, un crimen por el problema de las plagas. Pero los jornales de los socios dependían de nuestra promesa al banco de sembrar 480 hectáreas de algodón y 200 hectáreas de arroz; si no sembrábamos, nos quitaban el avío. Pero fue un año de El Niño, fuerte, y Dios es grande. El Niño barrió con todo, destruyó los cultivos de algodón de todos los que habían sembrado a tiempo, pero no nos tocó a nosotros porque habíamos sembrado tarde por el caos administrativo. Conseguimos una gran cosecha. Así que ese año volví a salvar a la CAP. Se ganó un poco de plata, no mucho, y la gente contenta. Se pagó jornales y todo. Y el siguiente año también, la hicimos bien.

Hubo un remanente. Entonces yo fui al banco a tratar de negociar. “Déjenme quedarme con algo para distribuir entre los socios, han trabajado duro y necesitan un incentivo”. El banco dijo, “¿Cómo les vamos a perdonar la deuda? Ustedes deben del 80, del 81, del 82, del 83. ¡De ninguna manera!”.

Como reacción, en 1986 (en medio de una inflación de dos dígitos), los socios votaron para duplicarse los jornales. En mi lógica esto no iba a funcionar. “Ustedes se están repartiendo las utilidades antes de producirlas”. Pero ellos razonaban de otra manera: “Si cuando hay utilidad, el banco se la lleva, entonces nos comemos la utilidad antes de producirla. No hay razón para lograr utilidades porque no vemos nada de los beneficios”.

Pero yo les advertí, “Voy a ser claro con Uds., si se aumentan los sueldos, en tres meses ya no hay avío, y no vamos a poder pagar más jornales”.

Ellos respondieron, “¡El banco tiene que dar!”.

Ellos ya habían tenido varios enfrentamientos con el banco agrario. Esto se volvió frecuente; protestaban por la demora con la que se les otorgaban los créditos y por la forma en la que les hacían gotear la plata. Sin duda, si la cooperativa se encontraba en peores condiciones, mayor era la tensión entre ellos y el banco. En algunas ocasiones la cooperativa tomó acciones, como bloquear las carreteras. Como Mallares era la más grande y la mejor organizada, tomaba la delantera en estas protestas. Una vez quisieron, incluso, tomar el local del banco, pero les aconsejé que no lo hicieran. Entonces, bloquearon la calle del banco y no permitieron que abriera sus puertas. Estas acciones tuvieron resultados, porque finalmente, y bajo presión, los gerentes y los representantes de las cooperativas llegaron a algunos acuerdos de corto plazo.

El caos siguió ese año de inflación. En mayo la cooperativa ya no tenía más plata, y el banco fue inflexible. Así que decidieron pañar ellos mismos su algodón en lugar de contratar eventuales. Pero ellos no sabían hacer ese trabajo.

Para ese entonces, los socios habían encontrado otras formas de subsistencia. Comenzaron a trabajar la tierra que no estaba siendo utilizada, para alimentarse a sí mismos y mantener a las cabras y al ganado. Por ese tiempo, el robo a la cooperativa se convirtió en una cosa frecuente a diferencia de lo que había sucedido en los primeros años. Los robos comenzaron a aumentar a causa de los bajos jornales y de la cantidad de gente que no tenía trabajo. Al final, la cooperativa fue prácticamente abandonada, y los que robaban sabían que la cooperativa estaba casi indefensa. Y tal vez los socios también robaban por las noches, pero esto nunca lo sabremos.¹⁰

10. El robo en las cooperativas tuvo sus consecuencias. Cuando di una conferencia en la Universidad de Ayacucho acerca de esto y se me preguntó por qué las

En ese tiempo había un gran número de desempleados, que vivía en las rancherías de la cooperativa, que no tenía nada que ver con nosotros. En el tiempo de la hacienda había unas 1000 personas. En 1986 había cerca de 2000 personas viviendo ahí. Estaba llenecito de caseríos por todas partes. Algunas de estas personas trabajaban en la cooperativa como eventuales y se tenía ciertas preferencias para contratarlos a ellos cuando se les necesitaba, otros se volvieron golondrinos (trabajadores eventuales sin tierras) que tenían que encontrar trabajo donde pudieran. En el tiempo de la hacienda contratábamos 150 a 200 eventuales por un turno de 15 días. En 1986 se contrataba a menos gente de las rancherías de aquí, porque había menos que cosechar. Los socios tenían miedo que esta gente invadiera la cooperativa.

Ante la imposibilidad de pagar las deudas que se le habían ido acumulando, Mallares se fue desintegrando poco a poco. Primero, la gran cooperativa se subdividió en 14 pequeñas cooperativas. Sin embargo, los problemas financieros y administrativos continuaron, de manera que, al final, los socios parcelaron sus tierras y posesio-

cooperativas fracasaron, yo dije, “Por favor, levanten la mano si no le han robado a una cooperativa”. El público se rió. La teoría del problema del polizón (*free-rider*) alude a los costos de supervisión para controlar al gorrón, mientras que la teoría general de Garrett Hardin (1968), de la tragedia de los comunes, brinda una respuesta de elección racional. Si yo creo que todos los demás se están beneficiando a partir de recursos comunes, entonces es mejor que yo me agarre mi parte antes que la bonanza se termine. Pero, en cualquier sistema social, incluso ayudarte a ti mismo y servirte de lo que hay para repartir, está normado y sujeto a limitaciones como lo demuestran los estudios sobre la agricultura colectiva en el bloque de Europa del Este. En el Perú existían varios niveles y modalidades de aprovecharse de los recursos del bien común en las cooperativas: los trabajadores que no hacen esfuerzos, el empleado del almacén que desvía fertilizantes, el gerente que malversa fondos y los funcionarios elegidos que esperan sobornos y comisiones, son diversos niveles de corrupción que están en orden ascendente en cuanto al monto de lo sustraído. Los daños a la empresa cooperativa se elevan a medida que uno va ascendiendo en estos niveles. En el discurso antirreforma agraria, la acusación de robo ocupa un lugar destacado. A los ex socios se les echa más la culpa, a los administradores menos. Incluso, hoy en día, los parceleros enfrentan el estigma solo porque fueron miembros de una cooperativa, aunque ser socios no haya sido su elección propia. En la teoría neoliberal, las empresas colectivas y socialistas son más vulnerables a tales tentaciones ilegales que las empresas capitalistas, aunque eso también es, decididamente, un mito. La acusación de la existencia de corrupción, es también un discurso político ideológicamente motivado, más allá de los hechos comprobables en la contabilidad o en videos clandestinos.

nes. Mario Ginocchio había renunciado a la cooperativa a fines de 1986, antes de que esto ocurriera.

En 1980, Fernando Belaúnde fue reelegido como presidente, cuando los militares decidieron retirarse a sus cuarteles. Aunque afirmó que no revertiría la reforma agraria, promulgó una ley que simplemente establecía que las cooperativas podían disolverse si la mayoría de sus miembros así lo decidía. Dejó suelto el control estatal de las cooperativas. Esta ley estuvo acompañada de medidas fiscales que quitaron el resto de privilegios y apoyos de los cuales las cooperativas habían disfrutado (que ya se habían erosionado desde que el general Morales Bermúdez reemplazó a Velasco). A pesar de que la mayoría de las cooperativas en el valle de Cañete había anunciado ganancias entre 1976 y 1979, en 1981 y 1982 se enfrentaron una crisis fiscal con una menor productividad, caída de los precios de sus productos, aumento de los costos (entre ellos los generados por la crisis del petróleo de 1979) y crecientes tasas de interés. El estudio de los académicos franceses Claire Auzemery y Michel Eresue (1986) mostró que las 17 cooperativas del valle de Cañete, en 1981, repentinamente comenzaron a operar a pérdida y terminaron profundamente endeudadas. Las cooperativas no podían esperar un nuevo rescate de parte del gobierno de Belaúnde, y la perspectiva de entrar en quiebra implicaba la pérdida de la tierra y los medios de subsistencia.

Germán Gutiérrez describe el colapso de las cooperativas de Cañete, 1981-1985

Con el gobierno de Morales Bermúdez, que ya no era revolucionario, empezaron a haber problemas con el apoyo para las empresas cooperativas. Prácticamente era el proceso de desmantelamiento del proceso de reforma agraria, y el gobierno de Belaúnde no hizo nada para evitar esta tendencia.

También hubo críticas acerca de la forma en la que llevábamos las cooperativas. En algunos casos, efectivamente, ha sucedido. Quizá porque mis compañeros han confiado mucho en los profesionales, especialmente en los técnicos financieros. Hubo demasiada dependencia del crédito. Compraban cosas, gastaban mucho y dejaban que la deuda se acumule, y como muchos de ellos no actuaban transparentemente, se metieron en problemas.

Mi cooperativa fue la primera que se parceló entre los socios en 1981. ¿Por qué? Porque vimos que para ese entonces la cosa se estaba poniendo difícil. Era la primera vez que teníamos una pérdida y la deuda se estaba acumulando. Vimos que a la Cooperativa José Carlos Mariátegui, como estaba en quiebra, estaban a punto de rematarla, y nos tuvimos que movilizar de todas las otras cooperativas para evitar eso. Mis compañeros, la mayoría ya eran veteranos y estaban preocupados por su jubilación. Mi padre también influyó en mí.

Él venía en su caballo y nos visitaba en la cooperativa. Medio burlándose, miraba las chacras y decía, “Está bonito tu maíz. Mira, yo quiero que me des un poco”.

“No papá, no puedo. Tengo que pedir permiso a los socios de la cooperativa”.

“¡Ah! ¿No? ¿Tú estás cojudo?”, me decía. “Ustedes son dueños de todo y de nada. Ni siquiera me puedes dar un poco de maíz. O sea, tú no puedes disponer, pero cualquier día viene el dueño y se los puede quitar. Dentro de poco van a estar hasta el cuello de deudas con el banco y, cuando vengan a recuperar sus tierras, ¿dónde van a estar? Míranos a nosotros, como pequeños propietarios, estamos seguros con nuestra hectárea. Va a ser difícil que el banco o los dueños nos quiten nuestra parcela a cada uno de nosotros, ¡y no le debemos a nadie un centavo!”.

Muchos trabajadores jubilados estaban en cola para cobrar sus pensiones, y como las cooperativas se habían atrasado con el pago del seguro social, ellos no podían cobrar. Los bancos incluso les querían quitar sus casas. Y me advertían, “Tú también vas a terminar en la calle”.

Por eso comencé a pensar que mi papá tenía razón. Pero, ¿cómo lo íbamos a hacer? Había una cooperativa en Chíncha. Era distinto que nosotros porque había comenzado con el primer gobierno de Belaúnde. Cada socio era dueño de su parcela. Pero también había un área que era comunal y todos se encargaban de trabajarla. Usaban las ganancias de esta área para el mantenimiento de la maquinaria, para cubrir los gastos administrativos comunes, para los gastos de educación y de salud. Esto nos dio la idea de cómo teníamos que hacer. No queríamos que nuestra cooperativa se fuera al hoyo, en manos de los enemigos de los campesinos. Nos fuimos al Ministerio de Agricultura y les pedimos autorización para reorganizarnos siguiendo el modelo de la cooperativa de servicios de Chíncha; sus dirigentes junto con el personal del ministerio nos ayudaron a rediseñar nuestra propia cooperativa.

Parcelamos la tierra entre los socios. Para esa fecha algunos miembros se habían retirado o se habían muerto, por eso creamos 109 parcelas,

una por miembro. Mantuvimos un área comunal de 50 hectáreas y formamos una cooperativa de servicios que tenía los tractores y se dedicaba a la comercialización, al trabajo administrativo y financiero. Se convirtió en una cooperativa de usuarios. Fue increíble cómo aumentó la producción en cada parcela. Los rendimientos se incrementaron muchísimo comparados con los tiempos cuando trabajábamos en forma colectiva. Con una camionada de camote, un parcelero (como se les llama ahora a los ex socios) pagaba su préstamo individual, y las otras dos camionadas eran para él. Ya no había jornales, sino pago por resultado.

Sin embargo, la cooperativa de servicios y el área comunal comenzaron a flaquear después de un par de años. Lo que sembrábamos ahí, se sembraba mal porque los socios no estaban interesados en trabajarlo, y contrataban a otros para que lo hicieran. Los que trabajaban ahí comenzaron a pedir sus parcelas. Entonces el área comunal no duró mucho. Tuvimos que subdividir esa área. Ahora cada uno de nosotros alquila tractores a maquinistas privados y pagamos por los servicios de agrónomos que nos aconsejan cómo abonar y fumigar, cada uno de su propio bolsillo.

Fuimos estrictos y justos con la parcelación. Aunque hubo algunos socios, que nosotros les decíamos amarillos porque le habían hecho difícil la vida a la cooperativa, igual se les dio su tierra. Cada socio recibió cuatro hectáreas. Si su esposa también era socia calificada de la cooperativa, la familia recibía seis hectáreas. Aunque yo era dirigente, solo recibí la parcela básica, porque yo no quería que la gente dijera, “¿Cómo es que él tiene seis hectáreas, si su esposa no es socia?”. Uno tiene que ser honesto. Así con el ejemplo me he venido manejando.

Con la experiencia de la cooperativa de Germán, todos los demás en el valle de Cañete siguieron su ejemplo y se reorganizaron rápidamente en parcelas privadas y en una cooperativa de servicios. El gobierno tuvo una actitud de no intervención. La burocracia de la reforma agraria se había reducido y los funcionarios despedidos de los ministerios ofrecieron sus servicios para escribir los proyectos con los que las cooperativas podían solicitar su desafiliación. María Julia Méndez (1982, 1986) alude veladamente a políticas macroeconómicas destinadas a desarticular las cooperativas. Ella culpa al Ministerio de Agricultura de falta de neutralidad, incluyendo, entre otras cosas, la pesada carga de los honorarios cobrados por el ministerio para proporcionar el estudio de factibilidad, requisito para la parcelación. Para los ex empleados del ministerio se convir-

tió en un buen negocio escribir la propuesta y algunos ex empleados corruptos se incorporaron al proyecto para conseguir tierras.

La parcelación no resolvió todas las cuestiones jurídicas sobre la propiedad hasta que el gobierno de Fujimori puso en práctica un programa de titulación y aprobó una ley permitiendo la venta libre de tierras que las leyes de Velasco habían prohibido. También se suscitaron las dudas respecto a la pérdida de economías de escala y los problemas del reparto y manejo del agua de riego. Los trabajadores sin tierra amenazaron a las cooperativas con invasiones de tierras. La división de las cooperativas fue rápida y caótica. Muchos derechos de los socios fueron pisoteados y surgieron los conflictos. Tardíamente, en 1984, el gobierno emitió reglamentaciones que estipulaban la forma de liquidación de las cooperativas. Aquellas cooperativas que les habían negado tierras a sus “enemigos” tuvieron que volver a dividir la tierra a fin de reincorporarlos. Tal como describe Germán, las cooperativas de servicio se desintegraron rápidamente. Para sanear sus deudas con los bancos, los parceleros en muchos casos se distribuyeron las obligaciones entre ellos como una condición previa para la obtención de parcelas. El incentivo final para la privatización total de la agricultura fue el decreto del gobierno de Belaúnde que revocó la obligatoriedad de la venta de algodón a la empresa estatal, lo que permitió que comenzara a funcionar el mercado libre. Posteriormente, el gobierno de Fujimori cerró el Banco Agrario y canceló todos los subsidios. Todo el aparato de control del Estado que formó parte de la reforma agraria fue desmantelado. Un parcelero tenía su pequeña propiedad y se convirtió en un agente libre.

Para el asombro de muchos observadores, la productividad de la tierra y la producción se recuperó después de la subdivisión de las tierras de las cooperativas en propiedades individuales. Pese a la fama de ser cooperativistas ociosos, los nuevos pequeños propietarios trabajaron muy duro. Sus pequeñas parcelas de tierra fueron entonces y son ahora intensamente cultivadas, con una rápida rotación de cultivos comercializables de panllevar de rápida maduración. Muchos agricultores comenzaron a criar vacas lecheras y cabras que se comían el rastrojo de sus chacras. Sembraban cultivos de autoconsumo y forraje entre las rayas de algodón. Pasaron a depender cada vez menos del crédito agrario y de la tecnología sofisticada y costosa, volvieron a utilizar mulas y caballos como animales

de carga. La mano de obra familiar es empleada intensivamente y ha disminuido el trabajo asalariado. Muchos cultivos se venden a los intermediarios “en chacra”, por lo que son ellos los que corren con los costos de la cosecha. Diversos estudios sobre la eficiencia de los parceleros muestran que los costos de producción se redujeron drásticamente, y que la productividad se incrementó tras la subdivisión en propiedades individuales. A medida que estas pequeñas propiedades familiares evolucionan y son capaces de ahorrar, diversifican los cultivos y pasan a sembrar frutales; por ejemplo, tienen contratos agrícolas para la producción de espárragos destinados a la exportación. Sin un gobierno que dicte las condiciones de cooperación, muchos parceleros desarrollan relaciones de colaboración recíproca con sus vecinos para superar las deseconomías de su pequeña escala. No es raro ver a cuatro o cinco agricultores unidos para contratar un tractor y cultivar la extensión conjunta bajo una supervisión técnica por la que pueden pagar. De esta manera, se logran economías de escala para una temporada agrícola.¹¹

María Villarrubia describe las condiciones vigentes en 1966

Ahora trabajamos para cualquier agricultor que nos necesite: los anteriores dueños de las haciendas que ahora tienen medianas propiedades, también trabajamos con parceleros o con comerciantes que compran los cultivos en chacra. Trabajamos en cualquier tipo de trabajo que nos dan, paña de algodón, cosecha de papas o de maíz. Sembramos

-
11. La productividad y la rentabilidad aumentaron después de que las cooperativas dividieron la tierra en parcelas individuales. Michael Carter escribió un artículo teórico que compara las cooperativas con los parceleros: “Se puede concluir que las CAPs [Cooperativas de Producción] generan menos productos que las pequeñas parcelas agrícolas privadas con los mismos insumos —quizá tanto como un 15 a 30 por ciento menos—” (1984: 843; véase la traducción al español de 1985). Carter y Álvarez (1989) retoman los mismos temas, pero toman en cuenta el contexto político y económico. La mano de obra en las cooperativas era más costosa que la semiproletarizada en pequeña escala. Cuando los cooperativistas se convirtieron en parceleros, redujeron drásticamente sus propios jornales de autoempleo, trabajaron más, utilizaron mano de obra familiar y renunciaron al seguro social y otros beneficios. Gols (1988) se complace en informar que todo aumentó, la producción, la productividad, los ingresos de los parceleros de Cañete. Fernández de la Gala (1985) tiene un buen título: “La reforma agraria no fracasó, tampoco los campesinos, lo único que fracasa es la cooperativa”. Contiene excelentes testimonios de todas las partes y puntos de vista, en forma similar al espíritu de este libro.

camote, recogemos o seleccionamos tomate, cualquier trabajo que se presente. Distribuyo a la cuadrilla en pequeños trabajos dependiendo de lo que se necesite. Ahora que el precio del algodón está bajo, también nos quieren reducir el pago a nosotros, pero eso que nos quieren dar no es suficiente. No podemos vivir de eso.

Mi cuadrilla es permanente. Son gente que ha trabajado conmigo de tiempo. Viven cerca, pero la mayoría viene de la sierra, de Ayacucho, de Huancayo, Huancavelica. Son buenas personas, son gente humilde, como decimos por acá. Cuando la gente quiere trabajar conmigo, yo averiguo, me aseguro que tengan sus documentos. Son gente que se conocen de más antes entre ellos, y yo tengo algunas referencias.

Actualmente hay más mujeres que hombres en las cuadrillas; tengo cerca de 60 mujeres y 30 hombres trabajando conmigo. Yo no creo que las mujeres me vengán a pedir trabajo porque soy mujeres, sino porque me tienen más confianza y saben que no soy majadera.

Resultó imposible hacer realidad un sueño más colectivo e igualitario sobre la base de un sistema capitalista con un uso extensivo de la tierra, acompañado de empleo de maquinaria costosa, sistemas de producción altamente tecnificados para algunos cultivos industriales, extrema vulnerabilidad ante las fluctuaciones de los precios, así como políticas e intervenciones estatales restrictivas. Enfrentados a la opción de perder todo, los trabajadores de las cooperativas finalmente le tomaron la palabra al general Velasco. Él había dicho, y esta es una cita que siempre se menciona, “La tierra es para quien la trabaja”, y eso fue exactamente lo que hicieron y como lo asumieron. Las 563 cooperativas de la reforma agraria son ahora un eco lejano en la historia rural del país. Un millón de cooperativistas son ahora parceleros con unas tres a seis hectáreas por familia. Actualmente la economía familiar minifundista (Mayer 2004) constituye el sector numéricamente más importante de la costa de Perú y tiene aproximadamente la mitad de las tierras fértiles con riego.

Epílogo

Los parceleros protestan por los bajos precios del algodón, 1996 (basado en mis notas de campo)

En el valle de Cañete, la ex cooperativa El Chilcal fue alguna vez una cooperativa modelo. Desde la década de 1970, las hermosas casas de los trabajadores, construidas en forma de complejos habitacionales de clase media, limpias y elegantes, han sido exhibidas en todo el Perú. Cada departamento tiene un pequeño jardín con buganvillas moradas y amarillas, actualmente demasiado crecidas. Sin embargo, ya se hace evidente una cierta dejadez: ventanas rotas, pintura envejecida, segundos pisos sin acabar. Asistí a una reunión convocada para todo el valle denominada “¿Cuál es el precio de nuestro algodón?” auspiciada por una ONG; Germán Gutiérrez era el organizador.

Hay una gran sala de reuniones construida simplemente como un gran galpón. Para la reunión, los organizadores han alquilado equipos de sonido. Afuera, como un símbolo de los tiempos de la hacienda, una capilla cerrada. En la plaza, a modo de un nuevo pueblo, hay pasajes peatonales y una fuente ornamental sin terminar; ahí la gente ha colocado puestos de venta de sándwiches y gaseosas para los asistentes a la reunión. Un carro de la policía está presente durante toda la reunión.

La gente va llegando a la sala. Todos son pequeños agricultores (parceleros) con una tenencia promedio de unas cinco hectáreas. Alguna vez han sido trabajadores proletarios, luego se convirtieron en miembros de una cooperativa de propiedad colectiva y ahora son pequeños agricultores independientes. Me doy cuenta de que me encuentro reunido con beneficiarios de la reforma agraria. La mayoría de las personas está por encima de sus cincuentas, con el pelo gris, el rostro arrugado, la piel tostada por el sol abrasador del desierto. Los colores de la piel reflejan todos los matices de un Perú de todas las sangres: negros, asiáticos, mulatos, mestizos, indios. Un tercio son mujeres. Son más evidentes porque aquellas que todavía se aferran a sus trajes de la sierra (con amplias faldas, blusas de seda sintética, largas trenzas y sombreros de paja) tienden a sentarse juntas. No hablan mucho, ni sus rostros dejan traslucir lo que están pensando. Otras mujeres, vestidas con un estilo de ropa de la costa, con

vestidos y peinados cortos, con vistosas carteras y costosas piezas dentales son participantes más activas. Comentan con mucha facilidad, aplauden, asienten, se ríen o se indignan. Los hombres visten todos de la misma manera: pantalones largos hechos de materiales baratos, zapatillas o sandalias de plástico y camisetas con los más variados logotipos de la globalización —Chicago Bulls, Yankees de Nueva York, Aruba, Flacos— que evidencian el proceso de reciclado mundial de la ropa de segunda mano. Predominan las caras tersas, los cabellos cortos y las gorras. Es por eso que los miembros de la secta fundamentalista peruana, los pocos Israelitas del Nuevo Pacto Universal, se hacen notar con sus raleadas barbas y cabello largo oculto bajo una especie de turbante. Pocos agricultores todavía llevan el tradicional sombrero de paja de ala ancha de la costa. Se encuentran visiblemente ausentes los medianos agricultores acomodados, herederos de los terratenientes a quienes se les dejó el mínimo inafectable de tierra; también están ausentes los miembros de la dinámica clase de agricultores comerciantes que han comprado tierras a partir del colapso de las cooperativas. Aunque la mayoría de estos nuevos agricultores ha abandonado el cultivo de algodón, la reunión de protesta contra los bajos precios del algodón parece ser de interés para aquellos que todavía cultivan este producto; sin embargo, ellos no participan porque consideran que esta reunión no tendrá efecto y desprecian a los parceleros por ser usurpadores de sus tierras.¹²

La CECOCAN (Central de Cooperativas Cañete) es la que agrupa a las ahora difuntas cooperativas. Todavía subsiste porque es

12. En el valle de Cañete persiste un enorme distanciamiento. Los propietarios que mantuvieron su mínimo inafectable y las empresas que han comprado tierras sufrieron una metamorfosis, convirtiéndose en medianos agricultores que se comportan como la nueva burguesía agraria. No colaboran ni hacen causa común con los parceleros. Figallo y Vega (1988) así como Monge (1988) proporcionan detalles del origen, en la década de 1990, de las nuevas asociaciones creadas por los empresarios, para presionar al gobierno a fin de que elimine las restricciones legislativas sobre las transferencias de tierras que aún permanecían en las leyes y reglamentos de los periodos de Velasco y Morales Bermúdez. Auzemery y Eresue (1986) describen cómo estos medianos agricultores fueron capaces de poner a la opinión pública regional y nacional en contra de la reforma. Con el retorno a la democracia los reprimidos sentimientos antivelasquistas afloraron rápida y públicamente y las cooperativas fueron un blanco preferido.

propietaria de una desmotadora industrial de algodón que procesa la cosecha de los pequeños productores individuales. Tiene dificultades económicas pues debe competir con dos plantas comerciales, mientras que los precios y la demanda están cayendo. Tiene una pequeña oficina en el centro de Cañete —un remanente de lo que alguna vez fue una inmensa burocracia de apoyo al proceso de reforma— donde trabaja Germán Gutiérrez. Todavía tiene un fax, una secretaria con acceso a un teléfono, una sala de reuniones y una lista de ingenieros agrónomos independientes que proporcionan, a cambio de una tarifa, asesoramiento técnico para llevar adelante los cultivos. También tienen una tienda que abastece de insumos agrícolas, fertilizantes, costosos y mortales fungicidas y pesticidas para ofrecérselos a los miembros de un programa de crédito que la CECOCAN ha logrado obtener de un donante extranjero.

La reunión comienza. Un maestro de ceremonias, que también es el corresponsal local de RPP (Radio Programas del Perú) le inyecta al evento toda la pomposidad que puede. Conoce los nombres, títulos y rangos de los dignatarios. La formalidad de estas reuniones es también un legado de la reforma. Se ha ido aprendiendo a lo largo de los años de participación en organizaciones de base auspiciadas por el gobierno, así como en los movimientos de oposición de los sindicatos y en las asambleas generales de las cooperativas. En el estrado hay una mesa larga con un mantel verde de paño, encima hay una banderola con el título de la reunión y el nombre de los auspiciadores. La jerarquía de los dirigentes está ubicada en estricto orden de acuerdo con su rango, y, como un honor especial, junto a ellos, están los delegados de otros valles. En la primera fila del auditorio están sentadas personas importantes que hablarán más adelante y que seguirán de cerca el proceso. Ellos son los que tienen real poder, pero informal. Detrás, en el centro de la sala, se sientan los participantes más escépticos, los observadores y aquellos que vienen a molestar. Poniendo en marcha claves preestablecidas, los murmullos empiezan en la parte de atrás y se hacen cada vez más fuertes, finalmente llegan hacia adelante hasta que un vocero se levanta, agarra el micrófono y toma la palabra. Afuera de la sala están las personas que simplemente están aburridas, los que han ido a reunirse con los amigos, los que saben que el momento crucial de la reunión debe llegar en algunas horas y quieren chismear o enterarse quién ha asistido y quién no. Compran refrescos y sándwiches.

El objetivo formal es desarrollar un taller de capacitación antes de la cosecha para mejorar los rendimientos y la calidad del producto. Los agrónomos entran en escena para dar instrucciones. Pero nadie se cree eso, porque saben que se trata de una protesta contra la inminente baja de los precios del algodón anunciada por el cártel de compradores (las fábricas textiles) y que según el reclamo de los parceleros, no cubren los costos de producción.

Los parceleros no hablan mucho. Más locuaces son los nuevos profesionales, agrónomos, empleados locales de las ONG de Lima. Tienen apellidos reconocibles —Mamani, Llactayoc, López, Lau— que revelan su origen de campesinos pobres serranos, costeños o chinos, más que apellidos rimbombantes de la alguna vez aristocrática clase terrateniente, como Beltrán o Rizo Patrón. Muchos de estos profesionales son hijos de los trabajadores y la forma en la que se ganan la vida es muy diferente a la de los agrónomos que trabajaban para los hacendados o para la reforma. Lo mismo ocurre con sus ingresos, bajos e inseguros. Los rodea un aura de sospecha por una posible participación en negocios turbios. La ligera diferencia en sus prendas de vestir con respecto a la de los parceleros es reveladora. Sus camisas inmaculadamente limpias, sus pantalones ajustados y bien planchados, las cartucheras de cuero para sus lentes oscuros en sus cinturones. Cuando hablan, resulta evidente que mantienen distinciones de rango y de jerarquía, mezclados con términos que han sido trasladados de los días revolucionarios de la “lucha de clases”.

Es difícil desplazarse a través de las implicancias de la carga política de palabras tales como “compañero”, “campesino”, “ingeniero”. Estas palabras se alternan en sus discursos con otras más neutrales, como “agricultores” y “señores y señoras”, insinuación de una ciudadanía y de una igualdad verdaderas, aún no concedidas, debido al tono paternalista con el que se pronuncian. Los discursos ponen énfasis en las numerosas organizaciones formales, las cooperativas, las cooperativas de usuarios, las ligas agrarias y las federaciones, como si todavía fueran las poderosas unidades económicas y políticas que en una época eran capaces de bloquear carreteras, organizar marchas de protesta y, en última instancia, negociar condiciones con los antiguos ministros de agricultura. Nada de esto es verdad hoy. La mayoría de los participantes asisten a la reunión en calidad de individuos, pero el maestro de ceremonias se refiere a

ellos como delegados de las organizaciones que, en el mejor de los casos, solo existen en el papel. Al final de la reunión nace una nueva organización, el “Comité de Defensa por un Precio Justo para el Algodón”.

Germán Gutiérrez da su discurso: “Hoy —señala— damos inicio a la lucha por un precio justo para nuestros productos, un precio que refleje el valor real de nuestro trabajo”. Él exige que “¡El Estado debe intervenir!... Cuando existían servicios de apoyo del Estado, estas entidades intervenían para estabilizar los precios”.

Germán denuncia la confabulación de los compradores y las políticas de “dumping” del gobierno de Fujimori, lo que permite la importación de ropa usada como una falsa aplicación del neoliberalismo. El discurso es nostálgico e invoca al Estado, cada vez más indiferente, a apoyar la causa de los agricultores. A cambio, Germán ofrece al gobierno el apoyo político de los parceleros. Las políticas que ellos quieren que se apliquen son memorias del pasado. Fujimori tiene otras formas de convocar el apoyo y no los necesita. Pero los asistentes reclaman:

“¡El Estado debería darnos crédito!”

“¡El Estado nos debería proteger!”

“¡El Estado debería darnos nuestro lugar!”

Y si no, existe la amenaza de que volverán el bloqueo de las carreteras y posturas combativas que muchos recuerdan muy bien. Aun así, los asistentes dudan que cualquier protesta viable tenga resultado.

Cuando se da a conocer el precio de compra a la audiencia, este es el más bajo que cualquiera pueda recordar, ni siquiera imaginar. El atroz precio al que se cotiza se confirma mientras transcurre el discurso de Germán, “¡65 nuevo soles el quintal!”. El anuncio provoca un alboroto: quejas de frustración, cabezas que se mueven incrédulas, gestos como cortándose la garganta y muecas de amargura y decepción.

Se alcanza el consenso rápidamente: van a presentar un memorial al gobierno para que asuma una posición que garantice mejores precios; si el gobierno no lo hace, amenazan con movilizarse; un segundo acuerdo es *warrantear* la cosecha. Esta palabra inglesa

es empleada en el sentido de una transacción económica que la CECOCAN quería impulsar entre los agricultores —es decir, que debían entregar su cosecha a la desmotadora sin aceptar los actuales precios bajos. La CECOCAN podría entonces contar con el grueso de la cosecha y utilizarla como garantía para obtener un préstamo destinado al pago de los productores, mientras que la cooperativa mantiene el stock a la espera de mejores precios o de clientes del extranjero dispuestos a pagar precios más altos. Más adelante les reembolsarían la diferencia a los agricultores.

En general, aunque la asamblea aprueba la medida, la mayoría se muestra pesimista con respecto a que esta estrategia funcione. Los dirigentes dudan que los agricultores entreguen el algodón en lugar de venderlo ahora a otros intermediarios, porque necesitan el efectivo. Los agricultores se muestran escépticos acerca de que el crédito esté garantizado. Los economistas dudan que el precio vaya a subir. Los participantes desconfiados tienen miedo de que se malversen los fondos. Afuera hablo con un agricultor que está aburrido, parado en el quiosco de sándwiches y que se ríe de sus compañeros que todavía cultivan algodón. Él solo ha sembrado una hectárea de algodón y el resto lo ha sembrado de camote cuyo costo de producción es menor.

La reunión acaba con una ceremonia muy emotiva. Germán Gutiérrez les pide a todos que se pongan de pie y guarden un minuto de silencio en honor a la muerte del general Juan Velasco Alvarado, el general que impulsó con determinación la reforma agraria. Se hace con todo respeto y mucha emoción. Ni siquiera los cínicos se abstienen.

Después del minuto de silencio

Salí de esta reunión del 2 de febrero de 1996 triste y angustiado. Tuve la grave sensación de que los procesos de reforma agraria de los últimos 27 años habían traicionado a los que estaban presentes ese día. Las políticas neoliberales y de libre mercado aplicadas por Belaúnde, García y Fujimori, sin duda, habían puesto a los parceleros en una posición desventajosa con respecto a los precios, los ingresos, la seguridad y los beneficios. Aparte de las pequeñas parcelas de tierra que habían conseguido, el cambio de regímenes y de políticas económicas no estaba funcionando a favor de los parceleros. Me

preguntaba en qué momento algunos de ellos venderían sus parcelas a los grupos de agricultores empresariales de clase media que están surgiendo, quienes, a su vez, sembrarían espárragos en esas parcelas y a continuación contratarían a destajo a las hijas e hijos de los parceleros para sembrar, desyerbar, cosechar, seleccionar, limpiar y empaquetar este producto con el fin de prepararlo para la exportación.

En el epílogo he mantenido deliberadamente el presente etnográfico de mis notas de campo porque me pareció, entonces y ahora, que era en gran medida un evento de rememoración. Rememorar se refiere al pasado, pero se siente intensamente en el presente. Los aspectos rituales de la reunión me dieron la impresión de un esfuerzo colectivo desesperanzado por revivir los buenos tiempos.

El siguiente capítulo describe la destrucción de una supercooperativa ubicada en la sierra, cerca de la ciudad de Cusco, donde las comunidades campesinas organizaron agresivas invasiones de tierras. Los temas que se rememoran en este capítulo son las tomas de tierras y los días de gloria de las confederaciones campesinas que desafiaron al régimen militar. Fue una época en la que los intelectuales y campesinos de izquierda colaboraron para subvertir la reforma, los campesinos luchaban por conseguir realmente la tierra que les habían dicho que se les iba a entregar, y la gente de izquierda vivía esperanzada en utilizar la agitación rural para impulsar una verdadera revolución.

CAPÍTULO 5

Machu Asnu cooperativa

Elenco en orden de aparición

GENARO PANIAGUA. Antropólogo, director de su propia ONG (entrevistado en Cusco, octubre de 1996).

ISIDORO FRANCO. Dirigente campesino de Equeq Chacán (entrevistado en Equeq Chacán, octubre de 1996).

MARCELINA MENDOZA. Esposa de un dirigente campesino de Circa Kajlla (entrevistada en Circa Kajlla, octubre de 1996).

ADRIEL VILLENA. Director jubilado de la oficina de reforma agraria en el Cusco (entrevistado en Cusco, octubre de 1996).

COMUNEROS DE TAMBO REAL, ZURITE. Entrevistados en Tambo Real, octubre de 1996.

ESTEBAN PUMA. Dirigente campesino y ex alcalde de Anta (entrevistado en Anta, octubre de 1996).

CARLOS IVÁN DEGREGORI. Antropólogo (entrevistado en Lima, diciembre del 2006)

Machu Asnu cooperativa

“Machu asnu cooperativa” (cooperativa Burro Viejo) es el eufemismo para el elefante blanco que fue creado en la Pampa de Anta, departamento del Cusco, una próspera meseta agrícola cerca de la

ciudad imperial. Fue el primer intento importante de Velasco por hacer visible la reforma en la sierra sur del Perú. En septiembre de 1971, el mismo día en el que se creó la cooperativa, él mismo visitó la sede ubicada en la ex hacienda Sullupquiuo. Factores técnico burocráticos habían influido en la decisión de convertirla en un modelo productivista colectivo “empresarial” de enormes proporciones y en la opción de conmemorar al héroe cusqueño, denominándola Cooperativa Túpac Amaru II. Todas las haciendas expropiadas de la zona fueron transferidas a esta única cooperativa, comenzaron con 65 haciendas en 1971 y se continuó con las expropiaciones adicionales que se realizaron hasta 1973. Finalmente la cooperativa llegó a estar conformada por 105 unidades diferentes, con un total de 35.000 hectáreas dispersas en tres distritos de la Pampa de Anta. El número de beneficiarios, contando feudatarios y socios calificados, llegó a 5000 familias. De ellas el 79% eran miembros de las comunidades que no formaron parte de las haciendas, el 10% eran comuneros que si lo habían sido (principalmente mediante el acceso a pastos a cambio de dinero o trabajo), el 10% eran feudatarios residentes y el 2% eran otro tipo de personas. Las oficinas de reforma agraria decidían si uno podía convertirse en socio de la cooperativa, y esto también requería una solicitud individual, una contribución monetaria y un proceso de aprobación.

En 1973 fui codirector de un seminario de investigación en el Programa de Maestría del Departamento de Antropología de la Universidad Católica en Lima. Jorge Villafuerte, uno de nuestros estudiantes proveniente de la Universidad del Cusco, cuyo tema de investigación trataba sobre la reforma agraria en el Cusco, asumió una posición crítica con respecto a por qué la cooperativa no estaba logrando los objetivos de la reforma agraria. Otros participantes defendían el modelo de reforma y la discusión fue muy animada. Él señaló que la cooperativa se estaba convirtiendo en una empresa muy grande, caótica, encapsulada y aislada, que utilizaba una tecnología costosa para una producción agrícola mecanizada. Empleaba solo una reducida mano de obra, reacia, indisciplinada y, ocasionalmente, fuerza de trabajo de los ex feudatarios de la hacienda y de las comunidades vecinas. A los trabajadores se les pagaba en efectivo, pero debido a problemas de liquidez, el pago a menudo se realizaba con meses de retraso. Durante los primeros días, las comunidades habían contribuido con mano de obra gratuita con el

fin de dar inicio a la cooperativa. Algunas dificultades operativas en la gestión de la monstruosa cooperativa crearon también una mala imagen. Por ejemplo, un año hubo exceso de producción, toneladas de papas y cebada se malograban en los almacenes justo al lado de desnutridos campesinos a quienes se les había prohibido tocar la producción. Otro año, la Fuerza Aérea proporcionó transporte para que las papas fueran trasladadas en aviones a los mercados. Otra fuente de impopularidad fue la incapacidad de lograr que la producción fuera continua, de modo que en algunos lugares permanecían sin trabajarse grandes extensiones de tierra situadas justo al lado de comunidades sobrepobladas que se preguntaban qué significaba realmente el lema “La tierra es para quien la trabaja”. Villafuerte citaba las preocupaciones de los expertos acerca de la viabilidad del modelo y hacía referencia a sus debilidades intrínsecas.¹

-
1. El diseño de la supercooperativa fue polémico desde el principio. Las diferencias entre los planificadores de las oficinas de reforma agraria del Cusco y de Lima obligaron a la aplicación de planes que los expertos locales pensaban que eran irrealizables. Los funcionarios del Cusco, que conocían las condiciones socioeconómicas de la Pampa de Anta, con el respaldo de expertos de la FAO y de la ONU, estaban a favor de tres cooperativas más pequeñas con una central de servicios para las comunidades vecinas. Sin embargo, como David Guillet informa, “Estos planes fueron descartados por una decisión política a nivel nacional que optó por crear una empresa luego de la reforma la misma que tendría un mayor impacto en la imagen general de la reforma agraria en el Perú” (1979: 103-104). Raymond F. Watters añade: “Es importante señalar que no toda la tierra expropiada eran tierras expropiadas a las haciendas: A las comunidades campesinas se les persuadió para que entregaran sus tierras comunales a la cooperativa, de manera que [por un tiempo], las comunidades dejaron de ser entidades formales. De hecho, es un tema discutible si “persuadir” es la descripción más adecuada...” (1994: 220). Héctor Martínez Arellano (1980: 111) postula que la elección del planificador del Ministerio de Agricultura de una única supercooperativa representó la afición que tenía el gobierno por el “gigantismo” y la defensa de los principios sacrosantos de las economías de escala. En Puno, una de estas unidades fue apropiadamente denominada Cooperativa Agraria de Producción Gigante y tenía 200 mil hectáreas. En el seminario en el que Jorge Villafuerte fue la voz disonante, los que se sintieron entusiasmados con el diseño de la Cooperativa Túpac Amaru II mencionaron planes para ampliar las tierras agrícolas a través del drenaje de lagunas estancadas de la Pampa de Anta, el potencial de la cooperativa para reestructurar todo el sistema productivo y distributivo de cultivos agrícolas y la eliminación de la ineficiente economía campesina. Un miembro del seminario había asistido a una reunión informativa en el ministerio en la que el capitán Dante Castro expuso sobre las virtudes del diseño de la supercooperativa. Informó a los miembros

Para cumplir con los objetivos “participativos” de la reforma, la cooperativa creó muchos consejos, comités y órganos de supervisión campesinos, que, tal como Villafuerte y otros señalaron, nunca funcionaron realmente.² En lugar de aumentar el interés por participar en lo que el gobierno denominó la transformación revolucionaria de las zonas rurales, la mayoría de los campesinos desarrolló una actitud indiferente, si no francamente hostil, hacia la cooperativa. Las personas que ocuparon algunos de los cargos altos, medios o bajos dentro de la cooperativa tenían una mayor lealtad hacia sus propios intereses y los de sus familias que con sus comunidades campesinas o con los diferentes partidos políticos de oposición que hacían proselitismo en la región. En estas circunstancias, la capacidad de conseguir los objetivos de los que cada comisión era supuestamente responsable se volvió nula. Los antiguos conflictos entre las comunidades, así como las alianzas regionales y entre caseríos, no se resolvieron; tampoco se les dio, a quienes se vieron afectados, una plataforma en la que tales conflictos pudieran ser discutidos. En lugar de ello, se agrupó a todas estas personas en una única unidad que incluía a más de tres distritos y se les pidió que “cooperaran” (eufemismo de obediencia y cumplimiento), que expresaran solidaridad con los principios de la reforma agraria que los militares habían desarrollado para ellos con un estilo vertical. Se les indicó que debían afiliarse a la Confederación Nacional Agraria (CNA), pro gobiernista, que exigía la adhesión a la ideología de Velasco como muestra de un probado comportamiento revolucionario. Los comuneros, en tanto supuestos beneficiarios, tenían muy poco compromiso con la empresa.

del seminario que estaba convencido: “El modelo es hermoso”, dijo. Villafuerte respondió que el problema era que no tenía en cuenta a la gente que vivía allí.

2. Las fuentes bibliográficas en castellano sobre la Pampa de Anta y la cooperativa incluyen algunas tesis de la Universidad San Antonio Abad del Cusco: Genaro Paniagua (1984), constituye mi fuente principal y es la base de este capítulo; José Canal Cearhuarupay (1976), como estudiante local, plantea una nueva perspectiva para describir la enorme distancia existente entre los comuneros, los ejecutivos de la cooperativa y los delegados elegidos; Andrea Roca Puchana (1990) habla acerca del papel de la mujer en el proceso de movilización en contra de la cooperativa; Iván Vargas Chambi (1990) se ocupa de Tambo Real. Dado que “machu asnu” fue un inmenso elefante blanco de la reforma, con fines comparativos, vale la pena revisar el libro que escribió Martínez Arellano (1990) sobre las demás empresas asociativas altoandinas creadas por la reforma.

Más allá de las tierras de la cooperativa, la ejecución de proyectos y programas de desarrollo fue débil y meramente nominal en el mejor de los casos, aunque la finalidad de la cooperativa era la de encabezar un incremento de la producción, difundir el avance tecnológico más allá de sus fronteras y preparar a los campesinos para el desarrollo y la autogestión. Las entusiastas promesas de electrificación de toda la zona, de distribución de los beneficios monetarios a sus miembros y de construcción de un hospital regional nunca se materializaron. El día de la inauguración, el recién nombrado gerente de la cooperativa había prometido al general Velasco en Sullupiquio que él convertiría la Pampa de Anta en un floreciente jardín, pero muchos de los asistentes al evento dudaron, ya en ese momento, que eso se pudiese lograr.

En una evaluación inicial del proceso, basado en un trabajo de campo realizado en 1972 - 1973, David Guillet (1979) hizo hincapié en que, en lugar de distribuir la tierra, ampliar la participación o generar polos de crecimiento para el desarrollo económico, la Cooperativa Túpac Amaru II estaba concentrando la tierra descaradamente, centralizando el poder y la toma de decisiones; en vez de convertirse en una institución autónoma gestionada por sus trabajadores, desde sus inicios había reforzado el control del campesinado por parte del Estado.

Por lo tanto, la visión que los comuneros tenían de la cooperativa como un burro viejo, pero también grande, poderoso y macho, plasmada en la expresión quechua *machu asno*, fue una crítica suave en comparación con otras descripciones más crueles que hizo la izquierda, que la calificó como un claro ejemplo de capitalismo de estado que les usurpó a los campesinos la tierra por la que habían luchado y que la reforma les había prometido. La élite expropiada coincidió con la evaluación de la Guerra Fría con respecto a que la cooperativa fue, de hecho, un ejemplo perfecto de comunismo o, lo que es peor, que la cooperativa se había convertido en una institución creada para robar tanto como fuera posible. El apodo favorito de la Túpac Amaru II fue el de la 'pericotiva'. Aprendí todo esto de los vigorosos y bien argumentados puntos de vista de Villafuerte en el seminario de 1973.

En 1996 —23 años más tarde— me puse en contacto con Jorge, que por entonces era vicerrector de la Universidad del Cusco y le pedí que me ayudara en mi proyecto para entrevistar a personas

acerca de la experiencia de la reforma agraria en Anta. Estuvo muy contento de poder hacerlo. Me presentó al antropólogo Genaro Paniagua, que pasó toda su vida profesional en la Pampa de Anta luchando por entender el proceso y colaborando activamente para tratar de transformarlo en algo más viable. Al igual que muchos cusqueños de esos tiempos, él simpatizaba con la creciente oposición de izquierda que el gobierno militar y su reforma agraria habían intentado reprimir sin éxito. Él había trabajado con una institución financiada por el gobierno holandés, CENCIRA-Holanda (Centro Nacional de Capacitación e Investigación para la Reforma Agraria). Dado que los holandeses financiaban este proyecto en Cusco, insistieron en tener una mayor autonomía de la oficina de Lima.³

-
3. CENCIRA - Holanda (Centro Nacional de Capacitación e Investigación para la Reforma Agraria) y PRODERM (Proyecto de Desarrollo Rural en Micro - Regiones) fueron financiados por el gobierno holandés, el cual había invertido fuertemente en el desarrollo rural peruano de esos años. Mientras que el Ministerio de Agricultura se concentró en apuntalar a la Cooperativa Túpac Amaru II, los extensionistas de CENCIRA - Holanda trabajaban en las comunidades y tuvieron la oportunidad de sacar partido de las denuncias realizadas por los comuneros contra la cooperativa, aprovechar los medios académicos para propagarlas y utilizar los medios institucionales para socavar la cooperativa. El ingeniero René Ramírez, el último gerente de la cooperativa, estaba muy resentido con CENCIRA. En 1996, en una entrevista que le hice en Cusco, me dijo, “En la época de las dificultades, CENCIRA estaba ahí para destruir a la cooperativa y para organizar a las comunidades dándoles dinero. A las comunidades les dijeron, ‘si se desafilian de la cooperativa, les daremos este crédito’”. El diagnóstico del *Plan de Desarrollo de Antapampa* de CENCIRA-Holanda (1979) es un minucioso estudio estadístico de toda la región que le brindó al programa su plan de trabajo: “Para redistribuir las tierras a las comunidades más pobres, y sobre todo redistribuir las de la cooperativa” (p. 307); para establecer un programa de inversión y de crédito, junto con la extensión agrícola; y para trabajar por el fortalecimiento de la capacidad de la comunidad en su relación con la economía de las familias campesinas (págs. 308-318). El nuevo volumen (CENCIRA Holanda-1980), coordinado por Genaro Paniagua, estudió veinte zonas asociativas como la de Tambo Grande, convertidas en comunidades después de la desintegración de la cooperativa. No obstante, sus conclusiones y recomendaciones mostraban su escepticismo frente a la posibilidad de éxito, así como sobre las funciones que podían cumplir las áreas asociativas en cada comunidad. PRODERM (1979-1991) fue uno de los primeros programas de desarrollo rural integral establecidos después de la caída de la cooperativa. Se puede acceder a un informe final sobre sus efectos positivos en Boada (1991). La Pampa de Anta sin la hacienda es hoy una próspera región agrícola de pequeños agricultores y comunidades.

Genaro me presentó a las personas adecuadas para entrevistar, me facilitó su propia tesis y abundantes estudios, resmas de estadísticas, folletos que había recopilado, así como otras publicaciones, muchos de los cuales se han incorporado en este texto.

La cooperativa de la Pampa de Anta fue desarticulada por las comunidades campesinas a través de una serie de tomas de tierras que tuvieron lugar entre 1976 y 1979, durante la “segunda fase” bajo el gobierno de Morales Bermúdez. Los estudiantes y docentes cusqueños se opusieron activamente al gobierno, mientras que la policía antidisturbios estuvo igualmente dedicada a reprimir las manifestaciones, lanzando gases lacrimógenos y llenando las cárceles con los opositores. Los partidos de izquierda enviaron fuerzas de apoyo a lo que en ese entonces se denominaba optimistamente “Cusco rojo” con el fin de desestabilizar aún más al régimen. Uno de los participantes me dijo que tenía la impresión de que el régimen ya no estaba interesado en hacer mayores esfuerzos para defender su supercooperativa. Existían, además, otros problemas pendientes. Las manifestaciones y huelgas en el campo y en la ciudad iban en aumento en esos días. Los sindicatos de trabajadores, maestros y campesinos colaboraban entre sí para desafiar al gobierno.⁴ La

4. Para una mayor información sobre el “Cusco rojo” durante el gobierno de Morales Bermúdez, el libro de José Luis del Rénique *Sueños de la sierra: Cusco en el siglo XX* (1991: capítulos 9 y 10) es una excelente historia regional que se ocupa, en la parte 2, de los regímenes de Velasco, Morales Bermúdez y del segundo gobierno de Belaúnde. En los años 1969-1975, las expropiaciones de Velasco y la polémica creación de las cooperativas fueron parte importante del escenario. La influencia de SINAMOS en la ciudad y el campo creció rápidamente estimulando el crecimiento de organizaciones opositoras de izquierda. En cualquier caso, los partidos de izquierda estaban enfrascados en un debate interno sobre qué postura tomar. Las federaciones campesinas habían sido severamente reprimidas durante el régimen militar de 1962 y se encontraban en una posición débil. En la ciudad, los agresivos enfrentamientos de Velasco con los estudiantes universitarios y profesores ya habían provocado, en 1973, un incendio en las oficinas que tenía SINAMOS en la ciudad. Cuando, en 1976, Morales Bermúdez cerró SINAMOS por presión interna, el campo quedó completamente despejado para que las organizaciones que estaban en contra del gobierno recuperaran el terreno perdido. Desde el punto de vista de los militares, escribe Rénique, “las organizaciones populares comenzaron a movilizarse mostrando una preocupante afinidad con una izquierda revolucionaria en expansión” (1991: 282). Profesores, estudiantes, trabajadores, empleados públicos y campesinos se volvieron agresivos y combativos. Sin embargo, no fue

segunda fase de la revolución significó el final de la etapa de expropiación de la reforma agraria. Los esfuerzos que se hicieron de allí en adelante fueron para consolidar las instituciones que la reforma había generado, pero eso no ocurrió. Cuando Morales Bermúdez le entregó el gobierno a Fernando Belaúnde en 1980, la cooperativa *Machu Asnu* ya había dejado de existir.

Equeo Chacán

En 1975, a escasos años de la instalación de la cooperativa, las comunidades ya habían empezado a cuestionar el derecho de la cooperativa a conservar las tierras adjudicadas. La primera en plantear el cuestionamiento fue la comunidad de Equeo Chacán, que incluso antes de la reforma de Velasco ya había iniciado una acción judicial para recuperar las tierras de dos haciendas, Huaypo Grande y Huaypo Chico. Huaypo Grande fue devuelta a Equeo Chacán en virtud de la inicial reforma de Belaúnde y no obstante que los tribunales dictaminaron que Huaypo Chico también debía ser entregada a la comunidad, las tierras fueron transferidas a la cooperativa. Contando a su favor con normas coloniales, republicanas, fallos judiciales más recientes, experiencia organizativa previa, los efectos positivos de un programa crediticio para la producción supervisada

fácil conciliar las demandas campesinas concretas con las luchas ideológicas de las pequeñas facciones de los partidos políticos de izquierda —cuyos líderes e intelectuales hablaban en términos marxistas difíciles— y su capacidad para brindar un medio para canalizar las movilizaciones campesinas. La FARTAC (Federación Agraria Revolucionaria Túpac Amaru del Cusco), que fue creada como apoyo de la CNA para impulsar las reformas de Velasco y que destacó con la ayuda de SINAMOS, se hizo más radical y finalmente cortó sus vínculos con la CNA para sumarse a la creciente confederación campesina de oposición, la CCP, en 1977. En el campo cusqueño dos grupos se volvieron influyentes, Vanguardia Revolucionaria (VR) y el maoísta PCR (Partido Comunista Revolucionario), los cuales, a pesar de ser rivales, apoyaban y coordinaban el crecimiento de las filas de la CCP en el Cusco y participaron de las estrategias para las tomas de tierras en varios lugares a lo largo del país. Ellos celebraron la unidad alcanzada en el congreso de Equeo Chacán. La cooperativa de la Pampa de Anta fue un espacio oportuno para la unificación de las fuerzas de la oposición. Véase también del Mastro (1979) como una guía de fácil manejo por los grupos políticos, la cronología del surgimiento y la caída de diversas federaciones con siglas complicadas y reveladoras fotografías.

de papa mejorada, así como con la presencia de voluntarios del Cuerpo de Paz en la década de 1960, Equeqo Chacán estaba en una buena posición para desafiar a *Machu Asnu*.⁵

Cuando conocimos a Isidoro Franco, un combativo dirigente campesino de reconocida trayectoria, resultó ser un caballero de edad avanzada, alegre y con mucha chispa. Como dirigente campesino de gran experiencia, había contado innumerables veces la historia de Equeqo Chacán y el recuento que hago aquí se basa en la traducción / transcripción de una entrevista que tuve con él en quechua, así como en las conversaciones que él mantuvo con Diego García Sayán en 1980, las que posteriormente fueron publicadas en el libro de este *Tomas de tierras en el Perú* (1982).

Isidoro le contó a García Sayán que antes de la ocupación, “[a]lgunos sectores de la comunidad habían intentado, previamente, llegar a algún tipo de arreglo con los dirigentes de la Cooperativa”:

[...] para hacer la toma de Huaypo Chico hubo un diálogo con los miembros de la cooperativa, especialmente con el Presidente del Consejo de Administración, y con los hermanos del Consejo. Les decíamos, ‘Devuélvannos la tierra que está en nuestros títulos y que no pase nada más’. Bueno pues, les daremos, nos dijeron. Escribimos incluso cartas al administrador, al ingeniero de la cooperativa. De enero a diciembre, el ingeniero nos dijo que nos devolverían la tierra, que nos darían nuestro dinero. En eso nos tuvieron todo ese tiempo. Pero después no tenían tiempo para atendernos, para mirar nuestros papeles, para ver el pedido que hacíamos. Después dijeron que no, que no era posible, que desde Lima el gobierno no les había autorizado a devolver ninguna tierra. Nos dijeron que de todos modos recibiríamos el dinero equivalente por la tierra. ‘Ese dinero pueden ustedes repartírselo entre todos, pero la tierra no la van a poder ver’, nos dijeron. Nos dijeron también ‘Esa cooperativa es de ustedes, trabajen en la cooperativa’. Pero no nos querían devolver la tierra. (García Sayán 1982: 135)

5. Las fuentes sobre Equeqo Chacán incluyen la etnografía de las economías familiares de José Carlos Gutiérrez Samané (1969), así como la evaluación de la experiencia previa de Equeqo Chacán llevada a cabo gracias al programa de crédito supervisado y del programa de desarrollo comunal de la Universidad de Carolina del Norte escrita por Alberto Ardiles de la Vera (1972). Entre los cambios que enumera este último autor; está la compra de un sistema de megafonía que demostró ser de mucha utilidad. Según pobladores locales, la compra y la instalación se vio alentada por un grupo de voluntarios del Cuerpo de Paz (Ardiles 1972: 52).

Isidoro me contó que pensaron sobre esto y decidieron,

“Nosotros no queremos plata, sino queremos la tierra para trabajarla. De eso vivimos en el campo porque ya no queremos tener que ir a otros sitios a trabajar. No queremos vivir en la misma pobreza en la que vivieron nuestros padres”.

Fue por eso que comenzamos a pensar en tomar las tierras. A mí me invitaron a una reunión de la Confederación Campesina del Perú (CCP) en Querecotillo, Piura. Saturnino Acostupa y yo fuimos y les mostramos fotos y les contamos sobre que la cooperativa estaba mal conducida. Ellos comenzaron a convencerse de que teníamos que tomar las tierras. Ahí la CCP, en la persona de Andrés Luna Vargas, su presidente, comenzó a ayudarnos, y con sus ideas maduramos la acción contra la cooperativa. El día de la ocupación, varios líderes importantes de Lima estuvieron presentes y nos ayudaron a arar y a sembrar. Me recuerdo de Javier Diez Canseco, pero me he olvidado quién más estuvo.

Les tomó todo un año. Las preparaciones se hacían a espaldas de las autoridades. Franco y Acostupa lograron consolidar un grupo de comuneros de confianza en los distintos sectores de la comunidad, quienes a su vez, también reclutaron y organizaron a otros. En cada sector se alistaron contingentes clandestinos formados por cinco o seis personas de confianza. Se inventaron seudónimos para sí mismos. Franco eligió Pumacahua, otros se protegieron con nombres de conocidos jugadores de fútbol. La junta directiva organizó la guardia campesina, un comando de jóvenes y un grupo de mujeres. Se tomaron algunas decisiones generales. Cuando llegó el día de la toma de tierras, cada uno de los miembros de la comunidad tenía que participar, los responsables de cada sector tenían que asegurar esta participación. Cada familia tenía que contribuir con sus propias semillas y herramientas. La toma involucraba el arado de la tierra y la siembra inmediata de cebada en las tierras recuperadas. También se decidió que si había represión y alguna persona moría, la comunidad se encargaría de cuidar a los huérfanos y a las viudas. Todo el mundo debía empezar a salir del caserío a las cuatro de la mañana cuando comenzaran a escuchar un huayno que se emitiría a través de los altoparlantes de la comunidad. Isidoro recuerda cómo más de 2000 personas, organizadas en grupos ordenados, con las mujeres y los niños por delante y los hombres en la parte de atrás,

todos llevando herramientas, semillas, banderas peruanas y pancartas, marcharon hacia Huaypo Chico el 5 de diciembre de 1976:

Entramos todos nosotros con nuestras vacas a trabajar en nuestras tierras, mientras nuestras señoras comandas se quedaban en la carretera como abrigo nuestro, para protegernos. Amarramos las vacas y nos pusimos a trabajar sábado, domingo. El lunes descansamos y seguimos trabajando el martes, miércoles, hasta terminar. El día miércoles llegaron los de Reforma Agraria. '¿Para qué están haciendo esto?', nos dijeron. Les dijimos que por qué no nos entregaron la tierra que habíamos ganado legítimamente en un juicio. 'Tenemos razón para hacer esto', les dijimos. 'Nosotros no podríamos comer el dinero que ustedes nos ofrecen y ese dinero no alcanzaría para la cantidad de gente que somos dentro de las comunidades. Es la necesidad la que nos obliga a esto', les dijimos. (García Sayán 1982: 137)

García Sayán continúa describiendo cómo en el segundo día llegó un pequeño destacamento de la policía. Los vigías de la guardia campesina alertaron a la comunidad. Rodeados por el comando de mujeres que repetían consignas y demandas, los dirigentes convencieron a la policía. Les explicaron amablemente lo decididos que estaban a hacer lo que estaban haciendo, y que incluso estaban dispuestos a morir. Les mostraron sus títulos, las resoluciones de los jueces, para hacer hincapié en la legalidad de su caso. La policía optó por retirarse de la escena. Este éxito los fortaleció aún más en su decisión de hacer que la toma de tierras fuera respetada.

Impulsados por el éxito del 11 de septiembre de 1976, las federaciones campesinas organizaron una reunión en la capital de la provincia anunciando sus intenciones de tomar más tierras e insistir en la liberación de sus dirigentes que se encontraban en la cárcel. En un discurso que menciona Genaro Paniagua, sus dirigentes habían proclamado,

La propiedad estatal gigante que nos ha robado la tierra es una CAP burocratizada y sin participación real del campesinado, que a la gran masa de campesinos nos ha arrinconado dentro de reducidas e insuficientes tierras. (1984: 54)

En 1977, con la ayuda de dirigentes campesinos de Equeqo Chacán y apoyados por las federaciones campesinas y sus asesores políticos, otras nueve comunidades invadieron las tierras de las

cooperativas, y tomaron cerca de 6000 hectáreas. Entre ellas estaba la comunidad Circa Kajlla. Allí, gracias al contacto de Genaro, grabamos las experiencias de Marcelina Mendoza.

Circa Kajlla

Marcelina es de baja estatura y delgada, tiene una sonrisa afable. Es una gran narradora y no tiene miedo. Ella recuerda muy bien la fecha —el 31 de diciembre de 1977— cuando los campesinos recuperaron las tierras de la cooperativa ya que durante esos días fue la mano derecha de su esposo Juan Ovalle, dirigente comunal. Hubo muchas ocasiones en las que la policía y el sistema judicial buscaron a su marido. Tratando de eludirlos, a menudo él tuvo que ocultarse, la tarea de Marcelina era alimentarlo, protegerlo y buscar la manera de pagar a los abogados. Juan Ovalle dedicó bastante tiempo a organizar a la comunidad y a solicitar apoyo de los organismos estatales. También participó en los movimientos clandestinos que coordinaban la toma de tierras en otros lugares. El día que entrevistamos a Marcelina, él estaba regando su chacra de maíz y nos saludó amablemente pero nos dejó solos.

La comunidad de Circa Kajlla se extiende hacia la pampa, en la cual antes de la reforma solo había haciendas. Las antiguas viviendas de los campesinos estaban enclavadas en una colina pedregosa y estéril, lejos de tierra fértil irrigada. Ahí han sobrevivido a partir de minúsculas parcelas de subsistencia y han criado animales que pastaban en las tierras de la hacienda pagando yerbaje o a cambio de trabajo. Después de la invasión, la gente comenzó a trasladarse hacia la pampa donde construyeron nuevas casas. Hoy hay un nuevo centro poblado, pero los Ovalle-Mendoza construyeron su casa junto a las tierras que conquistaron para sí mismos, cerca de la carretera y al lado de las ruinas de la antigua casa hacienda. El lugar donde viven se llama, adecuadamente, El Triunfo; forma parte de una nueva comunidad campesina que se creó durante las luchas contra el Estado y los propietarios. El gran Triunfo no tiene más que 367 hectáreas de tierras para un grupo de 200 familias (dos hectáreas por familia).

La suya es una casa grande, de dos pisos, paredes de estuco, ventanas metálicas y tiene un timbre eléctrico que funciona. Aunque hay evidencias de bienestar, uno no percibe opulencia. Tienen

ocho vacas. Los ex dirigentes son a menudo acusados de haber tomado lo mejor y de haberse enriquecido durante la época de las invasiones de tierras. Su casa, sin embargo, es modesta pero no pobre. Marcelina tiene una hija y varios niños adoptados de una hermana que no la está pasando muy bien. Ella dice que, aunque tenga que pararse de cabeza, va a asegurarse de que su hija termine el colegio secundario en Cusco. En su caso, dice que cuando era niña su sueño era convertirse en una mujer policía.

Las ruinas de la ex hacienda están a unos pocos cientos de metros de su casa. Todavía quedan los enormes muros de adobe que se están desmoronando, el balcón de madera del segundo piso desvenecijado, el techo hundido y las tejas desparramadas por todo el patio. Aun así, algunas personas viven allí, entre ellas la hermana de Marcelina. La capilla del costado está toda en ruinas; pero al lado de la carretera hay una escuela moderna que va a actuar como un imán para que futuras familias construyan sus casas cerca de ella.

Memorias iniciales de Marcelina

El padre de Marcelina fue el mayordomo de la hacienda y por eso, cuando niña, pudo ir a la escuela de Zurite recorriendo a diario seis kilómetros de ida y otros tantos de regreso. La única tierra que tenían era la que la hacienda les había dado. La propietaria era una mujer, una anciana que solía recorrer sus campos y verificar los linderos cargada sobre la espalda de uno de sus siervos preferidos. Marcelina la llegó a conocer porque su padre iba a saludar a la anciana una vez al año, para Navidad, y ella solía darle algunos dulces. Marcelina y sus hermanos recogían setas silvestres en las colinas y se las llevaban de regalo. La casa, recuerda Marcelina, era hermosa, tenía un jardín muy bien mantenido: “Claro, ¿cómo no iba a ser así?, tenía póngos, y tenía también perros bravos, y nadie podía entrar, solo los mayordomos y los póngos”.

El padre de Marcelina fue el que comenzó los trámites para que el gobierno de Belaúnde reconociera a la comunidad. Por esa razón, en aquellos días fue enviado a la cárcel. Su madre tuvo que vender parte de su ganado con el fin de pagar a los abogados para que lo saquen de la cárcel. Desde entonces su padre ya no pudo ser mayordomo: “La hacendada se convirtió en la enemiga de mi padre”.

El tiempo de la cooperativa

Abriendo sus brazos ampliamente como para indicar las dimensiones, Marcelina muestra la diferencia entre lo que era la porción de tierra de la cooperativa y, luego, juntando nuevamente sus brazos para formar una pequeña cavidad con sus manos, muestra cómo quedaron las parcelas de los socios. Los administradores decidieron,

“De aquí hasta allá, la cooperativa; de aquí hasta acá, la comunidad”.

Y tal como era antes, las tierras de la comunidad siguieron siendo pequeñas. Mi padre se convirtió en socio y continuó trabajando para la cooperativa por un salario. Tenía que caminar lejos hasta La Joya y Santa Rita cuando había trabajo allá. Había tractores, trilladoras, había de todo, pero para la cooperativa nomás. Nuestra comunidad siguió siendo chiquita. Y cuando la cooperativa ya estaba cayendo, y viendo que las comunidades estaban luchando contra la cooperativa, mi papá se salió.

Su esposo, Juan Ovalle, solo terminó la escuela primaria; sin embargo, fue contratado como promotor agrícola y social por la organización holandesa creada en apoyo al proceso de reforma. Esta organización poco a poco se convirtió en crítica del modelo cooperativo, usó sus fondos y su condición de extranjera para ampliar sus proyectos más allá del núcleo de la poderosa empresa cooperativa e incluso para debilitarla. Marcelina continúa su cuento:

Mi esposo encontró que en cada comunidad que visitaba había desigualdad. Había algunos que estaban muy bien, otros se habían quedado iguales, y había algunos que querían agarrarse más tierras. Otros que estaban más capacitados veían que no había suficientes terrenos y se quejaban a mi esposo:

“La cooperativa muy abusiva se ha vuelto y no nos deja que pasten nuestros animales en sus tierras”.

“Trabajamos, pero ese sueldo que ganamos no nos alcanza, y para nuestros animales no nos deja siquiera el pasto. Toda la tierra, la cebada y la avena es para ellos y ni siquiera nos queda el rastrojo para los animales”.

[*Gesticulando con relación a las ruinas de la hacienda*]

En los almacenes, adentro nosotros hemos encontrado los cuartos lletos de avena y cebada. Con las puertas abiertas y la lluvia que entra y malograba los granos. Y los que trabajaban allí nomás, de ellos sus chanchos, tremendos chanchos, se lo comían todo. Todo de ellos nomás. Y, si solo había avena y cebada, ¿qué ganábamos nosotros?, no había siquiera para comer. Las cosechadoras cortaban los tallos cerquita a la tierra y no dejaban rastrojo para los animales. Y por eso la gente se rebeló contra la cooperativa.

Marcelina cuenta que su esposo había escuchado a la gente quejarse:

“Peor es esto, peor que la hacienda todavía”. “Porque el hacendado aunque sea para nuestro trabajo nos ha dado su terreno y ahora nosotros no tenemos y no hay ni dónde extendernos. No tenemos terreno, ni dónde trabajar. La gente está sin trabajo; no tenemos ni un surco, ni nada para trabajar. ¡Nada!”

Mi esposo dijo que debíamos solicitar tierras. “Vamos a poner una solicitud para pedir tierra comunal. Necesitamos escuela, no tenemos nada”.

Cuando el gerente de la cooperativa escuchó esto, se puso furioso con mi esposo. Lo acusó en forma agresiva:

“¡Tú eres el que estás enseñando a la gente!”.

“¿Por qué va a querer terreno la gente? ¿Por qué? Se les está pagando por su trabajo, ¿qué más quieren? ¿Tú qué quieres?”.

Cuando nos dimos cuenta de que el gerente no nos iba a dar terrenos, mi esposo nos dijo, “Como no quiere darnos, a la fuerza pues lo conseguiremos”.

A ocultas, de noche, mi esposo hizo regar una partecita. Y definieron un día, y llegaron a tomar el terreno con sus yuntas y lo han arado. Toda la comunidad estaba allí. Al día siguiente, el gerente de la cooperativa dijo: ‘Lo vamos a hacer tractorear la tierra que han ocupado’, y como dijeron eso, nosotros decidimos:

“¡Si ellos pelean, nosotros peleamos!”

“¡Peor hay que hacer hasta más allacito!”

“Como no quieren a las buenas, hay que invadir más tierras.”

A la cabeza de los invasores yo estaba gritando, “¡Nosotros queremos los terrenos para trabajar y también queremos el caserío de la ex

hacienda, que nos lo dejen vacío! ¡Esta es nuestra casa y acá queremos trabajar!”

Los gerentes se enfurecieron. Mandaron a trabajadores de la cooperativa para que nos expulsaran. Llegaron en dos Volvos llenos de gente, armados con piedras, palos y hondas.

Los comuneros le pidieron a Marcelina que tratara de hablar con los gerentes porque ella era bilingüe mientras que los ingenieros solo hablaban castellano. Le dijeron: “Señora, hable usted, dígame al ingeniero que nosotros necesitamos un caserío, que nos entregue el terreno y la casa hacienda, nosotros queremos vacío, que se lleven todas las cosas que tiene la cooperativa”.

Y comenzó el golpe. El ingeniero se bajó de la cabina del camión y me dio un lapo en toda la cara. ¡Sí, a mí me dio un lapo!

Y yo tenía un palito chiquitito con el que pasteaba a mi ganadito y ondeando ese palito en el aire, le dije “¡Ingeniero! ¿Por qué, ah? ¿Si yo te estoy hablando a buenas, por qué me vas a pegar? ¿Acaso yo soy tu mujer o qué para que me pegues?” De ahí otra persona se bajó del camión y me gritó, “¡Carajo! ¡Qué mierda quieren ustedes acá! ¡Qué cosa quieren, carajo! ¡Váyanse, carajo, a su comunidad! ¡Qué cosa tienen que hacer acá?”

Y con una manguera con punta de metal que había sacado del tractor, me dio en la cabeza, dos veces me dio. Me caí al suelo. Y todas las mujeres me rodearon y comenzaron a gritar, “¡Le están pegando! ¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Vengan compañeros!”.

La gente se apareció y rodearon al camión y comenzaron a hacerlo retroceder. Yo ya me estaba recuperando, quería levantarme y no podía, como borracha. Entonces me levanté en cuatro patas, y vi que la gente estaba haciendo retroceder al camión. Quería alcanzarlos, me levanté y traté de llegar donde mis compañeros. Todo mi cuerpo estaba temblando, pero me paré para ayudar a empujar el camión. Hubo muchos heridos. Un primo estaba casi moribundo, parecía una gallina medio muerta. Otro hombre también estaba ensangrentado, con la cabeza rota. Había siete heridos graves, tres mujeres y cuatro hombres. Los llevaron a Cusco, a curar al hospital. El camión regresó a la sede de la cooperativa, pero los campesinos invadieron más tierras ese día.

Agarraron todo el grano que estaba almacenado en la ex casa hacienda.

Durante el enfrentamiento, la gente había roto el parabrisas del Volvo. La cooperativa presentó una denuncia y Marcelina y su esposo tenían orden de captura. La policía vino a buscarlos gritando de manera agresiva a Marcelina:

“¿Dónde se está ocultando? ¡Tienes que decirme!”

“Búscate, pues, tú mismo. Ahí tienes la casa abierta, entra y busca. ¿Por qué se va a ocultar? Él no ha matado a nadie; ya hizo su declaración de que no estaba ese día. ¿Por qué va a haber orden de captura a cada rato?”

“Tiene que comparecer ante el juez. El juez lo está llamando otra vez.”

Marcelina y otras diez personas fueron llevadas por la policía a comparecer ante el gerente de la cooperativa y luego ante el juez. Imitando la voz llena de ira del gerente, ella recuerda sus palabras:

“Ustedes han roto el parabrisas, han cometido abusos, tienen que pagar y cuesta tanto.”

Y nosotros respondimos, “Nosotros, ¿qué abusos? ¿Esta cantidad tan pequeña de gente va a hacer abusos? Usted es el abusivo que nos ha traído en carro todavía a su gente para que nos peguen.”

Y el gerente exigió, “¡Firmen diciendo que se hacen responsables de pagar los daños que le han hecho al camión!”

“Usted entonces también haga un documento reconociendo que nos has roto hasta los huesos. ¿Acaso usted nos ha pagado lo que nos hemos hecho curar en Cusco? Queremos que nos paguen las medicinas. ¡No vamos a pagar por los daños al camión ni nada!”

[Imitando al gerente]

“¡Como no quieren pagar, vayan a podrirse a la cárcel! Para tal fecha vienen para responder por los cargos de destrucción de la propiedad.”

De manera que fuimos al juzgado y el juez me dijo, “Queda detenida”.

Toda la comunidad, todos los compañeros que fueron conmigo, dijeron, “No, ella no se va a quedar sola. Si la detienen, nos quedamos también todos nosotros. ¡Nos vamos a quedar acá, métenos a todos a la cárcel!”.

“No la soltamos y no la soltamos.”

Todo el día nos han hecho estar parados, hasta las cinco de la tarde.

“No nos movemos hasta que esta persona quede libre.”

“Bueno, si quieren uno de los varones se va quedar en su lugar.”

El fiscal tampoco aceptó eso, y le sugerimos que detuviera a toda la comunidad. “Si tienes tu cárcel, señor juez, aunque sea que reviente tu cárcel con nuestra gente adentro. Arréstanos a todos”.

[Marcelina se ríe mientras recuerda cómo el juez la amenazaba en vano.]

“Tú eres bien macha, ¿no? No te da miedo morir.”

“¿Qué cosa, señor? ¿De qué voy a morir? ¿Por qué voy a morir?”

“¿No tienes miedo? ¡Vas a entrar!”

“Si quiere, deténganos a todos.”

Nadie salió del juzgado, nos quedamos toda la tarde, y el juez se sentó en su escritorio porque nosotros no salíamos de su oficina. Así lo forzamos a que nos dejara ir.

Liquidación

En marzo de 1978, la Cooperativa Túpac Amaru II resolvió que era necesaria una reestructuración con el fin de contener la ola de invasiones y reducir los enfrentamientos. Aquí resumo la descripción que hace Paniagua (1984). La cooperativa decidió limitarse a las operaciones de productos lácteos y cerrar su área agrícola. Una gran parte de la tierra se distribuyó rápidamente entre las comunidades y grupos campesinos, principalmente entre las comunidades más combativas. Entre ellas, Circa Kajlla recibió tierras adicionales, las mismas que se añadieron a las que habían tomado el año anterior. La Cooperativa Túpac Amaru II se redujo de 38.000 a 7000 hectáreas, manteniendo únicamente las tierras de regadío en áreas concentradas para las operaciones de sus productos lácteos. De las 26 comunidades originales, 17 dejaron de estar afiliadas formalmente a la cooperativa. Solo nueve comunidades permanecieron en el sistema cooperativo. El programa de reestructuración también se comprometió a prestar asistencia técnica a aquellos que recibieron tierras y a las nueve comunidades socias restantes, de modo que estuvieran en condiciones de realizar por sí mismas las operaciones en el futuro. Los programas de CENCIRA-Holanda y PRODERM del

gobierno holandés ayudaron a las otras 17 comunidades a crear empresas comunales en las tierras que les fueron devueltas.

En Cusco entrevisté a Adriel Villena, un funcionario de la reforma agraria jubilado. Según él, la cooperativa fue desarticulada intencionalmente por instigadores que se habían infiltrado desde fuera, pero también fue socavada por las organizaciones rivales dentro del gobierno. Él me dijo:

Yo me oponía firmemente a la reestructuración de la cooperativa. Pienso que quienes trabajaban con el programa de CENCIRA-Holanda utilizaron sus cargos como una cortina de humo para a las finales traerse abajo a la cooperativa. No sé por qué, pero puedo decir que los funcionarios que trabajaban para ellos se prestaron a la campaña de crítica a la cooperativa. Incluso algunos de los peruanos que trabajaban ahí fueron invitados a viajar a Holanda.

El Ministerio de Agricultura envió una comisión de alto nivel para que se encargara de la crisis en la Pampa de Anta. Así se inició una discusión acerca de la propuesta de reestructuración. El ingeniero Villena recuerda haber expresado sus puntos de vista contra esta en términos muy enérgicos. Él recuerda haber dicho,

“Deben existir buenas razones legales para liquidar una cooperativa o para reestructurarla. No existen razones legales. Ustedes las están inventando. Van a crucificar a la cooperativa como a un Cristo sin pecados”.

Continuando su conversación conmigo, señaló:

Me era difícil entender por qué estaban tan ansiosos por liquidar las cooperativas que recién habían comenzado y que no habían tenido tiempo de alcanzar algún nivel de éxito. Era como si juzgaran a un recién nacido.

Por ese entonces, el ingeniero Villena era el subdirector de la oficina de reforma agraria del Cusco. Su participación en esa reunión fue importante. Él recuerda que le dijo a la persona que encabezaba la delegación de Lima, “Estoy en total desacuerdo. Pero no quiero dificultar más su trabajo. Teniendo en cuenta que tiene usted el rango de ministro, le pido disculpas”.

Y salió, seguido de otras dos personas, creando un pequeño escándalo.

Villena pensó que el problema se arreglaría y no que se optaría por la liquidación. Si hubo robos, era culpa del ministerio por haber cerrado el órgano supervisor en el Cusco. Si los trabajadores no tenían ningún control porque se les había dado demasiada libertad, eso también podía arreglarse. Posiblemente hubo instigadores que organizaran reuniones contra la cooperativa, pero este no era el sentimiento real de la gente. No era necesario ceder a la presión de la instigación. Le pregunté a Villena qué pensaba acerca de las ocupaciones de tierras como la de Equeq Chacán:

Esas invasiones fueron prácticamente un robo. Se hicieron para robar las cosechas. Esos políticos formaron parte de la pantomima para tapar el motivo real, el robo. Y, también, en parte, CENCIRA-Holanda tuvo el liderazgo en todo eso. Incluso les facilitaron el transporte. ¿Quién se benefició de la liquidación? Nadie.

Al mismo tiempo, a la izquierda del espectro político, la CCP organizó un congreso nacional en la comunidad de Equeq Chacán entre el 26 y el 29 de agosto de 1978. Mi colega antropólogo, Carlos Iván Degregori, asistió como delegado de un partido político de izquierda. Lo recuerda muy lúcidamente:

¡Chacaaaaan, claro, uno de mis mejores recuerdos! Fue inmenso, más de 1000 delegados de todo el país se juntaron en ese pequeño pueblo. Nosotros, los urbanos de esos tiempos, nos sentíamos realmente auténticos, considerando el dictum de Mao de que la guerra popular iba del campo a la ciudad. No estábamos en la guerra popular, pero sentíamos que cuanto más cerca estaba un congreso del campo, más auténtico era. Era como en la novela de Arguedas, *Todas las sangres*, y ahí, por primera vez, vi que esto se hacía realidad. Ahí estábamos los intelectuales urbanos con los simpatizantes campesinos interactuando con delegados de todo el Cusco con sus ponchos y chullos, estaban los alpaqueros de Puno y los algodóneros de la costa norte. Era estupendo ver el asombro con el que los piuranos veían a los serranos. Cada delegación presentaba su informe y los piuranos que hablaban castellano estaban sorprendidos de lo bien que hablaban los campesinos serranos en quechua (que estaba siendo traducido). También había representantes asháninkas de la selva, que no podían hablar bien ni en castellano ni en quechua. El delegado trató de hablar a tropezones en una



Figura 5.1 IV Congreso de la Confederación Campesina del Perú (CCP) en Equeo Chacán, 26 al 29 de agosto de 1978. Del Mastro (1979: 25) (© CEPES)

mezcla de castellano y quechua. El público le pidió que hablara en su propio idioma y el dirigente dice: “No, porque no me van a entender”. Sin embargo, todos comenzaron a pedir: “Que hable, que hable [en su propio idioma]”. Y habló, muy fluida y elocuentemente; nadie entendió una sola palabra, pero todos aplaudieron. Simbólicamente era muy inclusivo. Y después a tomarse fotos. Los delegados de Piura habían llevado sus cámaras Instamatic. “Compañero, compañero una foto”, y todos posaban, intercambiando sombreros, el piurano con la coronita de plumas asháninka, y el asháninka con el sombrero piurano. Fue muy conmovedora y emotiva, una gran experiencia de la CCP.

Aparte de la publicidad, la solidaridad y lo simbólico de que una pequeña comunidad campesina acogiera tan importante acontecimiento, ocurrieron dos cosas importantes. La FARTAC, filial cusqueña de la Confederación Nacional Agraria, la confederación campesina del régimen militar —rival de la CCP— participó y estuvo de acuerdo en actuar en función de una plataforma común. En primer lugar, las dos confederaciones rivales planificaron formar un frente unido antigubernista, promoviendo bloqueos de carreteras en todo el país y participando en la huelga general contra el régimen de Morales Bermúdez. En segundo lugar, esta plataforma

convocó a trabajar por un programa nacional para organizar tomas de tierras. A continuación se incluyen extractos de la resolución, tomados del apéndice XXI publicado en el libro de García Sayán:

¿Por qué debemos tomar las tierras?

Porque las tierras son nuestras. Nuestro bienestar depende principalmente de la tierra. Porque la Reforma Agraria mantiene la usurpación de nuestras tierras. Los grandes terratenientes, debilitados por las luchas del campesinado, han sido expropiados por el Gobierno Militar y las tierras han sido concentradas bajo control del Estado. Porque la lucha por la tierra es el problema central del campesinado, y porque es la principal forma de lucha en la cual los campesinos nos fortalecemos. Con la toma de tierras, aunque también en otras luchas, la gran mayoría de nuestros hermanos campesinos comprende cuál es el camino para enfrentar la opresión y la explotación. **¿Qué tierras debemos tomar?**

Las tierras de las CAPs y SAIS pero siguiendo las siguientes orientaciones: Debemos tomar todas aquellas tierras que las empresas creadas por el Gobierno mantienen **abandonadas**. Debemos tomar bajo nuestro control independiente las tierras trabajadas o no, de aquellas empresas que son **incapaces de asegurar estabilidad** a sus trabajadores. **Debemos tomar las tierras en manos de terratenientes y gamonales** que no han sido expropiados por la reforma agraria, donde mantienen la opresión y explotación del campesinado como en épocas anteriores. **Debemos tomar tierras de los agentes de los explotadores** de todos aquellos que realizan acciones anticampesinas. (1982: 290–92; en negrita en el original)

Si bien hubo un breve periodo de paz en 1978, durante el cual los campesinos tuvieron tiempo suficiente para organizarse en las tierras que habían recibido recientemente, el fin de la cooperativa era inminente. En 1979, otra ola de tomas de tierras se había extendido por toda la región. Esta vez las tomas no solo involucraron la tierra, sino también el ganado, las construcciones, la maquinaria, así como las instalaciones. Se golpeó al núcleo de la cooperativa. Los administradores intentaron desesperadamente desalojar a los invasores denunciando a los agitadores en conferencias de prensa y ante la policía. Los que siguieron fueron días caóticos, en particular en Zurite: Ancashuro, la central ganadera de la cooperativa, que ya había sido ocupada el 5 de octubre, fue sorprendida repentinamente



Figura 5.2 "Campesinas de Chincheros labran la tierra luego de la toma". Del Mastro (1979: 29). (© CEPES)

el 24 de octubre con la llegada furtiva de la gerencia, que había traído camiones con el fin de rescatar el ganado y el equipo. Surgieron disputas menores que terminaron convirtiéndose en desordenadas batallas con hondazos, pedradas y agresiones físicas de parte de los invasores y respondidas por la policía con balas, gases lacrimógenos y golpes.

El problema se exacerbó porque todo el pueblo de Zurite, las comunidades vecinas y los trabajadores de la cooperativa se movilizaron para salir a los campos con el fin de enfrentar a la policía. Dos policías fueron capturados y golpeados duramente. Se cuenta que las mujeres les quitaron sus uniformes, pero mis entrevistados lo negaron. Ellos señalaron que la intervención de los dirigentes políticos fue para persuadir a las enfurecidas mujeres a fin de que liberaran a los rehenes. Para calmar a la población, se realizó una reunión en el pueblo de Zurite que duró hasta pasada la medianoche. Toda la región estaba movilizada y alterada. Poco después, en una reunión semiclandestina, 18 comunidades decidieron que en esa oportunidad iban a presionar por la liquidación total de la cooperativa. El 11 de octubre, más de 4000 campesinos de 18 comunidades

ratificaron esta decisión. También decidieron resolver pacíficamente entre ellos cualquier problema de linderos que pudiera derivarse de la nueva distribución de tierras y equipos.

En octubre de 1979, el gobierno respondió con otro plan para reducir aún más el tamaño. Propuso la creación de cuatro “establos” con el ganado restante, el cual sería entregado a las comunidades. Se prometió, además, fondos para ejecutar diversos proyectos de desarrollo. En noviembre, las federaciones campesinas, los dirigentes comunales e incluso los dirigentes locales, se opusieron unánimemente a ese plan. “No más proyectos, no más promesas, solo la liquidación total”. Se nombró una comisión que incluía a delegados de las comunidades, del Ministerio de Agricultura y a un juez. Se les dio tres meses para que terminaran el trabajo. El ganado que quedaba, puesto que el resto había desaparecido sin que se supiera cómo ni dónde, se distribuyó a las comunidades y la maquinaria se centralizó en un centro de servicios. En 1980, la Cooperativa *Machu Asnu* había llegado a su fin.⁶

Grabé muchos cuentos de diferentes comuneros acerca de los últimos días de la cooperativa. Esa época todavía es recordada con cariño en gran medida por el compromiso y la emoción de cada uno. Los hombres mayores tienen memoria de haber pertenecido, cuando chicos, al “escuadrón de los cargadores de piedras”, que abastecía de municiones a los que manejaban las hondas. Recuerdan las advertencias de sus padres de no responder a las preguntas de los foráneos: “¿Qué vas a decir cuando la policía te pregunte cómo se llama tu padre?”. “Papá”.

Otros describen las luchas entre comunidades rivales que estaban en desacuerdo sobre los linderos entre ellas, una vez que se les entregaron las tierras de la cooperativa. Delegaciones de

6. El director de reforma agraria del Cusco compartió sus quejas conmigo. El ingeniero Adriel Villena, al responder a mi pregunta acerca de cuál había sido el peor momento de su carrera, señaló que fue cuando se liquidó la cooperativa de Anta. Lo asumió personalmente. “Vi cómo el ganado fue desapareciendo, la forma en la que los sofisticados establos que ellos habían construido se destruyeron”. Le pregunté, “¿Cree usted que nosotros los peruanos somos intrínsecamente deshonestos y que cuando se nos presenta la oportunidad, robamos?” Él respondió: “En parte sí, porque yo he vivido eso. [...] Hay un dicho, ‘la oportunidad hace al ladrón’, y otro ‘en arca abierta, el justo peca’. Pero es vergonzoso admitir esto”.

comunidades neutrales tuvieron que intervenir para mediar, a veces marchando en columnas entre filas de opositores con una bandera blanca, instando a los dirigentes a que hablen y negocien. La gente todavía recuerda las consignas, las canciones y las fechas de actos locales particularmente heroicos. Las mujeres recuerdan haber cocinado y compartido muchas comidas en ollas comunes y haber repartido volantes durante las protestas masivas en las ciudades de Anta y de Izcuchaca. Ellas narran con socarrona alegría la imagen de inocencia e “ignorancia” que fingían cuando las detenían para interrogarlas. La policía consideraba que su insolencia era humillante y provocó palizas, insultos, detenciones y castigos físicos. Al ser soltadas bailaban de alegría. También se recuerda con gratitud la solidaridad de los pobladores que les llevaron alimentos y medicinas, a los abogados y a los dirigentes que trabajaron para que los dejaran en libertad, así como a los familiares y comuneros que cuidaron a sus hijos mientras las madres se encontraban detenidas. En las fotografías de aquella época, las mujeres aparecen claramente en el primer plano de los acontecimientos. La toma de tierras evoca la emoción que generaban los actos de desobediencia civil que les permitían alcanzar sus objetivos. Para muchos izquierdistas, esta era, en la práctica, la “verdadera” revolución.

Tambo Real

En 1976, todos coincidían en que la Cooperativa Túpac Amaru II, *Machu Asnu* había sufrido de un sobredimensionamiento. Para los ideólogos marxistas, la pregunta sobre lo que sucedería después de la toma de tierras se volvió contenciosa. Para la doctrina marxista rigurosa, para aumentar la productividad, una reestructuración de la tenencia de la tierra requería (como en China, por ejemplo) la colectivización de la tierra y el desarrollo de las relaciones técnicas de producción. Sin embargo, se sabía que hacer esto sería impopular entre los campesinos que estaban ansiosos por dividir la tierra entre ellos en unidades familiares. Si bien los grupos marxistas sabían que ayudando a organizar la toma de tierras estaban ganando terreno político, también sabían que lo perderían si se volvía a imponer formas colectivas de producción en las tierras que habían sido tomadas. Algunos partidos políticos estaban por apoyar la consolidación de las tierras recuperadas en cooperativas comunales más

pequeñas, otros apostaban por la pura y simple distribución. Los técnicos nuevamente estaban preocupados por la pérdida de economías de escala y la productividad, por las dificultades en la transferencia de tecnología debido a la minifundización y por la posibilidad de que se retornara a la mala gestión de las parcelas de subsistencia. Para los campesinos se trataba más de una cuestión práctica que de encontrar una combinación adecuada entre la producción colectiva y la producción familiar individual dentro de los límites de sus propias comunidades. Genaro Paniagua y los miembros de su grupo político se identificaban con esta tendencia, sugirieron una solución más pragmática a la que se denominó la Vía Campesina. Grupos de apoyo político trabajaron arduamente para persuadir a los miembros de cada comunidad para que reserven algo de tierras para uso colectivo o asociativo a través del apoyo técnico y financiero facilitado una vez más por el gobierno holandés. Paniagua nos dio el ejemplo exitoso de la comunidad de Tambo Real y nos sugirió visitarla. Danny y yo entrevistamos a un grupo de doce comuneros unos pocos días después de haber hablado con Marcelina.

Tambo Real era otra comunidad que está arrinconada entre laderas improductivas sin acceso a la pampa. Era inusual, pero los dos propietarios de tierras compartían la gente que vivía en ellas, la mitad era de uno y la otra mitad del otro. Una hacienda se encontraba en proceso de modernización pues había introducido pastos cercados y ganado de alta calidad con un movimiento clásico de concentración de tierra. La otra hacienda, hasta la expropiación, siguió siendo más tradicional, permitía el acceso a sus pastos a cambio de trabajo o pagos. En la memoria de los comuneros, el patrón moderno era el más "cruel" de los dos porque les exigía trabajo a los comuneros como un capataz y porque les negaba que sus animales pastaran en sus tierras. Los comuneros habían litigado con él durante seis años en la década de 1960. Después del juicio, Tambo Real logró que le transfirieran algunas tierras y la hacienda se deshizo de sus feudatarios. En la poca tierra que tenían, los comuneros establecieron un pequeño espacio de pastos comunales, pero sin duda no era suficiente ya que después de la reforma cada familia comenzó a ampliar sus rebaños. Cuando se creó la Cooperativa Túpac Amaru II, el negar el acceso a los pastos se convirtió en el verdadero problema y esta fue la razón principal que impulsó a la toma de tierras.

Tambo Real tomó las tierras en dos oportunidades, recibió más tierras durante el proceso de liquidación de la cooperativa y acabó teniendo 574 hectáreas para 200 familias (Paniagua 1984: 84). Asimismo, obtuvo algunas hectáreas más en una disputa de linderos con una comunidad vecina después de la desarticulación de la cooperativa. Me dijeron que ahora cada familia tiene en promedio 1,5 hectáreas en usufructo. Las familias producen los habituales cultivos de la zona andina y crían ganado. Parte de las cosechas se comercializan para cubrir las necesidades de efectivo de las familias, los animales funcionan como un ahorro que puede ser convertido en efectivo cuando es necesario. La comunidad también ha mantenido un área de 254 hectáreas que son trabajadas de manera colectiva, aunque por razones políticas en el momento de su creación se decidió que sería llamada el “área asociativa” y no una cooperativa o empresa comunal.

La empresa asociativa se inició con la contribución de una vaca por familia; cuando parían, las crías pasaban a formar parte de la empresa, mientras que la madre era devuelta al comunero. En el momento de la visita tenían 80 cabezas de ganado y los socios habían organizado un negocio lechero con sueldos regulares para sus trabajadores permanentes. El ganado se había mejorado gracias a una donación de diez reproductores pura sangre. La comunidad también cultivaba en las tierras comunales, inicialmente con faenas de todos los miembros de la familia. Más tarde, pese a que el trabajo todavía seguía siendo obligatorio para todos (permitiendo que se intercalara por turnos, horarios de trabajo individual y comunal) los miembros recibían una compensación monetaria por su trabajo. Las cosechas se dividían en aquellas “para la venta” y aquellas “para la distribución”. Se enviaba al mercado las papas de mejor calidad; la semilla que sobraba y las papas más pequeñas se distribuían entre los socios en función a la puntualidad con la que habían desempeñado sus tareas. A los comuneros se les ofrecía raciones de granos a precio de costo. Si un comunero quería comprar más del límite establecido, tenía que pagar el precio de mercado. La comunidad también compró maquinaria (cuatro tractores, una cosechadora pequeña, una trilladora estacionaria, un carrito de remolque y un camión) que se empleaba para trabajar en las áreas colectivas. Las máquinas podían ser alquiladas por los comuneros a la mitad del precio del mercado —suficiente para cubrir el combustible, el

salario del maquinista y los gastos de mantenimiento— para arar las parcelas individuales. El año que estuvimos allí, toda la maquinaria ya había sido completamente pagada. La empresa asociativa también contaba con una sustanciosa reserva de efectivo en una cuenta de ahorros.

Los comuneros señalaban con énfasis que el objetivo asociativo de la zona no era perseguir los beneficios por se, sino “mantener” los servicios y los subsidios:

Por ejemplo, cuando un tractor ya está viejo, nos ideamos para venderlo y comprar otro. Ya para eso hay que estar pensando en ahorrar para renovar y comprar uno mejor. De todas maneras hay que pensar en que el servicio no falte a nuestros comuneros. Queremos ofrecer oportunidades de trabajo para nuestros comuneros a través de empresas comunales y produciendo cultivos comunales para que podamos pagar sus salarios. También queremos construir nuestra comunidad. Por ejemplo, hemos electrificado todo el pueblo sin préstamos ni donaciones externas. Lo mismo hicimos con el agua potable para cada casa. Queremos mejorar los puentes y las calles. Todos estos gastos están saliendo de la parte asociativa. También damos regalos en Navidad a los comuneros. A los comuneros se les da también un poco de aguinaldo, su panetoncito, su azuquitar. En carnaval se les vende carnecita a mitad de precio. Después, cuando un comunero muere, se le colabora con un cajón.

En nuestro grupo de discusión, Danny y yo preguntamos acerca de la disciplina, la contabilidad y las multas, ya que estos fueron problemas cruciales descritos en todos los estudios de las empresas comunales. Sus respuestas fueron francas:

Las faenas son obligatorias. El que no asiste tiene sanciones. La sanción es restringir un poco la maquinaria, y también restringimos la distribución de productos. Cuando llamamos a 20 personas para la faena, a veces se presentan entre 15 y 18. Pero uno tiene que ser comprensivo. Un dirigente tampoco puede ser tan drástico, tan autoritario. Es difícil decirle a alguien, “A ti no te doy porque no has venido a trabajar”. Ellos a veces son mayores que nosotros y eso lo reconocemos. Ellos han luchado, se han esforzado por levantar Tambo Real y no los podemos excluir siempre. Les duele cuando el día de pago ellos no pueden recoger productos, y reflexionan y piensan, “Tengo que cumplir para recibir”.

Cuando les pregunté acerca de la corrupción, los robos y la buena gestión, los comuneros respondieron que tenían capacitación con profesionales vinculados a ONG. Han adaptado modelos de organización que estos profesionales discutieron con ellos. Tienen varios comités, uno para la supervisión de la producción ganadera, otro para mantener los registros de la producción agrícola, y cumplen con sus responsabilidades. Informan al presidente todos los domingos aunque llueva o granice. También hay una asamblea general para evaluar a la comunidad en su conjunto. Los comuneros también nos dijeron que hubo un cambio significativo en un año de crisis, en 1982, cuando una nueva generación con mayor capacitación se hizo cargo de poner orden. Un agrónomo capacitado en la universidad, nacido en la comunidad y que luego se hizo miembro de ella, estaba asesorándolos en el momento de nuestra visita. Pagaban a un contador externo para llevar los libros, en la habitación en la que nos reunimos había una computadora lista para ser instalada para mejorar la logística y la administración. Los comuneros también comentaron que ellos eran una comunidad pequeña y que tenían pocas divisiones entre ellos. Señalaron que se llevaban bien entre sí, usaban la persuasión y la presión moral antes que los castigos drásticos. Cuando se llevaban a cabo las elecciones comunales cada dos años, se hacía por listas (que se escribían en afiches de colores correspondientes a cada una de las listas). Las personas votaban por colores. Los partidos políticos estaban prácticamente prohibidos de participar en los asuntos internos de la comunidad: “Más o menos tenemos una tendencia. Aquí todo se hace de manera comunitaria. Todos tenemos que trabajar, tenemos que compartir las cargas y todos tenemos que participar de manera equitativa”.

Para terminar el cuento

Danny y yo estábamos eufóricos después de esta entrevista. Finalmente, aquí, luego de medio año de trabajo de campo, habíamos escuchado un cuento bonito sobre la reforma agraria peruana. Nos impresionó la autoestima de los campesinos y la apariencia de seguridad de la autonomía del modelo de desarrollo sin fines de lucro de Tambo Real.

Nuestro entusiasmo se vio atenuado en cierta medida cuando, al regreso, nos detuvimos en la capital de la provincia de Anta para

entrevistar a su alcalde Esteban Puma. Él era un famoso ex dirigente campesino, miembro de la CCP, de Vanguardia Revolucionaria y, más tarde, del Partido Unificado Mariateguista (PUM). En tres oportunidades, Puma había ganado las elecciones para ser alcalde provincial, la última de ellas por la lista independiente de Unidad Campesina Popular, consiguiendo los votos de todos los campesinos de Anta. Nacido en Equeo Chacán, fue en algún momento miembro del organismo provisional establecido por el gobierno para administrar las haciendas expropiadas, más tarde formó parte del Consejo de Administración de la Cooperativa Túpac Amaru II. Nos contó que en su papel de dirigente campesino, elegido como miembro del comité provisional conformado por el gobierno, se había opuesto al modelo y, en cambio, había abogado por la creación de tres cooperativas, una para cada uno de los distritos de la Pampa de Anta, las mismas que estarían unidas a través de una sola cooperativa de servicios. Sin embargo, los planificadores militares en la ciudad de Lima anularon esta propuesta; debía hacerse una supercooperativa. En aquellos días muchos le temían a Puma. Había participado en la destrucción de la casa de un hacendado y fue enviado a la cárcel.

Hijo de una familia de campesinos de origen quechua, había cursado la escuela secundaria y tenía cierta formación universitaria. Fue elegido para estar en la comisión porque era un experto extensionista agrícola. Bajo de estatura y grueso de cuerpo, de ojos pequeños y con una cabeza grande, barba blanca y un contrastante pelo negro, tenía la apariencia de una versión campesina de un Moisés de cine. Cuando le dije que quería hablar con él acerca de la *Machu Asnu*, respondió,

No era tan *machu asnu*. La reforma agraria tuvo un impacto positivo para mí y para el campesinado. Ganaron libertad y autonomía. Ya no había patrón. La cooperativa nos enseñó algunas cosas. Cosas como administración, capacitación para el liderazgo. La cooperativa también nos enseñó a ver cómo robaban los ingenieros, de manera que nos enseñó a cuidarnos de los ingenieros. Nos abrió los ojos a la injusticia de quienes vinieron a administrarnos. Aprendimos a entender las mañas de la gente. Transmitieron la mañosería, la trafería y el robo a todos. Nos quitaron la inocencia. Nos volvimos como ellos.

Le interrumpí, “pero también trajo la ciudadanía, ¿no? Los campesinos ahora tienen su libreta electoral, tienen tierra, tienen

la posibilidad de comprar y vender en el mercado. Ya no son un grupo aparte. Han votado por usted”.

Él respondió, “¡Pobrecitos!”.

“¿Realmente piensa usted eso?”, le pregunté.

“Sí, en parte”.

Sorprendido al ver mi cara atónita, dijo: “Como le digo, no es total. No está acabado, nunca va a acabarse”.

Preguntándonos si Esteban Puma estaba actuando de manera cínica para nuestro beneficio, Danny y yo concluimos, sin embargo, que podíamos considerar que un dirigente campesino se las había arreglado para alcanzar niveles importantes de liderazgo y administración local como una evidencia más de los efectos positivos de la reforma agraria.⁷ Tomamos el tren a Cusco, ansiosos de conversar con Genaro Paniagua para escuchar sus comentarios acerca de nuestra experiencia durante las dos semanas de intensas entrevistas.

Le contamos acerca de lo impresionados que estábamos con los logros de Tambo Real. Genaro nos dijo que él y el programa CENCIRA-Holanda habían ayudado a crear doce empresas asociativas y más de veinte pequeñas empresas. De estas, Tambo Real era la única que se mantenía en funcionamiento. Todas las demás empresas asociativas se habían desintegrado. Las pequeñas empresas habían reproducido a menor escala los problemas de la cooperativa más grande. Los consejos de administración y vigilancia no funcionaron bien. Hubo una mala administración, no hubo contabilidad, hubo mucho recelo, junto con malas experiencias de comercialización, dificultades con la participación en los planes de crédito, excesivo crédito y demasiado entusiasmo en la compra de tractores. Estos problemas causaron interminables conflictos internos en las comunidades. Una vez más, surgieron dos tendencias.

7. Esteban Puma no era santo. En un informe acerca de la política, la gobernabilidad y el clientelismo en el nivel local, el politólogo peruano Martín Tanaka (2001: 48) usa la carrera política de Esteban Puma como un estudio de caso. Tanaka describe cómo Puma construyó su propio partido local, populista, de tendencia socialista (Unidad Campesina Popular). Sin embargo, fue destituido por mala administración y por el uso indebido de fondos públicos en 1998. Por esa razón se trasladó a la ciudad de Cusco y comenzó a estudiar en la universidad.

Una buscaba mantener las empresas asociativas, la otra pretendía dividir en parcelas las tierras reservadas y prescindir de todos los proyectos de desarrollo. Los campesinos más pobres y sin tierra estaban por la división, mientras que los dirigentes y los campesinos más ricos por mantener las empresas comunales. Genaro también destacó que durante los seis años del segundo gobierno de Belaúnde, ONG extranjeras apoyaron la formación y el mantenimiento de empresas comunales y les dieron crédito. Una década más tarde, cuando CENCIRA-Holanda y PRODERM cerraron sus oficinas, el apoyo externo desapareció.

Los partidos políticos también abandonaron a los campesinos. Después de incitarlos a tomar las tierras y viendo que el funcionamiento de las áreas asociativas generaba problemas que no podían resolver, los políticos abandonaron a los campesinos a su propia suerte. Las federaciones campesinas se desinflaron cuando no pudieron movilizar a los campesinos por cualquier otra causa más allá de las tomas de tierras. Sintiendo traicionados, los organizadores políticos, pensaban que los campesinos habían perdido el interés por transformar al país en una sociedad mejor. “Los campesinos, una vez que tuvieron lo que querían, se fueron a sus casas para cultivar sus parcelas”.

A medida que cada comunidad daba paso a presiones internas para lograr la distribución de más tierras, en la Pampa de Anta desaparecía el apoyo a las empresas colectivas. En cierto modo, la disolución de la supercooperativa redujo los conflictos internos. Genaro se refirió a su tesis, diciendo que en ella él había previsto este resultado. En la tesis, que había subtítuloado *Vía Campesina*, para hacer referencia a las decisiones que habían tomado los campesinos mientras luchaban por las cuestiones relativas a la tenencia de la tierra y los sistemas de producción, había señalado:

Frente a todos estos problemas por resolver de la tenencia de tierras y de la producción, lo cierto es que la vía campesina a través de todas sus experiencias pasadas y vividas en la lucha por recuperar sus tierras siempre ha estado en contra de la concentración de la tierra, antes, en las haciendas, después, en la cooperativa, ahora en la empresa comunal, y se dirige hacia la individualización de la tierra, sobre todo las tierras de cultivo (Paniagua 1984: 98-99)

Para enfatizar el tema, añadió: “Ellos hicieron esto en el pasado y lo continuarán haciendo en el futuro”.

Por lo tanto, la última minirreforma agraria se llevó a cabo dentro de las comunidades con la distribución de las últimas hectáreas de terrenos agrícolas comunales en pequeñas parcelas, sin que nadie lo viera y nadie se opusiera. Este cuento estaba llegando a su fin.

Cuando Genaro me entregó la fotocopia de su memoria, elogio la tesis y hojeándola le pregunté cómo se había decidido a escribirla. Él me dijo:

En esos días yo estaba en la Universidad del Cusco y me interesaba la reforma agraria. Había estudiantes que decían que no solo debíamos estar en la universidad, sino que nos debíamos proyectar al campo político. Me pareció bien y terminé haciéndome amigo de los comuneros de Tambo Real, a quienes he ayudado en numerosas ocasiones. Pero después de un tiempo me interesé en el proceso de toda la Pampa [de Anta], la relación entre la cooperativa y las comunidades. Participé en las reuniones de la Federación y me di cuenta de que había muchas cosas que uno necesitaba conocer.

Decidí hacer una investigación. Trabajé en colaboración con dos investigadores de primera. Hicimos un grupo con dos economistas de primera, Bruno Kervyn y Efraín Gonzáles de Olarte,⁸ quienes también estaban interesados en los problemas campesinos. Diseñaron un cuestionario y yo participé haciendo la encuesta. En las noches me sentaba

8. La información estadística de la Pampa de Anta recogida por CENCIRA - Holanda condujo a la ejecución de estudios académicos de primera clase realizados por los economistas Bruno Kervyn (1988, 1989) y Efraín Gonzáles de Olarte (1984, 1987). La gran dificultad que tuvo la cooperativa para transformar a los campesinos en “agricultores” llevó a ambos autores a tratar de entender las particularidades de las economías familiares asociadas con las comunidades. Gonzáles postula un “efecto comunidad” positivo, que explica la persistencia de la organización comunal a pesar de las marcadas tendencias hacia el individualismo familiar que ambos observaron en su investigación en la Pampa de Anta. En su segundo libro, Gonzáles midió el impacto de la inflación en las economías familiares, las que supuestamente estaban débilmente integradas al mercado. Kervyn empleó la economía institucional para describir las opciones entre sistemas más colectivos y privados de producción dentro de la misma comunidad. La resistencia campesina a los modelos de desarrollo impuestos en la Pampa de Anta, finalmente alertó a los estudiosos a prestar mayor atención a las necesidades y especificidades culturales y sociales de la población local.

en la oficina de CENCIRA y escribía mis notas de lo que había visto durante el día. Recogí un montón de información que a la gente siempre le interesa. Publiqué varios artículos sobre la Pampa de Anta. Pero finalmente me decidí a hacer la tesis y a sustentarla por razones prácticas. Necesitaba tener un mayor grado para encontrar un mejor empleo. Me gradué el 28 de julio de 1981.

Tomas de tierra (con permiso de Diego García Sayán)

Este es el lugar apropiado para evaluar la enorme influencia que tuvo la iniciativa de los campesinos en el desmantelamiento del modelo cooperativo sobredimensionado de Velasco. Si bien la reforma agraria en el Perú pasará a la historia como la reforma agraria de Velasco, uno también debe reconocer créditos a los campesinos quienes ‘descolectivizaron’ la tierra. Lo que Velasco expropió, los campesinos se lo quitaron. El libro de Diego García Sayán *Toma de tierras en el Perú* (1982) es una investigación exhaustiva de cómo, desde el comienzo mismo de la reforma de Velasco, la lucha campesina contra la reforma incluyó la táctica de invadir las tierras adjudicadas. El libro de García Sayán basado en un amplio trabajo de campo, testimonios locales y trabajo en archivos, proporciona una magnífica oportunidad para comprender el uso de las “armas de los débiles” (Scott 1985) en su lucha por hacer que la reforma fuera una respuesta más adecuada a las necesidades de los agricultores. La invasión de las tierras de las haciendas fue la principal táctica de los campesinos antes de la reforma; pero el empleo de esta misma arma contra el gobierno fue algo más complicado porque generó enfrentamientos entre aquellos a quienes la reforma agraria había beneficiado y aquellos a quienes se les había dejado de lado. En las ocupaciones previas a la reforma, el gobierno desempeñó un papel mediador entre los campesinos invasores y los terratenientes invadidos, en ocasiones favoreciendo a los campesinos y en otras no. Luego de la reforma, el papel del gobierno fue más difícil, ya que una invasión era un ataque directo en su contra. Si hacía una concesión a los campesinos admitiendo errores en la adjudicación, esas invasiones alentaban otras más, y con eso se alentaba también el crecimiento de los partidos políticos clandestinos de oposición. Admitir errores socavó gravemente el modelo de desarrollo en el que el gobierno había trabajado arduamente para legitimar.

Las tomas de tierras fueron actos espectaculares con resultados inciertos. La unidad y la decisión de los grupos que tomaban las tierras se vieron contrarrestadas por los intentos de dividirlos y por la amenaza de la represión (había leyes en contra del sabotaje a la reforma agraria). Las federaciones campesinas crecieron en la medida en que se fueron extendiendo las tomas de tierras, mientras que los partidos políticos de izquierda trataron de dirigirlas y beneficiarse de ellas. El faccionalismo y las luchas entre los diferentes grupos eran endémicos; una carrera competitiva por atacar a las cooperativas de la reforma agraria ciertamente no contribuyó a la transición ordenada, a incrementar la productividad o a la consolidación de la reforma agraria para desarrollar en términos productivos las zonas rurales del país. Pero desde un punto de vista positivo, a través de la politización de las zonas rurales, la ciudadanía se expandió rápidamente a una clase de personas anteriormente excluidas. Las tomas de tierras movilizaron a miles de campesinos, los partidos políticos de izquierda les enseñaron formas democráticas a través de su sistema de delegados y congresos; cuando el Presidente Morales Bermúdez llamó a elecciones para la Asamblea Constituyente, la izquierda obtuvo más del 30% de los votos. En esa Asamblea Constituyente se les otorgó el derecho al voto a quienes no sabían leer ni escribir, eso significó que voten los indios quechuas y aymaras, los miembros de las comunidades rurales, los feudatarios de las ex haciendas y los miembros de las cooperativas desmanteladas. Belaúnde restableció las elecciones municipales, por lo que muchos dirigentes campesinos que habían adquirido experiencia en las tomas de tierras se convirtieron, más tarde, en alcaldes elegidos en sus pueblos y distritos. Lo que es más importante, el desmantelamiento de la reforma agraria no ocasionó muertes a pesar de los conflictos y los enfrentamientos. La desobediencia civil de parte de los campesinos que tomaron las tierras fue contrarrestada por la moderación y la voluntad de negociar de parte del Estado.

En el libro de García Sayán hay una secuencia cronológica y un análisis para cada uno de los periodos de las tomas de tierras. Las primeras tomas de tierras del periodo 1972-1975 estuvieron destinadas para que un gobierno lento acelere las expropiaciones y/o cambie las adjudicaciones, obligándolo a que cumpla con las expectativas que había creado. Las tomas de tierras más impresionantes y controvertidas fueron aquellas realizadas entre junio y agosto

de 1974 en las haciendas de Andahuaylas, provincia de Apurímac, donde las relaciones locales y una oficina de reforma agraria indiferente había conseguido que no se hiciera ninguna expropiación de haciendas hasta ese momento. El partido político Vanguardia Revolucionaria (VR) había trabajado arduamente para preparar una toma simultánea de más de veinte haciendas en dos días. Abordado sin haberse preparado, el gobierno negoció en primer lugar con los dirigentes campesinos de Andahuaylas y sus asesores, pero más tarde llevó a cabo severas campañas de represión (a pesar de haber prometido que no lo haría) cuando estallaron más tomas de tierras en este mismo departamento después de la firma de los acuerdos (García Sayán 1982: Capítulo 2; Sánchez 1981). Lino Quintanilla (1981), miembro de Vanguardia Revolucionaria, se convirtió en campesino con el fin de organizar a los campesinos de Andahuaylas. Sus excelentes memorias constituyen un invalorable recuento en primera persona de la complejidad de esta lucha particular. Otro estudiante de clase media, Julio César Mezzich, también se casó con una mujer campesina de Andahuaylas. Luego de esta experiencia tomó una decisión más radical que lo llevó a unirse más tarde a Sendero Luminoso. Se presume que ha muerto (Berg 1992: 114).

García Sayán describe que en su segunda fase, las tomas de tierras, por supuesto, también se llevaron a cabo en contra de las unidades ya adjudicadas, como las cooperativas, pre cooperativas o unidades provisionalmente administradas. Estas maniobras expresaron el descontento con la forma en la que la reforma había adjudicado la tierra, el rechazo a modelos impuestos y la frustración de las personas que la reforma no había beneficiado. Estas tomas de tierras se iniciaron en la costa de Piura en 1972, pero continuaron incluso hasta la década de 1990, bastante tiempo después de la publicación de su libro en 1982. Estas tomas se llevaron a cabo en muchos lugares, organizadas por campesinos que habían sido excluidos de la reforma o por grupos que no estaban de acuerdo con la forma en la que se había realizado la adjudicación. En muchas partes de la sierra, estas tomas fueron un hecho tan localizado y tan clandestino que ni siquiera el Ministerio de Agricultura o alguna federación se percataron. A menudo fueron la expresión de antiguos conflictos por tierras entre comunidades. Sin embargo, el espectacular éxito en la Pampa de Anta fortaleció a la Confederación Campesina del Perú (CCP). Las tomas de tierras continuaron con el



Figura 5.4 Portadas de dos folletos sobre la reforma agraria publicado por la Confederación Campesina del Perú a (CCP 1979, Atusparia 1977). Reproducido de los originales en la Sterling Memorial Library de la Universidad de Yale.

desmantelamiento de las adjudicaciones de la reforma agraria a lo largo de los gobiernos de Belaúnde y García, cuando las cooperativas o las SAIS mostraron debilidades y los movimientos locales lograron organizarse. La última oleada de tomas de tierras tuvo lugar en Puno en 1987 (Caballero Martín 1990a, 1990b; del Pozo-Vergnes 2004; Rénique 2004; Martínez Arellano 1990), departamento en el que la reforma agraria había creado muchas grandes empresas reformadas. La toma de tierras distribuyeron más tierras, de manera más amplia y a campesinos más pobres que cualquiera de los agentes de Velasco.

García Sayán termina su libro con una pregunta crucial para los entonces crecientes partidos de izquierda “¿Qué hacer después de las tomas de tierras?” En primer lugar, reconociendo que las tomas de tierras fortalecieron los movimientos regionales y nacionales, así como a los partidos políticos que competían por dirigirlos y controlarlos, García Sayán lamenta que este impulso no hubiera

sido debidamente articulado por una fuerza política más permanente. En segundo lugar, señala que después de la euforia de una toma de tierras exitosa, los campesinos se distribuyeron la tierra entre ellos en lugar de mantener organizaciones colectivas de alto nivel. En tercer lugar, señala que, para desconcierto de la izquierda, las tomas de tierras estuvieron seguidas de la desmovilización de las federaciones campesinas. Los campesinos se fueron a sus casas luego de haber conseguido sus tierras y se olvidaron de la política. Continúa diciendo: “Pero las expectativas despertadas en ciertos sectores de la izquierda, que veían en las tomas el inicio de un poderoso vendaval que arrasaría después con los cimientos del estado burgués, se muestran con todo ello profundamente idealistas y erradas” (1982: 205). García Sayán critica a los partidos políticos por no haber sido capaces de construir grupos locales más fuertes organizados en torno a otros temas relacionados con la reforma agraria y por sus intentos fallidos de construir bases de poder locales y regionales alternativas permanentes. Sin embargo, llega a la conclusión que: “Las tomas de tierras, pues, tienen la enorme virtud de poder poner en movimiento a miles de campesinos en torno a un objetivo concreto y perceptible que se logró” (1982: 211).

En el siguiente capítulo me concentro en las memorias de la gente en torno a los esfuerzos por clausurar la SAIS Cahuide en la región altoandina del departamento de Junín, diez años después del colapso de la *Machu Asnu*. A diferencia del caso de la Pampa de Anta, la protesta y el enfrentamiento ahí se tornaron violentos debido a la intervención de los miembros radicalizados de Sendero Luminoso. El capítulo comienza con un análisis del crecimiento de la moderna ganadería capitalista de ganado ovino en la región, la posterior expansión de esta ganadería en tierras comunales y el establecimiento de las supercooperativas (SAIS) de la reforma agraria. Los administradores y empleados de las SAIS rememoran lo que fue el trabajar en las haciendas reformadas. El capítulo termina con las dolorosas memorias del terrible colapso de la SAIS Cahuide a partir de las visiones de sus empleados y dos residentes de la comunidad de Chongos Alto durante los sombríos días de la desactivación total.

CAPÍTULO 6

Veterinarios y comuneros

Elenco en orden de aparición

VÍCTOR CABALLERO MARTÍN. Sociólogo, ex asesor de la Confederación Campesina del Perú (entrevistado en Lima, junio de 1994).

MÁXIMO GAMARRA ROJAS. Veterinario, ex gerente general de la SAIS Túpac Amaru I (entrevistado en Lima, junio de 1996).

PLINIO DIONISIO. Veterinario, profesor de la Universidad de Huancayo, ex Director de Producción de la SAIS Cahuide (entrevistado en Huasicancha, abril de 1996).

ROLANDO QUISPE. Zootecnista, profesor de la Universidad de Huancayo, ex Director del Departamento de Desarrollo y último gerente ejecutivo de la SAIS Cahuide (entrevistado en Huasicancha, abril de 1996).

MANUEL ORTIZ. Antropólogo, profesor de la Universidad de Huancayo, ex empleado del Departamento de Desarrollo de la SAIS Túpac Amaru I (entrevistado en Huancayo, abril de 1996).

JUVENAL CHANCO. Dirigente comunal de Chongos Alto (entrevistado en Chongos Alto, abril de 1996).

SIMÓN MEZA. Contador de la empresa Bebidas Venus, ex cajero de la SAIS Cahuide (entrevistado en Huancayo, abril de 1996).

LUZ GOYZUETA. Estudiante de derecho, hija de un residente de Chongos Alto (entrevistada en Chongos Alto, abril de 1996)

Inventando la SAIS

Víctor Caballero Martín es un verdadero intelectual orgánico. Sociólogo, nacido en Trujillo, su pasión ha sido la de entender y contribuir a la transformación de las sociedades rurales de la sierra. Un marxista bien preparado y militante de Vanguardia Revolucionaria; ha sido miembro asociado del Instituto de Apoyo Agrario, una ONG dedicada al trabajo con el sector campesino y un centro de militancia política de izquierda y de debate intelectual. Su función principal, sin embargo, fue la de asesor de la Confederación Campesina del Perú (CCP) donde colaboró orientando a la organización a lo largo de sus múltiples enfrentamientos con los sucesivos gobiernos. Una persona pequeña e intensa, de ojos vivaces que brillaban a través de unos anteojos de marco negro, nos brindó sus comentarios con un sarcástico sentido del humor y una enorme experiencia unida a un sentido de justicia doctrinaria. En el momento de la entrevista, en junio de 1994, la CCP enfrentaba serias dificultades, el Instituto de Apoyo Agrario (la ONG que apoyaba económicamente a la CCP) se había disuelto y él se encontraba sin trabajo. En su oficina, a punto de cerrarse, revisamos los acontecimientos relativos a la suerte de la SAIS, esta peculiar institución de la reforma agraria; me entregó varios archivos con sus investigaciones inconclusas. “Espero que las puedas usar”, me dijo.

Contienen un manuscrito que describe la respuesta de los campesinos a un clásico movimiento de concentración de tierras realizado por la división ganadera de la empresa norteamericana la Cerro de Pasco Copper Corporation, conglomerado minero ubicado en la sierra central de Pasco y Junín.¹ El texto, bien documentado,

1. Se ha publicado varios trabajos acerca de la formación de las haciendas ganaderas en la sierra central. Posteriormente me di cuenta que Víctor Caballero Martín ha publicado la mayoría de los materiales contenidos en el manuscrito que me dio el día de la entrevista (1979, 1981). Nelson Manrique (1987, 1988)

está lleno de indignación, ávido de exponer la verdadera naturaleza del capitalismo y del imperialismo. Estas extensas propiedades en las punas altas fueron consideradas por todos los izquierdistas como las más apropiadas para la expropiación y, en el caso de la empresa Cerro de Pasco, el ejemplo más claro del “imperialismo” que podía mostrarse. En el manuscrito se documenta ampliamente la forma cuestionable en la que, cerca de 1911, la empresa adquirió las tierras, el enorme tamaño de sus propiedades, así como los conflictos que generó con las comunidades.² Al dar cuenta de

y Florencia Mallon (1983) muestran que la Guerra con Chile de 1979 trajo la ruina a la oligarquía terrateniente regional, y que, a comienzos de siglo, sus haciendas fueron compradas por comerciantes, mineros y capitalistas establecidos en Lima. Fue así que el proceso de modernización de las haciendas ganaderas se consolidó. La expansión de las haciendas a expensas de las tierras comunales se inició en la década de 1920 con el crecimiento del mercado internacional de lana. La construcción de la fundición de La Oroya, con sus enormes chimeneas de humo que contaminan grandes superficie dedicadas a la agricultura y al pastoreo se convirtió en un famoso proceso en la década de 1920. El gobierno de Leguía obligó a la Cerro de Pasco Corporation a compensar a los propietarios, lo que hizo a través de la compra de las tierras contaminadas a las haciendas y comunidades. Cuando la empresa instaló equipos depuradores en la refinería y los daños disminuyeron, se quedó con enormes extensiones de pastos que fueron comprados a muy bajos precios, como lo señala Mallon (1983: 227). Dora Mayer de Zulen, una destacada colaboradora de José Carlos Mariátegui, publicó, en inglés (1913) y en español, una denuncia de las prácticas laborales de la empresa. El folleto en español, publicado en 1914, no tuvo mucha difusión hasta que se hizo una segunda edición en 1984.

2. La protesta y la indignación de los campesinos en contra de la racionalización de la cría de ganado con alambradas, se combinó con repetidos intentos de los campesinos y las comunidades por recuperar las tierras perdidas debido a la expansión de las haciendas. Los dirigentes campesinos buscaron hacer alianzas entre las comunidades vecinas y el respaldo de intelectuales urbanos para dramatizar su situación. Formaron federaciones campesinas. Las acciones de los comuneros y la denuncia de la represión del gobierno fueron apoyadas por informes de la prensa local en los periódicos y estaciones de radio de los sindicatos mineros, así como con marchas de protesta en las ciudades. El tema de la tierra y su postura anticapitalista fue una causa “progresista” de izquierda y fue ocasión de debate entre los intelectuales peruanos. Estudios bien documentados sobre estos movimientos incluyen los trabajos de Kapsoli (1975 y 1977), Caballero Martín (1979 y 1981) y el de Handelman (1975), en inglés. Manuel Scorza, novelista que escribió en los años 1970 y partícipe del boom literario latinoamericano, hace uso de una mezcla de indigenismo y realismo mágico para retratar el conflicto de las relaciones entre virtuosos comuneros de la sierra central del Perú y el propietario de la empresa, invisible e institucionalizado.

la forma implacable en la que se llevó a cabo la modernización y la reorganización capitalista de la crianza de ovinos a expensas de las comunidades campesinas, Víctor abogó también, en el contexto del creciente nacionalismo de la década de 1960, por la expropiación de la empresa yanqui.

Tal como queda documentado en el manuscrito y en sus otras publicaciones *Imperialismo y campesinado en la sierra central* (Caballero Martín 1981: 141-149), la persona que transformó las condiciones en las que operaban las haciendas que fueron adquiridas a precios ínfimos fue un graduado en la crianza de animales de la Universidad de Wyoming, llamado W. K. Snyder, contratado en 1954. La Cerro de Pasco Corporation se convirtió en la principal organización ganadera de la sierra central científicamente conducida. A través de una cuidadosa selección y cruce de ganado importado, Snyder desarrolló un nuevo tipo de ovinos ganadores de diversos premios cuya raza fue denominada Junín. Estos robustos animales fueron adaptados a la gran altitud, clima, pastos y a las condiciones de pastoreo de los Andes; comenzaron a producir carne y lana con un nivel de productividad que era excepcionalmente alto para la región. La propagación de la raza Junín en las propias tierras de la Cerro de Pasco requirió una drástica reducción de la proporción entre animales y pastos (un animal por hectárea), un cuidadoso régimen de rotación de pasturas, un minucioso control de las condiciones de reproducción, así como el aislamiento de las razas chuscas criadas por la población local. En el lapso de siete años (1957 a 1964) el número total de ovinos se redujo de 233.000 a 204.000, los costos promedio de producción por ovino se redujeron de 0,23 a 0,06 soles, los rendimientos de lana por animal aumentaron de seis a nueve libras y el promedio de producción de carne aumentó de 18 a 25 kilos. El aislamiento del ganado de la hacienda respecto del resto de animales que pastaban en las tierras de la hacienda se logró mediante la eliminación de los *huacchilleros* y mediante la compra del ganado perteneciente a estos pastores, a quienes, hasta que este programa se puso en práctica, se les daba en alquiler terrenos de pastos para sus ovejas que pastaban junto al ganado de la propia

Sus novelas, ampliamente leídas y traducidas, incluyen *Redoble por Rancas* (1970), *Historia de Garabombo el invisible* (1972), *Cantar de Agapito Robles* (1977) y *Jinete insomne* (1978).

hacienda. Alrededor de 16.000 ovinos infestados de sarna y relativamente débiles fueron eliminados en este mismo periodo. Con la llegada de esta nueva raza se ejecutó un programa de cercado con el fin de mantener a los animales de las otras personas lejos de las tierras de la hacienda y de lograr consolidar la propiedad.³ Bajo este

-
3. Las razas mejoradas de ovinos, que se introdujeron en las zonas de puna del Perú tuvieron antecedentes entre los hacendados peruanos de la sierra previos al programa de la Cerro de Pasco (Mallon 1983: 175-76). Pierre de Zutter (1975: 63-72), un periodista belga que hizo propaganda en favor de la reforma agraria, le resta interés a los norteamericanos que participaron en las contribuciones de la Cerro de Pasco a la mejora de estas razas. Sin embargo, después de la reforma agraria, la maravilla de la raza “Junín” fue promocionada como uno de sus grandes logros.

Existe una especie de “racismo ovino” que forma parte de este debate, en virtud del cual el ganado local (chusco) adaptado desde la época colonial es considerado inferior a las razas mejoradas. Esto puede ser cierto en lo que respecta a la calidad de la lana y de la carne que requerían los procesos industriales. Sin embargo, el ganado mejorado requiere estar separado de las razas locales, necesita más tierras, mejor calidad de pastos, cercas y otras cosas más. La raza local chusca es resistente y se adapta a las condiciones pobres de las tierras comunales sobrepobladas (Fulcrand 2004).

Las actividades de pastoreo de las haciendas requerían una unidad familiar campesina totalmente funcional. Los campesinos se resistieron con éxito a convertirse en asalariados plenos de la hacienda. A través del “derecho” de *huacchilla*, la hacienda compraba el trabajo, mientras que los pastores ganaban el derecho a pastar sus propias ovejas junto a las de la hacienda. A través de acciones de resistencia cotidianas, tales como el incremento encubierto, pero desafiante, del número de ovejas que la hacienda permitía pastar en sus tierras, o haciendo caso omiso de manera sistemática a las prohibiciones al ingreso a los pastos de la hacienda, o rehusándose a trabajar, los comuneros confrontaron constantemente a la hacienda. Cuando estas triviales confrontaciones escalaban, la hacienda respondió volviendo más estrictas las normas y su aplicación. Cuidaron de manera más estricta el ingreso y castigaron a los intrusos, redujeron el número de ovejas permitidas en los acuerdos de *huacchilla* y elevaron las multas por infracciones. Cuando se introdujeron ovinos mejorados, la hacienda intentó sin éxito forzar a los pastores a deshacerse de sus animales enfermos y de menor calidad. Los despidados métodos adoptados por la división ganadera de la empresa americana hicieron que sus haciendas fueran las únicas que estaban libres de *huacchos* al momento de la expropiación. Los estudios del antropólogo Gavin A. Smith’s (1989) sobre la resistencia campesina en la comunidad de Huasicancha y el perspicaz análisis del economista Joan Martínez Alier (1973, en español; 1977a, en inglés) sobre la economía (alquiler vs. salarios), de los *huacchilleros* de las haciendas de la sociedad Ganadera del Centro son las clásicas fuentes sobre este tema, en las que sostienen que las haciendas fueron objeto de asedio externo e interno. Para los veterinarios que soñaban

modelo verdaderamente capitalista, se redujo significativamente la mano de obra a través de la racionalización del trabajo, aquellos que fueron retenidos se vieron subordinados a un grupo de expertos con una clara orientación técnica, los que en el inicio fueron en gran medida extranjeros. Al mismo tiempo, los que se quedaron tuvieron mejores salarios, beneficios sociales de salud y de jubilación.

A ojos de la clase media peruana, Pachacayo, la sede administrativa de estas operaciones ganaderas, era una comunidad norteamericana cerrada de la que se vieron clara y definitivamente excluidos. Todos los campamentos mineros o ganaderos de la Cerro de Pasco tenían *bungalows* al estilo del medio oeste norteamericano, calles curvas, buses escolares de color amarillo e iglesias protestantes donde se hablaba inglés. Los comedores de la empresa estaban abiertos para los empleados peruanos de menor rango, como los contadores; pero, por otro lado, eran zonas exclusivas para los empleados a donde los obreros tenían prohibido el acceso. La verdadera columna vertebral del sistema, los pastores indios y sus esposas e hijos, quienes pasaban meses en las punas viviendo en chozas de paja, eran considerados tan rústicos que solo se les permitía el ingreso cuando llegaban en comisión de servicio, debían dirigirse a las oficinas y almacenes establecidos donde tenían que esperar tras la ventanilla para ser atendidos. A ellos nunca se les dio alimentación pero tenían derecho a diferentes cantidades de carne de oveja.

La oposición a las haciendas de la Cerro de Pasco y a otras propiedades ganaderas en la provincia de Junín y en el departamento de Pasco generó, durante las décadas de 1950 y 1960, una serie de movimientos campesinos independientes y bien coordinados que fueron organizados por las comunidades indígenas que estaban

con pastos sin sobrecarga, la resistencia campesina era irracional y esta actitud tuvo una importante influencia en la forma en que las haciendas ganaderas expropiadas fueron adjudicadas y administradas. Los zootecnistas querían que las tierras recientemente expropiadas estuvieran a disposición de las comunidades con la condición de que estas últimas se deshicieran de su ganado chusco; esta fue una fuente de fricción durante toda la reforma agraria. Rigoberto Calle zootecnista ex empleado de la Ganadera (1989) denunció la pérdida de ganado de buena calidad como resultado de los cambios introducidos por la reforma agraria. A medida que la reforma fue acabando, las razas chuscas (aunque algo mejoradas) han ganado las tierras de pastos de los Andes y son nuevamente la especie dominante.

siendo empujadas a los extremos de las haciendas en su proceso de expansión. Víctor divide este proceso en tres fases de acciones de resistencia. La primera, que data desde la década de 1940 hasta los años 1950, fueron reacciones espontáneas a la política de la empresa de cercar los pastos. Fueron frecuentes los cortes de alambradas, los enfrentamientos por las medidas establecidas por la hacienda para prohibir el tránsito por los derechos de paso acostumbrados, así como acciones localizadas de resistencia campesina. La gerencia respondió con procedimientos cuasi legales y criminales ejecutados por el cuerpo de vigilancia de la empresa encabezado por los caporales o, en casos extremos, con acciones policiales a solicitud de la empresa y detenciones en las cárceles locales para los manifestantes. La policía local y los jueces provinciales acataron las solicitudes de la empresa, puesto que las buenas relaciones entre la empresa y el gobierno procedían desde los más altos niveles en la ciudad de Lima.

La segunda fase va de 1958 a 1963, corresponde a cinco años de protestas organizadas en contra de las haciendas. La acción siempre se inició con procesos judiciales que cuestionaban los derechos de propiedad de las haciendas, juicios que se prolongaban en los tribunales. Estos estuvieron seguidos de una severa represión y, a su vez, sirvieron de plataforma para la movilización política. Una de las haciendas, San Juan de Paria (muy cerca de la ciudad minera de Cerro de Pasco) fue objeto de asaltos sistemáticos por al menos seis comunidades vecinas a lo largo de un periodo de ocho años.

En 1963, Fernando Belaúnde ganó las elecciones. A lo largo de su campaña en cada uno de los pueblos y ciudades prometió una reforma agraria. Al asumir el poder, fue recibido por una nueva oleada de invasiones. Según Víctor, esta tercera fase fue la etapa preparatoria de la reforma agraria, en la que todos los sectores buscaron asumir una posición con relación a la amenaza o la promesa de la reforma. Belaúnde se vio en un aprieto: habiendo tomado partido por los invasores durante su campaña electoral, no podía ordenarle tan fácilmente a la policía que los hiciera retroceder ahora que era presidente, por otra parte, no podía tolerar las ocupaciones previas a la promulgación de sus leyes de reforma agraria. Mientras tanto, continuando con la presión, los comuneros de los departamentos de Junín y Pasco llevaron a cabo alrededor de 80 ocupaciones de tierras durante un año (1963). El libro de Howard Handelman *Struggle in*

the Andes ofrece convincentes descripciones de lo impresionante que fueron estas invasiones. “Al recuperar de manera espectacular la propiedad que sentían que era suya, estos campesinos desafiaron un patrón de dominación que había existido durante cientos de años. Su comportamiento le demostraba al gobierno nacional que las necesidades y demandas de los campesinos ya no podían seguir siendo fácilmente ignoradas” (1975: 6). El resultado fue presionar al gobierno para que promulgara las leyes de reforma agraria de 1964.

Durante el primer gobierno de Belaúnde se iniciaron los intentos de expropiar las tierras pertenecientes a la empresa Cerro de Pasco, pero la compañía tenía enormes recursos legales y políticos que le permitieron detener el proceso. El tema seguía sin resolverse cuando Belaúnde fue derrocado por el general Velasco. Luego de dos meses del golpe militar, el 11 de diciembre de 1968, las tierras de la Cerro de Pasco Corporation fueron expropiadas; seis meses antes de que se promulgara la nueva drástica ley de reforma agraria. El gobierno militar se vio fuertemente presionado a proponer un rápido esquema de adjudicación viable para no provocar otra ola de invasiones.

Al mismo tiempo, los funcionarios del Ministerio de Agricultura tenían serias dudas acerca de la entrega de la tierra y del ganado ovino mejorado a los indios de las comunidades. Tenían fuertes presiones de parte de un grupo influyente para hacer frente a la expropiación de tierras. Sus voceros fueron muy hábiles para describir escenarios terribles sobre lo que podría suceder después de que las comunidades invadieran otras haciendas, y sobre la manera en la que los proyectos que habían permitido que los comuneros siguieran invadiendo tierras, emprendidos por el régimen de Belaúnde, habían fracasado (especialmente en lo que fue la hacienda Algolán de la familia Fernandini). Dijeron que las alambradas fueron destruidas, que los pastos se empobrecieron y se contaminaron con parásitos, que los reproductores de raza fueron sacrificados para carne y que las nuevas generaciones de corderos degeneran a través del cruce con los rebaños chuscos de los campesinos.

¿Cómo se iba a entregar las operaciones ganaderas más eficientes del país a comuneros tan ignorantes y atrasados? Máximo Gamarra, que en ese momento era todavía un empleado de la división de ganadería de la empresa Cerro de Pasco, recuerda claramente el



Figura 6.1 Máximo Gamarra Rojas, a la izquierda, recibe un plato de plata en reconocimiento por su trabajo en la crianza del carnero ganador del premio, ejemplar que esta cuidado por el trabajador H. Zárate, a la derecha. En el centro, H. W. Allen, Gerente de la Cerro de Pasco Corporation. Pachacayo, 1968. Fotografía cortesía de Máximo Gamarra. (© MÁXIMO GAMARRA ROJAS)

debate, así como el resultado: como conversamos en 1996, de haber sido de otra manera, en ese momento no estaría ocupando la elegante oficina de gerente general de la SAIS Túpac Amaru I en Lima. Me dijo que la decisión más importante que se había tenido que tomar fue sobre si dividir o no las tierras. Quienes estaban en contra de la división de la tierra eran aquellos que consideraban que era importante preservar este moderno sistema ganadero, un lugar donde se estaba creando una tecnología de punta que competía con éxito con la ganadería de países como Australia. Los que estaban

en contra de la distribución de la tierra, tenían sólidos argumentos para mantener o incluso ampliar las economías de escala que ya habían sido alcanzadas por sistemas consolidados multihacienda como el de la Cerro de Pasco. La comisión que se creó para decidir qué hacer estuvo dirigida por un experto local, Renato Rosi, un ganadero de Tarma familiarizado con la zona. Sugirió la participación de profesores de la Universidad Nacional Agraria, de miembros del prestigioso Instituto Veterinario de Investigaciones Tropicales y de Altura (IVITA) y de algunos ex ganaderos.

La comisión examinó cuatro modelos de adjudicación (Martínez Arellano 1990: 76-89). El primero planteaba realizar una división en unidades más pequeñas, pero eficientes; las mismas que serían administradas por las comunidades que las recibirían a manera de adjudicación, teniendo en cuenta que tenían reclamos históricos y jurídicos por la tierra. Una de estas unidades la mantendría el Estado para manejarla como una unidad líder de alta tecnología que brindaría apoyo a las demás. El segundo modelo postulaba devolver la tierra a las comunidades, pero mantener un núcleo de unidades de avanzada a partir del cual se podría facilitar apoyo técnico y beneficios a las comunidades que recibirían las adjudicaciones. Estos dos primeros modelos implicaban la pérdida de las ventajas tecnológicas ya que se consideraba que las comunidades eran incapaces de mantener este moderno sistema ganadero. El tercer modelo proponía crear una cooperativa centralizada, que incluiría gran parte de las tierras de la hacienda, la que finalmente se entregaría a cada una de las comunidades socias a medida que se fueran capacitando en la tecnología ganadera y en los principios del cooperativismo. Las objeciones a este modelo eran lo engorroso de las leyes relacionadas a la organización de las cooperativas y los largos plazos para organizar y capacitar a los comuneros indígenas con el fin de que pudieran asumir sus funciones. El cuarto modelo consistía en crear el equivalente de una empresa o corporación y adjudicarla a las comunidades, éstas se convertirían en una suerte de accionistas o copropietarias de esa empresa. En otras palabras, no se distribuiría la tierra, sino la propiedad. Las beneficiarias serían las comunidades en su conjunto, lo que ahorraría a la reforma agraria la preocupación por la distribución de unas tierras que eran objeto de una reñida disputa entre las comunidades y, al interior de ellas, entre los pastores. La empresa se organizaría de acuerdo a criterios

técnicos de eficiencia previamente acordados, se haría fuertes inversiones en otras empresas rentables en la zona y se distribuirían los beneficios entre sus accionistas. Nótese que este último modelo no planteaba redistribuir la tierra, sino que proponía hacer una transferencia simbólica de la propiedad, dejaba intactas la infraestructura y el funcionamiento de las operaciones ganaderas para que sean ejecutadas por profesionales peruanos. Este modelo mantenía invariable el sistema vigente y, teniendo en cuenta esto, fue el que el gobierno adoptó.

Máximo Gamarra señaló que, una vez que se decidió no dividir las tierras y la infraestructura de la Cerro de Pasco, solo era cuestión de encontrar la fórmula correcta para que sea aceptada por las comunidades. El nombre de esta figura, Sociedad Agrícola de Interés Social, fue tomado del texto de la antigua ley de reforma agraria de Belaúnde, la cual mencionaba en el preámbulo que la razón de ser de la reforma agraria era la de promover el interés social de los sectores más grandes y menos favorecidos de la sociedad, palabras que habían sido copiadas de la Declaración de Punta del Este que instituyó la Alianza para el Progreso, instando a los gobiernos de América Latina a llevar a cabo reformas agrarias.

Fue de esta manera que nació la peculiar institución de la SAIS. A Máximo Gamarra le gustaba pronunciar las siglas con un acento huanca, como “seis”, palabra que suena como el número seis en castellano, y que es la forma en que se hizo conocida en la región (“la seis”). La SAIS Túpac Amaru I fue creada en octubre de 1969. Un folleto elaborado por el departamento de propaganda de la oficina de la reforma agraria está lleno de trucos retóricos que promocionan el modelo de la SAIS como:

Una modalidad autogestionaria de empresa campesina que compensa los desniveles socioeconómicos de un área, distribuyéndose los beneficios de la empresa colectiva de acuerdo con las necesidades de desarrollo de cada uno de los grupos campesinos que son copropietarios. (Dirección de la Reforma Agraria 1971: 2, citado en Caycho 1977: 9)

Viendo que las comunidades parecían aceptar pasivamente esta solución, poco después se crearon rápidamente otras seis SAIS más en el departamento de Junín y, a continuación, un total de 60 SAIS en todo el país. De las seis SAIS de Junín, 35 años más tarde, en el

2005, solo dos permanecían vigentes: la SAIS Túpac Amaru I y la SAIS Pachacútec. De aquellas que desaparecieron, una pequeña, la SAIS Mariscal Cáceres, fue absorbida por sus comunidades socias en 1986; la segunda más grande, la SAIS Cahuide, fue violentamente destruida en 1988; la tercera, la SAIS Ramón Castilla, se disolvió después de pequeños actos de violencia que afectaron sus edificios y puentes en 1989; y la cuarta, la mini SAIS Heroínas Toledo, fue parcelada por sus dos comunidades vecinas poco después de que una persona, en medio de una feria semanal de ganado en 1988, haciéndose pasar por un comprador de ganado deseoso de tener una conversación privada con el gerente, le pidió a éste que se hiciera a un lado y le disparó a quemarropa.

Consolidación

La segunda SAIS más grande del centro del Perú, la SAIS Cahuide, estuvo constituida por las tierras de la Sociedad Ganadera del Centro, de propiedad peruana, ubicadas en los pastizales de las zonas altas cercanas a Huancayo. Cuando niño, el viaje en carro a la puna siempre fue para mí una aventura espectacular. Después de una hora, tomando la carretera que pasaba por nuestra casa, dejábamos el templado valle y, serpenteando cuesta arriba, llegábamos a Acopalca, una de las unidades administrativas, donde estaban las instalaciones para la esquila de los ovinos y la planta de elaboración de queso, situadas en las enormes extensiones de puna que tenía la empresa en la margen derecha del valle del Mantaro. Febrero era la temporada de esquila de ovinos, recuerdo claramente cómo la intensa actividad organizada de un sistema de aproximadamente veinte esquiladoras mecánicas, era manejada con la precisión de una operación militar. Cada dos minutos traían a una oveja hasta una de las esquiladoras, la colocaban de espaldas, la inmovilizaban atándole ambas patas con una banda de caucho, le esquilaban el vellón, le aplicaban un poco de yodo en caso presentaran algún corte en la piel y, finalmente, la soltaban en otro corral. El estruendo del balido de miles de ovejas, el ruido de las esquiladoras y las órdenes que los trabajadores tenían que dar a gritos, eran abrumadores. Recuerdo también cómo, en otro galpón, se iba colocando sobre unas mesas el producto de la esquila, clasificándolo en lana de primera, segunda y tercera clase para luego juntarla en grandes depósitos. Todo esto

bajo la supervisión de un experto escocés, clasificador de lana, muy delgado, pelirrojo, vestido con un guardapolvo blanco, él llegaba a Huancayo cada año para asegurarse que su empresa exportadora, la Duncan Fox & Co, recibiera lana de calidad AAA de acuerdo con lo que había negociado. Yo tenía seis años y mi padre me presentó a don Alberto Chaparro, el gerente general de la empresa y ex senador conservador del partido odriísta. Calvo, de ojos azules y bigote rojo, era el arquetipo de la clase ganadera rural capitalista. Los campesinos recuerdan a Alberto Chaparro como una persona fría que montaba a caballo.

La Sociedad Ganadera del Centro se formó en 1910 sobre la base de un conglomerado de propietarios accionistas que habían aportado sus tierras con el fin de lograr una gestión y operaciones más eficientes. Los 106 accionistas incluían a algunas de las familias limeñas más aristocráticas, estrechamente vinculadas a otras haciendas, explotaciones mineras, a la industria textil, las finanzas, el comercio y a círculos profesionales y diplomáticos.

Situada en los altos pastizales de la puna, la extensión de las tierras de la empresa era inmensa y abarcaba ámbitos jurisdiccionales en dos departamentos y dos provincias, la mayor parte de ellos ubicados a altitudes superiores a los 4000 metros. Los límites de la parte oriental de una de las unidades, Runatullo, en el distrito de Comas, eran desconocidos en la medida que desaparecían en las cercanías de nevados de zonas inexploradas que descendían hacia tierras bajas poco transitadas en la zona oriental. Punto, otra de las haciendas, estaba situada en la naciente de un río remoto ubicado detrás del gran nevado de Huancayo, y los linderos al sur de Huari se perdían en el límite oriental del departamento de Huancavelica. En la otra margen del valle del Mantaro, las haciendas de Laive e Ingahuasi, más lucrativas, llegaban hasta bien entrada la cordillera occidental. Los documentos de la expropiación declaran 247.257 hectáreas en total (2472 kilómetros cuadrados). En 1971 tenía 113.000 ovinos, 6500 vacunos y 700 caballos. La sociedad daba empleo a 448 personas y sus familias. El valor monetario por la expropiación de la tierra, las instalaciones y los animales se calculó en 145 millones de soles (3,7 millones de dólares). En 1971 se creó la SAIS Cahuide, adicionándole tres pequeñas haciendas vecinas, Antapongo, Río de la Virgen y Tucle. Veintinueve comunidades campesinas (como entidades jurídicas) y una cooperativa —para incluir a

los trabajadores en las unidades de producción— se convirtieron en las “propietarias” legales de la empresa. Los títulos se entregarían luego de veinte años, cuando se cancelara la última cuota anual de los pagos de una deuda agraria avaluada en 234 millones de soles (seis millones de dólares).

El contraste entre las 29 comunidades y el conjunto de las unidades de producción, que en ese momento estaban vinculados entre sí, no podía ser mayor. En 1970, en las comunidades había 3500 familias que accedían de manera desigual a 11.618 hectáreas de tierra en la que pastoreaban 70.000 ovejas (cerca de la mitad de las que tenía la sociedad) y 7000 cabezas de ganado (aproximadamente la misma cantidad que la Ganadera). La SAIS controlaba 21 veces más tierras que las comunidades, mientras que las comunidades tenían tres veces el número de familias que sostener y una proporción tierra-animal de 0,16 hectáreas por ovino, en comparación a las 2,1 hectáreas por ovino que tenía la SAIS. Al crearse la SAIS, a las comunidades no se les transfirió ni una hectárea de tierra de las haciendas.

Los intelectuales de todas las tiendas políticas que visitaron la SAIS se mostraron interesados y publicaron estudios y críticas. Rodrigo Montoya, profesor de antropología de la Universidad de San Marcos, desarrolló la primera monografía en 1974. En ella señaló, en ese momento, que si la SAIS debía pagar la deuda agraria, los impuestos y distribuir las ganancias entre las 29 comunidades en forma de fondos de desarrollo, tendría pocas posibilidades de desarrollo (Montoya 1974: 81-84). Otros críticos de izquierda dijeron que esto era realmente “capitalismo de estado” y que las comunidades habían sido engañadas. Un crítico con el seudónimo de Ramón Saldívar (1974: 58) hizo un análisis más duro al mencionar que era un triunfo de los tecnócratas mediano y pequeño burgueses que habían logrado un control total del proceso frente a los trabajadores y campesinos.

Las SAIS se convirtieron en empresas de tenencia accionaria supervisadas por el Estado, debían hacer funcionar las unidades de producción heredadas de las expropiadas empresas capitalistas con la misma tecnología de avanzada, el mismo personal directivo, los mismos empleados y pastores y sobre la base de las mismas existencias de ganado que se les había transferido. Pero la gestión estaba ahora en manos de sus nuevos “propietarios”, es decir, los miembros de las comunidades (no de los individuos, sino de las comunidades como instituciones) constituidos por campesinos indígenas,

pastores y migrantes eventuales “supuestamente” sin educación. Las comunidades, así mismo, continuaron teniendo los mismos linderos, similar composición social y la misma escasez de tierras, características que ocasionaban la pobreza y los problemas sociales que habían heredado de las épocas colonial y republicana. Dos delegados elegidos tenían el privilegio de representar a cada comunidad en la junta directiva de la SAIS, y si esta junta elegía a alguno de ellos como presidente o tesorero, estas personas podrían pasar a vivir en Huancayo y firmaban los cheques mientras duraba su mandato. Una vez al año los delegados comunales recibían un cheque que representaba su participación en las utilidades de la empresa, lo debían gastar en cuestiones que hubieran sido aprobadas por la comunidad y que simbólicamente constituían desarrollo.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que la unidad colectiva —aun siendo una empresa con el imperativo de lograr ganancias— era una institución capitalista debilitada. Se encontraba restringida por la supervisión de un consejo de administración campesino, tenía la obligación de acatar procedimientos democráticos para la adopción de decisiones en las que había una fuerte participación de los empleados y campesinos, y operaba en un entorno empresarial hostil. Posteriormente, en el marco del segundo gobierno de Belaúnde y durante la administración de García, tuvo que lidiar, además, con decrecientes índices de apoyo del gobierno que iban de poco a nada entusiastas.

Víctor Caballero continuó prestando atención al desempeño de la SAIS Cahuide durante los años posteriores a la reforma. Él y otras personas publicaron informes en los que mostraron que en términos generales, durante todo el tiempo de funcionamiento, las SAIS en el centro del país se las arreglaron para mantener y mejorar ligeramente sus existencias de ovinos, conservar la integridad de sus empresas, pagar sus impuestos y la deuda agraria, así como devolver un flujo constante de beneficios, pequeños pero respetables y un tanto disminuidos en los últimos años. Max Gamarra, en la entrevista que le hice, fue aún más convincente acerca de los beneficios de la SAIS Túpac Amaru I. Él rechazó enfáticamente mi pregunta un tanto hostil acerca de la supuesta disminución de la rentabilidad de la SAIS Túpac Amaru I:

Nunca hemos bajado del 10%, a excepción de un año, aunque no hemos superado el 17% de utilidades. Compare esto con una empresa

que figura en la bolsa de valores, estamos allí. Un 10 a 12% de reparto de utilidades a los accionistas a lo largo de 25 años es bastante respetable, aun en los Estados Unidos.

En una escala minimalista, uno puede concluir que si la supervivencia era un criterio, los nuevos administradores, de hecho, hicieron solamente eso.

En abril de 1996 entrevisté a tres profesores de la Universidad de Huancayo. Plinio Dionisio y Rolando Quispe estaban enseñando en la Facultad de Zootecnia, y Manuel Ortiz era antropólogo especializado en antropología política. Todos ellos habían hecho sus carreras previas como tecnócratas en las SAIS. Plinio Dionisio ocupó un cargo importante en el área productiva de la SAIS Cahuide. Rolando Quispe y Manuel Ortiz trabajaron en el área de desarrollo de las SAIS Cahuide y Túpac Amaru I, respectivamente. Ellos recuerdan sus funciones como administradores de las SAIS.

Plinio Dionisio explicó que, desde el principio, los gerentes de la SAIS habían llegado a la conclusión de que la ampliación de las operaciones con el ganado ovino había llegado a su límite físico y técnico. Sin embargo, el precio de la lana estaba disminuyendo. La SAIS se embarcó en una operación arriesgada y costosa para intensificar el uso de la tierra a través del establecimiento de un proyecto lechero de alta tecnología a gran altura. Él considera que este fue un logro asombroso y recuerda estos días con orgullo. Lo describió de la siguiente manera:

Lo denominamos el “Proyecto Laive”, consistía sobre todo en la implantación de más de 1000 hectáreas de pastos cultivados e irrigados en los que se adaptaría una raza especial de ganado Brown Swiss de alta productividad. Era necesario importar un nuevo stock de los Estados Unidos, porque con las vacas que teníamos ya no era justificable tener pastos cultivados. Era un proyecto lechero, era la primera vez que se asumía este riesgo a tan grandes altitudes.

El proyecto Laive se inició entre 1971 y 1972, poco después de la creación de la SAIS. Se creó un consorcio a partir de varias organizaciones. El Ministerio de Agricultura, el Banco Agrario y un proyecto de desarrollo alemán trabajaron en el mejoramiento de pastos de altura y en el establecimiento de una planta de procesamiento de leche en el valle, la cual absorbería la producción. Consiguieron un

préstamo del Banco Interamericano de Desarrollo. Comenzaron a involucrar a las comunidades a través de sus contribuciones de mano de obra para la construcción de los canales de riego. Sin embargo, el ritmo era demasiado lento. Contando con abundante dinero para gastar, Plinio Dionisio explicó que la SAIS aceleró la construcción del canal a través del pago de jornales e incluso, a través de subcontratos, entregó la construcción de secciones del canal a las comunidades socias. La SAIS construyó también una represa con una capacidad de almacenamiento de ocho millones de metros cúbicos. Se contrató a un enorme grupo de expertos, ingenieros, topógrafos y veterinarios para diseñar y poner en práctica el Proyecto Laive.

Con los ojos que le brillaban, continuó hablando a medida que iba recordando su propio momento de gloria:

¡Y salió un éxito! La parte más delicada era la adaptación de las vaquillonas importadas a las grandes altitudes de Laive. Habíamos comprado una pequeña granja en Huancayo, La Esperanza (a 3000 metros), y ahí habíamos construido un establo que iba a servir como un lugar de pre adaptación para que los animales se aclimataran. Luego los teníamos que trasladar a los 4000 metros de altura de Laive, donde ya habíamos preparado todo: las primeras hectáreas de pastos cultivados, los establos, los cobertizos para ordeñar y todo lo demás. En 1976 teníamos todo listo para llevarlas. Diez años después, la SAIS enviaba 5000 litros de leche al día. Antes de la reforma, las vacas de Laive daban en promedio 1,5 litros, y después del proyecto estaban produciendo 5,6 litros, y algunas de las vacas que obtuvieron premios daban hasta nueve litros. Teníamos 9000 cabezas de ganado lechero después de haber comenzado con 5000. ¡Y también habíamos pagado nuestros préstamos! Eso fue lo que conseguimos.

Después les pedí a los ex empleados que recordaran lo que ellos consideraban como logros del área de desarrollo de sus respectivas SAIS. Rolando Quispe explicó que cada SAIS estaba obligada a crear una unidad que proporcionara a las comunidades apoyo para el desarrollo.

Comencé a trabajar en 1974. Mi primer trabajo fue visitar a las comunidades socias para contarles sobre los objetivos de una SAIS. De manera que, durante un año, aunque no era mi trabajo, apoyé el trabajo político de difundir conocimientos acerca del sistema de la SAIS y conseguir su apoyo. Algunas comunidades, especialmente las que estaban por el

lado de Acopalca y Runatullo, no querían saber nada con la SAIS, y pensaban que iba a ser otra hacienda. Ellos pensaban que todos esos discursos que dábamos sobre participación eran solo un truco para continuar explotándolos, o incluso para invadir sus tierras comunales.

Después de eso, comenzamos a desarrollar proyectos que pudieran tener como resultado algo importante para las comunidades socias. Comenzamos por construir caminos para aquellas comunidades que todavía no estaban comunicadas. Y dijeron: “Bueno, ahora que tenemos camino, queremos un carro”. Y la mayoría de comunidades se compraron sus camiones. Y aquí, tengo que reconocer con pena, que cometimos un error, porque la gente no sabía cómo administrar un vehículo. Hubo errores y perdieron sus camiones, muchos los vendieron a pérdida. Otros siguieron trabajándolos, pero no con mucha frecuencia y tuvieron más pérdidas que ganancias; de manera que muchas veces los camiones no estaban operativos porque los repuestos eran muy caros. Algunos camiones se desbarrancaron y eso fue todo.

Después trabajamos desarrollando pequeñas operaciones ganaderas comunales. Muy pocas, tal vez cuatro o cinco comunidades ya tenían sus propios ganados comunales. En esas colaboramos en los aspectos técnicos, y en las que no los tenían, promovimos su establecimiento. Los capacitamos en sanidad animal y tratamos de que los organismos del gobierno promovieran proyectos para nuestras comunidades.

Manuel Ortiz, el antropólogo, tenía una opinión sarcásticamente optimista de la forma en la que la SAIS Túpac Amaru I hacía funcionar su división de desarrollo. Describió la forma en que Max Gamarra consolidó estratégicamente las relaciones de poder para convertirse en el rey indiscutible de la SAIS. Gamarra personalmente (junto con un pequeño grupo de fieles partidarios) se hizo cargo del manejo de toda la SAIS. Era muy popular, visitaba con frecuencia las comunidades socias, participaba en sus fiestas. Hablaba quechua con ellos y resolvía los problemas personales de los comuneros. Él utilizó la división de desarrollo para fortalecer su poder político.

En la SAIS Túpac Amaru I la distribución de las utilidades a las comunidades socias estaba bien organizada. La mitad de los beneficios se entregaba directamente a cada una de las comunidades y eran utilizados para costear los gastos corrientes de la administración de la comunidad, tales como salarios. La otra mitad se ponía en un fondo común y se entregaba a la división de desarrollo para que fuera gastado en la ejecución de proyectos de gran envergadura, por

turnos, de uno en uno, para cada una de las comunidades socias. Había una relación de prioridades que Max Gamarra había convencido a los delegados a aceptar. Por ejemplo, en primer lugar se construyeron los caminos para las comunidades socias que estaban aisladas. Luego vino la electrificación, por turnos, de cada uno de los pueblos y Max Gamarra estuvo allí personalmente para las inauguraciones.

Fue un experto empresario, nunca a nadie se le ocurrió durante todo este tiempo sugerir que diera un paso al costado. Tenía todo el sistema amalgamado, cada año se inventaba algo nuevo para que todos estuvieran entusiasmados con un nuevo criadero de truchas en un lugar, una fiesta de aniversario en otro o la realización de un proyecto de electrificación para celebrar en un tercero. Él se encargaba de todo, conocía a cada uno por su nombre y tenía sus fieles informantes en todas partes.

Manuel Ortiz se entusiasmó mientras describía la forma en la que la administración se aseguraba una fácil adhesión por parte de los delegados elegidos por la comunidad. Teniendo en cuenta el intenso contacto con las comunidades, el personal de la división de desarrollo podía proporcionarle a Max Gamarra las listas a partir de las cuales él podía elegir a posibles candidatos y hacer campaña para unas elecciones en gran medida indiscutibles. Ellos llegaban a la sede de Pachacayo por un periodo de dos años. Allí contaban con alojamiento, un sueldo y cuentas donde podían incluir sus gastos. Poco a poco, Max los hacía participar en la administración de la SAIS. El sistema escogía a los comuneros más listos, después de dos años los campesinos habían aprendido de contabilidad, administración y otras habilidades que les permitían obtener puestos de trabajo asalariados en pueblos y ciudades. Eran ansiosos aprendices más que escrupulosos auditores. Ortiz describió cómo les habría dicho Gamarra, “Ven, vamos a ir a Lima a vender la lana”. Ahí comían en restaurantes finos, utilizaban el impresionante edificio futurista que la SAIS había construido y una secretaria ejecutiva (pariente de Gamarra) les servía el café. Luego presenciaban la negociación de Gamarra con los intermediarios extranjeros. A menudo se pasaba a hablar inglés y, de esta manera, Max Gamarra —gracias a su experiencia previa en la Cerro de Pasco— se convertía en el único capaz de defender los intereses de la SAIS. Los delegados quedaban impresionados. Poco a poco, entraban en deuda con Gamarra. En ocasiones él contrataba a sus hijos por hacer trabajos de oficina.



Figura 6.2 Máximo Gamarra Rojas, tercero de la derecha, gerente de la SAIS Túpac Amaru Ltda. # 1, junto con dirigentes campesinos. De izquierda a derecha: Daniel Jiménez Soto (comunidad de Tanta), Pedro Huaringa (comunidad de Huacapo), Timoteo Inga (comunidad de Usibamba), Máximo Gamarra, Agapito Collachagua (comunidad de Pachachaca), y un dirigente no identificado (comunidad de Canchayllo). Pachacayo, 1975. Fotografía cortesía de Máximo Gamarra (© MÁXIMO GAMARRA ROJAS).

Máximo Gamarra no necesariamente se enojaría de la poco halagadora descripción que Manuel Ortiz hacía de él. Gamarra me dijo que a lo largo de los 25 años en los que fue gerente general de la SAIS había tenido que mantener el espíritu empresarial; de eso se les hablaba a los comuneros desde el principio y la mayoría lo aceptaba. “Empezamos —dijo— con el *background* de la Cerro de Pasco, y como yo había trabajado con ellos desde los 16 años, y como llegué a ser el jefe ejecutivo de más alto rango, era lógico que yo recomendara lo que se tenía que hacer”.

Un recuerdo común de los empleados de mayor rango fue los bajos salarios, envidiados por los delegados campesinos cuyos ingresos eran una décima parte de lo que recibía un técnico. La gerencia se irritaba por el estricto control que ejercían los delegados sobre

cualquier posible ventaja y sabía que los trabajadores se resentían por esto. Una acusación muy frecuente era que la gerencia era corrupta y vivía de sobornos. Plinio Dionisio comenta su experiencia de la siguiente manera:

Quando me contrataron en 1973-74, yo era uno de los profesionales mejor pagados. Yo ganaba tres veces más que un profesional del Ministerio de Agricultura. Pero la inflación que vino después y la política de la SAIS trajeron abajo mi sueldo. [*Levantando la voz*] Finalmente, hubo momentos en que un pastor con su salario y sus dominicales sacaba más que un administrador. Claro, al principio, dijimos nos sacrificaremos porque el proyecto Laive había arriesgado mucho, pero ya después comenzamos a sentir la pegada. Cuando yo me retiré de la empresa en 1985, me fui a trabajar a un instituto tecnológico, yo ganaba unos 300 soles más que como gerente. ¡Llegamos a ese extremo de recesión!

Las evaluaciones académicas del desempeño de las SAIS en los años 1980 concuerdan en gran medida con sus memorias. Aunque todas apuntan a un bajo estado de ánimo, de acuerdo con los economistas agrícolas Corinne Valdivia y Juan Pichihua (1986: 159-60) inicialmente y hasta el año 1977 hubo capitalización y mejoramiento tecnológico; a continuación hubo un declive cuando la economía nacional comenzó a descontrolarse. Con la creación de nuevas oportunidades de empleo, la SAIS Túpac Amaru I obtuvo mejores resultados que la SAIS Cahuide. Sin embargo, debido a la inflación, el valor real de los sueldos y salarios se redujo en un 71% en un periodo de siete años (1973-79) y más aún con la hiperinflación posterior (1986: 160-62). El análisis de Víctor Caballero es más negativo (1990a). Él muestra cómo la renta bruta de la SAIS Cahuide, en soles constantes, empezó a disminuir de manera persistente desde 1980 en adelante. Haciendo eco de las opiniones críticas de los comuneros, Víctor observa que las cuestionables inversiones no agrícolas de la SAIS Cahuide apenas crearon más empleo o beneficiaron a los comuneros. A medida que los ingresos brutos se redujeron, desde la década de 1980 en adelante, el 70% de los ingresos se gastaba en sueldos y salarios que no eran de beneficio real para los comuneros. Si bien todavía no estaba en quiebra, a finales de los años 1980 la SAIS Cahuide se encontraba en serias dificultades económicas. Aunque ningún experto auguró un futuro brillante para

la SAIS Cahuide, pocos predijeron que implosionaría de la manera que lo hizo.⁴

-
4. Algunos estudios que monitorearon el desempeño de las SAIS durante un periodo de veinte años, incluyen trabajos de antropólogos, economistas, sociólogos y estudiantes de ciencias sociales de las universidades locales como la de Huancayo. Análisis e informes iniciales sobre los asuntos de las SAIS pueden encontrarse en el trabajo de Rodrigo Montoya (1974), profesor de la Universidad de San Marcos; la larga lista de contradicciones que encuentra (trabajadores enfrentados a administración; la administración enfrentada a las comunidades, los sueldos y salarios enfrentados con el desarrollo comunal, la inversión en producción enfrentada a la inversión en el desarrollo comunal) y la imposibilidad de reconciliarse entre ellas, establece el tono de muchas posteriores interpretaciones. Hernán Caycho (1977), de la Escuela Administración de Negocios para Graduados (ESAN) en Lima, analizó los primeros resultados económicos de las diversas SAIS. César Fonseca Martel (1975) informó sobre la SAIS Pachacútec desde la perspectiva de las comunidades que fueron incorporadas al sistema. En Roberts y Samaniego (1978) se puede encontrar una evaluación inicial de los efectos de la SAIS Cahuide sobre una comunidad socia. Cynthia McClintock (1981: 320) realizó encuestas de actitud en las cooperativas y las SAIS, encontró que mientras que los trabajadores se adaptaban bastante bien al nuevo estilo de administración más igualitario de las nuevas cooperativas, existía una suerte de “egoísmo de grupo” que excluía a los no beneficiarios de la reforma. Los economistas agrícolas le han tomado el pulso al desempeño de la SAIS a lo largo del tiempo. Valdivia y Pichihua (1986), así como la tesis de maestría de Valdivia en la Universidad de Missouri (Valdivia 1983), comparan las cooperativas y las SAIS y le hacen un seguimiento al desempeño de las SAIS de la sierra central. El monitoreo periódico de Víctor Caballero Martín (1986 y 1990a) muestra diferencias con Valdivia y Pichihua, que se destacan aquí en el texto principal. Las distintas alternativas de políticas planteadas por Joel Jurado, Corinne Valdivia y Juan Pichihua (1986) durante el gobierno de Alan García, previeron una profundización de la crisis económica de las empresas asociativas y recomendaron su reducción, el recorte de objetivos y la transformación de estas unidades en proyectos multicomunales. La tesis de Ortiz Espinar y Cruz Montero (1991) de la Universidad de Huancayo, detalla el manejo político de la SAIS Túpac Amaru I, mientras que la tesis de Jonatan Valerio de Laureano (1985) cuenta de manera dramática la forma en que la comunidad de Ondores recuperó las tierras de Atochaico de manos de la SAIS Túpac Amaru I y su expulsión de la comunidad.

Héctor Martínez Arellano señaló que la categoría de las SAIS Túpac Amaru I, Cahuide y Pachacútec como la *crème* de la alta tecnología y la capitalización, fue lo que les permitió continuar (Martínez Arellano 1980, 1990), este último fue publicado después de su muerte). Señaló que las SAIS en otras partes del Perú se desempeñaron más débilmente, poniendo en peligro sus posibilidades de supervivencia. Hizo referencia a la falta de apoyo del gobierno, a la mala administración y a una alarmante disminución de la producción centralizada de la calidad del ganado de raza frente al crecimiento de los propios rebaños

Chongos Alto

La comunidad de Chongos Alto se encuentra en las cabeceras del Canipaco, un río angosto que desciende rápidamente hacia el valle del Mantaro. Incrustadas contra una ladera fuertemente inclinada que da hacia un espectacular paisaje de enormes mesetas de llanuras de puna, las parcelas agrícolas de los comuneros constituyen una muy pequeña fracción de la tierra utilizable entre los 3400 y 4000 metros de altitud. Durante las épocas de la hacienda y la SAIS, las mesetas y las cordilleras eran inaccesibles a los rebaños de los chonguinos. En cambio, muchos niños y comuneros de Chongos y Huasicancha (su comunidad gemela y rival, estudiada por Gavin A. Smith [1989]) emigraron a Huancayo, a las minas de la región central de la sierra y a Lima, sin perder nunca su sentido de comunidad ni su deseo de recuperar las tierras que las haciendas Tucle, Río de la Virgen y Antapongo les había usurpado. En 1947, Huasicancha había ocupado tierras de la hacienda Tucle y en 1972 se había negado a participar en la SAIS. En la década de 1980, muchos jóvenes de ambas comunidades se fueron a vivir como pastores en ranchos del oeste de Estados Unidos con contratos de cinco años. Al igual que en el caso de Huasicancha, los migrantes de Chongos tuvieron éxito como comerciantes y profesionales. Se instalaron en Huancayo, en Lima y en las minas consiguiendo una sólida educación y base financiera para los asuntos comunales una vez que regresaron a sus comunidades, así como una amplia gama de contactos políticos. Chongos es un distrito que cuenta con su propia escuela secundaria

huacchos de los campesinos. La administración no hizo sino llenarse la boca con los principios de autogestión que habían anunciado, y que en realidad incluyó un control más clientelista de la empresa por parte de una pequeña élite de administradores y trabajadores, así como problemas generalizados de gorriones. Muchas SAIS y cooperativas de los Andes se convirtieron en cascarones caóticos donde trabajadores y otro tipo de gente establecieron sistemas de pastoreo familiares no muy diferentes de los que había en las comunidades tradicionales, o bien funcionaban como pequeños propietarios independientes. La tierra y los recursos de plena propiedad de la empresa fueron progresivamente invadidos por los miembros de la SAIS, el ganado huaccho sobrepasó al de la administración central, mientras que los administradores también tenían ganado huaccho. En lo que respecta a los elevados objetivos de la reforma, tales como la reducción de la desigualdad, la lucha contra la pobreza, el desarrollo de las comunidades socias, Martínez Arellano sostuvo que estos no fueron alcanzados.

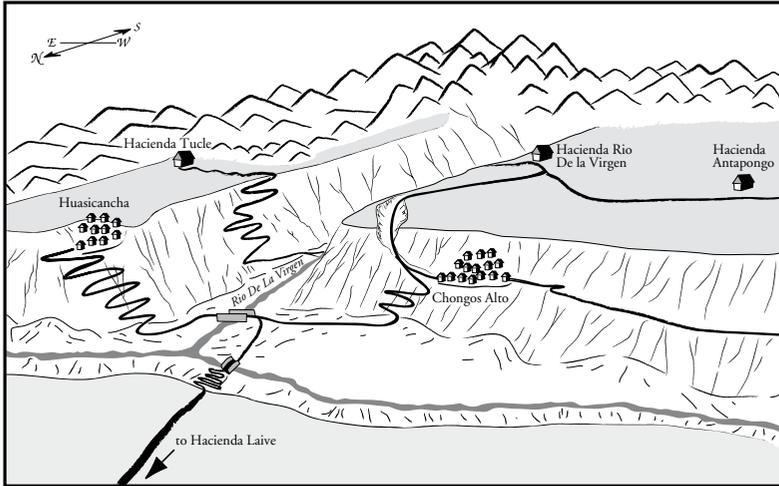


Figura 6.3 Diagrama que muestra las relaciones espaciales entre Chongos, Huasicancha y las tierras de Tucle, Antapongo y Laive de la SAIS Cahuide, en base a Smith (1989: 2) (© UNIVERSITY OF CALIFORNIA PRESS).

y una serie de servicios como puesto de salud e iglesia. Durante la década de 1970, un jesuita francés, el Padre Laguishe, facilitó muchos servicios sociales y abrió Chongos Alto a las actividades de las ONG.

Cuando fuimos allá en abril de 1996, los efectos de la campaña de contrainsurgencia de los militares eran todavía visibles. En el viaje a Chongos, Danny y yo pasamos a lo largo de la valla de alambre de púas de la base militar de Vista Alegre, llegando a una hondonada y luego hasta el hito de Chongos, donde había un puesto de control. Allí, una mujer vestida con una pollera local salió de una caseta de vigilancia con una escopeta en la mano preguntándonos qué buscábamos. Ella estaba cumpliendo su tarea como miembro de la ronda campesina encargada de resguardar a la comunidad. Dado que era analfabeta, nos pidió que escribiéramos nuestros nombres en una hoja de papel, nuestros números de identidad, y la marca, modelo y placas de nuestro vehículo antes de permitir que continuáramos nuestro camino.

Juvenal Chanco, el dirigente comunal de Chongos, tenía un recurso retórico que yo disfruté mucho. Solía poner fin a sus frases

con un “¿no?” interrogante para enfatizar sus puntos, como si me preguntara si me solidarizaba con lo que él estaba tratando de transmitir. Desde su perspectiva de comunero, los empleados y los asuntos de la SAIS eran mencionados en forma despectiva como “la empresa”. Su posición pro comunera —independiente de cualquier partido político— puede muy bien haber sido una nueva posición política que había desarrollado recientemente, pero era muy clara y bien pensada, con una dosis de ideo-política étnica neoindígena. Juvenal Chanco reconstruyó para mí una historia lineal coherente acerca de la necesidad de liberar a Chongos de la SAIS, y cómo es que desde un principio quedó claro que únicamente los chonguinos debían llevar adelante sus propios asuntos en sus propias tierras, como lo estaban haciendo en ese momento. En su opinión, se trataba de una larga lucha con divergencias muy costosas e innecesarias.

Tenía 45 años, había nacido en el pueblo, pero se había educado en Huancayo, estudió ciencias forestales en la universidad aunque no habían sacado su grado. Sus hermanos y hermanas vivían en Huancayo, Lima e Italia, se habían “aburguesado”. Su amor por la tierra y la comunidad lo llevó de vuelta a Chongos.

Le pregunté si recordaba los tiempos de la hacienda. “Solo por referencia”, respondió. Sus padres se habían negado a ser pastores del hacendado. Sin embargo, sus abuelos si habían trabajado para ellos. Él recuerda los relatos sobre la explotación que le contaba su abuela. Era terrible, dijo, el maltrato a las personas era excesivo. Pero no era el hacendado el que era abusivo, sino el caporal “¿no?”, una persona de la localidad como ellos.

Le pregunté después sobre la forma en la que la comunidad recibió la noticia de la reforma agraria. “Con mucha alegría, con mucho beneplácito”, dijo. Pero después, en esa época, SINAMOS llegó como parte del plan del gobierno para promover estas empresas. “Los militares —él sonrió— lo endulzaron, ¿no?” [Él continuó] “Claro, hubo algunos comuneros que llegaron a decir que ellos debían ocupar la tierra de la hacienda. Otros comuneros dijeron que no era una auténtica reforma agraria, sino un engaño, una traición”. Sin embargo, durante los años 1970 la comunidad aprobó formar parte de la SAIS, pero con el paso de los años se dieron cuenta que eso era otro engaño más. “Si bien es cierto —dijo— que había excedentes que se distribuían entre los comuneros, los excedentes no alcanzaban para nada. Si llegaban, llegaban, bueno, para los edificios

públicos —cemento o yeso, cosas así, ¿no?— [...] pero mejora técnica, económica, no había para el comunero, para el campesino, no había”. Se dieron cuenta de que la forma en la que la SAIS estaba organizada no los estaba llevando a ningún lado, que los comuneros se habían estancado. No podían incrementar su ganado y los beneficios tecnológicos prometidos nunca se materializaron.

A medida que calentaba motores, Juvenal empezó a recordar diálogos que ahora me los repetía.

Ellos nos decían, “Ustedes son los dueños de la tierra, los ejecutivos de la empresa”. Bueno, nosotros siempre les llamábamos la tecnocracia, ¿no?; “las vacas sagradas del Parque 15 de Junio”, que era donde se ubicaban las oficinas de la SAIS Cahuide en Huancayo.

Hubo muchas otras comunidades que aceptaron a la empresa. La gente de Chongos, en cambio, comenzó a desarrollar una postura crítica en contra de la empresa, a veces apoyada por las tres comunidades satélites de Chongos, Llamapsillón, Palacio y Palmayoc y alentados por las ONG que comenzaron a trabajar en la zona. Finalmente se dieron cuenta de que la SAIS tenía que cambiar y buscaron el apoyo de otros delegados para presionar por reformas.

Juvenal Chanco contó que hubo varios intentos de cambio, en 1983, 1984 y 1985. La empresa formó una comisión de reorganización, pero todos sus resultados quedaron en el papel. Desde un principio, insistió él, Chongos propuso la división de la enorme SAIS en unidades más pequeñas bajo la administración directa de las unidades de producción más cercanas a sus comunidades —en su caso, la ex hacienda Antapongo con las cuatro comunidades que la rodean y que forman parte de los ancestrales títulos de tierras de Chongos. La propuesta también sugirió una organización central en Huancayo para comercializar sus productos y encargarse de gestionar los asuntos en la ciudad.

Continuó su narración. Dentro de esta región, e incluso dentro de toda la SAIS, Chongos tenía una mayor capacidad dirigenal. Las personas nacidas en Chongos, ahora profesionales universitarios, habían participado en sesiones de elaboración de estrategias. Ellos eran conscientes de la insatisfacción y comenzaron a buscar formas en las que la empresa podría transformarse. Por lo tanto, la élite de Chongos comenzó a proponer que estos profesionales se

convirtieran en delegados en las asambleas de la SAIS para trabajar desde dentro del sistema. Exigieron cambios o, que por lo menos, se den algunos avances hacia el cumplimiento de los objetivos reales de la SAIS. Sin embargo, en opinión de Juvenal, la administración hizo oídos sordos a todas sus propuestas y cuando llegó el momento de las elecciones, los técnicos de la SAIS manipularon los votos para que los candidatos de Chongos no fueran elegidos en cargos ejecutivos. Él también fue elegido delegado, dijo Juvenal Chanco, pero nunca logró una posición de poder.

Los expertos de la SAIS lo hacían a un lado porque lo percibían como una espina: demasiado insistente. Los técnicos tenían mucha experiencia en lograr tratos con los delegados más dóciles. “¡Fue horrible!”, dijo. “Una forma de prostitución”. Hubo mucha corrupción dentro de la SAIS. Me contó que una vez le ofrecieron comprarlo. Vinieron donde él con un organigrama que mostraba todos los cuadros y flechas, los cargos y los niveles de sueldos. Para indignación de Juvenal, cayeron tan bajo que utilizaron a un vecino como emisario para tentarlo.

“¿Cuál de estos cargos te gustaría?”, le preguntó el emisario. “Estos no los puedes escoger, están reservados para profesionales, pero estos y estos otros están disponibles para ti. ¿Por qué no eliges el que quieres?”.

Y yo le contesté, “¡No!, mientras no soplen otros vientos en la empresa, yo no llegó aquí. Seguiré rechazándolos”.

Juvenal era en ese tiempo un estudiante universitario, su paisano chonguino le respondió:

“Eso es lo que han dicho otros, pero después de terminar sus estudios han venido a suplicar trabajo”.

Recordando esto, Juvenal me dijo, “Para mí fue una bofetada. Más que una bofetada. Algo que me ofendió y a la vez me llenó de orgullo. Me juré a mí mismo que nunca iría a la empresa a pedir trabajo”.

Así es que —continuó— Chongos siempre se estuvo quejando y reclamando y nunca se lograba nada. La disminución de las tasas de ganancias en medio de una crisis económica hizo pensar que la empresa se iría a la quiebra. La dirigencia vio que el clima político estaba cambiando y que la empresa se estaba debilitando. Era el

final del segundo gobierno de Belaúnde y el inicio del régimen de García, y ambos gobiernos no necesariamente iban a defender más a las SAIS. Pero los directivos de la SAIS continuaban diciendo que la SAIS estaba sólida.⁵

-
5. Fue durante el gobierno de Alan García que las SAIS del departamento de Puno también colpasaron. Junín y Puno fueron los dos departamentos de la sierra en los que la ganadería de ovinos y vacunos era predominante y donde el gobierno de Velasco instaló la mayoría de las SAIS. Hubo coincidencias cronológicas, similitudes tácticas, así como diferencias en la forma en que las SAIS fueron desmanteladas en los dos departamentos. En ambos casos, las SAIS enfrentaban dificultades financieras, entre ellas la caída de los precios de la lana y de la carne de cordero (Caballero Martín 1990 b). En ambos departamentos, las comunidades vecinas demandaban la tierra, aunque con mayor insistencia en Puno, donde la reforma agraria de Velasco los había marginado de la tierra más que en Junín. En Puno, el gobierno de García desempeñó un rol más activo para forzar a las SAIS a reestructurarse que en Junín; y en ambos departamentos, la violentas acciones de Sendero Luminoso jugaron un papel importante en la aceleración del proceso de colapso. Sendero Luminoso no pudo repetir en Puno el espectacular caso de saqueo que logró en la SAIS Cahuide, pero hubo muchos incidentes, como la voladura de establos y la quema de la ONG de los sacerdotes Maryknoll, una institución de apoyo al campesino. Las órdenes que Sendero les dio en Puno a las autoridades provinciales, distritales y comunales para que renunciaran a sus puestos bajo la amenaza de asesinato fueron mucho más devastadoras. Si bien la amenaza planteada por Sendero Luminoso aceleró el proceso de disolución en ambos departamentos, aún no queda claro cuál fue exactamente el propósito detrás de esas acciones. En esta nota hago un breve resumen de cómo se desarrolló el conflicto en Puno, lo que contrasta con la historia de la SAIS Cahuide en el texto principal. La historia detallada que tuvo que ver con el final de la reforma agraria y la derrota de Sendero Luminoso en Puno se puede leer en el fascinante libro de José Luis Rénique, *La batalla por Puno* (2004).
- En 1986, en respuesta a las presiones internas y al crecimiento de sus federaciones, los campesinos exigieron que las SAIS les entregaran la tierra y amenazaron con invadir si no accedían. Contaban con el apoyo del Partido Unificado Mariateguista (PUM), una fusión de VR, PCR y otros grupos más pequeños, así como de expertos técnicos que difundieron ejemplos de la desastrosa gestión de las SAIS —por ejemplo, las contenidas en un volumen editado por Martin Scurrah: *Empresas asociativas y comunidades campesinas: Puno después de la Reforma Agraria* (1987). Incluso el gobierno se dio cuenta de que las SAIS en Puno debían ser reestructuradas. El Presidente García escuchó las insistentes demandas de los dirigentes comunales en una bien conocida reunión que sostuvo con ellos el 21 de septiembre de 1986. Él respondió: “Yo quiero reestructuración, yo no quiero invasión, invasión significa muertos, invasión significa nuestra carne herida, invasión significa desorden, invasión significa ganancia para los vendedores del odio. Yo prefiero reestructuración justa, paulatina, progresiva, poco a poco como toda una vida, y vamos a hacerla hasta que vayamos satisfaciéndose históricamente el conjunto de comunidades y las parcialidades, vamos a hacerlo, eso les garantizo yo” (*Rimanakuy* 1987: 216).

Aproximadamente en 1987, ellos estaban tan disgustados que en una de las asambleas comunales de Chongos llegaron a un consenso: “Incluso si nos ofrecen la directiva, ya no vamos a aceptarles”.

En 1987, debido a que Chongos y las otras tres comunidades estaban temerosas de que su archirrival y vecina comunidad de Huasicancha fuera tentada a invadir las tierras pertenecientes a la SAIS que Chongos también reclamaba ancestralmente, la gente de

La demanda de disolución de las cooperativas fue apoyada por masivos movimientos regionales y urbanos progresistas, que también pedían mayor autonomía regional y apoyo económico para la crisis económica que se vio agravada por una severa sequía ocasionada por El Niño en Puno. Aun cuando ciertas partes del departamento estaban militarizadas para hacer frente a la creciente insurgencia de Sendero Luminoso, se desarrollaron de manera desafiante huelgas urbanas, manifestaciones masivas e invasiones de tierras.

En enero de 1986, el gobierno había prometido distribuir un millón de hectáreas de las SAIS a las comunidades. Sin embargo, no pudo cumplir con los plazos porque se encontró con la resistencia de los directivos y beneficiarios de las SAIS que se habían atrincherado. En cambio, en junio de 1986, comenzaron las invasiones de tierras, con un levantamiento masivo coordinado que tomó medio millón de hectáreas por su propia cuenta. Las invasiones continuaron durante dos años más hasta que finalmente todas las SAIS fueron tomadas. Según Ethel del Pozo-Vergnes (2004: 140-42), la disolución de las supercooperativas fue desordenada, controvertida, desagradable y rápida. En virtud de la presión inicial, las supercooperativas se vieron obligadas a ceder grandes extensiones de tierra a sus comunidades vecinas. Más tarde, las tierras restantes se dividieron en unidades más pequeñas, para ser conducidas junto con las comunidades vecinas. Finalmente, debido a que los trabajadores y directivos siguieron teniendo un interés personal en la tierra y en el patrimonio y complicaron el proceso resistiéndose a la reestructuración, los campesinos exigieron la disolución total de las empresas, la repartición del resto de la tierra y la distribución de los animales.

Conforme el gobierno diseñaba rápidamente la devolución de la tierra, quejas de corrupción y contratación de ex administradores y miembros del partido aprista promovieron nuevas oleadas de invasiones de tierras posteriores a la reestructuración. Algunas de las comunidades que habían sido reestructuradas eran comunidades en el papel, creadas por ex empleados de las cooperativas y sus amigos. Así, mientras que las federaciones campesinas alegaban que habían tomado pacíficamente la tierra, Alan García voló a Puno para distribuir las mismas tierras que el día anterior los campesinos habían invadido, apoyados por el PUM que exhibió pancartas. Alan García quería afirmar que fue el gobierno el que las entregó y no los campesinos las que las tomaron (o viceversa, dependiendo de qué manera uno quisiera interpretarlo). Victor Caballero, nuevamente hizo una contribución cuando, como miembro del ala izquierda del gobierno regional de Puno, fue contratado para diseñar y organizar la gestión de las tierras y los rebaños en ese departamento después de la reestructuración; sus conclusiones se presentan en Caballero 1990.

Chongos en forma silenciosa y desafiante comenzó a ocupar tierras dentro de los linderos de la ex hacienda Antapongo; una estrategia destinada a formar un anillo protector con los pastores de Chongos para que observaran en caso hubiera problemas. “Me di cuenta que la gente de Chongos estaba subrepticamente invadiendo las tierras de Antapongo, posicionándose estratégicamente para aprovechar el momento en el que la SAIS colapsara”. Sin embargo, los otros delegados de la SAIS condenaron a Chongos por invadir las tierras de la SAIS y se llamó a la policía para que los expulsaran. A partir de ese momento Chongos se convertiría en el enemigo más acérrimo de la directiva de la SAIS y una fuente de división entre los delegados de su asamblea.

En 1987, las comunidades que habían sido excluidas de la adjudicación original de la SAIS en 1971, comenzaron a presionar a la CCP para que se reestructure el esquema de organización y logren acceso a las tierras de la SAIS. Víctor Caballero ayudó a enmarcar la propuesta y la puso a consideración de las comunidades. Sin embargo, los presidentes de las 26 comunidades socias originales de la SAIS rechazaron rotundamente cualquier intento de este tipo, teniendo en cuenta claramente que si la SAIS estaba al borde del colapso, no querían compartir el patrimonio con nadie más. Además, en 1987 Huasicancha había entablado una demanda contra la SAIS por algunas tierras que Chongos alegaba también le pertenecían, Chongos había reforzado sus límites desplazando nuevamente de manera desafiante a sus pastores dentro de las tierras de Antapongo.

Juvenal Chanco me dijo que consultó a un periodista en Huancayo que había estudiado el caso y que éste le aseguró que la SAIS iba a perder el juicio que Huasicancha le había entablado para recuperar las tierras; por lo tanto, Chongos también perdería. Asimismo, le advirtió a Juvenal que estuviera atento porque todos estaban en contra de la SAIS, y lo que es peor, este periodista le dijo “todo el mundo también está contra Chongos”. En ese momento, la subversión de Sendero Luminoso aumentaba la presión en Ayacucho, Huancayo y Huancavelica; estaba en una situación de efervescencia en y alrededor de las dos principales SAIS, Cahuide y Túpac Amaru I. Este periodista le dijo a Juvenal que ni la subversión, ni las fuerzas de la represión percibían ningún provecho ni sentían agrado por las actitudes recalcitrantes de Chongos. Le explicó a Juvenal que para los objetivos de la subversión, la comunidad de Chongos era un

obstáculo, porque tenía una posición independiente que no les convenía a pesar de que estaba movilizándose para lograr cambios en la SAIS. A los reaccionarios tampoco les gustaba mucho la posición independiente de Chongos, porque también querían comunidades dóciles, y Chongos decididamente no tenía esta actitud. Juvenal me explicó la lógica: “No le convenía a ninguno de ellos, ¿no?”.

El 13 de mayo de 1987, bajo el liderazgo de la comunidad de Chongos, en Huancayo hubo una manifestación masiva, en la que participantes de doce comunidades pertenecientes a la misma margen del valle del Mantaro en la que se encontraba Laive, exigían la reestructuración. Esto tuvo efecto, comenzaron las discusiones y negociaciones sobre la manera en la que la administración debía proceder. Pero era una batalla perdida, porque por entonces, un grupo cada vez mayor (entre ellos, muchos empleados) estaba exigiendo una solución más rápida y fácil, es decir, la desactivación total de la empresa con la distribución de activos a las comunidades socias, ex trabajadores y empleados. Sendero Luminoso⁶ también tenía su propia agenda: la destrucción, lo que estaba logrando a través de sus agresiones y amenazas. La carrera política tenía que

-
6. Sendero Luminoso y el MRTA (Movimiento Revolucionario Túpac Amaru) actuaron en el valle del Mantaro entre fines de la década de 1980 y los primeros años de 1990. Después de la severa represión militar en Ayacucho, Sendero Luminoso se extendió rápidamente a los vecinos departamentos de Junín y Pasco. En la sierra central estuvo presente en las escuelas y universidades, así como en las zonas urbanas y rurales. También estuvo presente en zonas de selva en el oriente. El MRTA tuvo presencia en las zonas urbanas, las universidades y controló dos zonas rurales en la sierra, con algunas bases adicionales en las selva alta. El MRTA y Sendero Luminoso fueron enemigos acérrimos y dedicaron mucha energía a luchar entre sí. Durante esos años, el número de ataques a la infraestructura aumentó de manera dramática a medida que su fuerza crecía, tomaron organizaciones comunales, la administración de los pueblos y barrios urbanos. La Universidad de Huancayo fue un feroz campo de batalla entre la policía, la administración universitaria y los rivales revolucionarios de Sendero Luminoso y el MRTA. La ciudad de Huancayo se encontraba bajo dominio militar, pero a pesar del toque de queda establecido por las noches, eran frecuentes los enfrentamientos armados y con dinamita entre insurgentes y militares. En dos oportunidades Sendero Luminoso convocó a un “paro armado” en toda la ciudad, durante el cual todos los negocios tenían que cerrar o hacer frente a las represalias. En la calle donde vivían mis padres, todas las paredes y casas tenían pintas de Sendero Luminoso, incluida una amenaza de muerte a cualquiera que las borrara. Los que se iniciaban en estas acciones y

ver con cuál de las tres “soluciones” se iba a aplicar. Ese año, Sendero Luminoso intensificó sus ataques. Volaron el puesto policial en Chongos, destruyeron los proyectos comunales en el pueblo vecino de Jarpa y amenazaron a los dirigentes de la comunidad obligándolos a renunciar y desistir de las discusiones acerca de la reestructuración. Enviaron intimidaciones apoyándose en intentos de asesinato contra los gerentes de la SAIS, utilizaron dinamita e incendios premeditados como armas disuasivas. También quemaron parte de las instalaciones de la SAIS en Runatullo, Punto y Acopalca y asesinaron a dos hombres: Víctor Lozano, dirigente campesino y trabajador de una ONG y al antropólogo Manuel Soto.

El 19 de junio de 1988, mientras la SAIS estaba realmente agonizando, la comunidad de Chongos entró formalmente a las tierras de Antapongo y las tomó sin oposición y sin la fanfarria que suele acompañar a una toma de tierras. Se trataba de una medida preventiva para asegurar que los intereses de Chongos se mantuvieran vivos en medio del caos que estaba poniendo en peligro a toda la zona. En un momento posterior, en enero de 1989, Sendero Luminoso obligó a una distribución del ganado de Laive entre los miembros de la comunidad y alentó el saqueo de los cercos, los techos y cualquier material que pudieran llevarse. El 13 de enero de 1989, Sendero Luminoso voló y quemó todas construcciones de la hacienda Laive

querían convertirse en militantes tenían que probarse a sí mismos cubriendo las paredes con estas pintas (Starn 1991).

En abril de 1989, el MRTA fue diezmado cuando sus columnas fueron capturadas por el ejército en Los Molinos, cerca de Jauja, cuando planeaban una incursión contra la ciudad de Tarma. La respuesta tardía del ejército frente a Sendero Luminoso fue la formación de comités de defensa campesinos (rondas campesinas), que vigilaban sus territorios comunales en estrecha alianza con los militares. El régimen de Fujimori estuvo más directamente involucrado y facilitó a las rondas campesinas transporte y fusiles para defenderse, por otro lado, el ejército ocupó la Universidad de Huancayo. El gobierno de Fujimori instaló jueces sin rostro en Huancayo (y en todo el país) y llenó la cárcel de alta seguridad con terroristas y presuntos terroristas. A diferencia de lo que sucedió en Ayacucho, en la sierra central Sendero Luminoso no tuvo un largo periodo de incubación ya que la iniciativa provino de cuadros que huían de Ayacucho; sin embargo, sus acciones fueron más amplias y desesperadas, a pesar de su corta duración. La información estadística sobre los altos índices de violencia durante esos años fue recopilada y publicada por una ONG de Huancayo denominada ‘Servicios Educativos Promoción y Apoyo Rural’ (1992).

y las instalaciones de la planta de procesamiento de leche. Un par de días más tarde ocurrió lo mismo en Antapongo.⁷

Juvenal Chanco, sin duda, quería transmitirme que Chongos, a pesar de sus diferencias con las demás comunidades socias, apostaba por la reestructuración y se oponía firmemente a Sendero Luminoso, que combinaba actos de destrucción con el control militar sobre las comunidades. Sin embargo, era evidente que él estaba perdiendo el control sobre sus comuneros. Juvenal lo único que podía hacer era observar con consternación el saqueo autorizado por Sendero. En cualquier caso, Juvenal señaló que por esa época Sendero Luminoso ya había infiltrado en gran medida a los trabajadores de la SAIS y perpetrado numerosos actos de vandalismo. Acusó a los trabajadores de la SAIS de llevar a Sendero Luminoso a Chongos. Cuando llegaron, los cuadros engañaron a las tres partes conten-

7. Dos narraciones acerca de la destrucción de Laive y Antapongo corroboran las versiones de las memorias personales de Juvenal Chanco y de Luz Goyzueta. Rodrigo Sánchez (1989), quien tiene una larga trayectoria de investigación y de trabajo en las ONG de Huancayo, escribió un esclarecedor panorama después de la destrucción de la SAIS Cahuide. En lugar de preguntarse por qué colapsó, como muchos expertos habían pronosticado en años anteriores, él se pregunta por qué las SAIS habían sobrevivido durante tanto tiempo a pesar de su inherente debilidad. Sánchez señala que la insistencia de las comunidades en la urgencia de la reestructuración fue pacífica, democrática, no violenta ni desesperada en la medida que intentaron frustrar la agenda de destrucción total de Sendero Luminoso (1989: 97). Nelson Manrique, historiador y también huancayo, publicó dos narraciones muy bien documentadas (1989, 2002, en español; y 1990-1991, 1998, en inglés), sobre la insurrección en la sierra central ocurrida entre 1982 y 1989. Ambos autores coinciden en que la incursión de Sendero Luminoso en las SAIS fue oportunista, son relatadas por ellos como actos de destrucción contra el Estado, los cuales debían ser entendidos de la misma manera que la voladura de líneas de transmisión o de puentes. En el caso de la SAIS Cahuide, Manrique (al igual que Sánchez) llega a la conclusión de que el impasse entre las comunidades y el intransigente personal directivo por la reestructuración, fue una oportunidad para Sendero Luminoso, que estaba buscando traerse abajo a la directiva. Sendero Luminoso no tenía ningún plan reformista salvo la destrucción y el control territorial total. Manrique supone que tuvo como objetivo dejar las zonas rurales libres de cualquier otra influencia, de ahí el asesinato de autoridades, la voladura de las vías de comunicación y los ataques a la ONG de Jarpa (un pueblo en el que Sendero Luminoso gobernó durante un mes), con el fin de crear territorios liberados, preparando el enfrentamiento final entre ellos y el ejército. Las narraciones de Sánchez y Manrique no mencionan el grado de infiltración de Sendero Luminoso en la SAIS, tal como lo describen los narradores en este capítulo.



Figura 6.4 Las destruidas instalaciones de Laive con pintas de Sendero Luminoso. (Fotografía cortesía de Brigitte Maass 1996).

dientes con relación a lo que Sendero Luminoso iba a hacer con las tierras de Antapongo. Sendero Luminoso le aseguró a los comuneros de Chongos, “Antapongo es de ustedes”. A los trabajadores de Antapongo les dijeron, “Antapongo es solo para los trabajadores y no para las comunidades”. A Huasicancha le dijeron, “Ustedes van a recuperar Antapongo. Los trabajadores de Antapongo no entrarán allí”.

“En otras palabras —me dijo Juvenal Chanco— mentiras, falsedades”. Luego, señaló que el saqueo de Laive fue caótico, cada uno agarró lo que podía; mientras que en Antapongo, los comuneros y los dirigentes de Chongos lograron persuadir a los cuadros de Sendero Luminoso para que realizaran una distribución más ordenada de ganado vacuno y ovino. Dijo que las cuatro comunidades reunieron todos los animales, una parte se reservó para las empresas comunales previstas, otra parte se dio como compensación a los ex trabajadores, recibiendo cada uno un número de ovejas correspondiente a los años de servicio en la empresa y el resto se distribuyó entre los comuneros. Incluso en esta distribución, se respetaron ciertas

credenciales de compromiso, actividad y residencia en la comunidad. Los comuneros activos recibieron más ovejas que aquellos residentes en Huancayo que mantenían casas en Chongos o que simplemente estaban de paso. Juvenal se volvió más enfático. Dijo que la dirigencia se oponía firmemente a cualquier acto de destrucción de las instalaciones de Antapongo. Pero los comuneros no querían escuchar. Fueron allá para destruir, para sacar las calaminas de los techos, a sacar la madera, a enrollar la mayor cantidad de alambre de las cercas que podían, a apropiarse de todo lo que era útil.

Vivir con miedo y morir de terror

Ahora es útil mirar atrás, escuchar lo que los técnicos de la SAIS pensaban acerca de los agitadores, de los terroristas y de los comuneros. Plinio Dionisio retoma el cuento donde lo dejó, regodeándose de los éxitos tecnológicos en la instalación de un enorme proyecto lechero en Laive. Plinio admitió que siempre hubo problemas sociales y que Laive era el principal objetivo. Había, dijo, personas pertenecientes a las organizaciones comunales que se acercaban hasta Laive a preguntar ¿cuánto gana un pastor?, ¿qué beneficios tiene un administrador?, ¿por qué es que un administrador tiene que tener una cocinera?, ¿por qué es que un administrador tiene que vivir en esas viviendas lujosas? En su recuerdo, estas personas se llamaban a sí mismas miembros de los grupos de estudio, Plinio Dionisio supone que fueron alentados por las ONG que operaban en esas comunidades, instigando una postura crítica en contra de la SAIS. Los delegados se referían constantemente a las nociones de igualdad. Así, dirían, por ejemplo:

“Por qué a la madre gestante de Chongos no se le da leche y carne? ¿Por qué solamente a los trabajadores de la SAIS se les da leche y carne? ¿Por qué se vende la leche en Huancayo y no se vende en Chongos Alto, en Huasichanca y en otros pueblos?”

“Ok,” respondieron los gerentes. “Venderemos leche en los pueblos a precio de costo”.

Y se vendió leche, y al principio la gente la compraba; pero después los camiones regresaban con grandes cantidades que no habían vendido, por lo que se suspendió. Plinio Dionisio percibía

que siempre hubo cierto descontento. A medida que la situación se fue desarrollando, los subversivos agarraron a la gerencia como un objetivo.

Rolando Quispe, cuyo trabajo era supervisar las comunidades, supone —al igual que todos los administradores— que el origen de ese descontento se remonta a los promotores de SINAMOS, que sembraron la semilla entre los comuneros diciéndoles: “Esto es de ustedes. Ustedes tienen que administrar, ustedes son los legítimos propietarios”. Los campesinos habrían respondido: “¿Cuándo nos vamos a sentir como los dueños?, ¿por qué no podemos decidir ahora?”.

Los técnicos tuvieron que explicar que ellos tenían que trabajar de acuerdo con lo establecido en los planes debidamente aprobados por los delegados campesinos. Los comuneros rebatían esto con desconfianza y sospechaban que había corrupción. Si los técnicos vendían algunas existencias, los cuestionaban.

“¿Por qué ellos tienen autorización para vender y no nosotros?”

“El administrador tiene autorización para cuatro o cinco kilos de carne a la semana, y yo que soy el propietario, ¿por qué no lo tengo?”

Quispe suponía que las relaciones entre las SAIS y las comunidades vecinas eran tensas debido a que todo lo que ellos hacían era muy visible. Los camiones de la SAIS salían de las puertas de Laive cargados con queso y leche, los comuneros veían todo eso y no se les daba nada. Continuó contando cómo, entre 1983 y 1984, la SAIS Túpac Amaru I había solicitado protección policial para sus unidades frente a los ataques terroristas. La SAIS Cahuide, por las mismas amenazas, hizo lo mismo. De manera que se colocaron contingentes policiales en todas las unidades de producción. La policía llegaba en pelotones de diez a doce hombres y la empresa les proporcionaba abundante carne y comida, alojamiento, transporte y otras facilidades para mantenerla contenta. Por supuesto, la policía cometió su cuota habitual de abusos. Se emborrachaban y había peleas, intimidaban a la gente haciendo disparos peligrosos con sus armas de fuego, se involucraban con las mujeres, requisaban alimentos a los campesinos y los extorsionaban todo el tiempo. Así pues, los delegados comuneros presionaron por una moción para expulsarlos. El gerente general les advirtió: “Bueno, tenemos que asegurarnos que la policía no abuse de su posición, pero necesitamos su

protección, no los podemos dejar ir”. “No”, dijeron los delegados. “Ellos están cometiendo abusos”. Los delegados gritaron, “Expúlselos, expúlselos”. Esto no puede ser, dijo finalmente el gerente, “OK, vamos a votación”.

Así, actuando sobre la base de principios democráticos, la SAIS solicitó a la policía que se retire; también se retiró el servicio de inteligencia, dejándolos desprotegidos en un espacio totalmente abierto.

A medida que las acciones de Sendero Luminoso se volvieron comunes en el nivel nacional, eligieron a las SAIS del centro del país como uno de sus objetivos. De acuerdo con un estimado, entre 1983 y 1990, la SAIS Cahuide sufrió trece ataques y la SAIS Túpac Amaru I, diez. Plinio Dionisio recuerda uno de esos ataques a Laive, en 1983, donde dinamitaron, quemaron y destruyeron las instalaciones. Pero ¿quiénes eran? Plinio piensa que tal vez diez a quince miembros de Sendero Luminoso estuvieron allí como dirigentes, pero había 60, 80 ó 100 personas involucradas. ¿Quién más podría ser sino la gente de la zona? Tal vez incluso sus propios trabajadores estuvieron involucrados. Un informante le había dicho a Plinio que un trabajador de la unidad Antapongo de la SAIS fue visto echándole gasolina a un tractor para quemarlo. Al día siguiente, Plinio Dionisio cautelosamente exploró esa posibilidad en una conversación con el trabajador:

“¿Por qué estás así medio trasnochado, dónde estuviste anoche?”

“Estuve acá en mi casa, durmiendo”, respondió el trabajador.

“No es así, estás mintiendo”, dijo Plinio. “¿Estuviste en Laive, no?”

“Sí, doctor”, admitió el trabajador.

“Era terrible —Plinio se estremece al recordar— no podíamos confiar en nuestros delegados, ya no sabíamos qué trabajadores tenían qué planes respecto a nosotros”.

Tanto Plinio Dionisio como Rolando Quispe recibieron amenazas anónimas entre los años 1984 y 1988. Rolando me contó esta historia:

Recuerdo claramente, yo estaba en Huari en ese entonces, recibí un papel diciéndome que tenía que renunciar, y me ponían un plazo, y, si

no, me iban a liquidar. De manera que pensé para mí mismo, “¿será cierto?”. No estaba seguro. Era un pedazo de papel arrugado manuscrito con lapicero rojo. Después de quedarme con la duda por un momento, decidí, “Se lo voy a decir a Lucho Salazar, [el gerente general de Cahuide]. Después de todo, él es el jefe, y si pasa cualquier cosa, me lo puede reprochar”. Así fui y se lo conté, y él me contestó, “No te preocupes, Rolando, tú tienes una carta, yo tengo todas estas”.

Rolando hizo un ademán con ambas manos para indicar una gran ruma de papales. Se rió nerviosamente. El 4 de abril de 1988, Lucho Salazar fue abaleado. Rolando Quispe fue elegido para reemplazarlo, fue el último gerente de la SAIS. Él continúa señalando:

En esos días no dormíamos en el mismo lugar. Tenía tres diferentes lugares en los cuales esconderme y no le decía a nadie cuál era el que iba a elegir. En realidad no dormía. Cuando regresábamos al pueblo, suspirábamos de alivio y nos desfogábamos emborrachándonos. Pero en realidad, tampoco pasaba las noches en mi casa de Huancayo, me movía ente la casa de mi mamá, de mi suegra, de mis amigos. Comencé a tener síntomas psicológicos y apliqué mis conocimientos de veterinaria para curarme, así como les dábamos a las vacas fuertes dosis de vitaminas cuando estaban bajo estrés, yo devoraba vitaminas. En las calles, si veía a alguien corriendo, ime agachaba!

Plinio Dionisio recuerda que el temor a recibir un disparo tuvo un grave impacto sobre la forma en la que comenzó a gestionarse la empresa. La mayoría de los técnicos abandonaron sus puestos de trabajo en las unidades de producción. Si Plinio había programado una visita a una de ellas y tenía algún tipo de corazonada, aplazaba el viaje y trataba de delegar la responsabilidad. Sus subordinados también se negaban a ir diciendo: “No, no voy a ir, es demasiado peligroso”. Ya nadie estaba seguro de las personas con quienes hablaban. ¿Podría el cajero, el contador, o esa otra persona, estar involucrado? Uno no podía siquiera tener una opinión sobre cualquier cosa. Si uno decía algo en contra de ellos, uno podía ser liquidado; si uno decía algo a favor de ellos, existía la posibilidad de verse sometido a interrogatorios y torturas de parte de los militares. Los trabajadores se volvieron insolentes, fácilmente daban la siguiente respuesta amenazadora: “Ya veremos”.

Alrededor de los años 1987 y 1988, justo antes del fin de la SAIS, los síntomas se hicieron más inquietantes. “Los trabajadores

se volvieron muy cooperadores, los comuneros eran corteses y complacientes”. Y añadió, “pero había un silencio, una especie de silencio, ¡qué carambas! A uno lo ponía nervioso. Ellos hacían su trabajo, ellos observaban”.

Plinio Dionisio renunció por presión de su familia antes de que la SAIS colapsara. Por otro lado, Rolando Quispe de repente se vio cumpliendo una función heroica que no deseaba, que asumió tímidamente. Cuando el gerente fue atacado se convirtió en gerente general. Contó que su esposa se opuso. Ella le reclamó, “¿Qué obtienes de esa empresa? ¿Estás ganando una fortuna? ¡Vamos! ¡Salte de una vez!”.

No le hizo caso. A mí me dijo:

Ahí uno puede notar la condición de varón, de persona responsable, como en los buenos tiempos yo había escalado posiciones, me sentía comprometido. Pero la cuestión de honor también es importante. Yo recordaba cómo había hecho declaraciones públicas de las que llegué a arrepentirme:

“¡El espíritu de la empresa!”

“¡Me ofrezco a hacer esto, a hacer aquello!”

“¡Yo la defenderé!”

Ahora que la perdíamos, ¿iba a correr como una rata? Uno como varón, ¿cómo queda frente a las personas con quienes ha trabajado? Cuando atacaron a Lucho, al gerente, yo asumí el cargo en su reemplazo, y ahora que me necesitaban, ¿iba a retroceder? ¿Decir que no?

Mirándome tímidamente, me dijo, “Bueno yo estaba allí solo, ¡no había alternativa!”.

Rolando Quispe describe una de sus últimas salidas a Runatullo. Había habido robos y los trabajadores estaban muy desmoralizados, lo necesitaban. “Bueno, voy a ir”, dijo. Les pidió apoyo a dos policías para que lo acompañen en la camioneta Datsun doble cabina de la SAIS, la cual era fácilmente reconocible. Salieron de Huancayo temprano por la mañana. Él iba en el medio del asiento de atrás, con un policía a cada lado, los tres llevaban los rostros cubiertos con capuchas a lo largo de las seis horas que duró el viaje. Tuvieron que atravesar por pueblos que estaban tomados por Sendero Luminoso, la situación estaba muy agitada y Rolando rezaba.

En el camino, vieron a tres jóvenes que caminaban por la carretera llevando sus mantas de colores (*quipis*) amarradas a la espalda. Uno de los policías estaba tan nervioso que echaba espuma por la boca. Se bajó del carro y apuntando a los jóvenes con su ametralladora, gritó tartamudeando con una voz de mando que se mezclaba con los espasmos del miedo, "¡Párense, carajo! ¡Muéstrenme los *quipis*!" Rolando estaba seguro que esos muchachos estaban a punto de morir. Sin embargo, abrieron sus bultos y mostraron a la policía que llevaban sus chimpunes de fútbol. Estaban regresando de un partido. Recuerda el alivio que sintió por los jóvenes que se habían salvado con las justas de que les hubieran disparado; pero también por sí mismo, al imaginarse las consecuencias que un incidente como ese hubiera tenido para él. Al llegar a Runatullo se quitó la capucha. Actuó como un líder, inspeccionando, dando aliento, disipando el miedo y tratando de levantar el ánimo. Pero su corazón no estaba ahí. Solo pensaba en el viaje de regreso.

Era muy consciente de que sin importar cuán valientemente hubiera actuado, pronto podía estar muerto. Él sabía que la SAIS tenía los días contados; sin embargo, se mantuvo en ella, desempeñando su rol con cautela y con la esperanza de ser capaz, al menos, de llevar a cabo sus funciones sin demasiada deshonra hasta el momento de la entrega.

"Eso era lo único, se trataba de querer ser... digamos... heroico y defensor de tus principios. Pero yo había aceptado, ¿no? Así fue".

El parque 15 de Junio (SAIS CAHUIDE, Huancayo)

Simón Meza es contador de una embotelladora de bebidas gaseosas, Bebidas Venus. Nació en 1949 en Potaca, una comunidad socia de la SAIS Cahuide y una de las pequeñas comunidades que estaba bajo la influencia de Chongos; su abuelo fue un pastor de Laive en la época de la hacienda. Simón tuvo la suerte de ir a la escuela y de graduarse en la sección comercial del Santa Isabel, la misma escuela secundaria de Huancayo a la que yo también asistí. Fue contratado por la SAIS en 1974 en virtud de una política dirigida a brindar en forma preferencial oportunidades de empleo a los hijos calificados de comuneros o de trabajadores. Lo encontré accidentalmente en Huancayo en 1996.



Figura 6.5 Parque 15 de Junio en Huancayo. El edificio de atrás, que alguna vez fue la sede de la SAIS Cahuide actualmente es el instituto de educación superior “Eugenio Paccelly”. (Fotografía cortesía de Bricklin Dwyer 2008).

Yo fui a la sede de la ex SAIS en el parque 15 de Junio y vi que el edificio se había convertido en una escuela comercial privada. Pregunté si alguien conocía a algún empleado de la ex SAIS con quien pudiera hablar, me indicaron que me dirija a Bebidas Venus, a dos cuadras de la ex oficina de mi padre. Cuando me presentaron al señor Meza que estaba sentado en su escritorio, le pregunté si sabía dónde podía encontrar los documentos de la SAIS, dado que estaba interesado en la historia de la reforma agraria. Él me miró y dijo. “Nosotros quemamos todos los papeles en el patio del edificio de la SAIS”. Consternado, le pedí que repitiera lo que acababa de decir. “Nosotros quemamos los papeles por orden de Sendero Luminoso”, repitió. Totalmente sorprendido, le pregunté si tendría algún problema en contarme sobre eso. Finalmente lo hizo después de eludirme intencionalmente varias citas. Nos reunimos después de su jornada laboral; en una clara situación de nerviosismo controlado, sugirió que fuéramos al edificio de la SAIS en el parque 15 de Junio para

pedir prestada un aula vacía para poder hablar tranquilos. Nos sentamos en unos bancos de la escuela y él seguía sintiéndose incómodo, conciso en sus respuestas y con miedo a lo largo de toda la entrevista. Nostálgico como estaba, espiando las calles en busca de alguna memoria de mi padre en los sitios que frecuentaba, yo también me sentí muy conmovido durante esta entrevista. (La oficina de mi padre había sido ligeramente dañada por los efectos de una bomba en un ataque; y en una ocasión, caminando por la avenida Giraldez, él recibió una lluvia de astillas de vidrio como consecuencia de otra bomba que explotó dentro de una tienda). Mi propia inquietud ayudó a Simón, aunque lo apremiaba a contestar muchas preguntas.

Simón Meza fue un empleado satisfecho. Trabajó en varios puestos como contador y fue ascendiendo; en 1987, cuando comenzaron los problemas, era jefe de caja. En ese momento había ocheno empleados. La política de contratación de hijos de comuneros había cambiado la composición social del lugar: 60% de los empleados eran hijos de campesinos y aquellos de la margen de Laive del valle del Mantaro (Chongos incluido) tendían a predominar. Le pregunté si en el lugar se había generalizado la política y él respondió que la política siempre estuvo presente. Describió cómo los antiguos empleados de la época de la hacienda se burlaban de los hijos de los comuneros, y cómo los empleados del área de producción desvirtuaban el trabajo de la división de desarrollo diciéndoles “turistas”. Solía ir con ellos a las asambleas en las comunidades donde el personal presentaba los balances, él tenía que responder preguntas hostiles de los comuneros, ya que cada trabajador y cada empleado aparecía mencionado por su nombre, rango y nivel salarial en los informes mimeografiados que distribuían. A los comuneros les gustaba más que nada escoger un nombre de la lista para desprestigiar las aptitudes de esa persona, cuestionar la validez de su trabajo y responder con indignación frente a las cifras de los salarios. Sin embargo, cuando visitaba su comunidad de origen, notaba que muchos de sus amigos y familiares buscaban oportunidades para trabajar por un sueldo y un seguro fijos; también para obtener la ración de carne y de mantequilla que la empresa distribuía entre su personal. Siempre tenía presiones para conseguirles puestos de trabajo.

En 1986, se estaba haciendo evidente que Sendero Luminoso había comenzado a infiltrarse entre los trabajadores de la SAIS y que cada vez era peor. Me contó cómo en 1987 había sido víctima

de un ataque armado. Varios empleados, él mismo, y el conductor regresaban de Laive después de una venta de ganado, tenían mucho dinero en efectivo (380.000 soles, equivalentes a cerca de 47.000 dólares) en la camioneta. Ya oscuro y bajando por una estrecha carretera llegaron a un punto en el que había un camión detenido que los dejó pasar. Luego se encontraron con un segundo camión que avanzaba lentamente por una cuesta empinada hasta que llegaron a una curva pronunciada; fingiendo que no podía completar la curva y que tenían que retroceder para volver a hacerlo, los demoró sin dejarlos pasar. El camión que estaba detrás de ellos rápidamente los alcanzó. Los detuvieron. Hombres armados enmascarados saltaron de ambos camiones. “Eran los cumpas [de compañero, un término que se utilizaba para los senderistas], los que luchaban por la revolución, buscaban al ingeniero Lucho Salazar”, dijo. Dispararon a quemarropa y una bala le cayó al chofer. Sabían lo del dinero, porque abrieron la puerta para agarrar el maletín. También asaltaron al carro que venía detrás. El conductor de ese carro tenía las manos atadas y se llevaron las llaves de la camioneta Datsun de la SAIS. Les ordenaron que permanecieran en ese sitio durante una hora y media, les advirtieron que si se movían los iban a volar con una granada. Los cumpas huyeron en el primer camión. El conductor estaba sangrando. “¡Por favor, por mis hijos! ¡Sálvame! ¡Sálvame! ¡Voy a morir!”, pedía.

Simón hizo lo imposible para encender el carro en contacto directo y arrancó a pesar de la amenaza. No pasó nada. Pasaron por un puesto de control policial en el valle para informar del asalto. Pero los asustados policías los dejaron pasar y se escondieron en el interior de su edificio en lugar de perseguir a los ladrones. En Huancayo, Simón llevó rápidamente al herido a la clínica donde los trabajadores estaban asegurados. Allí, el personal se negó a admitirlo porque la ley estipula que una persona herida de bala requiere un informe policial para ingresar como paciente. Meza fue a otra clínica y también lo rechazaron. Luego llamó por teléfono al ingeniero Lucho Salazar, quien hizo algunas llamadas telefónicas y le dijo a Meza que regresara a la primera clínica. ¡El carro se paró! Felizmente, el chofer sobrevivió, pero los médicos no pudieron sacarle la bala de la cabeza. “Él está bien ahora, pero a veces pierde el equilibrio como si estuviera borracho”.

¿Y cuántos murieron?, pregunté.

“El ingeniero Capcha en Laive. Asesinado. Lo colgaron en una lámpara de alumbrado público en la placita que tienen en el parque.

“Un trabajador llamado Palomino. Era de Punto, lo trajeron a él y a otros tres al valle y en una esquina oscura, en el pueblo de Santa Rosa de Ocopa, cerca al convento franciscano, los mataron.

“Lucho Salazar y su guardaespaldas. Lo agarraron cuando salía de su casa. Un muchacho que aparentemente trataba de venderle un periódico le disparó a quemarropa y lo hirió de muerte.

“Dos comuneros en la comunidad de Rocchac.

“Nueve como resultado de ataques, pero hay más. Esos no cuentan; ¿no?”

Le pregunté a Simón si lo habían amenazado.

“Sí. En dos oportunidades, pero no me localizaron, de manera que fueron a mi casa y la encañonaron a mi hija”.

Continuó recordando cómo en las asambleas demandaban insistentemente que desactivaran la SAIS, incluso a pesar de que la gerencia, tardíamente, estaba proponiendo planes de reestructuración. El día en que se había programado una asamblea general ordinaria, las comunidades llevaron a cabo la toma total del edificio. Pero para ese momento, ya había ocurrido el asalto a Laive y a las otras unidades.

Simón respondió a mi pregunta sobre lo que le había sucedido a la oficina donde estábamos conversando en ese momento: “Nada, se desactivó totalmente, nadie dio la cara, las oficinas estaban desiertas”.

Los empleados rápidamente crearon un sindicato oficial para proteger sus intereses (los fondos de pensiones, indemnizaciones, etc.). Meza fue elegido representante. Corrió a la policía en busca de protección porque existían activos importantes que debían ser resguardados —documentos, cuentas bancarias, las tierras de La Esperanza, la maquinaria, los camiones— pero fue en vano. No pudo encontrar al representante legal de la SAIS que estaba escondido. El gerente renunció, todos estaban no habidos, los delegados de la comunidad habían regresado a sus pueblos para obtener su parte de la distribución de ganado.

¿Quién se quedó en la oficina? “El portero”, dijo riendo nerviosamente.

Los miembros del sindicato también se escondieron, tuvieron que permanecer fuera del edificio puesto que también estaban amenazados. Pero al final, Meza y otros colegas comprometidos, trabajando en forma encubierta y temiendo por sus vidas, organizaron la distribución de lo que quedó entre los empleados. Buscaron a las personas cuyas firmas estaban registradas en los bancos para poder retirar fondos del banco. Luego hicieron un fondo común con el dinero. Se distribuyen entre ellos todos los muebles de la oficina, las filmadoras de la división de desarrollo, las máquinas de escribir y calculadoras. Se comenzó a hacer una relación, con la intención de distribuir los fondos de acuerdo con la antigüedad, pero... ¿cómo podía decirlo? ... dudaba, se atragantaba. Por último, logró decirlo. Los terroristas habían participado en la reunión y establecieron las condiciones. Surgió un insistente clamor.

“¡Tiene que ser igual para todos!”

“¡Darle prioridad a aquellos que tienen más años de servicios es una doble recompensa! ¿Han tenido más tiempo para robar!”

Simón intentó reírse, pero no lo logró. Cada empleado obtuvo tierras en La Esperanza, un importante trozo de potenciales terrenos urbanos que se encuentra muy cerca de la ciudad. Simón Meza se sintió extremadamente incómodo con mi siguiente pregunta. Fue acerca de si Sendero Luminoso había recibido alguna parte del botín. Él me miró desesperado y preguntó: “¿Esta entrevista es confidencial?”. Yo le aseguré que no era peligroso que me dijera lo que necesitaba decirme.⁸

Lo exigieron. Me ordenaron que vendiera el grifo, los camiones, la maquinaria. Y ellos también sacaron su parte. Sí. Dijeron, “Necesitamos esta suma para apoyar a los compañeros que están andando en las alturas, para su alimentación”. Me ordenaron que vendiera un camión Volvo y una parte fue para ellos. Así fue.

8. Simón Meza me autorizó a publicar esta parte. En diciembre de 2006, lo llamé por teléfono desde Lima para preguntarle si pensaba que ahora era factible decir lo que él me había contado de manera confidencial. Él estuvo de acuerdo.

Después la represión llegó a Huancayo y Simón Meza comenzó a temer por su vida. Pasó a la clandestinidad, dejó a su familia y se alejó de Huancayo. Dado que dos militantes de Sendero Luminoso sabían su nombre, conocían su rostro y la dirección de su casa, podía quedar implicado y era peligroso. Vagó por el sur del Perú como vendedor ambulante de ropa usada. Dos años más tarde se enteró de que las columnas de Sendero Luminoso, que habían comandado la desactivación de la SAIS, habían sido capturadas por el ejército. Los dos senderistas que lo conocían estaban en la cárcel de alta seguridad en Huamancaca, cerca de Huancayo. En ese momento, los homicidios por venganza entre presos eran muy comunes dentro de la cárcel. Meza se valió de algunos amigos para hacer una investigación secreta y descubrió que los dos miembros de Sendero que lo podían identificar tuvieron muertes violentas en la prisión. De esta manera, la situación cambió para Simón y decidió regresar con su familia. Encontró un trabajo en Bebidas Venus.

Incluso antes de que Meza se escondiera, había tensión entre los ex empleados y delegados de las ex comunidades socias. Los delegados merodeaban alrededor de Huancayo en busca de bienes de la SAIS de los cuales poderse apropiar. Les habrían preguntado a los ex empleados:

“¿Y que hubo de las tierras que la SAIS compró en el valle?”

“¿Y qué hubo del taller de mecánicas?”

“¿Dónde están los fondos de las cuentas bancarias?”

Las comunidades organizaron saqueos por sorpresa para recuperar los bienes que consideraban legítimamente suyos y no de los empleados. Se acordó una reunión entre los representantes de los ex empleados y los representantes de las comunidades. Los ex empleados hicieron una oferta. Les darían 10.000 dólares, dos camiones que habían quedado y el edificio de Huancayo a los representantes legítimos de todas las 29 comunidades. Los delegados se negaron; en cambio, querían saber exactamente lo que había sucedido con todas las propiedades de la SAIS:

“¡Todo bajo inventario!”

“¡Queremos que rindan cuentas exactas de todo lo que han hecho!”

Los ex empleados respondieron que no aceptarían, en cambio, irían a juicio. Los abogados hicieron su agosto de todo esto. Un escrito por aquí, una demanda por allá, un soborno para la policía de investigación por otro lado. Era la de nunca acabar. Y mientras el proceso judicial iba avanzando lentamente, Meza liquidó apresuradamente lo que todavía quedaba y distribuyó el dinero entre los empleados. Incluso tuvieron que defender las valiosas parcelas urbanas que habían logrado en La Esperanza. Paccha, la ex comunidad de la SAIS, estaba enojada con el hecho de que los empleados se hubieran agarrado La Esperanza. Paccha organizó una invasión de La Esperanza, que tuvo que ser repelida por los ex empleados. Una vez más, el teatro de la ocupación de tierras fue puesto en escena a plena vista de la prensa de Huancayo, el sistema judicial y los incrédulos ojos de la ciudad. Los ex empleados tuvieron que defenderla como invasores pobres, de otros invasores más pobres. Día y noche se turnaban para vigilar sus propiedades; sufrieron mucho tratando de defenderse frente a los intentos de los comuneros.

Al final lo único que quedó fue el edificio del parque 15 de Junio. El sindicato había alquilado el edificio a nombre de las ex comunidades socias y después de un tiempo, las personas que alquilaron el edificio se lo compraron a las comunidades. Meza ya no participó en esa transacción. Así acabó la SAIS, dijo con tristeza.

“¿Y cuándo quemaron los papeles?”, le pregunté.

Los documentos se quemaron en febrero de 1989. Eso se hizo porque los miembros de Sendero Luminoso lo ordenaron. La orden de reunir a unos diez ex empleados fue transmitida a un par de personas, quienes a su vez, la comunicaron al resto. Debían reunirse a las tres de la mañana y una vez ahí recibirían sus órdenes.

“Mira”, dijo uno de los compañeros de trabajo. “Tenemos que desaparecer todo tipo de documentos. Si no lo hacemos, dicen que estaremos implicados debido a esos documentos.”

“No debe quedar nada.”

Meza describe cómo se sintió.

Daba pena, pero ¿qué se iba a hacer? [*Risas*]. Si hay amenaza, no hay alternativa. Todos nos estábamos viendo entre nosotros, y si una persona retiraba un documento, los otros decían, “Se está llevando

papeles a su casa”. Todos los archivos se quemaron, las memorias anuales, las actas de las asambleas, el registro de ventas, todo lo que hubiera servido más adelante, se quemó.

Cuando Simón Meza terminó su historia había silencio en la escuela del parque 15 de Junio. Yo me había fumado un paquete entero de cigarrillos y él se veía agotado. Lo llevé a un bar y pedí pisco. Yo estaba aturdido, pero él se relajó. Después de un par de tragos, me preguntó si le iba a pagar por la información que me habían dado. Le dije, “No”.

Chongos Alto Liberado

Los seis meses de 1989 durante los cuales Sendero Luminoso gobernó brutalmente Chongos y la etapa inmediatamente posterior, el establecimiento de una zona de emergencia bajo control militar, son los recuerdos más dolorosos de los chonguinos. Encontré mucha reticencia a hablar de este periodo. En el momento de mi visita en 1994, todavía no era muy seguro hablar demasiado acerca de la historia oficial que los chonguinos y el gobierno habían creado conjuntamente. Había temas sobre los cuales todo el pueblo había colocado un manto de silencio entre ellos y definitivamente para los foráneos. La “normalización”, como una política de Fujimori para no hablar ni enjuiciar a nadie por violaciones a los derechos humanos, aún se encontraba en plena vigencia en la zona. Por lo tanto, me encontraba en desventaja por falta de lo que para la gente local eran conocimientos comunes, que ellos asumían que yo tenía, pero que para ellos era demasiado doloroso explicarme. Manejando la inquietud con nerviosismo, a menudo no me atreví a pedir aclaraciones.

Luz Goyzueta, una estudiante de derecho, habló con nosotros en el restaurante de su madre donde entramos a comer después de terminar nuestra entrevista con Juvenal Chanco. Ella estaba detrás del mostrador con un secador de platos en la mano, mientras que Danny y yo nos sentamos en una de las mesas de fórmica con nuestros platos a medio comer. Escuchamos consternados y también con la intención de no romper el hechizo. La madre de Luz es de Chongos y ahora la vida en el campo pese a que está a tiempo completo a cargo de su casa de clase media en Huancayo, donde Luz estudia en la universidad. Por lo tanto, siempre que le es posible, la

madre de Luz se va a Chongos para organizar la producción en sus chacras y abre su restaurante para venderle comida a la población que está de paso. Los fines de semana, o cuando no está en clases, Luz se va a Chongos.

Luz Goyzueta nos contó que en diciembre de 1987, ella participó en la distribución del ganado en Antapongo. A todos los miembros de la comunidad se les despertó de madrugada y fueron llevados a pie por los cerros y a través de las llanuras hasta la sede de Antapongo (a diez kilómetros de distancia). Primero, Sendero Luminoso dinamitó la casa hacienda y las otras construcciones. Luego procedieron a distribuir los animales a partir de una lista que las autoridades de Chongos les habían proporcionado. La distribución, según ella, favoreció a quienes habían mostrado simpatías hacia Sendero Luminoso, y por esta razón, piensa, a ella solo le dieron una oveja. Ella no podía manejar al animal pues corcoveaba y, contrariada, se lo entregó a una vecina para que le hiciera el favor de llevarlo al pueblo junto con su cuota de ovejas, pero se perdió. Ella vio pero no participó en el saqueo de Antapongo y luego regresó al pueblo, cansada y asustada, a las ocho de la noche.

Los campesinos dieron órdenes estrictas sobre qué hacer con los vacunos de raza que se les había distribuido. Los chonguinos tenían ocho días para “desaparecerlos” (venderlos, beneficiarlos, llevarlos a zonas remotas de la puna o encontrar un lugar para esconderlos). Los días posteriores Chongos fue visitado por comerciantes que buscaban comprar los animales a cambio de dinero en efectivo y se los llevaban en camiones. La mayoría de campesinos estaban deseosos de venderlos, temerosos por la evidencia que los incriminaba y con la cual estaban cargando a cuestas. Los comerciantes se beneficiaron comprando animales por sumas irrisorias, los que vendían como carne en los camales de Huancayo y Lima para la consternación de los editorialistas de periódicos de esos mismos lugares. Un agricultor se negó a obedecer y las diez vacas fueron voladas con explosivos. La norma revolucionaria autocrática era tan estricta que, durante los días de la distribución no se permitió el consumo de alcohol ni de coca.

Luz señaló que Sendero Luminoso había trabajado en las escuelas de Chongos. En aquellos días habían actuado abiertamente, cantando canciones revolucionarias, haciendo calistenia y llevando a cabo sesiones de adoctrinamiento. La gente del pueblo se vio

obligada a escuchar charlas sobre la revolución. Algunas personas mayores aparecieron como activistas de Sendero Luminoso, dijo, motivados más por la envidia que por el fervor, lo que exacerbó las descontroladas tendencias en pugna presentes en el pueblo. Sendero Luminoso implantó su propio sistema de justicia rápida. Luz se sintió sorprendida por el fanatismo ideológico de los cuadros femeninos. Nos contó sobre el caso de un hombre que había tenido un hijo con una mujer soltera. Los cuadros estaban dispuestos a matar al hombre, pero la mujer denunciante rogó por su vida. Los cuadros le preguntaron qué era lo que quería. Ella respondió que no quería casarse con él, que ya no quería seguir viviendo con él, puesto que había sido violada. Ella quería que le pasara una manutención para el niño; de manera que los cuadros senderistas le expropiaron 100 ovinos y se los asignaron a ella. En otro juicio, un anciano se quejó de que un vecino celoso le había estado tirando piedras a través del cerco de sus chacras. El vecino fue duramente golpeado.

Durante el tiempo en el que la zona fue una “zona roja”, Sendero Luminoso hizo estallar el bello edificio colonial municipal de la plaza, la sucursal del Banco de la Nación, el puesto de salud, dos autobuses y un puente con el fin de cortar la segunda vía de acceso a Chongos.

El mismo día, Luz Goyzueta también fue testigo de la ejecución de doce líderes de las comunidades de Chongos, Chicche y Llamapillón que Sendero Luminoso realizó en la plaza el 12 de abril de 1988. Ellos fueron acusados de traición, porque un mes antes Chongos y los tres anexos habían marchado hasta el límite con Yauyos y habían expulsado a un grupo de personas que se habían establecido en sus tierras bajo la protección de Sendero Luminoso. Allí, la gente de Chongos había capturado a tres hombres y los entregó a la policía en Huancayo como “presuntos subversivos”. En represalia, Sendero Luminoso, con una lista en la mano, había reunido a doce dirigentes en la madrugada y los llevó a la plaza de Chongos.

Luz contó que todo estuvo dirigido por una mujer terrorista que llevaba su rostro cubierto por un pasamontañas y, en retrospectiva, recuerda que solo dos de ellos tenían armas de fuego verdaderas, mientras que el resto tenía palos de madera tallados y pintados con la forma de fusiles. Uno de los acusados, el vicepresidente de la comunidad, quien a su vez era profesor de la escuela secundaria, se defendió valientemente: “Sé que ustedes me van a matar”, dijo.

El líder de Sendero Luminoso le disparó dos veces. Recibió un disparo en la pierna y el segundo en el hombro. Aun así, el maestro siguió arengando a la gente que estaba congregada en la plaza. “Chongos es un pueblo combativo y sabrá cómo defenderse. Ustedes pueden matar a muchos, pero no se puede matar a los 300 comuneros. Vamos a prevalecer”.

Para callarlo, lo degollaron y lo dejaron desangrar por la yugular. Ordenaron que nadie tocara los cuerpos, las veredas de cemento de la plaza se quedaron cubiertas con la sangre empozada y las vísceras desparramadas durante diez días. La columna huyó del pueblo en el mismo ómnibus en que había llegado.⁹

A nadie se le permitió abandonar el pueblo. Luz estaba desesperada por regresar a Huancayo, pero no la dejaron sospechando que podía ser una posible informante. Finalmente, al décimo día, los militares atemorizados se atrevieron a entrar a Chongos a recoger los cadáveres. Habían llegado en sus vehículos hasta el cruce de Vista Alegre, pero desde allí habían utilizado caballos, ya que las carreteras en la sierra pueden ser bloqueadas y los viajeros pueden fácilmente ser víctimas de una emboscada.

La presencia militar fue esporádica en la zona hasta julio de 1989, cuando se estableció una base en Vista Alegre y comenzó la campaña para derrotar a Sendero Luminoso. Luz Goyzueta describe esta etapa, empleando enfáticamente las palabras “contraterrorismo

9. Los testimonios orales de ciudadanos de Chongos Alto, previos a que la Comisión de la Verdad y la Reconciliación iniciara su trabajo en los años 2002 y 2003, corroboran lo que señalaron Luz Goyzueta (1996), Juvenal Chanco (1996) y los relatos de Nelson Manrique (1989) (Comisión de la Verdad y Reconciliación 2004: 299-301). Un texto resumen recapitula la relación entre Chongos y la SAIS, sus conflictos por la tierra con Huasicancha y las relaciones de Chongos con Sendero Luminoso. Cuando Sendero Luminoso desconoció a las autoridades comunales y las reemplazó con sus propios comités populares, las autoridades continuaron operando clandestinamente. Algunos testimonios conjeturan que los comuneros de Huasicancha (en ese momento con un agrio conflicto con Chongos) pueden haber informado a Sendero Luminoso acerca de estas reuniones secretas y sus presuntos intentos de contacto con las fuerzas de contrainsurgencia. En una fotografía reproducida por una organización local de Chongos, y que me fue mostrada, uno podía ver que los carteles dejados en los cuerpos de los dirigentes decían: “Esta es la forma en que mueren los perros del gobierno” y “Cualquier persona que recoja este cadáver será asesinada”. La Comisión de la Verdad escuchó 25 testimonios individuales (a los que no tuve acceso al momento de escribir este texto).

militar”. Señaló que fue peor que Sendero Luminoso y que tenía una experiencia personal desgarradora para relatar.

A las dos de la mañana, los soldados rompieron la puerta. Ella se quedó en la parte de atrás de la casa y gritó, “Deténganse o dispare”, esperando que se fueran, a pesar de que no tenía armas. Entraron de todas maneras y vio a un soldado. Ella admitió, “No tengo armas. Revisen la casa”.

La trasladaron a la plaza y fue brutalmente interrogada hasta las 3:30 a.m. Les advirtió que ella conocía sus derechos constitucionales, pero el comandante le respondió que los derechos constitucionales estaban suspendidos en las zonas de emergencia, de manera que ella consintió el interrogatorio. Le preguntaron qué estaba haciendo allí. Ella dijo que era descendiente de gente de Chongos y que la casa de la que la habían sacado era suya, que tenía parientes en el pueblo que podían responder por ella y corroborar que ella visita Chongos con regularidad. Desesperada y cada vez con mayor insistencia, tuvo que repetir esto una y otra vez pues quienes la estaban interrogando no creían lo que ella les decía. El comandante le ordenó que se arrodillara, que “diera nombres”, y solo así podría irse. Ella dijo que no conocía a nadie. Protestó en voz alta, una y otra vez, hasta que el cura escuchó la conmoción, salió de su casa, la rescató y la llevó a la sacristía. El comandante acusó entonces al sacerdote de encubrir a estudiantes subversivos.

Luz describió la tortura que vio y escuchó. Señaló que usaban cables de electricidad para amordazar a la gente por el cuello y que se podía reconocer a estas víctimas por sus cicatrices. Ella vio cómo los militares amarraron a los sospechosos en fila a lo largo de una cerca, dejándolos ahí durante tres días para que los vieran, suministrándoles muy poca agua y comida, y sin ayuda. Criticó la forma en la que los militares manejaban de modo autocrático al pueblo y por la manera en la que interferían en todo dando órdenes sin sentido.

“¡Hoy, todos a jugar fútbol en el estadio!”

“No, señor”, respondía la gente, “es época de trilla, tenemos que ir y atender la chacra, no tenemos tiempo”.

Aun así, tenían que jugar fútbol, y los domingos todos debían salir a la plaza a cantar el himno nacional y marchar en un despliegue de patriotismo militar que se suponía que por arte de magia

eliminaría las simpatías hacia Sendero Luminoso. Al igual que con la ocupación de Sendero Luminoso, ante la falta de sus propias autoridades, la población local apelaba a los militares para resolver sus controversias interfamiliares.

El sacerdote que rescató a Luz (pidió que no se diera su nombre) admitió que probablemente en Chongos había personas que se identificaban con Sendero Luminoso. Se toleraba la propaganda de Sendero Luminoso, pero él no detectó un apoyo generalizado a favor de ellos. La prédica de Sendero incluía un discurso acerca de que la revolución tenía que romper tres montañas, la primera montaña era el capitalismo internacional; la segunda montaña, el capitalismo nacional; y la tercera montaña, el capitalismo regional —en este caso, la SAIS Cahuide. Para él era evidente que la gente albergaba esperanzas de poder conseguir algo de la SAIS, a sabiendas de que sus dirigentes y Sendero Luminoso se encontraban en una competencia feroz para traérsela abajo. Una vez que vieron que la dirigencia comenzó a colaborar con la iniciativa de Sendero Luminoso, la gente tácticamente acompañó esa colaboración buscando el objetivo material de beneficiarse de la desintegración de la SAIS.

El sacerdote dijo que el día que Sendero Luminoso mató a los doce dirigentes de Chongos, Chicche y Llamapsillón fue el verdadero punto de inflexión, a pesar de que la fricción ya había surgido cuando Sendero Luminoso ordenó la voladura de un puente, a lo que el pueblo se había opuesto. Ya habían tenido suficiente. Después de eso, los pobladores habían comenzado realmente a organizarse en secreto para expulsarlos. El pueblo poco a poco empezó a reconstituir su sistema de autoridades locales. En primer lugar mediante la reactivación del antiguo sistema colonial de *varayoc*, la jerarquía cívico-religiosa, que solía ser el sistema de gobierno propiamente campesino y que desde hacía mucho tiempo se había desintegrado a favor del sistema de autoridades elegidas, propuesto por el gobierno. Ni siquiera el párroco se había enterado, hasta que, un día, un grupo de personas entró y le pidió que bendiga las antiguas varas.

Mientras estuvimos allí nadie mencionó el tema de las detenciones, y quedó claro a partir de nuestra visita que no nos iban a indicar de manera explícita quiénes eran las personas que tenían familiares en la cárcel. Negaron que en Chongos existieran “arrepentidos”. (El programa de Fujimori para alentar la desertión de Sendero Luminoso, lo que implicaba un arrepentimiento público de

su anterior participación, la no persecución y la reincorporación a la vida civil normal. Presumiblemente, también era una condición una confesión secreta que diera nombres a los servicios de inteligencia). De algún modo, en una forma que era insondable para mí de descubrir, en el pueblo se había echado a andar una reconciliación entre los comuneros chonguinos que habían apoyado a Sendero Luminoso y los que se habían opuesto. La historia oficial que todos nos contaron fue que Sendero Luminoso constituyó una desagradable incursión externa, que la subversión los había golpeado en sus intentos de desactivar la SAIS y que habían procedido a dividirla en formas que estaban en contra de los deseos de la mayoría de comuneros; por lo tanto, los chonguinos se habían convertido en víctimas de una dominación externa que les había costado muy caro y que rápidamente rechazaron. Los que apoyaron la revolución, señala la historia oficial, han reconocido el error de sus métodos y ahora todos repudian a Sendero Luminoso.

Al comienzo de mi entrevista con Víctor Caballero en Lima, él me había preguntado si sabía lo que era un reparto negro. Desconcertado, le dije que no. “Es un concepto usado por los revolucionarios en Rusia y en China”, respondió. En la revolución china, Mao alentó cosechas negras, permitiendo que los campesinos se apoderasen de los cultivos de los propietarios. Sendero Luminoso hizo lo mismo, con su política buscó eliminar a quienes ostentaban el poder local: alentó los saqueos y distribuyó las cosechas y los animales, atentando específicamente contra las estaciones de investigación en Alpachaca (Ayacucho), IVITA en La Raya (Cusco), Ayaviri (Puno) y las instalaciones de las SAIS en el centro de Perú. Max Gamarra describió patrones similares. Las columnas foráneas de Sendero Luminoso llegaban a un poblado, reunían a la población, la llevaba hasta las instalaciones de la SAIS, las atacaba y las quemaba, y dejaba que los pobladores saquearan mientras que las columnas desaparecían por los cerros. Lo que Sendero Luminoso no percibió, continuó Víctor, fue que los campesinos eran plenamente conscientes de que el momento político estaba lo suficientemente maduro para que ellos tomaran la tierra y no solo una cosecha. La distribución de la tierra no fue, Víctor insistió, una política de Sendero Luminoso, sino algo que los campesinos lo empujaron a hacer, aun en contra de sus cálculos. Dijo que el líder de Sendero Luminoso, Abimael Guzmán, había declarado que las ocupaciones de tierras

tendían a debilitar el apoyo campesino a la larga “guerra popular” que lo llevaría al poder; por lo tanto, él se oponía a eso. Así, fueron los campesinos quienes tomaron la iniciativa, fueron ellos los que utilizaron a Sendero Luminoso para sus fines inmediatos.

El análisis de Víctor respecto a por qué Sendero Luminoso atacó en primer lugar a las SAIS, es que era más que táctico que político. Sus columnas necesitaban refugio y acceso seguro al valle del Mantaro, por lo tanto, tuvo que trazar a través del territorio de la SAIS un camino que uniera Lima, Huancavelica y Ayacucho que ellos utilizarían. Con sus asesinatos, podían dejar sin administradores el ámbito de la SAIS, y a través de las cosechas negras los campesinos garantizarían su cooperación. Cuando el impulso a la toma de tierras fue imparable, Sendero Luminoso también comenzó a ocupar el territorio para ellos y para sus seguidores en el límite con Yauyos; eso fue intolerable para los comuneros que con antelación habían decidido que la tierra de la ex SAIS iba a ser exclusivamente para las 29 comunidades originalmente socias y para nadie más. Así, los comuneros de Chongos, Chicche y Llamapsillón protestaron contra la ocupación de tierras que legítimamente les correspondían y que Sendero promovió. Los expulsaron, los golpearon y capturaron a tres de sus hombres para entregarlos a la policía. Fue en represalia por esto que Sendero Luminoso asesinó a los dirigentes en la plaza de Chongos. La breve alianza entre los comuneros y los senderistas terminó.

Después de un tiempo, los comuneros se organizaron para resistir tanto a Sendero Luminoso como para establecer una relación de trabajo con los militares, quienes a su vez les dieron más margen de maniobra. Finalmente, se establecieron las rondas campesinas patrocinadas oficialmente por los militares y estos operaban desde sus cuarteles en Vista Alegre.

Juvenal Chanco, más resuelto a hacer valer su tesis de la autosuficiencia campesina, tenía una opinión más crítica del esplendor de los ronderos. Señaló que los comuneros habían participado en la organización de rondas campesinas como una concesión al ejército. Su evaluación de la amenaza de Sendero Luminoso fue que eran unos cuantos aventureros que se aprovecharon de la agitación social creada por los comuneros que querían recuperar las tierras de las SAIS. Fue por eso que cuando se le preguntó por su evaluación del nivel de represión militar en la zona de Chongos, en comparación con otras áreas, él señaló que la represión militar fue ligera, rápida

y efectiva. “Los miembros de Sendero Luminoso fueron rápidamente capturados en esos lugares porque ‘nosotros’ sabíamos dónde se escondían, ¿no?”. Señaló que solo veinte personas habían sido asesinadas o desaparecidas y que eso afortunadamente fue suave en comparación con otras regiones. Agregó que estaba decepcionado por la rapidez con la que el potencial que pudo haber tenido las rondas para galvanizar a la comunidad y restablecer cierta disciplina se había derrumbado y disipado.

Para entonces me pude dar cuenta que Luz Goyzueta y Juvenal Chanco pertenecían a diferentes facciones del pueblo; por lo tanto, ambos tenían interés en darme a conocer versiones diferentes. En las elecciones municipales, Chanco había hecho campaña por un candidato a alcalde que pertenecía a la lista “legítima” de los comuneros; había tenido como opositores a los chonguinos que ostentaban el poder, que vivían en la ciudad y tenían títulos profesionales, que se habían convertido en “mistis”. Ahora que Chongos estaba en posesión de 5000 hectáreas adicionales, la lucha interna era por tratar de excluir a los pobladores que habían migrado, que tenían otras fuentes de ingresos y una menor necesidad de tierras. La facción de los comuneros, por lo tanto, estaba haciendo todo lo posible para rechazar cualquier influencia de la facción más poderosa y de clase media que tradicionalmente habían ocupado cargos de poder en el municipio y en la comunidad. Luz Goyzueta pertenecía a esta facción y trató de mantener su interés en los asuntos comunales. Su abuelo participó en la reactivación del cargo de *varayoc*.¹⁰

10. Don Marcial Soto, de 70 años, abuelo de Luz, me mostró la *vara* que había pertenecido a su papá. El padre de Marcial había pasado por todos los cargos hasta cumplir con ser alcalde. El mismo Marcial también había ocupado los cargos del nivel más bajo, como por ejemplo el de alcalde campo. La vara estaba hecha de madera negra de chonta y tenía cerca de un metro de alto, 6 centímetros de diámetro en la parte de arriba para terminar adelgazándose hasta una punta en la base. En la parte de arriba estaba decorada con aros de cobre y estaño que tenían diseños de estrellas y cruces. Le faltaba la punta de acero, con la cual la vara podía introducirse en la tierra, una tradición que se remontaba a tiempos coloniales. La vara era el símbolo de la autoridad y la obediencia. Marcial recuerda que cuando el alcalde o sus subalternos vigilaban el pueblo y encontraba algún desobediente u ocioso, plantaban la vara en la tierra cerca de la persona, y eso significaba castigo! Recibían azotes en la espalda con un látigo de tres puntas. Luego, la persona tenía que besar la mano de quien lo había zotado y hacer la señal de la cruz. A los subordinados jóvenes de los varayoc se les encargaban tareas específicas, por ejemplo entregar velas para la fiesta del santo patrón o lo

Sus respectivas evaluaciones del papel que había jugado Sendero Luminoso, difirieron al tratar de presentarme sus posiciones. Para Juvenal se trató de una incursión menor; para Luz hubo una mayor intervención y colaboración por los comuneros, para ambos y para todo el pueblo, fue un terrible desastre.

Finalmente, la tierra

Al día siguiente, Juvenal Chanco y el alcalde de Chongos se ofrecieron a llevarnos en un recorrido por las tierras que habían sido recuperadas. Juvenal tenía mucho interés en enseñarnos algunas muestras de arte rupestre que había en una cueva retirada cerca a un sitio fabuloso al lado del río, que podría ser desarrollado por la comunidad como un destino de ecoturismo para generar ingresos a la aldea. Después de todo, yo era el antropólogo que podía autentificar el arte rupestre antiguo, y además, tenía una movilidad. Para él fue como una ceremonia de toma de posesión de las tierras recientemente adquiridas. Conforme avanzábamos fue señalando hitos, formaciones rocosas, nombres de lugares, y “sitios históricos”. Manejamos varios kilómetros y luego estacionamos la Toyota Land Cruiser y comenzamos a caminar. Atravesamos varias estancias cercanas a ojos de agua donde se juntaban vacas y ovejas por la noche, y por donde pastoreaban durante el día vigiladas por pastores y perros bravos.

Desde que Chongos ocupa la tierra han tenido lugar importantes cambios en la estructura de las prácticas de pastoreo. Se han sacado todas las cercas de alambre, los rebaños ya no están más divididos por raza de alta calidad ni uniformizados por sexo y edad como en la época de la hacienda y de la SAIS, sino definitivamente mezclados. Había pocos ovinos y más vacunos, pero en el caso de las vacas se podía observar que no eran de buena calidad ni gozaban de muy buena salud. Juvenal señaló que las ovejas tenían un precio

que se necesitase para todo un año que duraba el cargo. Había diferentes tareas asociadas con cada cargo. Por ejemplo, aquellos que entraban en enero tenían que organizar el chaco de perdiz. El varayoc pedía permiso a la hacienda para entrar en sus tierras y toda la comunidad salía a cazar perdices. Era una gran diversión, como una fiesta. Las perdices se llevaban a Huancayo para ser presentadas a las autoridades de la ciudad y del gobierno como regalos. El sistema de alcaldes vara de autoridades autónomas fue reemplazado en la década de 1950.

muy bajo. Aun así, con el apoyo del gobierno, se había reservado una porción de tierra para una empresa comunal en la que se espera recuperar algunas de las tecnologías de la SAIS. Pensé, sin embargo, sin importar cuánta esperanza se tenga en las empresas comunales o con cuánta disciplina se las haga funcionar, que no estarían en condiciones de proporcionar una adecuada base de recursos para las numerosas familias comuneras.

Para mí era más importante el hecho de que las estancias no tenían “propietarios”. Por el contrario, cada una tendía a nuclearse en torno a un pastor de la ex SAIS que conocía bastante bien ese territorio en particular. Resultó que los animales pertenecían a varias personas, a menudo familiares, pero no siempre. Cada estancia se ha convertido en el centro de una especie de acuerdo cooperativo informal, con propietarios de animales diferentes y cambiantes. En ciertas ocasiones un amigo que necesita pastos se acercará al grupo y les sugerirá que incluyan a sus animales. Los propietarios del ganado pueden llegar a un acuerdo para compartir el área de la estancia y reunir a todos los animales bajo la dirección y el liderazgo de pastores experimentados. Los miembros de las familias comparten el tiempo de pastoreo de acuerdo con un estricto calendario elaborado con antelación, en el cual el número de días de pastoreo varía en proporción directa al número de animales mantenidos en la estancia. Es por ello que mientras conducíamos, vimos a tantas personas que iban y venían a pie o arreando burros cargados, incluso a escolares, uno de ellos leía su cuaderno mientras montaba en su burro.

Al llegar a la cima de un cerro tuvimos una vista panorámica que Juvenal aprovechó para señalar los límites históricos de las ex haciendas y explicar el actual embrollo de linderos. Las tierras recientemente adquiridas por Antapongo todavía no se habían dividido entre las cuatro comunidades y estaban bajo una copropiedad conjunta y algo caótica. Las divisiones tentativas y los límites preliminares que se habían establecido durante las discusiones de la desactivación eran inaceptables para Chongos y se negaron a acatarla. La razón era que esa propuesta daba a Chongos tierras proporcionalmente menores, muchas de las cuales se encontraban también a gran altitud, eran improductivas y no tenían agua. Chongos, en cambio, había propuesto una administración conjunta con igual acceso para las cuatro comunidades, arreglo con el cual una de las comunidades más pequeñas estaba de acuerdo hasta ese momento,

pero que fue rechazado por las otras dos. El conflicto de tierras con Huasicancha también era un factor que estaba retrasando el establecimiento de los linderos finales entre todas las comunidades; ya había dado lugar a un encuentro sangriento entre los dos pueblos y a varios procedimientos judiciales sin resolución a la vista. En un punto de nuestra caminata, tuvimos que desviarnos un poco porque Juvenal Chanco no quería que lo vieran para no provocar a un grupo de empleados de la ex SAIS que ha puesto una granja allí y que se oponían a ser absorbidos por la comunidad de Chongos. La situación era ciertamente caótica y Juvenal Chanco no estaba contento.

Chanco tampoco estaba contento por las consecuencias sociales y psicológicas de todo el proceso de recuperación. “El individualismo se ha vuelto endémico”, se quejó. En respuesta a un comentario que yo había escuchado una y otra vez, acerca de que el terrorismo había inducido a una falta de disciplina entre los comuneros, Juvenal estuvo tanto de acuerdo como en desacuerdo. El espíritu rebelde era lo que los había salvado, dijo, pero también se había convertido en un grave problema. Fue el espíritu de libertad el que los había llevado a resistir a Sendero Luminoso. Sin embargo señaló, “he llegado a la conclusión de que la gente aquí no solo quiere ser libre, quiere ser libertina”. Y continuó, “ya no hay obediencia, todos quieren mandar, nadie quiere obedecer”. “Aquí hay un fenómeno que se ha desarrollado a consecuencia de Sendero Luminoso”, señaló. “Nadie se atreve a enfrentar a nadie, o a ponerse fuerte con otra persona. Hay ese temor de que alguien va a demandar a la dirigencia por abuso de autoridad”.

Chanco tenía la teoría de que todas estas malas experiencias a la larga iban a enseñar a la gente a desarrollar un espíritu de cooperación. La reanudación, en forma secreta, del sistema de *varayoc* durante el tiempo de Sendero Luminoso gobernó el pueblo pudo haber tenido algo que ver con el restablecimiento de la disciplina local. Los *varayoc*, que ocuparon cargos civiles y religiosos en el pasado, fueron partidarios de una disciplina estricta y eran muy respetados. La reanudación fue parte de la búsqueda de “raíces” y de autenticidad para encontrar la manera de legitimar la autoridad que se había visto mellada. En materia de organización y disciplina había mucho que aprender de los abuelos, dijo. Claro, reconoció, que entiende que cada individuo quería aumentar sus existencias de animales, pero lo que no se veía era la relación entre la cantidad

y la calidad de los animales. Señalando una estancia nos dijo, “Todo conduce a la depredación de los pastos”. Señaló que la comunidad había decidido crear tres áreas para hacer rotación de pastos con el fin de combatir este fenómeno. Cuando la mayoría decidía que era momento de pasar a la zona más alta, muchos iban, aunque otros se quedaban porque era demasiado lejos. Así, mientras que en las asambleas todos estaban de acuerdo en imponer sanciones, multas y todo eso, aquellos que se negaban a cumplir se ponían lisos y nadie era capaz de aplicar las sanciones. La cuestión volvía a la asamblea. Una vez más, la decisión debatida interminablemente era que tenían que trasladarse, pero esta vez los que se resistían eran incluso más numerosos que antes, por lo que al final los dirigentes decidieron que la aplicación de decisiones impopulares era peor porque erosiona su legitimidad. De esta manera se decidió que era mejor “dejar que cada quien resuelva por sí solo”.

Juvenal describe cómo el proceso de dejar que cada uno tome su decisión estaba funcionando. Poco a poco, a medida que las zonas bajas se estaban sobrepoblando, aquellos que tenían más animales comenzaron a desplazarse a los pastos más lejanos de la zona alta, de esta manera los animales se repartían de manera más uniforme. Sin embargo, a partir de ahora, no han quedado áreas sin ocupar como para permitir que los pastos naturales se recuperen. Por esta razón, Juvenal tiene una muy ligera esperanza de que la experiencia y la experimentación a la larga les enseñen finalmente a los comuneros a administrar mejor las tierras que recién han recibido. Sin embargo, pensaba, tomará tiempo y primero tendrán que tocar fondo antes de que puedan ver la manera de salir de la tragedia que es tener pastos comunales con ganado de propiedad privada.

Cuando llegamos a la fabulosa formación rocosa cerca del murmullo del río, con bosquetes de arbustos nativos y árboles de queñua que se suponía debían ser un refugio para los venados silvestres, para descontento de Juvenal Chanco nos encontramos con que el espíritu libertino que había denunciado, una vez más había hecho de las suyas. Al lado y alrededor del antiguo arte rupestre, modernos comuneros habían añadido sus propios grafitis. Un corazón atravesado con flechas con los nombres de los enamorados había sido añadido al conjunto artístico.

En el camino de regreso, nos desviamos hacia la ex casa hacienda de Antapongo. Ahora era mi turno para relatar un cuento: me

acordé de cómo, cuando éramos niños, mi padre nos había contado que, hacía mucho tiempo, había pasado de noche por Antapongo y pidió que lo alojaran. Fue recibido amablemente por el administrador de la hacienda, un italiano, Mario Valfré. El interior era de lujo y mi padre pasó una noche gloriosa y confortable. La cena fue servida por un mayordomo impecablemente vestido de blanco y con guantes. ¡Todo esto en las altas punas! Juvenal mencionó luego que Marcial Soto, el abuelo de Luz (que había elaborado mantequilla en la hacienda), también tenía memoria del señor Valfré, el gringo italiano. Valfré nunca respondía cuando una persona le hablaba. Él seguía caminando, doblado hacia adelante (como con un andar de militar) y solo cuando se encontraba a una distancia significativa de la persona, respondía mirando hacia adelante. Toscana era su alma-cenero. Si Valfré quería complacer a alguien, gritaba, “Toscaaaaaaa, ah! Dale dos libras de coca”.

Le pregunté si era una persona desagradable. “No, siempre fue correcto, una persona fría, distante”. Él había estado en el ejército italiano y era su estilo de tratar a la gente.

Llegamos a Antapongo al atardecer. Junto a un lago teñido de color rosado por los rayos del sol que se estaba ocultando había una enorme ruina. El encalado todavía podía verse en las gruesas paredes de adobe, el contorno de lajas del patio de ceremonias, ahora cubiertas con una espesa hierba, era todavía visible. Juvenal tomó fotos y un poco después me llamó a su lado mientras hurgaba en torno a un edificio en ruinas cercano a los ahora inservibles establos. Juvenal dijo que el día en que todos llegaron a Antapongo para la distribución del ganado, él vio el saqueo a cierta distancia. Vio a una anciana escarbando en torno a donde estábamos ahora de pie. Le llamó la atención y caminó hasta donde ella estaba. “‘Aquí’, dijo: ‘¡Este es el lugar donde tuvieron preso a mi padre durante varias noches!’”.

Estábamos viendo los restos del coso, la cárcel de la hacienda. Juvenal me dijo que mucha gente debía haber acumulado un gran rencor en contra de la casa hacienda. La destrucción del lugar podría haber sido, de acuerdo con su reflexión, una reacción natural, un momento liberador y una compensación por todas las humillaciones y los abusos que habían sufrido en el pasado. “Por eso”, me dijo, “debe haber sido un placer para ellos saquear, desmantelar y destruir, ¿no?”.

Conclusiones

Resúmenes

En general, las reformas agrarias que tuvieron lugar en Latinoamérica entre 1960 y 1980 no hicieron mucho por transformar las sesgadas economías con ingresos sumamente desiguales y evidentes disparidades entre las zonas rurales y urbanas. No resolvieron los problemas de pobreza endémica, ni hicieron frente a la enorme explosión demográfica de la región, proporcionando más oportunidades de trabajo en el campo. Los esfuerzos de reforma tuvieron corta duración debido a que las oportunidades de actuar de los pocos líderes ilustrados, que estaban dispuestos y eran capaces de superar la resistencia a la expropiación de tierras, ocurrieron únicamente en raros momentos de efervescencia política. Las reformas a menudo estuvieron seguidas por contrarreformas. En el Perú, después de la reforma agraria se desarrolló una insurrección maoísta. En Chile, Nicaragua y El Salvador las reformas agrarias estuvieron asociadas con conflictos revolucionarios y contrarrevolucionarios, así como con la participación directa o indirecta de los Estados Unidos. En El Salvador y Nicaragua murieron muchas personas. En su conjunto, la reforma agraria, que empezó como una idea revolucionaria, se convirtió en una política conservadora promulgada como un paliativo para frenar posibles disturbios, o para proporcionarles a los soldados desmovilizados algo que hacer después de los conflictos.

En todas ellas, la distribución de la tierra, en el mejor de los casos, fue problemática. Se distribuyó muy poca tierra, y lo que se distribuyó fue a manos de los más acomodados de las clases más pobres. Los sectores beneficiados no recibieron apoyo suficiente o adecuado de parte de las burocracias que se mostraron torpes e

indiferentes, un problema que se agravó por un gasto público restringido. El trabajo agrícola colectivo en las cooperativas ha tendido a fracasar en los países latinoamericanos donde se aplicó, incluso en las cooperativas azucareras de Cuba.

Alain de Janvri, economista de Berkeley, cuya investigación general sobre las reformas y contrarreformas agrarias en América Latina en *The Agrarian Question* describe varios derroteros teóricos que estos movimientos podrían tomar; dice que en el Perú, la combinación de las reformas de Belaúnde y Velasco constituye un esfuerzo para pasar, en la sierra, de las haciendas precapitalistas a propiedades “junker” capitalistas o a propiedades de élite; y, en la costa, de las haciendas a explotaciones familiares (1981: 203-210). Sin embargo, a finales de la década de 1980, todas las formas de propiedades Junker y precapitalistas fueron desmanteladas por los propios campesinos convirtiéndose en minifundios. El caso del Perú se ajusta a la formulación teórica de “dualismo funcional” de Janvri que, dice él, explica la persistencia de un sector agrícola capitalista familiar combinado con un sector semiproletario de base campesina, capaz de reducir los costos de mano de obra y de producir alimentos baratos para los mercados urbanos. La reforma agraria en el Perú ha fortalecido al campesinado, una clase social que los marxistas y especialistas en desarrollo de Occidente habían visto como una clase condenada a desaparecer. De Janvri llega a la conclusión que “[...] es poco probable que en el futuro cercano ocurran nuevas reformas agrarias en Latinoamérica” (1981: 223).

A medida que se inicia el siglo XXI, existen pistas que indican que el retorno a las reformas agrarias podría ser posible. En Brasil, el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) está obligando a la expropiación de haciendas para distribuir las entre personas sin tierra, quienes, a continuación, crean pequeñas explotaciones familiares o cooperativas. Venezuela está expropiando tierras y creando cooperativas en ellas; Evo Morales, el presidente indígena populista de Bolivia, habló en agosto de 2006 acerca de la necesidad de aplicar la reforma agraria en la selva oriental del país. ¿Se puede decir que esto presagia una nueva ola de reformas? En el momento de escribir este documento, no parece ser el caso, puesto que estos ejemplos son tentativos. Sin embargo, en la costa peruana está ocurriendo una concentración de la tierra, que intensificará la presión si no se desarrollan formas de empleo alternativas para los

pobres rurales. Surgirán otras cuestiones que se pondrán en primer plano para caldear los debates políticos y las protestas en las zonas rurales: los mercados libres abiertos suscritos por el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), el Tratado de Libre Comercio de Centroamérica (TLCC) y el MERCOSUR traen consigo el flujo de productos agrícolas básicos a través de las fronteras nacionales con bajos aranceles que inducen una mayor competencia globalizada y que afectarán la agricultura familiar de pequeña escala en todo el continente. Las políticas de establecimiento de precios para los productos agrícolas, la protección frente a la competencia desde el exterior, así como los derechos de los trabajadores, son cuestiones que están en el orden del día de este nuevo siglo. En México y en el Perú las reformas neoliberales tratan de disolver los ejidos y las comunidades campesinas, respectivamente. A medida que avanza la descentralización, las comunidades han perdido el vínculo directo que tenían con el gobierno central, el cual, durante un siglo, les brindó alguna medida de protección. Sin duda, la potencial movilización para reconfigurar esta situación está en la agenda.

No obstante, en los estudios contemporáneos no se resalta de manera suficiente un aspecto de las reformas agrarias latinoamericanas claramente ilustrado por el caso peruano y puesto de relieve en este libro, esto es: el hecho de que la tierra terminase predominantemente en manos de los pequeños agricultores no fue una decisión de los reformistas, sino la acción autónoma de sus beneficiarios. En las etapas finales de la reforma agraria en el Perú, Nicaragua, Honduras y El Salvador, gran parte de las tierras del Estado fueron tomadas por los campesinos mediante actos pacíficos de desobediencia civil, los cuales iban a contracorriente de los modelos o diseños teóricos contenidos en las intenciones de sus respectivos gobiernos de concentrar la tierra, mantener o ampliar el uso de tecnologías automatizadas con tendencias al monocultivo agroindustrial. La reforma agraria ya no está en agenda del orden neoliberal que se ha convertido en hegemónico en el hemisferio desde que los ajustes estructurales, la privatización y la reducción de las funciones del Estado se han convertido en los modelos económicos dominantes que acompañan a los regímenes políticos democráticos. La tierra reformada es ahora predominantemente cultivada en pequeñas propiedades familiares individuales privadas, que en gran medida luchan contra las condiciones adversas del mercado, con la competencia lo-

cal y extranjera y con la falta de capital. El trabajo asalariado rural ha perdido sus beneficios, sus sindicatos y la capacidad de negociar colectivamente o frenar la tendencia de la caída de los salarios. Se ha convertido en eventual y se ha feminizado. La seguridad social para los trabajadores rurales y para los campesinos es un gran deseo sin cumplir. El capitalismo rural ya no necesita expandirse bajo la forma exclusiva de propiedades que concentran la tierra, sino que puede apoyarse en la subcontratación y tercerización de servicios agrícolas para externalizar los costos y las obligaciones, descargándolos en los hogares rurales para que sean estos los que absorban las externalidades en medio de condiciones adversas de mercado.

Muchos campesinos en Latinoamérica están cultivando café, mangos, espárragos y brócoli cada vez más para el “comercio justo”, y los trasladan vía aérea a los mercados urbanos de los EE. UU., yo los compro por solidaridad. Combinan la producción de subsistencia con la producción para el mercado, la búsqueda de empleo temporal y la migración a las ciudades en sus propios países e —ilegalmente— al extranjero. La ideología neoliberal que sustituyó a la del estado nacionalista y la planificación social, ahora protege la propiedad privada como un dogma sagrado. Alienta la inversión extranjera, cree en las virtudes del mercado autorregulado en un campo de juego desigual, le sigue la pista a la creación de riqueza sin preocuparse acerca de cuán injustamente está distribuida. El caso de Perú no es una excepción a estas deprimentes conclusiones. La pobreza rural en el Perú golpea más a las zonas más altas, y dentro de estas zonas, a los indígenas a pesar de la drástica reforma agraria.

¿Se hubieran podido conseguir resultados diferentes? Rosemary Thorpe y su colega de la Universidad de Oxford, Geoffrey Bertram, destacados historiadores de la economía peruana, desarrollan una visión histórica más larga en su libro *Perú 1890-1977: Growth and Policy in an Open Economy*. En él señalan cómo, en cierto modo, en los años 1970, el gobierno militar tuvo la oportunidad de cambiar la economía dependiente de las exportaciones hacia un camino más autónomo de desarrollo en vista de las poderosas limitaciones externas, pero que, sin embargo, no lograron hacerlo:

Tal vez la lección más importante del experimento peruano es que no es suficiente para un gobierno tener los sentimientos correctos (si es que podemos describir el gobierno de Velasco de esta manera con

relación al desarrollo autónomo). Los modelos demasiado simplificados de la realidad social corren el riesgo de, por un lado, desplazar simplemente el foco del conflicto social a la vez que, por otro lado, dejan intactas las debilidades económicas esenciales. (1978: 319)

Otros historiadores de ese periodo mencionan la indecisión, la “falta de confianza”, la improvisación y la forma en la que los colegas militares de Juan Velasco se volvieron temerosos del comunismo como para aislarlo y expulsarlo. Como era un solitario, la revolución de Velasco estaba inconclusa cuando se enfermó y perdió el control.

No obstante, gracias a Velasco el sistema de hacienda es historia tanto en la sierra como en los valles de la costa. Si bien la hacienda “feudal” serrana ya estaba en decadencia, la reforma de Velasco la liquidó para siempre. Derrumbar un *Ancién regimen* requiere acción política, incluso si se está desmoronando. En las tierras fértiles con riego de la costa, una mezcla más saludable de medianas propiedades compiten con un combativo grupo de beneficiarios de la reforma agraria que tienen parcelas muy pequeñas donde producen cultivos alimenticios para la ciudad (Lima) y para la exportación. En la sierra, los hacienda *runa* (trabajadores indígenas; lit. Personas, en quechua) ahora son comuneros libres y ciudadanos que votan desde 1979, cuando la Constitución eliminó el requisito de ser alfabetos para poder votar. En el Perú, las personas indígenas aún no son ciudadanos con plenos derechos; no obstante, son ciudadanos. Durante el régimen militar los pobladores rurales peruanos participaron en muchas federaciones campesinas clasistas, mientras que en Ecuador durante ese tiempo, el mismo grupo demográfico comenzó a construir un movimiento político indígena que superó a las organizaciones rurales del Perú. Los campesinos peruanos le arrebataron las tierras a las cooperativas y a las SAIS, pero desafortunadamente sus movimientos no desarrollaron opciones más allá del objetivo inmediato de conseguir la tierra. Tampoco las centenarias comunidades campesinas —sin duda las más claras beneficiarias de la reforma en la sierra— capitalizaron sus logros para construir una base política comunera más fuerte. Consiguieron la tierra pero no mucho más. Otro síntoma de la inacabada revolución peruana fue que las federaciones campesinas no fueron capaces de construir instituciones duraderas y de convertirse en una importante fuerza política o en un partido. No obstante, en cualquier lugar a donde

uno va hoy en el Perú, uno tiene que empezar por los efectos que la reforma agraria ha tenido en la escena local. A menudo trae sorpresas. En Cajamarca, cuando en 1986 estuve recorriendo la zona con una ONG que trabajaba sobre los problemas del agua, nos encontramos en un lugar en el que un agricultor estaba construyendo un impresionante sistema de microrriego para cultivar hortalizas. Estaba instalando en su casa un tanque y tuberías para captar el agua de la lluvia desde el techo. Este hombre había sido *yanacóna* de una hacienda y había obtenido a través de la reforma agraria la tierra caliza que ahora estaba mejorando con mucho esfuerzo.

Hugo Neira, el periodista autor de *Cuzco: Tierra y muerte* (1964, 2008), más tarde tuvo la oportunidad de reflexionar sobre las tendencias de su país desde lejos, mientras que era profesor de sociología en Tahití. En *Hacia la tercera mitad: Perú XV-XX*, escribió que el “velasquismo separa el antes y el después de la vida peruana. No es una ruptura, es la ruptura (1996: 421, énfasis mío).

Continúa señalando que fue el momento en que coincidieron estado, nación y clases populares. Si esa ruptura requirió un método de arriba hacia abajo, tecnocrático, de mano dura y autoritario para presionar por el cambio marchando a la acción a tambor batiente, se pregunta Neira, ¿qué tipo de sociedad política teníamos antes, que necesitó una restauración del tipo Meiji aplicada por los militares? “El velasquismo fue nuestra cuasi reforma Meiji. Faltaron samuráis, es decir una élite de hierro, con continuidad en el tiempo, y honestidad”. (1996: 427). Al igual que Pancho Guerra, el entusiasta velasquista mencionado en el capítulo 1, Hugo Neira afirma también que “sin la distribución de la tierra [de Velasco], los Andes hoy serían senderistas” (1996: 428). Se trata de una afirmación retórica a la que no se puede responder, al igual que el pretendido argumento de Mario Vargas Llosa, (según Neira) de que el izquierdismo de Velasco abrió el camino a Sendero Luminoso. Esta es una guerra de palabras, pero no una enunciación analítica. Sin embargo, la cuestión planteada desde la izquierda y la derecha sobre la relación que pueda haber entre el gobierno de Velasco y el surgimiento y la posterior derrota de Sendero Luminoso, requiere algún tipo de debate que será, sin duda, afinado a medida que más investigaciones sobre el impacto de Sendero Luminoso aporten nuevas ideas.

Es cierto que una de las consecuencias del régimen de Velasco fue el crecimiento de una izquierda política en el Perú (Hinojosa

1998: 68). En las elecciones de 1979, 30% de los peruanos votó por la izquierda. Surgieron muchos grupos políticos de izquierda y trataron de proponer plataformas únicas, pero al mismo tiempo se enfrascaron en agrias disputas entre ellos, tan gravemente que al final se desvanecieron todos juntos a fines de la década de 1990. En las décadas 1980 y 1990, la mayoría de los grupos de izquierda abrazó plataformas democráticas y electorales aunque algunos conservaron su tono radical. Otros se pasaron a un modelo centrista de eurocomunismo o de socialismo electoral, incluso buscaron alianzas con partidos centristas. Solo muy pequeñas fracciones de los grupos maoístas más extremos optaron por la lucha armada.

Los grupos políticos maoístas crecieron en Latinoamérica y en el Perú después de la división chino/soviética en la década de 1960. El maoísmo fue atractivo para los peruanos por su afirmación de que es posible saltar al socialismo directamente desde el feudalismo, como lo habían hecho en China, sin tener que atravesar por una etapa capitalista de desarrollo. Los campesinos podrían, de acuerdo con el argumento maoísta, convertirse en la vanguardia revolucionaria, los muchos movimientos campesinos que acompañaron a la reforma agraria fueron interpretados como índices de su potencial revolucionario. Una vez que Velasco estableció relaciones diplomáticas con la China comunista, algunos intelectuales peruanos, entre ellos Abimael Guzmán, jefe de una fracción de un partido maoísta en la Universidad de Ayacucho, visitaron ese país durante la Revolución Cultural. La cruel violencia y la intransigencia de los jóvenes la Guardia Revolucionaria impresionaron a los visitantes peruanos. Sin embargo, para muchos radicales en el Perú, el discurso del presidente Mao era un recurso retórico que ellos mismos no practicaban realmente; Abimael Guzmán fue el único que decidió seguir su ejemplo para dar inicio a una versión ayacuchana de la “larga marcha”, que reclutaría un ejército de campesinos revolucionarios en una guerra para derrocar al gobierno podrido de Lima. El fenómeno Sendero Luminoso, que se produjo como resultado de esto, parecía, tal como señala en *La utopía desarmada* (1994) el erudito mexicano y político Jorge Castañeda, uno totalmente nuevo y peligroso en comparación con las corrientes y tendencias anteriores de la izquierda en el resto de Latinoamérica. Sendero Luminoso tampoco fue una revuelta étnica india, aunque académicos observadores de Europa y EE. UU. inicialmente lo pensaron así cuando

comenzaron a circular informes sobre la violencia en Ayacucho. La visión de indios enfurecidos matando a sus terratenientes en un exceso justificado había aterrorizado la imaginación de las elites peruanas durante décadas, y había sido utilizada por los progresistas para justificar la necesidad de la reforma agraria. Una variante de esa imagen inicialmente influyó en los observadores extranjeros acerca de Sendero Luminoso.

Si uno mira a la Latinoamérica de ese periodo, uno puede ver que las dictaduras militares provocaron luchas armadas contra ellas. Por ejemplo, el auge de la insurgencia armada de Los Montoneros en la Argentina ocurrió en 1977 en contra el gobierno militar de extrema derecha de Videla. Al contrario de Videla, Morales Bermúdez optó por terminar el régimen de los militares. En América Central tuvieron lugar tres luchas armadas contra dictaduras de extrema derecha: la revolución armada sandinista en Nicaragua (1979-90) contra Somoza; la casi derrota de la extrema derecha por el FMLN (Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional) en El Salvador (1979-91); y los movimientos guerrilleros del Ejército de los Pobres y las Fuerzas Armadas Revolucionarias en Guatemala, en los que participaban campesinos y grupos indígenas rebeldes que sufrieron enormes pérdidas humanas entre 1980-1981, cuando el entonces presidente, general Efraín Ríos Montt llevó a cabo una feroz campaña de tierra arrasada contra ellos. Esos movimientos lucharon contra las dictaduras militares extremadamente corruptas y reaccionarias que marcaron la “segunda ola” de las insurgencias armadas en Latinoamérica (Castañeda 1994: 90). También vale la pena mencionar que en los años 1960 en estos tres países no se aplicó ninguna significativa reforma agraria (la reforma agraria de Guatemala fue derrotada en 1954 porque afectó los intereses de los propietarios y a la compañía estadounidense United Fruit). Si el argumento es que las dictaduras militares engendraron levantamientos guerrilleros, entonces hay más ejemplos de dictaduras de extrema derecha que los provocaron, que de regímenes militares de izquierda moderada, como el de Velasco en el Perú o el de Omar Torrijos (1968-1981) en Panamá. En este último caso, no surgió ninguna guerrilla.

La experiencia peruana también puede compararse con el caso colombiano. En Colombia no se llevó a cabo ninguna reforma agraria significativa y surgieron varios movimientos guerrilleros que siguen en actividad, aunque esas guerrillas no se enfrentaron

a un régimen militar. Sin las tímidas reformas de Belaúnde en los años 1960 y las más drásticas expropiaciones de Velasco en los años 1970, hipotéticamente, el Perú podría haber tomado el camino de Colombia, donde los propietarios formaron sus propios ejércitos paramilitares para defender sus propiedades de campesinos y guerrilleros. En Colombia, el tráfico ilícito de drogas se convirtió en un tercer elemento en la fórmula; en el Perú, tanto Sendero Luminoso como el MRTA (Movimiento Revolucionario Túpac Amaru) sacaron ventaja de la corrupción del narcotráfico para llenarse los bolsillos, como también es el caso de Colombia. ¿Grupos paramilitares armados por los terratenientes peruanos podrían haber detenido las espontáneas toma de tierra de los campesinos o habrían exacerbado los conflictos armados? El problema, afortunadamente, nunca se planteó. Por lo general los levantamientos campesinos en el Perú a lo largo de todo el periodo de cuarenta años fueron movimientos sociales pacíficos que utilizaron la desobediencia civil como táctica. Excepcionalmente recurrieron a la violencia pero nunca al uso de las armas. Los terratenientes peruanos no se armaron en contra de los campesinos ni “desaparecieron” a sus dirigentes con la complicidad del gobierno. El gobierno de Velasco no le disparó a nadie durante su reforma agraria.

Lo que está implícito en el argumento acerca de que sin Velasco, Sendero Luminoso habría estado rodeando Lima, es que para los observadores de la década de 1990, Sendero Luminoso fue muy violento y aparentemente invencible. El horror de Mario Vargas Llosa, novelista y político conservador, no solo se imaginaba a los ejércitos campesinos del presidente Gonzalo (de Abimael Guzmán) rodeando Lima, sino que también pensaba que toda la nación estaría atrapada en una situación de violencia generalizada. Ese pesimismo estuvo tan impregnado en la novela de Mario Vargas Llosa, *La historia de Mayta* (1984), en la que describe el deterioro del Perú de aquellos tiempos, que la novela termina con una terrible fantasía ubicada en el futuro: una incursión de un ejército boliviano - chileno desde el sur se une a una invasión militar ecuatoriana desde el norte, ambos apoyados por los Estados Unidos, para poner fin a la insurgencia. Esa visión no se hizo realidad porque Sendero Luminoso fue derrotado doce años después de levantarse en armas. Culpar a los marxistas o a sus padrinos militares de izquierda por el problema, es algo que uno puede hacer solo después de que el miedo se ha disipado.

Pancho Guerra y Hugo Neira se limitaron en su caso a decir que los campesinos no estaban dispuestos a unirse a la insurgencia de Sendero Luminoso como grupo porque ya se habían liberado de la opresión de la hacienda y se les había entregado la tierra. El mismo argumento también se ha sostenido, con razón, respecto al fracaso del intento del Che Guevara de iniciar una revolución guerrillera en Bolivia; allí, en 1967, mientras que la CIA y el ejército boliviano estaban buscando al Che y a los cubanos, los campesinos no estaban interesados en apoyar o unirse a la insurgencia guerrillera después de la reforma agraria del MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario) de 1952.

El caso de la SAIS Cahuide descrito en el capítulo 6, revela otro ángulo. Los insurgentes se aprovecharon de la situación caótica de la SAIS con la idea de profundizar sus causas a través de movimientos tácticos, pero Sendero Luminoso no ganó nada provocando su colapso. La investigación de José Luis Rénique en Puno (2004) muestra igualmente que una alianza entre las federaciones campesinas, los agentes del gobierno, los partidos de izquierda, los sacerdotes Maryknoll y los civiles en la ciudad de Ayaviri, Puno, logró derribar a la supercooperativas y, a la vez, impedir que las fuerzas de Sendero Luminoso ganaran terreno en esa zona.

La incómoda verdad, sin embargo, es que un abominable ciclo de violencia siguió rápidamente al régimen militar de Velasco y Morales Bermúdez. El periodo de incubación de Sendero Luminoso tuvo lugar durante los once años de los militares y el primer acto público de los insurgentes fue quemar las ánforas con votos del pueblo de Chuschi, en el departamento de Ayacucho en 1980, con el retorno de la democracia. Sendero Luminoso se inició en Ayacucho, ahí tuvieron la oportunidad de reclutar militantes cuando, en 1969, surgió efervescente un sentimiento antivelasquista en la ciudad de Huanta, tan solo ocho meses después del golpe de Estado. Se trataba de una protesta en contra del decreto de Velasco que abolió la gratuidad de la enseñanza. Estudiantes y profesores se organizaron y la policía reprimió el movimiento con violencia tanto en la ciudad de Huanta como en Ayacucho. Muchos profesores se convirtieron en enemigos acérrimos del régimen militar y es posible que algunos se hayan sumado a los senderistas. Más adelante, en los años 1980, el partido Vanguardia Revolucionaria (VR) se dividió en facciones, provocando la desertión de algunos miembros que habían ayudado

a promover tomas de tierras en las haciendas de Andahuaylas entre 1973 y 1974. Los disidentes estaban molestos porque sus dirigentes, según decían, habían capitulado y negociado con los militares, desalentando el potencial revolucionario que los radicales, pensaban, estaban fomentando entre los campesinos. El más conocido converso al senderismo fue Julio César Mezzich quien desapareció de la escena y se presume que está muerto (Mallon 1998).

Los enredos tácticos y las enemistades locales provocaron una década de violencia en gran parte de la zona sur - central de Perú, en particular en la región de Ayacucho (Kirk 1997, Theidon 2004, Comisión de la Verdad y la Reconciliación 2004), así como un número sin precedentes de asesinatos a través de reacciones encarnizadas y violentas de los cuadros de Sendero Luminoso contra dirigentes campesinos que se suponía debían ser reclutados para su gloriosa causa. La violencia que presenciábamos inicialmente nos pareció a muchos importada de China por los maoístas, y la represión, una importación norteamericana - chileno - argentina de hacer guerra sucia de parte de los militares. Los campesinos y los civiles en general, estuvieron atrapados y sufrieron inmensamente, tanto entonces como posteriormente; este sufrimiento en sí mismo desató también oleadas de violencia sin precedentes en el ámbito local entre la población civil. Las razones que permiten entender esto van más allá del alcance de este libro, ni las ficciones de Vargas Llosa, ni la airada respuesta de Hugo Neira o Pancho Guerra ayudan a responder esta pregunta. Pero hay un ejemplo concreto que todo peruano debe recordar. Los comuneros quechua-hablantes de Huaychao y Uchuraccay en Ayacucho, liberados de la hacienda del mismo nombre por un acto de la reforma agraria, actuaron de acuerdo con el *papá gobierno* en enero de 1983, asesinando violentamente a miembros de Sendero Luminoso cuando estos últimos llegaron a la comunidad para darles órdenes, quitarles ovejas y conminarlos a que no fueran al mercado ni vendieran sus productos debido a que la revolución maoísta necesitaba hacer languidecer de hambre a las ciudades (Del Pino 2003). Ellos respondieron a la violencia perpetrada en su contra con una violencia intrépida propia, en lugar de acobardarse. Esperando una represalia, al día siguiente los comuneros de Uchuraccay dieron muerte por error a ocho periodistas (que buscaban informar sobre este acto) pensando que eran senderistas. Ese error les costó muy caro a los comuneros

porque la sociedad peruana se vio consternada y escandalizada. Sendero Luminoso, el ejército y la sociedad civil se vengaron en Uchuraccay. Las matanzas y asesinatos continuaron, testigos desaparecieron y los cuerpos nunca fueron encontrados. Sendero en un mensaje de radio en 1983 difundido desde Huanta dijo que “las muertes de los mártires del periodismo no quedarán impunes, sino que los culpables caerán bajo la justicia popular” (DESCO, *Resumen Semanal*, 1983:7). Más aún, el Estado también reaccionó primero con una Comisión Investigadora cuyo informe fue redactado por Mario Vargas Llosa, y después judicialmente. Tres comuneros fueron llevados ante un tribunal en Ayacucho, y luego otra vez a un segundo en Lima, cuando el primero fue declarado fallido. Uno de los condenados murió en prisión de tuberculosis. Pero lo peor de todo fue el debate que el caso suscitó en los círculos intelectuales, en el que se resaltaba que los comuneros de Uchuraccay eran, al fin de cuentas unos ignorantes y salvajes habitantes de un “Perú Profundo” según Mario Vargas Llosa, que buscó exonerar a los comuneros de esa manera al decir que ese era un lugar muy odioso (Mayer 1992). Al gobierno y a sus fuerzas armadas les tomó seis años más reconocer que sus empobrecidos, analfabetos y desarticulados campesinos no eran comunistas, sino más bien aliados valiosos capaces de luchar contra los maoístas.

Sueños y pesadillas

Uchuraccay fue una pesadilla, y la pesadilla golpeó más fuerte a los antropólogos peruanos porque nos llamaron para explicarla. El debate que entrampó a los antropólogos a favor y en contra de lo que había ocurrido o sobre cómo entender este hecho, fue ciertamente de pesadilla.

Carlos Iván Degregori, antropólogo de mi generación, pasó muchos años en la Universidad de Ayacucho combinando la enseñanza con la militancia política. Se trasladó a Lima para enseñar en la Universidad de San Marcos, se convirtió en el principal estudioso de la violencia política en el Perú y en un analista de los estudios antropológicos en el Perú. En una historia de nuestra disciplina *No hay país más diverso: compendio de Antropología Peruana*, afirma que la antropología marxista y la esencializada antropología cultural estructuralista andina, entraron en crisis total cuando se enfrentó a

la violencia política de la década de 1980: “Esa crisis tuvo un nombre emblemático: Uchuraccay” (Degregori 2000: 47). Uchuraccay también se convirtió en mi propia pesadilla en la medida que fui consciente de que se había iniciado un ciclo de violencia en el Perú. Pasé un año angustiado escribiendo un artículo en inglés en el que analizaba qué es lo que había ido mal en el Perú, las razones de una situación como la de Uchuraccay (Mayer 1992) y porqué fuimos incapaces de darnos cuenta de qué es lo que estaba pasando allí.

En la década de 1970, los análisis económicos y marxistas de clase inspiraban la mayoría de los estudios sobre la reforma agraria en el Perú contemporáneo y los efectos que esta tenía en esos años. En esos momentos era un enfoque razonable e interesante, como lo testifican ampliamente las notas de los capítulos precedentes que usan y citan esos trabajos. Sin embargo, hay algo que falta en esos análisis: las personas como seres humanos, sensibles, racionales e irracionales al mismo tiempo, delimitadas por la cultura y buscando otros horizontes simultáneamente; actores comprometidos con un proceso que involucra sus energías, sus emociones, sus pasiones y sus instintos más bajos. Estos aspectos están ausentes en tantos cuadros e índices estadísticos, fotocopias, informes gubernamentales y descargas de páginas web —tan tediosos para leer sobre la reforma agraria peruana— que atiborran mi estudio. De manera que cuando llegué a concebir este libro, después de muchos intentos fallidos, decidí centrarme en las personas. Mi método iba a ser el testimonio; mi recurso, las memorias; el resultado final, una colección de cuentos hilvanados por el tema general de la reforma agraria. Espero que lo que era estéril sea ahora algo vívido.

Ya he indicado en el prefacio que en ciertos momentos los actos de evocación se tornan en malos sueños, en parte debido a la intensidad que implica el revivir los estados emocionales, pero también debido a que cuando se recuerdan los sueños, estos tienen una estructura narrativa en la que el “Yo” ve al “Yo” en el sueño disociado, y al mismo tiempo, estrechamente vinculado a la misma persona. Como en los sueños, y no obstante de manera diferente, en el acto de evocación un puente emocional vincula los eventos presentes con los pasados. Pero al hacer memoria, al reunir remembranzas a través de testimonios, las evocaciones, la escritura de memorias, la poesía, el teatro, la ficción o al hacer historia, se entra en contacto con los sueños solo por asociación o referencia. Sin un contenido

emotivo, las memorias pierden su poder evocador. Las revoluciones, dado que son momentos en los que las emociones son intensas, pueden ser evocadas años después.

No todos los sueños son malos sueños, y el sueño como metáfora es también apropiado en el estudio de la reforma agraria, ya que, como Martin Luther King se percató tan bien, la gente tiene sueños visionarios de una vida mejor y de la posibilidad de superar las condiciones de opresión contra las que lucha. Ninguna reforma agraria puede existir sin un sueño de lo que será en el futuro, ningún político o tecnócrata puede comprometerse en una política o programa sin una imagen del futuro. Lamentablemente, la utopía tecnocrática de Velasco fue anodina, mal definida y desabrida. En la acción, se alimentó más de la venganza y del odio que en la construcción de una mañana de solidaridad. Hugo Neira (1996: 432) recuerda al “Estado de Velasco como un monstruo frío, un ogro filantrópico” (esta última es una paráfrasis de Julio Cotler). Las utopías agrarias y los sueños del futuro fueron ideados desde hace mucho por los pensadores mesiánicos de la década de 1930. Los lugartenientes de Velasco solo ejecutaron planes fríos sin contenido emocional o sin una imaginativa visión de las cosas que están por venir. Del mismo modo, el líder de Sendero Luminoso, Abimael Guzmán, nunca esbozó cómo sería su “estado de una nueva democracia”. Ambas fueron revoluciones sin humor; ambas se alimentaron de odio y ambos definieron enemigos de clase.

Nostalgia

Prestar atención a los estados emocionales de las personas a medida que recuerdan eventos personales tiene sus peligros. La empatía puede obnubilar los ojos de la mente con lágrimas de simpatía. La intensidad de la emoción revivida y compartida sin duda carece de objetividad. La gran cantidad de historias conmovedoras puede conducir al patetismo o, peor aún, a la sensiblería. El melodrama es un género muy apreciado en las telenovelas latinoamericanas, pero estas se repiten sin cesar debido a la necesidad de ver llorar a los actores. Para mí, el coleccionar recuerdos, el involucrarme emocionalmente en cada historia, se convirtió en un obstáculo para tratarlas, clasificarlas, ordenarlas u olvidarlas. Hurgar en las emociones de otros puede volverse adictivo y he pasado diez años haciendo esto mientras trataba de convertirlos en texto.

Ahora que estas historias van a la imprenta, unas palabras de precaución. Una deriva del hecho de que yo seguí los acontecimientos peruanos mientras residía en los Estados Unidos. Sí, viví en Perú durante los años de Velasco, quiero mencionar que este texto se ha teñido por la nostalgia y mi imaginación de lo que podría haber sido mi vida de no haber decidido proseguir mi carrera académica en los Estados Unidos, y si me hubiera quedado en el Perú viviendo las tumultuosas y tenebrosas décadas que siguieron al régimen del general. ¿Siento nostalgia por los días de Velasco? ¡No!, pero si siento nostalgia por el terruño y por el ceviche, igual que cualquier otro emigrante.

El otro asunto es que no he escrito esto con la intención de iniciar una “moda retro” para reciclar la revolución de Velasco a medida que nos acercamos al 40 aniversario de la reforma agraria. “Retro” es un rasgo de la cultura de consumo. Periódicamente recicla viejas modas, música, estilos de baile o diseños de autos. Sucede hoy en día en Alemania Oriental con las invocaciones nostálgicas de su cultura comunista en el humor de películas como *Goodbye Lenin* (Becker 2003). En la Venezuela actual de Hugo Chávez existen muchas alusiones en la retórica, la praxis y la cultura a las revoluciones latinoamericanas conducidas por fuertes caudillos militares —no solo Bolívar, también puedo ver cuánto Chávez imita a Velasco. Dado que muchos piensan que es mejor olvidar toda la revolución de Velasco, en este libro he pretendido traerla de nuevo a la conciencia de los lectores de hoy. Pero la advertencia que deseo enfatizar es que al evocar el periodo, lo bueno, lo malo y lo feo estén igualmente representados. El régimen de Velasco todavía no ha sido historizado y las opiniones siguen profundamente divididas. Y en el Perú los políticos tienden también a reciclarse. ¡Tengan cuidado!

El último cuento

Carlos Iván Degregori, como miembro de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, escuchó muchos testimonios terribles. En Lima en diciembre de 2006, me contó este:

La guerra vino a Umaru y Bellavista en el río Pampas de Ayacucho en los años 1980. Viene Sendero, viene el ejército, y ambos causaron

desolación. Sendero Luminoso controlaba la parte alta de esa zona; el ejército, la parte baja; y la gente de Umaru y Bellavista estaban en medio de los dos. No sabían a dónde ir, porque si no se iban hacia arriba, a los territorios liberados, Sendero los hubiera perseguido diciéndoles “colaboradores” *yana uma* (cabezas negras). Si no se iban a la parte baja, el ejército los hubiera amenazado señalándolos como terrucos (terroristas). Ahí la guerra fue terrible y el pueblo estuvo abandonado durante muchos años.

Entonces, esta es la historia de una pequeña familia que, así como la sagrada familia de la Biblia (pero en este caso una pareja con una niña) salen de este horror, porque nadie se quedó en el pueblo. Cuando yo volví, lo que vi fue terrible, y no te voy a contar sobre eso, porque es demasiado terrible. Pero la familia huyó, diciendo, “Vamos a Huamanga” (la capital de Ayacucho).

Y cuando llegan a Huamanga no conocen a nadie, salvo a la hija de su antiguo hacendado. Ella era una profesora universitaria progresista y amiga mía. Era su madre la que había sido la patrona. Desde hacía tiempo que había dejado de cobrarles alquiler o pedirles servicios personales. Pero la única casa que conocían en la ciudad era la de ellos y fueron recibidos por la hija del hacendado. Y ahí, si bien recibieron protección, la familia que había huido era tratada con esa extraña mezcla de trato humano combinado con esa distancia social que separa a los mestizos de los indios.

Y yo me acuerdo que fui a visitar a mi amiga, la profesora, poco tiempo después, y encontré a la niña viendo televisión (la familia le pusieron nombre de “reforma agraria” al televisor y a la refrigeradora porque fue lo que compraron con lo poco que el gobierno les dio después de la expropiación). Y era la clásica situación, la niña creía que había pequeñas muñecas y animalitos dentro de la caja y buscaba detrás del televisor tratando de descubrir cómo los habían encerrado. Pero lo conmovedor del cuento es que la familia que huyó, se había dirigido a buscar a su patrona, la mamita de la antigua hacienda, y ahí encontraron protección sin cuestionamientos.

Bibliografía

ALEGRÍA, Ciro

1941 *El mundo es ancho y ajeno*. Santiago: Ediciones Ercilla.

ALLENDE, Isabel

1983 *La casa de los espíritus*. Barcelona: Plaza y Janés.

ANRUP, Roland

1990 *El taita y el toro: En torno a la configuración patriarcal del régimen hacendario cuzqueño*. Estocolmo: Departamento de Historia, Universidad de Gotemburgo; Instituto de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Estocolmo.

ARCE ESPINOZA, Elmer

1983 *La reforma agraria en Piura: 1969-1977*. Lima: Centro de Estudios para del Desarrollo y la Participación (CEDEP).

ARGUEDAS, José María

1941 *Yawar fiesta*. Lima: CIP.

1964 *Todas las sangres*. Buenos Aires: Editorial Losada.

1976 *Temblar; El sueño del pongo*. La Habana: Casa de las Américas.

ATUSPARIA, Pedro (seudónimo)

1977 *La izquierda y la reforma agraria peruana*. Lima: Círculo de Estudios Artemio Zavala.

AUZEMERY, C., y Michel ERESUE

1986 "El proceso de parcelación de las cooperativas agrarias del valle de Cañete". *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos* 15(1-2):179-205.

- BAELLA TUESTA, Alfonso
1976 *El poder invisible*. Lima: Editorial Andina.
- BANCO LATINO (ed).
1997 *La hacienda en el Perú: Historia y Leyenda*. Lima: Ediciones PEISA.
- BARRACLOUGH, Solon L., y Arthur DOMIKE
1964 "Agrarian Structure in Seven Latin American Countries".
Land Economics 42(4):391-424.
- BAYLY, Jaime
1996 *Los últimos días de La Prensa*. Lima: PEISA.
- BECKER, Wolfgang (dir.)
2003 *Goodbye Lenin* (film). Germany: Sony Classics.
- BEDOYA, Ricardo
1992 *100 años de cine en el Perú: Una historia crítica*. Lima: Universidad de Lima.
1997 *Un cine reencontrado: Diccionario ilustrado de las películas peruanas*. Lima: Universidad de Lima.
- BERG, Ronald H.
1994 "Peasant Responses to Shining Path in Andahuaylas". En *Shining Path of Peru*. D.S. Palmer, ed. pp. 83-104. Nueva York: St. Martin's Press.
- BLANCO, Hugo
1972a *Land or Death: The Peasant Struggle in Peru*. Nueva York: Pathfinder Press.
1972b *Tierra o muerte: Las luchas campesinas en Perú*. México: Siglo XXI.
- BOADA, Hugo
1991 *PRODERM Acciones de desarrollo y cambios en Anta*. Cusco: Convenio Perú-Holanda/Comunidad Económica Europea.
- BONFIGLIO, Giovanni
1986 "Gestión empresarial y cooperativas de la costa". En *El problema agrario en debate*; SEPIA I. B. Revesz, E. Grillo, y R.

- Montoya, eds., pp. 181-200. Lima: Seminario Permanente de Investigación Agraria.
- BOURRICAUD, François
1967 *Cambios en Puno: Estudios de sociología andina*. México: Instituto Indigenista Interamericano.
- BURENIUS, Charlotte
2001 *Testimonio de un fracaso Huando: Habla el sindicalista Zózimo Torres*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- CABALLERO, José María
1978 *Los eventuales en las cooperativas costeñas peruanas: Un modelo analítico*. Lima: Departamento de Economía, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- CABALLERO, José María
1980 "El fracaso del modelo agrario militar". En *Realidad del campo Peruano después de la reforma agraria: 10 Ensayos críticos*. CIC, ed., pp. 67-104. Lima: CIC, Centro de Investigación y Capacitación
- 1981a *Economía Agraria de la sierra peruana antes de la reforma agraria de 1969*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- 1981b *From Belaúnde to Belaúnde: Peru's Military Experiment in Third-Roadism*. Centre of Latin American Studies and Wolfson College, Cambridge University.
- CABALLERO, José María y Elena ÁLVAREZ
1980 *Aspectos cuantitativos de la reforma agraria (1969-1979)*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- CABALLERO MARTÍN, Víctor
1979 "Historia de las haciendas de la División Ganadera de la Cerro de Pasco". En *Campesinado y capitalismo: Ponencias en el primer seminario sobre campesinado y proceso regional en la sierra central*. Huancayo: Instituto de Estudios Andinos, pp. 101-118.
- 1981 *Imperialismo y campesinado en la sierra central*. Huancayo: Instituto de Estudios Andinos.

- 1986 "La Crisis de las Empresas Asociativas en el Agro Puneño". En *Perú: El Problema Agrario en Debate*; SEPIA I V. Gómez, B. Revesz, E. Grillo, y R. Montoya, eds. Lima: Seminario Permanente de Investigación Agraria SEPIA, pp. 123-152.
- 1990a "El modelo asociativo en Junín y en Puno: Balance y perspectivas del problema de la tierra". En *La reforma agraria peruana, 20 años despues*. A. Fernández y A. Gonzales, eds. Chiclayo: Centro de Estudios Sociales Solidaridad, pp. 97-130.
- 1990b "La realidad de la reestructuración de las empresas asociativas en Puno". En *Puno tierra y alternativa comunal: experiencias y propuestas de política agraria*. D. Zuirta y V. Caballero Martín, eds. Lima: Tarea, pp. 135-157.
- CALLE E., Rigoberto
 1989 *Evolución de la ovinocultura en el Perú en su relación con la tenencia de la tierra*. Seminario Permanente de Investigación Agraria SEPIA, Cusco. No publicado.
- CANAL CCARHUARUPAY, José F.
 1976 *Movilización social en la Pampa de Anta*. Tesis para obtener el título de Bachiller. Universidad Nacional San Antonio Abad del Cusco.
- CARTER, Michael R.
 1984 "Resource Allocation and Use under Collective Rights and Labor Management in Peruvian Coastal Agriculture". *Economic Journal* 94:826-846.
- 1985 "Parcelación y productividad del sector reformado: cuestiones teoricas y una eficiente alternativa institucional mixta". En *Las parcelaciones de las cooperativas agrarias del Perú*. A. Gonzalez y G. Torre, eds. Chiclayo: Centro de Estudios Sociales Solidaridad, pp. 303 -310.
- CARTER, Michael R., y Elena ALVAREZ
 1989 "Changing Paths: The Decollectivization of Agrarian Reform Agriculture in Coastal Peru". En *Searching for Agrarian Reform in Latin America*. W. Thiesenhusen, ed. Boston: Allen y Unwin, Pp. 156-187.

- CASTAÑEDA, Jorge
1993 *Utopia Unarmed: The Latin American Left After the Cold War*. Nueva York: Vintage Books.
- CASTRO POZO, Hildebrando
1924 *Nuestra comunidad indígena*. Lima: Editorial El Lucero.
1936 *Del Ayllu al cooperativismo socialista*. Lima: Biblioteca de la revista de economía y finanzas.
1947 *El yanacónaje en las haciendas piuranas*. Lima: Compañía de Impresiones y Publicidad SA.
- CAYCHO, Hernán
1977 *Las SAIS de la sierra central*. Lima: ESAN, (Escuela de Administración de Negocios) Departamento de Investigación.
- CENCIRA-Holanda, PRODERM, CENCICAP ANTA
1979 *Plan de desarrollo de Antapampa, diagnóstico*. Cusco, pp. 355.
1980 *Las áreas asociativas en las comunidades campesinas de Anta*. Cusco, pp. 82.
- CHAMBI, Martín
2002 *Martín Chambi 1920-1950*. Textos: Mario Vargas Llosa y Pablo López Mondéjar. Barcelona: Lunwerg Editores.
- CIC, ed.
1980 *Realidad del campo Peruano después de la reforma agraria: 10 ensayos críticos*. Lima: CIC, Centro de Investigación y Capacitación
- CLEAVES, Peter S., y Martin SCURRAH
1980 *Agriculture, Bureaucracy and Military Government in Peru*. Ithaca: Cornell University Press.
- COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN (CVR)
2004 *Informe final: Perú, 1980-2000*. Lima: Comisión de la Verdad y Reconciliación, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- CONFEDERACIÓN CAMPESINA DEL PERÚ
1979 *Programa y Plataforma de lucha CCP*. Lima: Confederación Campesina del Perú.

DEERE, Carmen Diana

1990 *Household and Class Relations: Peasants and Landlords in Northern Peru*. Berkeley: University of California Press.

1992 *Familia y relaciones de clase: El campesinado y los terratenientes en la sierra norte del Perú, 1900-1980*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

DEGREGORI, Carlos Iván

1990 *Ayacucho 1969-1979: El surgimiento de Sendero Luminoso*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

DEGREGORI, Carlos Iván, ed.

2000 *No hay país más diverso: Compendio de antropología peruana*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Universidad del Pacífico, Instituto de Estudios Peruanos.

DORNER, Peter

1992 *Latin American Land Reforms in Theory and Practice: A Retrospective*. Madison: The University of Wisconsin Press.

EGUREN, Fernando

1988 "Revisión y balance de los estudios sobre reestructuración de empresas agrarias asociativas". En *Perú: Problema agrario en debate* SEPIA II. F. Eguren, R. Hopkins, B. Kervyn, y R. Montoya, eds. Pp. 197- 240. Ayacucho: Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga.

1990 "La reforma agraria y el nuevo orden en el campo". En *La reforma agraria peruana, 20 años después*. A. Fernández y A. Gonzales, eds. Chiclayo: Centro de Estudios Sociales Solidaridad, pp. 19-36.

ed.2006a *Reforma agraria y desarrollo rural en la región andina*. Lima: Centro Peruano de Estudios Sociales (CEPES).

2006b "Reforma agraria y desarrollo rural en el Perú". En *Reforma agraria y desarrollo rural en la región andina*. F. Eguren, ed. Lima: Centro Peruano de Estudios Sociales (CEPES), pp. 11-32.

FAVRE, Henri

1967 "Evolución y situación de la hacienda tradicional de la región de Huancavelica". En *La hacienda, la comunidad y el campesino en el Perú*. J.M. Mar, ed. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, pp. 105-139.

- FERNÁNDEZ, Ángel
1985 "La reforma agraria no fracasa, tampoco los campesinos, lo único que fracasa es la cooperativa". En *Las parcelaciones de las cooperativas agrarias del Perú*. A. González y G. Torre, eds. Chiclayo: Centro de Estudios Sociales Solidaridad, pp. 271-303.
- FERNÁNDEZ, Ángel, y Alberto GONZALES
1990 *La Reforma Agraria Peruana, 20 Años después*. Chiclayo: Centro de Estudios Sociales Solidaridad
- FIGALLO, Flavio, y Juan F. VEGA
1988 "ANAPA: ¿Qué clase de gremio y gremio de qué clase?" *Debate Agrario* (2):51-69.
- FIORAVANTI, Eduardo
1974 *Latifundio y sindicalismo agrario en el Perú: El caso de los valles de La Convención y Lares (1958-1964)*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- FITZGERALD, E. V. K.
1976 *The State and Economic Development: Peru since 1968*. Cambridge: Cambridge University Press.
- FLORES GALINDO, Alberto
1986 "El horizonte utópico". En *Estados y naciones en los Andes: Hacia una historia comparativa: Bolivia-Colombia-Ecuador-Perú*. J.P. Deler y Y. Saint-Geours, eds. Lima: Instituto de Estudios Peruanos Instituto Francés de Estudios Andinos, pp. 519-570.
- 1991 *La agonía de Mariátegui*. Madrid: Editorial Revolución.
- FONSECA MARTEL, César
1975 "Comunidad, hacienda y el modelo SAIS". *América Indígena* xxv(2):349-366.
- FORD, Thomas R.
1962 *Man and Land in Peru*. Gainesville: University of Florida.
- FRANCO, Carlos, Rolando AMES et. ál., ed.
1983 *El Perú de Velasco*. Lima: Centro de Estudios para del Desarrollo y la Participación (CEDEP).

GARCIA HURTADO, Federico (dir.)

- 1971 *Tierra sin patrones (documental)*. Perú: SINAMOS.
- 1972 *Huando* (documental). Perú: SINAMOS.
- 1977 *Kuntur Wachana* (Donde nacen los cóndores) (filme). Perú.
- 1980 *Laulico* (filme). Perú: Producciones Cinematográficas Kausachum Perú S.A. Pilar Roca.
- 1981 *El Caso Huayanay: Testimonio de parte*. Perú: Producciones Cinematográficas Kausachum Perú S.A. Pilar Roca.
- 1984 *Túpac Amaru* (filme). Perú: Cinematográfica Kuntur S.A.

GARCÍA SAYÁN, Diego

- 1982 *Tomas de tierras en el Perú*. Lima: DESCO.

GOGOL, Nicolai

- 1987 *Almas muertas*. tr, revisada de Irene Tchernova. Madrid: Aguilar.

GOLS, José

- 1988 “La Parcelación de las Empresas Asosiativas de la Costa Peruana (el caso de valle de Cañete)”. En *Peru: el Problema Agrario en Debate*; SEPIA II. F. Eguren, R. Hopkins, B. Kervyn, y R. Montoya, eds. Lima: Seminario Permanente de Investigación Agraria, pp. 241-259.

GONZALES, Alberto

- 1990 “El agro asociativo en el Perú, veinte años después”. En *La reforma agraria peruana, 20 años después*. A. Fernández y A. Gonzales, eds. Chiclayo: Centro de Estudios Sociales Solidaridad, pp. 37-57.

GONZALES DE OLARTE, Efraín

- 1984 *Economía de la comunidad campesina: Aproximación regional*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- 1987 *Inflación y campesinado: comunidades y microrregiones frente a la crisis*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

- GOTT, Richard
2002 "Solon Barraclough: The man behind the land reform programmes in 1960's Latin America whose work became essential to the anti-globalization movement". En *The Guardian*. Londres.
- GRUPO CULTURAL YUYACHKANI, ed.
1983 *Alpa Rayku* (libreto teatral). Lima: Grupo Cultural Yuyachkani, CIED.
- GUILLET, David
1979 *Agrarian Reform and Peasant Economy in Southern Peru*. Columbia University of Missouri Press.
- GUTIÉRREZ, Miguel
1991 *La violencia del tiempo* (3 vol.). Lima: Milla Batres.
- GUTIÉRREZ SAMANÉZ, José Carlos
1969 *La actividad económica en la comunidad de Egego-Chakan*. Tesis para obtener el título de Bachiller Universidad Nacional de San Antonio Abad del Cusco.
- HANDELMAN, Howard
1975 *Struggle in the Andes: Peasant Political Mobilization in Peru*. Austin: The University of Texas Press.
- HARDIN, Garrett
1968 "The Tragedy of the Commons". *Science* 162:1243-48.
- HERNÁNDEZ DE AGÜERO, José
2001 *La Promesa*. Lima: Jaime Campodónico.
- HERRERA HIDALGO, Mario
1994 *El proceso social de tenencia de tierras en el Valle Sagrado de los Incas: Caso Waran*. Tesis para obtener el título de bachiller: Universidad Nacional San Antonio Abad del Cusco.
- HINOJOSA, Ivan
1998 "On Poor Relations and the Nuveau Riche: Shining Path and the Radical Peruvian Left". En *Shining and Other Paths*. S. Stern, ed. Durham: Duke University Press, pp. 84-127.
- HINTON, William
1966 *Fanshen; a documentary of revolution in a Chinese village*. Nueva York: Vintage Books.

HOBBSBAWM, Eric J.

1963 *Primitive rebels, studies in archaic forms of social movement in the 19th and 20th centuries*. Nueva York: Praeger.

1969 "A case of neo-feudalism: La Convención, Perú". *Journal of Latin American Studies* 1(1):31-50.

HORTON, Douglas

1976 "Haciendas and Cooperatives: A Study of Estate Organization, Land Reform and New Reform" *Enterprises*. Vol. Ph.D. Ithaca: Cornell University.

INTER-AMERICAN COMMITTEE FOR AGRICULTURAL DEVELOPMENT

1966 *Tenencia de la tierra y desarrollo socio-económico del sector agrícola: PERU*. Washington, DC: Unión Panamericana.

IZCUE, Nora, de (dir.)

1973 *Runan Caycu* (documental). 38 minutos. Perú.

JACOBSEN, Nils

1993 *Mirages of Transition: The Peruvian Altiplano, 1780-1930*. Berkeley: University of California Press.

JANVRI, Alain, de

1981 *The Agrarian Question and Reformism in Latin America*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

JURADO, Joel, Corinne VALDIVIA, y Juan PICHIHUA

1986 "SAIS de la sierra: aciertos, fracasos y alternativas". En *Priorización y desarrollo del sector agrario en el Perú*. A. Figue-roa, ed. Pp. 305-324. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fundación Friedrich Ebert.

KAPSOLI, Wilfredo

1975 *Movimientos campesinos en Cerro de Pasco: 1880-1913*. Huancayo: Instituto de Estudios Andinos.

1977 *Los movimientos campesinos en el Perú: 1879-1965*. Lima: Delva Editores.

KAY, Cristóbal

1997 *The Complex Legacy of Latin America's Agrarian reform*. La Haya: Institute of Social Studies.

- KERVYN, Bruno
1988 "La economía campesina en el Perú: Teorías y políticas". En *Perú: El problema agrario en debate* SEPIA II. F. Eguren, R. Hopkins, B. Kervyn, y R. Montoya, eds. Lima: Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga.
- 1989 "Campesinos y acción colectiva: La utilización del espacio en comunidades de la sierra Sur del Perú". *Revista Andina* 7(1):7-83.
- KIRK, Robin
1997 *The Monkey's Paw*. Amherst: University of Massachusetts Press.
- KLAREN, Peter F
1973 *Modernization, Dislocation, and Aprismo; Origins of the Peruvian Aprista Party, 1870-1932*. Austin: University of Texas Press.
- KOROVKIN, Tanya
1990 *Politics of Agricultural Co-operativism: Peru 1969-1983*. Vancouver: University of British Columbia Press.
- KRULJT, Dirk
1989 *La revolución por decreto*. Lima: Mosca Azul Editores.
- 1994 *Revolution by Decree: Peru, 1968-1975*. Amsterdam: Thela.
- LASTARRIA-CORNHIEL, Susana
1989 "Agrarian Reforms of the 1960s and 1970s in Peru". En *Searching for Agrarian Reform in Latin America*. W. Thiesenhusen, ed. Boston: Allen & Unwin, pp. 127-155.
- LASTARRIA-CORNHIEL, Susana, y Grenville BARNES
1999 *Formalizing Informality: The Praedial Registration System in Peru*. Madison: Land Tenure Center, University of Wisconsin.
- LEHMANN, David, ed.
1974 *Agrarian Reform and Agrarian Reformism: Studies of Peru, Chile, China and India*. Londres: Faber and Faber.
- LETTTS, Ricardo
1981 *La izquierda peruana: Organizaciones y tendencias*. Lima: Mosca Azul Editores.

- LOWENTHAL, Abraham, ed.
 1975 *The Peruvian Experiment: Continuity and Change under Military Rule*. Princeton: Princeton University Press.
- LUXEMBURG, Rosa
 1937 *Reform or Revolution* Trans. Integer. Nueva York: Three Arrows Press.
- MALKOVITCH, John (dir)
 2002 *The Dancer Upstairs* (filme). EE. UU.: Fox Searchlight Pictures.
- MALLON, Florencia
 1983 *The Defense of Community in Peru's Central Highlands: Peasant Struggle and Capitalist Transition, 1840-1940*. Palo Alto, California: Stanford University Press.
 1998 "Chronicle of a Path Foretold? Velasco's Revolution, Vanguardia Revolucionaria, and 'Shining Omens' in the Indigenous Communities of Andahuaylas". En *Shining and Other Paths*. S. Stern, ed. Durham.
- MALPICA, Carlos
 1968 *Los dueños del Perú*. Lima: Edición Ensayos Sociales.
- MANRIQUE, Nelson
 1987 *Mercado interno y región: La Sierra Central 1820-1930*. Lima: DESCO.
 1988 *Yawar mayu: Sociedades terratenientes serranas, 1879-1910*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos, DESCO.
 1989 "La década de la violencia". *Márgenes* III(5/6):137-183.
 1990-91 "Time of Fear". *NACLA Report on the Americas* XXIV(4).
 1998 "The War for the Central Sierra". En *Shining and Other Paths*. S. Stern, ed. pp. 193-223. Durham: Duke University Press.
 2002 *El tiempo del miedo: La violencia política en el Perú 1980-1996*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

MARIÁTEGUI, José Carlos

1928 *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Biblioteca Amauta.

1979 *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* prólogo, Aníbal Quijano; notas y cronología, Elizabeth Garrels. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

MARTÍNEZ ALIER, Joan

1973 *Los huacchilleros del Perú: dos estudios de formaciones sociales agrarias*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Ruedo Ibérico.

1977a "Relations of Production in Andean *haciendas*: Peru". En *Land and Labour in Latin America*. K. Duncan y I. Rutledge, eds. Pp. 141-164. Cambridge: Cambridge University Press.

1977b *Haciendas, Plantations and Communities*. London: Frank Cass.

MARTÍNEZ ARELLANO, Héctor

1980 "Las Empresas asociativas agrícolas peruanas". En *Realidad del campo peruano después de la reforma agraria: 10 ensayos críticos*. C.d.I.y.C. CIC, ed. Lima: CIC, Centro de Investigación y Capacitación, pp. 105-150.

1990 *Reforma agraria peruana: Las empresas asociativas altoandinas*. Lima: Centro de Estudios para del Desarrollo y la Participación (CEDEP).

MARTÍNEZ, Daniel, et ál.

1989 *El agro costeño: empresas asociativas, realidad y desafíos*. Lima: Centro de Estudios para del Desarrollo y la Participación (CEDEP).

MASTRO, Marco, del

1979 *Luchas campesinas Cuzco: 1945-1980*. Lima: Centro Peruano de Estudios Sociales (CEPES).

MATOS MAR, José

1976 *Yanaconaje y reforma agraria en el Perú*. Lima: Instituto the Estudios Peruanos.

- MATOS MAR, José, y José MANUEL MEJÍA
1980 *La reforma agraria en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- MATTO DE TURNER, Clorinda
1973 *Aves sin nido*. Lima: Promoción Editorial Inca SA (PEISA).
- MAYER, Dora
1984 *La conducta de la compañía minera del Cerro de Pasco*. Lima: Fondo Editorial Labor
- MAYER DE ZULEN, Dora
1913 *Coduct of the Cerro de Pasco Mining Company*. Lima: Imprenta El Progreso.
- MAYER, Enrique
1992 "Peru in Deep Trouble: Mario Vargas Llosa's 'Inquest in the Andes' Reexamined". En *Rereading Cultural Anthropology*. G.E. Marcus, ed. Durham, N.C.: Duke University Press, pp. 181-219.
- 2004 *Casa, chacra y dinero: Economías domésticas y ecología en los Andes*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- 2006 "Vicos as a Model: A Retrospective. Sustainability and Development: Lessons from Vicos, Peru" Cornell University, Ithaca, sept. 8-9.
- McCLINTOCK, Cynthia
1981 *Peasant Cooperatives and Political Change in Peru*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- McCLINTOCK, Cynthia, y Abraham LOWENTHAL, eds.
1983 *The Peruvian Experiment Reconsidered*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- MEJÍA, José Manuel
1992 *Cooperativas azucareras: Crisis y alternativas*. Lima: Cambio y Desarrollo.
- MÉNDEZ, María Julia
1982 "Las cooperativas agrarias de producción y las parcelaciones: situación actual y perspectivas". En *Situación actual y perspectivas del problema agrario en el Perú*. F. Eguren, ed. Lima: DESCO, pp. 95-136.

- 1986 "Cooperativas agrarias y parcelación en la costa peruana". En *Priorización y desarrollo del sector agrario en el Perú*. A. Figueroa and J. Portocarrero, eds. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fundación Friedrich Ebert, pp. 253-303.
- MONGE, Carlos
- 1988 "Características y representatividad de los gremios empresariales agrarios" *Debate Agrario* (2):25-50.
- MONTOYA, Rodrigo
- 1974 *La SAIS Cahuiide y sus contradicciones*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- 1989 *La lucha por la tierra, reformas agrarias y capitalismo en el Perú del siglo XX*. Lima: Mosca Azul Editores.
- 1997 *El tiempo del descanso*. Lima: Sur Casa de Estudios del Socialismo.
- MONTOYA, Rodrigo, Luis MONTOYA y Edwin MONTOYA
- 1987 *La sangre de los cerros: Antología de la poesía Quechua que se canta en el Perú*. Lima: Centro Peruano de Estudios Sociales (CEPES), Mosca Azul Editores, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- NAIPAUL, V. S.
- 1990 *India: A Million Mutinies Now*. Nueva York: Viking.
- NEIRA, Hugo
- 1964 *Cuzco: Tierra y muerte, reportaje al sur*. Lima: Problemas de Hoy.
- 1968 *Los Andes: Tierra o muerte*. Madrid: Editorial ZYX S.A.
- 1974 *Huillca: Habla un campesino peruano*. Lima: Ediciones PEISA.
- 1996 *Hacia la tercera mitad: Perú XVI-XX*. Lima: Fondo Editorial SIDEA.
- 2008 *Cuzco: Tierra y Muerte*. Lima: Editorial Herética.

- NUGENT, David
 1997 *Modernity at the Edge of Empire*. Palo Alto, Calif.: Stanford University Press.
- OROZA, Jorge
 1990 "Los problemas de gestión de las cooperativas azucareras". En *La reforma agraria peruana, 20 años después*. A. Fernández y A. Gonzales, eds. Pp. 211-272. Chiclayo: Centro de Estudios Sociales Solidaridad
- ORTIZ ESPINAR, Manuel, y Carlos CRUZ MONTERO
 1991 *Estructura de poder en la SAIS Túpac Amaru I Ltda*. Tesis para obtener el grado de Licenciatura. Universidad Nacional del Centro.
- ORWELL, George
 2000 *Rebelión en la granja*. tr de Rafael Abella, Lima: Bibliotex
- PALMER, David Scott
 1973 *Revolution from Above: Military Government and Popular Participation in Peru*. Ithaca: Cornell University.
- PANIAGUA GÓMEZ, Genaro
 1984 "Anta: Toma de tierras y la vía campesina de desarrollo". *Centro de Publicaciones de Antropología* 5, Universidad Nacional San Antonio Abad del Cusco.
- PATCHETT, Ann
 2001 *Bel Canto*. Nueva York: Harper and Collins.
- PEASE, Henry
 1977 *El ocaso del poder oligárquico: Lucha política en la escena oficial 1968-1975*. Lima: DESCO.
- PEASE, Henry, y Alfredo FILOMENO
 1982 *Perú 1980: Cronología política*. Vol.. 9. Lima: DESCO.
- PELOSO, Vincent C.
 1999 *Peasants on Plantations: Subaltern Strategies of Labor and Resistance*. Durham: Duke University Press.
- PINO, Ponciano, del
 2003 "Uchuraccay: Memoria y representación de la violencia política en los Andes". En *luchas locales, comunidades e*

identidades. Ponciano del Pino y E. Jelen, comp. pp. 11-62. Buenos Aires: Siglo XXI.

POBLETE TRONCOSO, Moisés.

1938 *Condiciones de vida y de trabajo de la población indígena del Perú*. Geneva: International Labor Organization.

POOLE, Deborah

1988 "Landscape of Power in a Cattle-Rustling Culture of Southern Andean Peru". *Dialectical Anthropology* (12):367-398.

1994 "Performance, Domination, and Identity in the *Tierras Bravas* of Chumbivilcas (Cusco)". En *Unruly Order: Violence, Power, and Cultural Identity in the High Provinces of Southern Peru*. D. Poole, ed. Pp. 97-132. Boulder, Colo.: Westview Press.

POZO-VERGNES, Ethel, del

2004 *De la hacienda a la mundialización: Sociedad, pastores y cambios en el altiplano peruano*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Instituto Francés de Estudios Andinos.

QUINTANILLA, Lino

1981 *Andahuaylas, la lucha por la tierra (testimonio de un militante)*. Lima: Mosca Azul Editores.

RÉNIQUE, José Luis

1991 *Los sueños de la sierra: Cusco en el siglo XX*. Lima: Centro Peruano de Estudios Sociales (CEPES).

2004 *La batalla por Puno*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Casa de Estudios del Socialismo, Centro Peruano de Estudios Sociales (CEPES).

REVESZ, Bruno

1982 *Estado, algodón y productores agrarios*. Piura: CIPCA.

RIESCO, Laura

1994 *Ximena de dos caminos*. Lima: PEISA.

RIMANAKUY

1987 *Rimanakuy '86: Hablan los campesinos del Perú*. Cusco: Centro de Estudios Rurales Andinos Bartolomé de las Casas.

- RIVERA MARTÍNEZ, Edgardo
1993 *País de Jauja*. Lima: La Voz.
- ROBERTS, Bryan R., y Carlos SAMANIEGO
1978 "The Evolution of Pastoral Villages and the Significance of Agrarian Reform in the Highlands of Central Peru". En *Peasant Cooperation and Capitalist Expansion in Central Peru*. N. Long y B.R. Roberts, eds. Austin: University of Texas Press, pp. 241-264.
- ROBLES GODOY, Armando (dir.)
1970 *La muralla verde* (filme). Perú: Amaru Producciones Cinematográficas S.A.

1973 *Espejismo* (filme). Perú: Procine.
- ROCA PUCHANA, Andrea
1990 *La mujer y las tomas de tierra - Anta*. Tesis para obtener el título de bachiller. Universidad Nacional San Antonio Abad del Cusco.
- RONCAGLIOLO, Santiago
2006 *Abril rojo*. Madrid: Alfaguara.
- RUBÍN DE CELIS, Emma
1977 *Las CAP de Piura y sus contradicciones*. Piura: CIPCA.

1978 *¿Qué piensa el campesino de la reforma agraria? Caso Piura*. Piura: CIPCA.
- SAENZ, Moisés
1933 *Sobre el indio peruano y su incorporación al medio nacional 1933*. México: Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública.
- SALDÍVAR, Ramón (César BENAVIDES)
1974 "Agrarian Reform and Military Reformism in Perú" En *Agrarian Reform and Agrarian Reformism: Studies of Peru, Chile, China and India*. D. Lehmann, ed. Londres: Faber and Faber, pp. 25-70.
- SÁNCHEZ, Rodrigo
1981 *Toma de tierras y conciencia política campesina: Las lecciones de Andahuaylas*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

- 1989 "Las SAIS de Junín y la alternativa comunal". *Debate Agrario* 7:85-101.
- SANGINÉS, Jorge (dir.)
1969 *Yawar Mallku* (filme). Bolivia: Ukumarú Lta.
- SAULNIERS, Alfred H.
1988 *Public Enterprises in Peru: Public Sector Growth and Reform*. Boulder, Colo.: Westview Press.
- SCORZA, Manuel
1970 *Redoble por Rancas*. Barcelona: Editorial Planeta.
1972 *Historia de Garabombo el invisible*. Barcelona: Editorial Planeta.
1977a *El jinete insomne*. Caracas: Monte Ávila Editores.
1977b *El cantar de Agapito Torres*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- SCOTT, James C.
1985 *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*. New Haven, Conn.: Yale University Press.
- SCURRAH, Martin, ed.
1987 *Empresas asociativas y comunidades campesinas: Puno después de la reforma agraria*. Lima: GREDES.
- SELIGMANN, Linda J.
1995 *Between Reform and Revolution: Political struggles in the Peruvian Andes*. Palo Alto, Calif.: Stanford University Press.
- SERVICIOS EDUCATIVOS PROMOCIÓN Y APOYO RURAL (SERPAR)
1992 *Cifras y cronología de la violencia política en la región central del Perú (1980-1991)*. Huancayo: Servicios Educativos Promoción y Apoyo Rural.
- SHAKESPEARE, Nicholas
1995 *Dancer Upstairs*. Londres: Harvill Press.
- SMITH, Gavin
1989 *Livelihood and Resistance: Peasants and the Politics of Land in Peru*. Berkeley: University of California Press.

STARN, Orin

- 1991 "Sendero, soldados y ronderos en el Mantaro" *Quehacer* 74:60-68.
- 1998 "Villagers at Arms: War and Counterrevolution in the Central-South Andes" En *Shining and Other Paths*. S. Stern, ed. Durham. N.C.: Duke University Press, pp. 224-260.
- 1999 *Nightwatch: The Politics of Protest in the Andes*. Durham, N.C.: Duke University Press.

STEPAN, Alfred C.

- 1978 *The State and Society: Peru in Comparative Perspective*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.

TANAKA, Martín

- 2001 *Participación popular en políticas sociales. ¿Cómo y cuándo es democrática y eficiente, y por qué también puede ser lo contrario?* Lima: CIES Consorcio de Investigación Económico Social/ Instituto de Estudios Peruanos.

TELLO, María del Pilar

- 1983 *¿Golpe o Revolución? Hablan los militares del 68*. Lima: Ediciones Sagsa.

TERKEL, Studs

- 1971 *Hard Times: An Oral History of the Great Depression*. Nueva York: Avon.

THEIDON, Kimberly

- 2004 *Entre prójimos: El conflicto armado interno y la política de reconciliación en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

THIESENHUSEN, William, ed.

- 1989 *Searching for Agrarian Reform in Latin America*. Boston: Allen & Unwin.

THORNDIKE, Guillermo

- 1976 *No, mi general*. Lima: Mosca Azul Editores.

THORPE, Rosemary y Geoffrey BERTRAM

- 1988 *Perú 1890 -1977: Crecimiento y políticas en una economía abierta*. Lima: Mosca Azul Editores, Fundación Friedrich Ebert, Universidad del pacífico

- TRIVELLI, Carolina
1992 “Reconocimiento legal de comunidades campesinas: Una revisión estadística”. *Debate Agrario* 14:23-39.
- UGARTECHE, Óscar
1999 *Babilonia la grande*. Lima: Alfaguara eds.
- UNIVERSITY OF WISCONSIN-MADISON, LAND TENURE CENTER LIBRARY
1974 “Agrarian Reform in Latin America: An Annotated Bibliography Compiled by the Staff at the Land Tenure Center Library”. *Land Economics Monographs* I y II (N.º 5).
- VALDERRAMA, Mariano
1976 *7 años de reforma agraria peruana: 1969-1976*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- VALDERRAMA, Ricardo, y Carmen ESCALANTE
1986 “La hacienda vista por un pongo huancavelicano”. *Quehacer* (41):103-110.
- VALDIVIA, Corinne
1983 *A Comparative Analysis of Capital Accumulation in to Peruvian Sheep Associative*. Enterprises, University of Missouri-Columbia.
- VALDIVIA, Corinne, y Juan PICHUHUA
1986 “El Proceso de acumulación de capital, desarrollo y contradicciones internas de las SAIS de la Sierra Central”. En *Perú: El Problema Agrario en Debate*; SEPIA 1. V. Gómez, B. Revesz, E. Grillo, y R. Montoya, eds. Lima: Seminario Permanente de Investigación Agraria, pp. 153-180.
- VALERIO LAUREANO, Jonatán Homer
1985 *Reivindicación de tierras de la comunidad campesina de San Juan de Ondores 1979-1980*. Tesis para obtener el título de Bachiller. Universidad Nacional del Centro del Perú.
- VARGAS CHAMBI, Iván
1990 *Las empresas comunales: ¿Fracaso o desarrollo? Empresa comunal de la comunidad de Tambo Real: Organización, desarrollo y eficacia*. *Zurite Anta*. Tesis para obtener el título de Bachiller. Universidad Nacional de San Antonio Abad del Cusco.

- VARGAS LLOSA, Mario
1984 *La historia de Mayta*. Barcelona: Editorial Seix Barral.
1993 *Lituma en los Andes*. Barcelona: Planeta.
- VELÁSQUEZ BENÍTEZ, Orlando
1998 *Reto final del agro azucarero peruano*. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, Facultad de Ciencias Sociales.
- VERA ARDILES, Alberto
1972 *Cambios dirigidos en la comunidad de Equeqo-Chakan*. Tesis para obtener el título de Bachiller. Universidad Nacional de San Antonio Abad del Cusco.
- VILLANUEVA, Víctor
1967 *Hugo Blanco y la rebelión campesina*. Lima: Editorial Juan Mejía Baca.
- WATTERS, Raymond. F.
1994 *Poverty and Peasantry in Peru's Southern Andes*. Londres: Mc Millan Press.
- WOLF, Eric y Sydney MINTZ
1955 "Haciendas and Plantations in Middle America and the Antilles". *Social and Economic Studies* 6(33):380-412.
- YAMBERT, Karl
1989 "The Peasant Community of Catacaos and the Peruvian Agrarian Reform". En *State, Capital and Rural Society: Anthropological Perspectives on Political Economy in Mexico and the Andes*. B.S. Orlove, M.W. Foley, y T.F. Love, eds. Boulder: Westview Press, pp. 181-209.
- ZUTTER, Pierre, de
1975 *Campesinado y revolución*. Lima: Instituto Nacional de la Cultura.